

Hans-Jörg Ronsdorf

CAMBIO DE BANDO

DEL **VIEJO** HOMBRE AL **NUEVO** HOMBRE



Cambio de bando

Del viejo hombre al nuevo hombre

Hans-Jörg Ronsdorf

Christliche Literatur-Verbreitung e. V.

Postfach 11 01 35 · 33661 Bielefeld

1.^a edición 2011

© 2011 by CLV · Christliche Literatur-Verbreitung

Postfach 11 01 35 · 33661 Bielefeld

Internet: www.clv.de

Diseño de cubierta: Andreas Fett, typtop, Meinerzhagen

Composición: CLV

Impresión y encuadernación: GGP Media GmbH, Pößneck

ISBN 978-3-86699-310-5

Índice

Prólogo	12
1. El vuelo panorámico	14
2. Hemos aterrizado: ¿y ahora qué?	25
2.1 Libertad o esclavitud, pero no ambas	25
2.2 Mandamientos de la libertad	26
2.3 Huir y resistir	27
2.4 Los sentimientos	27
2.5 El barco con el capitán viejo y el capitán nuevo	28
2.6 ¡A toda máquina!	29
2.7 Nuestro Padre	30
2.8 Lo que Dios quiere	30
2.9 ¡Es necesario que ÉL crezca, pero que yo mengüe!	31
2.10 La nueva vida en una representación gráfica	32
2.11 Todo junto de un vistazo	35
2.12 Excursiones por la montaña	36
2.13 De Adán a Cristo	37
2.14 ¿Qué tuvo que suceder primero para nuestra salvación?	37
3. Romanos 5:12-21: De Adán a Cristo	39
3.1 Versículo 12: Cómo empezó todo	40
3.1.1 El pecado y los pecados	40
3.1.2 El pecado y la muerte	41
3.1.3 La caída y el pecado original	41
3.1.4 Un mandamiento sencillo	42
3.2 Versículo 13: El pecado antes de que se diera la ley	43
3.3 Versículo 14: Adán, figura del que había de venir	44
3.3.1 Adán y Cristo	45
3.4 Versículo 15: Por medio de Cristo el daño queda más que reparado	45
3.5 Versículo 16: El efecto de la transgresión y el del don de gracia	46
3.6 Versículo 17: Cristo pone fin al reinado de la muerte	47
3.7 Versículo 18: Condenación y justificación de vida	48

3.8 Versículo 19: La posición legal de pecadores y la posición de salvación de justos	49
3.9 Versículo 20: La ley saca a la luz todos los pecados	49
3.10 Versículo 21: De la muerte a la vida eterna	50
3.11 Panorama de Romanos 5:12-21	51
4. Romanos 6: Libres del poder del pecado	52
4.1 Cambio de bando: de Adán a Cristo	52
4.2 Versículos 1-2: ¿Es la gracia una licencia para pecar?	53
4.2.1 ¡Hemos muerto al pecado y a su poder!	53
4.3 Versículos 3-4: Bautizados en Cristo y en su muerte	54
4.3.1 El bautismo en la muerte	55
4.4 Versículo 4: Resucitados a novedad de vida	56
4.5 Versículo 5: Unidos a él en su muerte y en su resurrección	58
4.6 Versículo 6: El viejo hombre, crucificado juntamente con él	59
4.6.1 El viejo hombre	59
4.6.2 La crucifixión del viejo hombre	61
4.6.3 El cuerpo del pecado	61
4.7 Versículo 7: Absueltos del pecado	62
4.8 Versículos 8-9: Compartir con Cristo la muerte y la vida	64
4.9 Versículo 10: Cristo, muerto al pecado	65
4.10 Versículo 11: Considerarse muertos al pecado, pero vivos para Dios	66
4.11 Versículo 12: Se quebranta el dominio del pecado sobre el cuerpo	66
4.12 Versículo 13: Presentarse ahora a Dios	67
4.13 Versículo 14: No bajo la ley, sino bajo la gracia	68
4.14 Resumen	68
4.15 La cruz del Gólgota y el pecado	69
4.16 Romanos 6:15-23: Liberados que viven bajo la gracia	70
4.17 Indicativo e imperativo de la salvación	70
4.18 Versículo 15: La meta de la gracia	73
4.19 Versículo 16: Esclavos del pecado o de la justicia	73
4.20 Versículo 17: Obedientes de corazón, ya no esclavos del pecado	74
4.21 Versículo 18: Esclavos de la justicia	75
4.22 Versículo 19: Ponerse a disposición de la justicia y la santidad de Dios	75

4.23 Versículos 20-22: De la esterilidad a la vida eterna	76
4.24 Versículo 23: Vida eterna en lugar de condenación eterna	77
5. La ley en la carta a los Romanos	79
6. Romanos 7: Libres de la ley	81
6.1 Significado y lugar de Romanos 7	82
6.2 ¿Lucha del Espíritu contra la carne?	82
6.3 ¿Justos y pecadores a la vez?	83
6.4 ¿Nacido de nuevo o no?	83
6.5 Romanos 7: ¿Una experiencia necesaria?	84
6.6 ¿Quién es el hombre de Romanos 7?	86
6.7 Romanos 7:1-6: Muertos a la ley	86
6.7.1 Versículo 1: La ley solo rige para los que viven	86
6.7.2 Versículos 2-3: El único camino para escapar de la ley	87
6.7.3 Versículo 4: Aquel a quien ahora pertenecemos: Cristo	87
6.7.4 Versículo 5: La ley no fomenta la justicia, sino los pecados	88
6.7.5 Versículo 6: Un nuevo servicio a Dios más allá de la ley	89
6.8 Romanos 7:7-14: La ley perfecta	90
6.8.1 Versículo 7: El conocimiento del pecado viene por la ley	91
6.8.2 Versículo 8: La ley fomenta el pecado	91
6.8.3 Versículos 9-11: El encuentro con la ley lleva a la muerte	92
6.8.4 Versículo 12: Aun así, la ley es buena	94
6.8.5 Versículo 13: Una vez más: la función de la ley	94
6.9 Romanos 7:14-25: Experiencias de un cristiano bajo la ley	95
6.9.1 Versículos 14-15: La buena voluntad y la carne débil	95
6.9.2 Versículo 16: Asentimiento a la ley	95
6.9.3 Versículos 17-21: El pecado que mora en mí	95
6.9.4 Versículos 22-23: Dos leyes y su efecto	96
6.9.5 Versículo 24: Desesperación	97
6.9.6 Versículo 25: La lección de Romanos 7	98
7. Romanos 8:1-11: ¡Por fin libres!	100
7.1 Ya, pero todavía no	101
7.2 El avance decisivo	102
7.3 Versículo 1: Absolución: ya no hay sentencia de condenación	103

7.4 Versículo 2: Liberados por la ley del Espíritu de vida	105
7.5 Versículo 3: Dios resuelve el problema del pecado en el Gólgota	106
7.5.1 Dios se hace hombre	106
7.5.2 Gólgota	107
7.6 Versículo 4: Ahora la ley de Dios sí se cumple	108
7.6.1 La ley mosaica y su vigencia	109
7.7 Versículo 5: Ser conforme a la carne o conforme al Espíritu	110
7.8 Versículos 6-7: Muerte y vida, enemistad y paz	111
7.9 Versículos 8-9: Estar en la carne y estar en el Espíritu	112
7.10 Versículos 10-11: El Espíritu de Dios y la salvación de nuestro cuerpo	113
7.10.1 Nuestra posición de salvación: el indicativo de la salvación, el «ya»	113
7.10.2 Vivir y morir	114
7.10.3 El Espíritu de Dios y el cuerpo	115
7.10.4 ¿Por qué no somos ya inmortales?	115
8. Romanos 8:12-17: El imperativo de la salvación: vivir en victoria	117
8.1 Versículo 12: Ya no somos deudores a la carne	117
8.2 Versículo 13: Vida o muerte	118
8.2.1 Promesas y advertencias, y la salvación eterna	118
8.2.2 Hacer morir por el Espíritu las obras del cuerpo	121
8.2.3 ¿«Considerarse muertos» o «hacer morir»?	122
8.2.4 Hacer morir: ¿cómo se hace?	123
8.3 Versículo 14: Hijos de Dios guiados por el Espíritu	125
8.4 Versículo 15: El Espíritu de adopción clama en nosotros: «¡Padre querido!»	127
8.5 Versículo 16: ¡Somos hijos de Dios!	128
8.6 Versículo 17: Somos herederos de la gloria de Cristo	128
9. Romanos 12: ¡La manera de pensar se renueva!	130
9.1 El propósito de Dios con nosotros	131
9.2 Romanos 12:1-2: El culto, ¡algo lógico!	131
9.2.1 ¡Vuestros cuerpos!	132
9.2.2 El mundo: ¿amigo o enemigo?	133
9.2.3 Transformación por una nueva manera de pensar	135
9.2.4 Metamorfosis	136
9.2.5 ¿Por qué renovación?	137

9.2.6 ¿Cómo se produce la renovación?	137
9.2.7 El campo de batalla de los pensamientos	138
9.2.8 ¿Cómo podemos ganar la batalla?	139
9.2.9 Ensoñaciones y fantasías	140
9.2.10 La voluntad de Dios: ¡comprobada y hallada buena!	141
9.3 Romanos 13:13-14: Vestirse de Cristo, sin proveer para la carne	142
9.4 Conclusión	143
10. Lo viejo y lo nuevo: un panorama	145
11. ¿Qué es la carne?	147
11.1 Pecado y carne	148
11.2 La carne y el hombre incrédulo	149
11.3 La carne y el cristiano	150
12. Carne contra Espíritu	153
12.1 ¿Cuál era el problema?	153
12.2 La acción de la carne	154
12.3 El cristiano en la carta a los Gálatas	155
12.4 Ley y carne: dos ruedas dentadas de un mismo engranaje	156
12.5 El antiquísimo conflicto cósmico y el actual conflicto personal	157
12.6 ¡Vivan y anden por el Espíritu!	157
12.7 La acción de Dios y nuestra acción: ¿una contradicción?	158
12.8 Llamados a la libertad, pero ¿qué clase de libertad?	159
12.9 El Espíritu lucha por nosotros	160
12.10 En medio de la lucha	160
12.11 Los virus y la vacuna	161
12.12 ¿Qué son las obras de la carne?	162
12.13 El fruto del Espíritu de Dios	163
12.14 El lugar de la carne es la cruz	165
12.15 ¿Quién es uno después de haber sido crucificado con Cristo?	166
12.16 Tomar la cruz cada día	168
12.17 Vivir y andar por el Espíritu: ser y no ser	169
12.18 Andar por el Espíritu: ¿cómo se hace?	170
12.19 Tropezar y levantarse	170
12.20 Volver al buen camino	171

12.21 Nuestro ayudador en el cielo	172
12.22 ¿Y si hemos pecado?	173
12.23 Confesar	174
12.24 El cristiano espiritual y el cristiano carnal: ¿existe tal cosa?	175
12.25 Lo esencial del conflicto entre el Espíritu y la carne	177
13. El nuevo hombre y el viejo hombre: Lo viejo pasó, lo nuevo ha llegado ..	179
13.1 El nuevo hombre en la carta a los Efesios	180
13.2 El nuevo hombre en la carta a los Colosenses	180
13.3 El viejo hombre en las cartas a los Efesios y a los Colosenses	181
13.4 La historia de la creación del nuevo hombre	182
13.5 Muchos son un solo nuevo hombre	184
13.6 La personalidad individual llega a ser un nuevo hombre	185
13.7 ¿Qué es el nuevo hombre?	187
13.8 La nueva creación	188
13.9 ¿Qué fue creado de nuevo?	189
13.10 ¿Necesita renovación el nuevo hombre?	190
13.11 El nuevo hombre: revestido como una prenda	192
13.12 Resumen: una imagen	193
13.12.1 El árbol viejo	193
13.12.2 Un árbol nuevo	194
13.12.3 La vieja raíz, que todavía vive	196
13.13 Solo por la fe	197
13.13.1 El jardinero perezoso	197
13.14 El futuro del nuevo hombre	198
13.14.1 Vivir ya ahora la vida del futuro	199
13.15 Llamamiento	200
14. Nacidos de nuevo para una vida nueva	201
14.1 ¿Qué es, pues, la naturaleza?	202
14.2 Participantes de la naturaleza de Dios	203
14.3 La vida eterna es la vida de Cristo	204
14.4 ¿Cómo llegamos a ser participantes de la vida divina?	204
14.5 El nuevo nacimiento: nacidos de Dios	205
14.5.1 Nacido de agua	205

14.5.2 Nacido del Espíritu	207
14.5.3 La profecía de Ezequiel: corazones nuevos y espíritu nuevo	207
14.6 Pasados de la muerte a la vida: vivificados	208
14.7 El misterio de llegar a ser y de crecer	209
14.8 Crecimiento: la vida crece	210
14.9 Cultivar	212
14.10 ¿Afición u obligación?	213
14.11 El indicativo de la salvación en Juan	214
14.12 El imperativo de la salvación en Juan	215
14.13 La vida eterna: calidad y cantidad	216
14.14 Señales de vida	216
14.15 El nacido de Dios no peca	217
14.15.1 Cuatro etapas en la historia de la salvación: el hombre y el pecado	219
14.15.2 Dejar de pecar: ¿posible o imposible?	220
14.16 La perfección: ¿qué es?	221
14.16.1 La perfección de nuestra posición de salvación	222
14.16.2 La perfección (madurez) en nuestra vida: hacerse adultos	222
14.16.3 La perfección integral en la consumación futura	223
14.17 Responsabilidad por lo que hacemos, no por lo que somos	223
14.18 La naturaleza nueva y la vieja están en nosotros al mismo tiempo	224
14.19 Conclusión	224
15. Temperamento y carácter	226
15.1 La Biblia y la doctrina de los temperamentos	226
15.2 El carácter y su transformación	229
16. Palabras finales	231
17. Bibliografía	

A nuestros hijos, Felix, Laura, Alex, Peter y Annemarie, con el deseo de todo corazón de que se aferren a Cristo y sean alcanzados por él.

Prólogo

El tema de este libro me ocupa desde mi juventud. Constituye el corazón de la vida cristiana. Solo desde una salvación plenamente aprehendida y comprendida es posible una vida liberada. La madurez del cristiano depende por completo de lo que hayamos entendido de la cruz.

Haber sido liberado del pecado no es una teoría, sino una realidad práctica. Hace casi 30 años, el libro «Das normale Christenleben» (en español: *La vida cristiana normal*), de Watchman Nee, me ayudó a dar un paso decisivo. Aunque era creyente, estaba frustrado porque no tenía nada que oponer al poder del pecado. Aquel libro me abrió los ojos, como a muchos otros, a la liberación que yo ya tenía desde hacía tiempo en Cristo, pero que todavía no conocía de verdad. No se trata de un nivel superior de piedad ni de una vida cristiana de expertos, sino de comprender cómo nos ve Dios y qué ha puesto en nuestras manos.

El tema es delicado, sobre todo para quien escribe sobre él. ¿Puedo hacerlo porque he llegado al cien por cien? Jamás. Tengo claro que no debemos hacernos maestros muchos, porque ellos recibirán mayor condenación, pues todos ofendemos muchas veces. Pero sin la enseñanza bíblica y sin su constante repetición no tenemos ninguna posibilidad de motivar a otros ni de abordar nosotros mismos el asunto como es debido. Además, cada generación tiene que enfrentarse personalmente a estos temas. En este libro no habrá nada nuevo, o casi nada, que otros no hayan escrito ya. Pero quiere animar a dar nueva vida a este tema central y a ponerlo sobre la mesa.

He recurrido con gusto a la ayuda de otros. Ante todo doy las gracias a Thomas Jettel por su corrección y sus sugerencias, gracias a las cuales algunas cosas se han vuelto más comprensibles. Doy las gracias a Josua y Brigitte Keller, misioneros cerca de Niza, por el intercambio constructivo. También agradezco a Herbert Briem, Peter Streitenberger y Harry Graf su revisión crítica. Mencionar a estos hermanos no significa que coincidamos en todas las cuestiones; por eso el responsable del contenido soy yo mismo.

Salvo pocas excepciones, he utilizado la traducción Elberfelder de 2003 (traducción alemana de la Biblia; Edition CSV Hückeswagen). Por lo general, las

excepciones están señaladas.

Hans-Jörg Ronsdorf, Sulzberg, noviembre de 2010

Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi refugio.

Sal 62:6

Entonces viviréis seguros y tendréis abundancia de salvación, de sabiduría y de conocimiento.

Is 33:6 (NeÜ, traducción bíblica alemana)

1. El vuelo panorámico

¡Suba a bordo y abróchese el cinturón! Vamos a hacer un vuelo panorámico estupendo. Nuestro destino es una gran cordillera. Queremos contemplar a vista de pájaro un macizo montañoso impresionante. Vivo justo al pie de los Alpes y desde mi despacho puedo ver las montañas. Más de una vez he deseado despegar y contemplar con calma desde arriba esta creación magnífica. Hasta ahora todo se ha quedado en un breve vuelo panorámico, pero me dejó con ganas de más.

Hoy quiero invitarle a un vuelo así. Es un vuelo que no cuesta nada. Tiene lugar en nuestra imaginación. ¿Qué le parece: de qué montaña se trata? Imagínese que esta cordillera es la gran salvación, el gran rescate del Dios eterno y todopoderoso. Imagínese que esta montaña representa lo que Dios ha realizado en Jesucristo mediante su muerte en la cruz, su resurrección y su ascensión. No se trata de cualquier cosa: ¡se trata de la *plenitud de la salvación*! En un solo vuelo no se puede ver todo a la vez, pero sí se alcanza a divisar ya mucho. Y en cada nuevo vuelo se podría volver a descubrir algo nuevo.

Le prometo que este vuelo no será aburrido, y no porque el avión sea pequeño y solo tenga dos plazas. Un aparato tan ligero puede zarandearse bastante, pero lo que vamos a ver será tan imponente que nos olvidaremos de todo lo demás.

Nuestro piloto es el que mejor conoce el terreno. Conoce las mejores rutas, los mejores destinos, el panorama más hermoso, las alturas y profundidades adecuadas, conoce el tiempo y puede llevarnos de vuelta a casa sanos y salvos. Por eso podemos dejar tranquilamente en tierra el miedo a volar.

La montaña que queremos alcanzar es el Elbrús, la más alta de la cordillera del Cáucaso, con sus 5642 m. Es una altura considerable, y el avión tiene que esforzarse de verdad para llegar hasta ella.

¿Qué tiene de especial esta montaña? Naturalmente la distingue el hecho de ser la más alta del Cáucaso, pero además es un volcán extinguido. Tiene un gran cráter del que, hace mucho tiempo, salió despedida lava incandescente. Los volcanes son, como sabemos también por la actualidad, fuerzas de la naturaleza descomunales e incontrolables. Fuerzas así se desataron también cuando Dios

inundó el mundo en los días de Noé. Se abrieron, dice la Biblia, las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos (Gn 7:11), para repartir sobre la tierra unas cantidades de agua inimaginables. Quizá los enormes cambios geológicos que acompañaron a este diluvio universal hicieron que los volcanes entraran en actividad. En todo caso, el agua subió entonces por encima de las cumbres de los montes: todos los montes quedaron cubiertos (Gn 7:20) y no se veía más que agua.

Las personas de aquel tiempo eran muy malvadas. Habían cruzado el *punto a partir del cual ya no hay vuelta atrás* y se habían alejado de Dios y de lo que él había pensado para la creación. Tanto, que Dios puso punto final. No sé en qué consistía todo el alcance de aquella maldad, pero Dios lo vio (Gn 6:5). Y Jesús dice que volverán a venir días exactamente así (Lc 17:26). El diluvio debía dar muerte a todos los seres humanos, excepto a Noé y su familia. En este juicio se puede ver bien lo que el pecado significa para Dios. A menudo el pecado no nos supone ningún problema, aunque constantemente nos enfrentamos a sus consecuencias negativas y graves. Pero ¿qué piensa Dios de él? Dios aborrece el pecado porque destruye a los seres humanos, sus criaturas, como una enfermedad mortal e incurable, y los separa de él. El pecado transforma al hombre de tal manera que lo convierte en enemigo de Dios. Dios aborrece el pecado porque nos ama. Detesta el pecado porque es contrario a todo su ser, a su amor y a su santidad. A los miembros del pueblo de Israel les dice el SEÑOR que en secreto derrama lágrimas por su estado pecaminoso (Jer 13:17; 14:17). El pecado *le* llega al corazón; no le es indiferente. *Él* conoce cada pecado y lo siente hasta en lo más hondo de su corazón. El pecado separa a las personas de Dios y a las personas entre sí. Es aquello que ataca a Dios y desprecia sus mandamientos. Corta la arteria vital que va de Dios al hombre y, por eso, no puede conducir a otra cosa que a la muerte. El pecado puede tener una cara amable, pero no es más que una máscara: es feo y destruye allí donde aparece. Está muy extendido. Dondequiera que haya personas, allí se encuentra. Todos están afectados. A todos se les adhiere como una garrapata, quieran reconocerlo o no. Como una semilla, está en todo ser humano desde su nacimiento, aunque en unos se ha desarrollado más y en otros menos.

¡Dios aborrece el pecado, pero ama al pecador! ¡Esa es nuestra salvación! Pero el pecado y el hombre han crecido entrelazados; forman una unidad que no se puede separar por ningún medio humano. Si Dios destruyera el pecado,

¡su sentencia de destrucción acabaría cayendo sobre nosotros! ¡Él ha encontrado un camino y ha resuelto el problema! No fueron los hombres quienes abordaron el problema, porque niegan su propia *enfermedad del pecado*. Para ellos el pecado no abarca lo que es para Dios.

Cuando el Eterno creó el universo, bastaron sus palabras todopoderosas: «¡Seal!». Pero para resolver el problema del pecado no bastaban las palabras. Más bien, le costó todo su amor. Dios es inmutable, es como luz pura, es amor, y es santo y justo, es puro y absolutamente sin pecado. Cuando se trata del pecado, deberíamos pensar en estos atributos de Dios, ¡y en dimensión divina! No se trata de nuestra idea tolerante y a menudo acomodaticia. En el Gólgota, el lugar donde Jesús fue ejecutado, usted puede ver con qué seriedad inimaginable se toma Dios el pecado. No hay ningún otro lugar donde se haga más patente que Dios ama al pecador, pero aborrece sin límites el pecado. Dios sacrifica a su propio Hijo en sustitución de nosotros, los seres humanos. ¿Por qué era necesario un sacrificio sangriento? Porque el pecado no es una simple falta sin importancia, sino algo que ofende a nuestro Creador y lo injuria. Por eso exige con razón expiación y reparación del daño que le hemos causado. Siempre será así: Dios castigará al pecador por su pecado. Que a la injusticia le siga un castigo es, según muchos, solo un invento religioso. ¡Nada más lejos de la realidad! Este hecho es, por ejemplo, el fundamento de nuestro sistema jurídico. Solo que en Dios tenemos que imaginarlo de forma mucho más pura y justa. Él es omnisciente y lee todos los pensamientos. Es omnipresente y, por tanto, testigo en persona de todo lo que los hombres piensan, dicen y hacen. Nada se le escapa. Si usted estuviera solo en el mundo y hubiera cometido un único pecado, aun entonces el sacrificio de Jesús sería necesario. Ni siquiera un único pecado es aceptable para Dios. Él es demasiado santo y glorioso como para poder pasar por alto un solo pecado.

Dios no trata a los seres humanos como un experimento fallido de la creación. No renuncia al hombre. Quiere perdonar y salvar al pecador. Pero para ello necesita a alguien que *pueda* pagar la deuda. ¿Hay algún ser humano capaz de saldar la cuenta? ¡Sí! Ese único se convierte en el sacrificio sustitutorio. Él paga nuestra deuda. Jesús, el «Cordero de Dios», se convierte en nuestro sustituto. Un hombre se convierte —en sentido figurado— en ese cordero sacrificado en nuestro lugar. En el Gólgota, el Hijo de Dios se puso voluntariamente, con nuestro pecado, en la presencia inmediata de Dios, para

cargar con nuestra condena y nuestro castigo. Dios acepta la disposición de su Hijo a sacrificarse y no lo perdona en este juicio punitivo. ¿Entregaríamos a nuestro hijo para rescatar a nuestros enemigos de un problema que ellos mismos se han buscado? En lugar de castigar a nuestro hijo o a nuestra hija, ¿no haríamos todo lo posible por librarlos? Dios no lo hizo. Sí, para redimirnos tuvo que ocurrir mucho más que una simple orden o una palabra creadora.

Volvamos a Noé: el agua del juicio cubrió entonces las cumbres más altas. Dios se tomó en serio el pecado, ¡muy en serio! Y mucho más aún en el Gólgota: ¿tenemos idea del juicio que se ejecutó *allí*, de la carga que llevó Jesús? Quizá piense usted ahora en lo maltrecho que lo dejaron, en la corona de espinas que le hundieron en la cabeza y en cómo lo clavaron en la cruz. Pero esperemos un momento. *Esos* no fueron los sufrimientos con los que pagó nuestros pecados. Eso se lo hicieron los hombres. Ellos no aportaron nada a la salvación. Lo que hicieron demostró una vez más lo depravados que están los seres humanos. El juicio de Dios y la ejecución de la sentencia correspondiente sobre el pecado comenzaron aquel Viernes Santo solo a la hora sexta, hacia las doce del mediodía. Entonces, cuando el sol estaba en lo más alto, se hizo una oscuridad total. Había llegado la hora de ajustar cuentas por nuestra culpa. El juicio de la ira de Dios cayó con toda su fuerza sobre el Cordero inocente. Durante tres horas, nuestro Señor Jesús se expuso a la ira de Dios contra el pecado (también contra mi pecado) y cargó sobre sí lo que lleva a todos los hombres al infierno para siempre. Eso es oscuridad en el sentido más verdadero y profundo de la palabra. Nadie fue testigo de lo que sucedió entre el Padre y el Hijo para resolver el problema del pecado para siempre.

Miramos por la ventanilla del avión hacia esta montaña que un día fue un volcán que escupía fuego. La lava al rojo vivo me recuerda el lago que arde con fuego y azufre, el infierno eterno. ¡Sí, nuestro Salvador soportó en persona, en nuestro lugar, todo lo que Dios siente ante el pecado, concentrado en tres horas! Corrie ten Boom utilizó al respecto el siguiente ejemplo: en un incendio forestal siempre hay un lugar donde el fuego ya no encuentra alimento: allí donde el fuego ya ha hecho estragos. El Gólgota es ahora el lugar donde el pecador encuentra seguridad, porque el fuego del juicio divino sobre el pecado ya ha pasado por allí.

(Sal 42:7; cf. 88:7). El estruendo de las fuerzas de la naturaleza en los días de Noé (las masas de agua, las tormentas, los terremotos, los volcanes, etc.) no es más que una débil figura de lo que el Señor Jesucristo soportó en la cruz, y más aún en las tres horas de tinieblas: crucificado en debilidad, en un cuerpo torturado y con grandes dolores. ¡Fue el abandono total por parte de Dios! Dios juzgó a su Hijo. El Hijo de Dios entre el cielo y la tierra, ¡rechazado por los hombres y rechazado por el cielo! Por nosotros fue a las tinieblas de afuera. ¡Qué sacrificio! Tómese tiempo para meditar en lo que él hizo por usted. Créame: si quiere experimentar algún cambio en su vida, este empieza por dejarse impresionar por el amor de Jesús. Es tan grande que excede a nuestro conocimiento. Eso dice también Pablo (Ef 3:19). Él habla de la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de este amor. Unos soldados franceses descubrieron en España un calabozo abandonado de la época de la Inquisición. Encontraron un esqueleto que todavía estaba encadenado al muro de la mazmorra. En el muro había una cruz grabada. En los cuatro extremos de la cruz estaban grabadas a su vez las palabras de Efesios 3: arriba la *altura*, abajo la *profundidad*, a la izquierda la *anchura* y a la derecha la *longitud*. El mártir que había hecho este grabado estaba lleno del amor de Jesús, sobre todo en los días más difíciles, al final de su vida de sufrimiento. Había comprendido el significado de la cruz: ¡el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento! Y aquel mártir de la Inquisición estaba dispuesto, por causa de ese amor, a recorrer el camino correspondiente e imitar así a su Maestro.

Hasta ahora hemos hablado de culpa, de pecado y de perdón. Uno es condenado por lo que hace. Pero ¿qué pasa con el problema de nuestro ser malo? ¿Se nos puede conceder el perdón ante el hecho de que *somos* pecadores?

¿Por qué fue tan terrible, hasta lo indecible, lo que sucedió en la cruz? Porque el Señor Jesús no murió solo por lo que yo he hecho, sino también por lo que yo soy. Imagínese que usted asume la responsabilidad de la gran culpa de otra persona. Eso sería admirable. Ahora imagínese, además, que no solo lo confundieran con esa persona malvada, sino que lo identificaran con ella a propósito. Esto no es más que una débil comparación de lo que estaba en juego en el Gólgota. La Biblia describe todo nuestro ser como pecaminoso. El pecado mora en nosotros; está presente en todo lo que hacemos. Que las personas sean

1. Estas ondas y olas simbolizan la ira divina.

pecadores «grandes» o «pequeños» no cambia nada. Lo crea o no: uno lo reconoce especialmente en sí mismo cuando ya lleva tiempo siendo creyente. No se trata de que entonces haya que seguir viviendo con pecado no perdonado. Pero uno va conociendo cada vez más el pecado que mora en nosotros. Cuanto más tiempo se vive en la fe, más se reconoce lo vil y repugnante que es el pecado. Y tampoco hay diferencia en si usted vivía en medio del mundo o en una familia cristiana cuando llegó a la fe.

Cuando el Señor Jesucristo murió, resolvió también el problema del pecado que hay *en* nosotros. Debemos entender bien que por eso fue hecho pecado. Dios lo condenó como si él fuera culpable del pecado; no solo de los actos, sino también del pecado que está unido a nosotros. No solo los frutos eran malos: todo el árbol estaba podrido e inservible. Así compareció el Señor Jesucristo en el juicio por nosotros. Después de las tres horas de tinieblas exclamó: «¡Consumado es!». ¡Son las palabras más importantes que el universo haya oído jamás! Para cargar plena y totalmente con la sentencia, el Señor Jesús muere. La paga del pecado, de nuestro pecado, es la muerte: ¡su muerte!

Imagínese que Dios le imputa y le abona en cuenta plenamente esta muerte de Jesús. O, dicho en términos bíblicos: ¡nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él! Nuestra vida antigua (todo lo que hemos hecho y todo lo que somos) fue entregada a la muerte con él en la cruz hace 2000 años. Él murió por ello. ¡Por todo! Ya no queda nada por lo que tengamos que pagar algo. ¡La sentencia condenatoria de Dios ya no nos alcanzará! ¡Mire por la ventanilla del avión y observe bien esta montaña imponente! El volcán está apagado. Así se ha apagado el fuego del juicio consumidor de Dios, porque Jesús lo tomó sobre sí. ¿Qué ve usted ahora? ¡Una montaña blanca! Todo está cubierto de nieve. Si el volcán siguiera activo, no podría haber nieve en la cumbre. Pero lo que la nieve quiere decirnos está claro. Pocas cosas hablan con tanta claridad de la pureza y la irreprehensibilidad que ahora, en Cristo, se han hecho realidad para nosotros.

Purifícame con hisopo², y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve.

Sal 51:7

Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como

2. El hisopo es una planta de hojas que se utilizaba para rociar agua y sangre.

blanca lana.

Is 1:18

Dios nos ha lavado. Aquí podríamos enumerar muchísimas cosas más que ha producido la gigantesca obra de Jesús. En este punto, solo esta palabra de la Biblia:

Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.

1 Co 1:30

Todo lo que no teníamos en nuestra vida antigua lo tenemos ahora por medio de Cristo, porque Dios nos ha puesto en él. Esto suena extraño, pero no significa otra cosa sino que Dios nos ha identificado y unido con Cristo de tal manera que todo lo que Cristo hizo y lo que él es ahora como Hijo del Hombre exaltado en el cielo vale para nosotros. ¡Dios nos ve en lo que su Hijo hizo y en lo que es ahora! Esto es realmente la cumbre de la gracia y de la salvación, ¿o no? La calma y el silencio de esta montaña, envuelta en un vestido blanco como la nieve, nos muestran que ahora tenemos paz con Dios y que en Cristo ya hemos sido trasladados al cielo. ¡Sí, estamos en Cristo! Por eso ya no existe contra nosotros ninguna sentencia de condenación, ni por lo que hemos hecho ni por lo que somos de nacimiento. Dios no quiso mejorarnos; hizo un comienzo nuevo. Pero para empezar de nuevo, primero hay que quitar de en medio lo viejo. Y como no se trata de una cosa, sino de personas, surge la pregunta: ¿cómo puede suceder esto? Como ya se ha dicho: solo mediante la muerte podía ponerse fin a nuestra vida. Cristo murió por nosotros (y nosotros con él). No morimos literalmente, sino que se nos imputó la muerte de otro. Sobre la base de su propia justicia y en total conformidad con sus justas exigencias hacia nosotros, Dios nos ha transferido por completo (desde un punto de vista puramente jurídico) la muerte sustitutoria de su Hijo. Vale como si realmente hubiéramos muerto. En la cruz, nuestro viejo ser fue condenado a muerte y la sentencia se ejecutó en Cristo.

La montaña imponente nos muestra la grandeza de la justicia de Dios y, al mismo tiempo, lo pequeños que somos: él lo ha hecho todo para liberarnos de nuestro pecado sin renunciar ni a una pizca de su justicia:

Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios, abismo grande.

Sal 36:6

A veces podríamos volver a sentir algo de miedo y preguntarnos si todo esto se aplica realmente a nosotros de forma personal. ¿No nos estaremos tomando demasiadas libertades? El avión puede dar algún que otro bandazo y uno puede llevarse algún susto. Pero aunque la tormenta de los sentimientos nos sacuda, esta montaña sigue siendo la misma. Ninguna tormenta puede mover esta montaña de la salvación. Esta montaña de la salvación es una montaña de gracia y se parece al monte Sion:

Su monte santo se eleva hermoso, gozo de toda la tierra; el monte Sion, en el extremo norte, la ciudad del gran Rey.

Sal 48:1-2 (ER [Elberfelder revisada], traducción bíblica alemana; cf. He 12:18-20)

Ya que hablamos de montañas, se me ocurre algo más, por así decirlo, una montaña en sentido negativo. El Gran Cañón es un desfiladero inmenso, un valle gigantesco. Es realmente impresionante estar ante ese abismo y mirar hacia el fondo. También esto es una imagen de nosotros: no éramos nada. Somos polvo, y al polvo volveremos, porque el pecado ha entrado en nuestra vida. Nuestros corazones se parecen a un abismo de maldad. Pero ahora miramos hacia arriba, a la «montaña de la salvación», sobre la que se alzó una cruz. La cruz es un final, pero también un comienzo:

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

2 Co 5:17

El piloto va reduciendo poco a poco la altitud, de modo que ahora podemos distinguir regiones más bajas de este enorme macizo montañoso. Debido al tamaño de la cordillera, nunca se puede ver todo a la vez. Mientras perdemos altura, el piloto se acerca más a la montaña. Divisamos una cascada imponente y después otras cascadas más pequeñas. ¡Qué espectáculo tan grandioso se nos ofrece! ¡Con qué majestad se precipitan las masas de agua hacia el valle! Más abajo, estas cascadas se unen formando un río. Las masas de nieve y de hielo almacenan millones de metros cúbicos de agua. En las laderas del Elbrús hay más de 70 glaciares de los que fluye el agua. Esta baja hacia el valle y alimenta prados, campos y bosques. Toda la agricultura depende de ella. Sin esta agua apenas habría crecimiento en esas regiones. Naturalmente, allí también llueve,

pero precisamente durante el deshielo baja hacia el valle el agua que se necesita para el crecimiento de las plantas en primavera.

Las poderosas corrientes de agua que se precipitan montaña abajo y luego se juntan en los ríos simbolizan al Espíritu Santo. El mismo Señor Jesús utilizó esta comparación. Se refería a la sed profunda del ser humano —la pregunta y la búsqueda de sentido, seguridad y amor— cuando dijo que todo el que tenga sed venga a él y beba. Quien viene a *él* sacia la sed de su vida, ¡y para siempre! El corazón sediento puede encontrar descanso en él.

El Señor Jesús habla de agua viva (es decir, de agua que fluye), de una fuente que es él mismo. Podemos tomar en serio la Palabra de Dios; es certeza: el Espíritu eterno, santo y poderoso de Dios nos ha sido concedido abundantemente. Él vive en nosotros. Es una fuente permanente e inagotable de vida, de fuerza, de dirección y de consuelo. Solo Dios mismo puede ser en nosotros una fuente que brota sin cesar.

Tengo que pensar todavía en otra montaña, donde Jesús estuvo con tres de sus discípulos. Habían subido muy alto, quizá hasta el límite de las nieves de aquella montaña.³ De repente, Jesús se transfiguró ante sus ojos y resplandeció como el sol. Sus vestidos se volvieron más blancos que la nieve que los rodeaba. Se les concedió un anticipo de cómo se verá el Señor Jesús cuando vuelva a la tierra. Pero al mismo tiempo es también una expresión de cómo podemos imaginarnos ahora al Señor Jesús a la diestra del poder. Por cierto, el Espíritu Santo, según dice Juan, solo pudo venir cuando Jesús fue glorificado, es decir, cuando hubo ocupado ese lugar de honor a la diestra de Dios. El Espíritu de Dios debía ser enviado precisamente por el Hijo de Dios glorificado y coronado, para dar testimonio de su victoria y de su gloria y anclarlas en nuestros corazones.

El Espíritu no quiere ser un realquilado en nuestra vida. No: el propósito de Dios es que este Espíritu nos llene, engrandezca a Jesús en nosotros, nos guíe y nos regale la victoria de una vida vencedora. ¡Estos son los hechos! A la pregunta de por qué a menudo no parece ser así, volveremos sin falta más adelante.

¡Disfrutemos de este panorama! Una montaña imponente, la cumbre de un blanco radiante y deslumbrante, y los torrentes de agua burbujeante que se

3. Algunos intérpretes suponen que el monte de la transfiguración fue el Hermón, que a partir de los 1800 metros de altura está cubierto de nieve durante varios meses al año.

precipitan desde lo alto hacia el valle. La dinámica del crecimiento comienza allí donde hay buena tierra.

El vuelo se acerca poco a poco a su fin. En realidad todavía no queremos aterrizar, pero se acaba el combustible. Alcanza aún para unas cuantas vueltas sobre el verde, que se vuelve cada vez más denso y exuberante a medida que bajamos hacia el valle. Primero son solo matorrales y algunas manchas verdes, luego algunos árboles, y antes de que nos demos cuenta volamos sobre un bosque espeso. Enseguida vemos en el valle los campos, las tierras de cultivo y las plantaciones.

¿Sabe usted que también en su corazón el agua del Espíritu de Dios ha puesto en marcha un crecimiento espiritual, pero real? Es cierto que la salvación es en sí misma algo perfecto, pero en usted es al mismo tiempo un comienzo. En su corazón ha germinado una semilla nueva. Usted ha nacido de nuevo. Ya no es el mismo que antes. Eso no se puede ver con los ojos. Exteriormente (peso, tono de voz, etc.) todo en usted es exactamente igual que antes. Y, sin embargo, ha ocurrido algo tremendo. Usted ha nacido de nuevo y del mismo Dios. Puede volver a empezar desde el principio.

Esta semilla es la Palabra eterna de Dios. Él ha plantado en nosotros vida eterna, y esta vida crece. Profundizaremos en este tema en el próximo capítulo. Cuando vemos todo el verde de los campos, los árboles y las plantaciones, comprobamos que da testimonio de lo grande que es la fuerza que Dios ha puesto en la vida vegetal. Cuando brilla el sol, la tierra es buena y el agua baja de las montañas, el crecimiento no se puede frenar. ¿Creemos que el crecimiento espiritual en las personas es menos poderoso, cuando no se trata de plantas, sino del ser humano, la «corona de la creación»?

Después de este vuelo emocionante, aterrizamos. Seguimos impresionados por la grandeza y la belleza de esta montaña y de su entorno. Recordamos lo que somos: hijos de Dios. La deuda del pecado ha sido quitada para siempre. Lo que éramos como viejos hombres es historia. Ha sido quitado por la cruz y echado tras las espaldas de Dios. En lugar del viejo hombre, Dios ha puesto un nuevo hombre, creado a imagen de Jesucristo. Este nuevo hombre tiene vida eterna. Cristo mismo es su vida: aquel que tiene en sí el agua viva que lo hace crecer, para que llegue a ser maduro y fuerte en la fe.

El piloto hace un aterrizaje brusco; estamos de nuevo en tierra. ¿Solo lo hemos soñado, o es verdad todo lo que hemos visto? Sí, es verdad. Así lo dice la

Palabra de Dios.

Quizá este vuelo panorámico le haya despertado la curiosidad. En las páginas siguientes encontrará más sobre lo que, en el sentido más literal de la palabra, solo hemos sobrevolado. Si hasta ahora solo hemos volado, ahora le invito a hacer excursiones por la montaña que le llevarán a lugares hermosos.

2. Hemos aterrizado: ¿y ahora qué?

Tras un aterrizaje accidentado volvemos a poner los pies en el suelo de la realidad. Si la salvación de Dios es tan amplia y no es solo mi billete para el cielo, surge la pregunta: ¿cómo puede cambiar mi vida? Dios mismo quiere que vivamos en libertad. No solo nos protege del juicio; también quiere redimirnos de la esclavitud del pecado y de la dictadura de nuestra vieja vida centrada en el yo. La salvación no es un asunto teórico. La salvación de Dios es la palabra de la cruz: el evangelio, que es poder para salvación y, por tanto, para vida, ¡a todo aquel que cree!

2.1 Libertad o esclavitud, pero no ambas

Los israelitas se encontraban en otro tiempo en una esclavitud despiadada. Sin salida y sin esperanza de libertad. Pero Dios vio la miseria, tuvo compasión e intervino. El cordero de la Pascua, que los protegió del juicio, todavía no era la liberación. Esta la vivieron solo cuando dejaron atrás Egipto. ¿Qué nos quiere decir esto? En concreto: también nosotros estamos bajo la protección de la sangre de Jesús, pero además hemos sido redimidos y liberados para una vida nueva.

Un hecho de la historia reciente muestra en sentido figurado de qué se trata. La 13.^a enmienda a la Constitución de los Estados Unidos⁴ fue presentada a los estados para su ratificación el 31 de enero de 1865 y entró en vigor el 18 de diciembre de 1865. Abolió definitivamente la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos.

Cuando esta enmienda quedó firmada en todos los estados, la ley pasó a ser válida de inmediato, sin condiciones ni reservas. Imagínese ahora a los muchos esclavos de los estados del Sur realizando su trabajo ese día. Aunque por ley ya eran libres y tenían derecho a dejar a sus amos, muchos no lo hicieron. Primero tenían que conocer esa ley. Después tenían que creer que era verdad y, finalmente, tenían que hacer uso de la libertad y vivir como personas libres.

Así sucede con nosotros. Esta «ley de liberación» fue firmada hace 2000 años en el Gólgota. Esta ley sigue vigente hoy (igual que la que abolió la esclavitud).

4. *The Thirteenth Amendment to the Constitution of the United States of America.*

La Biblia dice que hemos sido liberados del poder del pecado porque nuestro viejo hombre, como ya vimos en nuestro vuelo panorámico, fue crucificado con Cristo. Eso sucedió por mí, sin que yo hiciera nada, en el Gólgota, mediante la muerte de Jesús, históricamente atestiguada. Ese es el mensaje del evangelio: ¡libertad! Algunos esclavos no supieron durante mucho tiempo nada de esta nueva ley y vivieron como si no hubiera entrado en vigor. Un trabajo de esclavo injustificado nos parece totalmente inaceptable, ¿verdad? Pero cuántos cristianos viven, consciente o inconscientemente, como si la liberación por medio de Cristo no existiera. Cuántos se alegran de estar algún día en el cielo. Pero esta «ley de liberación» del Gólgota vale para aquí y ahora, ¡no solo para el cielo! Dios ha quebrantado el poder del pecado. Eso significa que podemos reclamar plenamente esta liberación para nosotros por la fe. Debemos aceptar como un hecho que hemos muerto al pecado, es decir, que nuestro viejo hombre ha muerto con Cristo. Consideraos muertos: ¡lo viejo ha terminado! Así lo dice Pablo, y emplea un término de la contabilidad. Aquí se trata de la lógica de los hechos, no de la de los sentimientos cambiantes.

2.2 Mandamientos de la libertad

Hay que tener claros los principios de la libertad en Cristo para poder experimentarla también. En primer lugar se trata de hechos de la salvación, en los que nos apoyamos por la fe como realidades válidas para nosotros, y no de una sensación positiva de libertad.

Lo segundo se deduce de lo primero: cuando caigo en la tentación, cuando el pecado está a la puerta, cuando tengo que decidirme por el pecado o por Dios, entonces vale esto: usted no tiene que pecar, ¡usted es libre! Traiga a la memoria este hecho. Pida a Dios que se lo recuerde. No necesitamos quedarnos paralizados de miedo ante el pecado; al contrario, el NT nos exhorta a actuar activamente contra los pecados en nuestra vida. Debemos extirpar sin contemplaciones esas cosas pecaminosas. Lo mismo hizo Dios en el Gólgota cuando juzgó el pecado en su Hijo.

El mayor problema de nuestro tiempo es quizá el individualismo. Nosotros mismos estamos en el centro y giramos en torno a nosotros mismos. Eso no nos ayuda a avanzar en la vida con Dios. Apartemos la vista de nosotros mismos para mirar a Cristo. ¡Esa es nuestra victoria!

- ¡Confíe en la salvación de Dios para su liberación como un hecho histórico!

- ¡Cuando el pecado quiera reinar, recuérdese una y otra vez que su poder está quebrantado!
- ¡No se quede paralizado ante la tentación; rechace activamente el pecado!
- ¡No se concentre en el pecado ni en la lucha contra él, sino en Cristo y en el poder del Espíritu Santo!

2.3 Huir y resistir

Sin embargo, en estas luchas no debemos sobrestimarnos. Hay situaciones en las que debemos actuar y otras en las que debemos pasar a la ofensiva. Las cosas pecaminosas tenemos que condenarlas, quitarlas o eliminarlas. Pero de la tentación al pecado y de su entorno inmediato debemos huir. Sobre todo cuando se trata de la seducción sexual, pero también de la avaricia y la idolatría. José encarna el ejemplo de una huida en el momento oportuno. Nada salvo la huida podía impedir que se metiera en la cama con la mujer de Potifar, que lo había preparado todo para consumir la fornicación.

2.4 Los sentimientos

La Biblia dice, en esencia: ¡contad con ello, partid de ello, reclamad para vosotros que habéis muerto a la esclavitud del pecado! ¡Se os ha concedido el derecho de vivir como liberados! El esclavo de los estados del Sur le miraría a usted asombrado si le dijera: «No siento esta liberación». Le diría que no necesita sentirla en absoluto, porque la ley firmada es jurídicamente válida. A esa ley le da igual lo que usted sienta. Siempre es válida, independientemente de lo que yo sienta. Watchman Nee da un ejemplo acertado: «Sobre un muro estrecho caminaban una vez, uno tras otro, Hecho, Fe y Experiencia. Hecho no se volvía ni a la derecha ni a la izquierda ni hacia atrás, sino que avanzaba sin vacilar. Mientras Fe, detrás de él, mantenía la mirada fija en Hecho, todo iba bien. Pero cuando empezó a preocuparse por Experiencia y se volvió a mirarla, perdió el equilibrio, cayó del muro, y la buena de Experiencia se precipitó tras él».⁵

Naturalmente, en la vida cristiana el sentimiento desempeña un papel importante. El sentimiento es una parte necesaria y maravillosa de nuestra condición humana. La alegría se vive como un sentimiento (una emoción), y Dios quiere que nos alegremos; incluso lo ordena. La alegría que él regala es una consecuencia de la salvación. Se puede experimentar, se percibe y es auténtica.

5. Watchman Nee, *Das normale Christenleben*, p. 47.

Pero la fe y la confianza no contienen ningún sentimiento, porque los sentimientos están sujetos a altibajos. Para la fe es verdadero y real lo que la Biblia le promete. La fe reclama para sí con sobriedad —con sentimiento o sin él— lo que Dios le promete. El alpinista tiene que confiar al cien por cien en las especificaciones del fabricante de sus cuerdas de escalada cuando está colgado sobre el abismo. Su sentimiento no desempeña ningún papel.

2.5 El barco con el capitán viejo y el capitán nuevo

Comparemos nuestra vida con un barco. Antes de nuestro nuevo nacimiento éramos nosotros mismos quienes fijábamos el rumbo y el destino. Pero se ha producido un gran cambio. El barco ha sido comprado; ya no nos pertenece. La consecuencia es que hay un nuevo capitán. ¿Quién es? Sigo siendo yo, pero Dios me ha regalado una vida nueva y su Espíritu. En Cristo me he convertido en un nuevo hombre.

El viejo capitán tiene mucha experiencia y rutina. Antes todo le obedecía. Había muchas costumbres que eran expresión de cómo el viejo capitán había dirigido el barco. Pero ahora la compra del barco se ha formalizado ante notario, y el cambio de propietario se ha regulado por contrato. Por joven e inexperto que sea el nuevo capitán, se ha convertido legítimamente en el nuevo capitán. El viejo capitán —comparémoslo con el pecado, con nuestra carne o con la vieja naturaleza pecaminosa— permanecerá en el barco hasta que llegue el día de nuestra redención completa. Es una situación difícil de entender. Pero esa es la realidad de nuestra vida cristiana. El viejo capitán todavía está en el barco, pero tiene que retirarse a un camarote. Ya no puede intervenir en el gobierno del barco. Sin embargo, el nuevo capitán tiene que procurar que el viejo se quede donde le corresponde y, al mismo tiempo, concentrarse en el rumbo del barco: ahora es él quien está al timón. Está en el puente de mando, donde se toman las decisiones. El nuevo armador es Cristo en mí, que actúa por medio del Espíritu de Dios. El NT dice que estos dos, a saber, la carne y el Espíritu, se oponen el uno al otro y ambos reclaman por igual el dominio sobre la vida. Mientras que la carne plantea esta pretensión injustamente, la pretensión del Espíritu de Dios es legítima, porque hemos sido comprados por Dios.

El viejo capitán, por costumbre, quiere entrometerse una y otra vez en los asuntos del nuevo capitán. Con gusto volvería a hacerse con el barco y desterraría al nuevo capitán al camarote, que es donde él mismo debe estar. Así,

en el barco persiste una tensión. Esta es mucho menor cuando el nuevo capitán se remite pura y simplemente al contrato, se sienta como se sienta. Al viejo debería mandarlo una y otra vez de vuelta al camarote. Si no lo hace y deja que el viejo capitán se pasee por el barco, la cosa podría acabar mal. Cuanta más atención, consideración y miramientos reciba el viejo capitán, tanto más a menudo volverá a estar al timón.

2.6 ¡A toda máquina!

La consigna del nuevo capitán es: ¡a toda máquina! En el barco de nuestra vida hemos tomado el mando. En Cristo debemos y podemos reinar en la vida. Ser por fin dueños de nosotros mismos significa vivir determinados por Dios y llenos de Cristo. Y en ello invertimos nuestra energía, nuestra concentración, nuestro interés y nuestras metas. Ahora pertenecen al nuevo propietario. El barco sigue un rumbo nuevo, tiene un nuevo sentido, navega contra corriente. Habrá tormentas, contratiempos, vías de agua, pero nada de eso nos detendrá.

Todas las cartas del NT hablan del movimiento constante y de la dinámica de cambio que forman parte de una vida cristiana:

- Corred
- Haced morir
- Creced
- Seguid
- Limpios
- Sed llenos
- Renovaos
- Abundad más y más
- Despojaos y vestíos

Estas exhortaciones, y otras más, dejan claro que nada sucede por sí solo. Dios no hace aparecer «por arte de magia» en nuestra vida lo que debemos hacer nosotros mismos (aunque todo está a su disposición). El poder de Dios está a nuestra disposición, y la confianza en él es el canal por el que ese poder fluye hacia nosotros. ¡No pasa nada a menos que uno lo haga! Una palabra verdadera, también en lo que respecta a nuestra santificación. Dios quiere nuestra entrega total. Nuestra salvación está rodeada de estos llamamientos; ellos y su

cumplimiento forman parte de ella como la respiración forma parte de la vida. Estos llamamientos son, sencillamente, «lógica de la salvación».

2.7 Nuestro Padre

Una vida de entrega total no se logra todos los días. Somos lo bastante realistas como para saber que cada día tenemos que lidiar con fracasos pequeños o grandes. Pero nuestra vida está en las manos de nuestro Padre celestial. Él no es un déspota que está al acecho de nuestros errores. Somos sus hijos e hijas, a quienes compró con el precio infinitamente alto de la vida de su propio Hijo. Vivimos a partir de esta relación de gracia. No estamos bajo una ley que exige sin piedad, sino bajo la gracia de nuestro Padre celestial. Él anima y ayuda, motiva y nos estimula una y otra vez. Nos da lo que necesitamos para una vida que le honre. En la oración le decimos «Abba» (querido Padre). Él no nos hace reproches cuando algo sale mal o cuando aparecen debilidades en nuestra vida. A él le confesamos nuestros pecados, que por desgracia todavía ocurren. Todo pecado que cometemos y no confesamos perjudica la comunión con nuestro Padre celestial y con su Hijo Jesucristo. Por eso debemos quitarlo de en medio. Cuando le falte el ánimo y se sienta indigno, cuando piense que es un fracasado, déjese alentar por estas palabras de Dios: «No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare» (Is 42:3).

Siempre es posible dar el paso de vuelta a los brazos del Padre. En él hay perdón, gracia y restauración, así como un nuevo comienzo. En él uno puede volver a sanar, aunque la fe sea débil y la entrega esté casi apagada. Sansón tocó fondo, pero se recuperó. Su cabello volvió a crecer, aunque por desgracia no recuperó la vista. Hizo falta tiempo hasta llegar ahí, pero llegó el día de su mayor victoria, aunque antes había sufrido una gran derrota por causa del pecado.

2.8 Lo que Dios quiere

¡Dios no nos exige nada que no podamos alcanzar! Quiere nuestro corazón; quiere alegría y una emoción interior cuando pensamos en él. Dios desea hacernos felices. No quiere explotarnos ni quitarnos la alegría de vivir. A veces los cristianos dan esa impresión. ¿Cómo llegamos a ser felices como cristianos? Lo encontramos en una vida entregada a él; en ninguna otra parte. Cito a Jay Adams: «En muchos cristianos se observa una carencia notable: les falta

constancia, perseverancia. La constancia es probablemente la clave de una vida ordenada y agradable a Dios. Nadie aprende a patinar, a esquiar, a tocar la flauta, a atarse los zapatos, a leer, a escribir o a conducir si no lo intenta durante el tiempo suficiente. Se aprende perseverando con tenacidad, a pesar de la torpeza y del fracaso, hasta adquirir la destreza deseada. Se aprende haciendo una y otra vez lo que se quiere aprender. La Biblia nos dice que con un estilo de vida santificado ocurre exactamente lo mismo.

No debemos malinterpretar que la Escritura haga tanto hincapié en el propio esfuerzo; este esfuerzo tiene su raíz en la gracia y no es “una obra de la carne”. Solo por medio del Espíritu Santo podemos adquirir constancia. Pero la acción del Espíritu no es “mística”. El Espíritu Santo nos dice de qué manera obra: la Escritura atestigua que él obra por medio de la Escritura.

Al obedecer de buena gana, en oración y con perseverancia las exhortaciones de la Biblia, los estilos de vida bíblicos llegan a formar parte de nosotros mismos. Leemos la Biblia y al hacerlo pedimos a Dios que nos ayude a poner en práctica lo leído. Para eso nos ha dado el Espíritu Santo. La palabra “gracia” tiene un significado de muchas capas. Uno de sus aspectos es “ayuda”. El Espíritu Santo ayuda a quienes leen su Palabra y luego se atreven, por la fe, a hacer lo que él dice. No nos promete la fuerza por adelantado. A menudo llega (solo) en el momento en que hacemos lo que se nos pide».⁶

2.9 ¡Es necesario que ÉL crezca, pero que yo mengüe!

Esta fue la meta de la vida de Juan el Bautista, que fue el precursor del Señor Jesús. Es un proceso que queremos adoptar de Juan, sabiendo que durará toda nuestra vida. El gráfico ilustra lo que dice esta frase de Juan, sencilla y a la vez difícil: ¡el signo menos corresponde a nuestra vida antigua y a nuestras propias metas e intereses, mientras que el signo más corresponde claramente a nuestro Señor!

(Gráfico: dos curvas que avanzan en sentido contrario sobre un eje temporal; la curva descendente está marcada con un signo menos y la ascendente con un signo más.)

- Despojarse del viejo hombre –
- Vestirse del nuevo hombre +
- Semejanza a Cristo creciente y pronto perfecta

6. Jay E. Adams, *Grundlagen biblischer Seelsorge*, p. 255.

- La carrera de la fe
- El proceso de crecimiento durante toda la vida
- Nuevo nacimiento
- Venida de Jesús y resurrección

2.10 La nueva vida en una representación gráfica

Los gráficos siguientes (cuadrado, círculo, triángulo) representan a distintas personas. La primera fila muestra cómo nace la persona en cuestión; la segunda, el desarrollo de su vida personal, y la tercera, el nuevo nacimiento. Las filas cuarta y quinta muestran cómo crece en la fe o vive de manera carnal, mientras que la sexta fila representa la meta: la perfección junto a Cristo.

Las tres formas sirven para distinguir a personas cualesquiera, tal como nacen. La diferencia puede estar en el origen y el entorno social, en el carácter particular de la persona, en los distintos temperamentos y en los dones naturales. En definitiva, se trata de la persona individual en aquello que la distingue de otras personas. En eso consistía su identidad al nacer, sin que ella misma hubiera aportado nada. Es aquello que la persona misma, salvo pocas excepciones, no puede cambiar: su estructura. Eso se representa con las formas vacías de la primera fila.

Las formas no se quedan vacías. El ser humano nace pecador y peca. La estructura de su personalidad es moldeada por el pecado en la dirección equivocada. Surgen hábitos pecaminosos que, a su vez, forman un mal carácter. Eso se simboliza con lo que ahora llena las formas. Aunque haya cosas moralmente buenas en esa persona, está marcada por el pecado que mora en ella. Las formas llenas muestran al ser humano antes del nuevo nacimiento.

Dios no reforma al hombre, sino que crea algo nuevo. Lo nuevo está hecho totalmente a la medida de la personalidad individual. Así como en Adán ya estaban presentes todas las variantes de personalidades humanas, lo mismo sucede con el postrer Adán, nuestro Señor Jesucristo. Él se hizo hombre y por eso puede vivir en cada ser humano individual. La Biblia compara esta realidad con una semilla que es plantada en nosotros: debe crecer desde el primer día, para que nuestro ser sea transformado en el ser de Cristo. La semilla divina se corresponde totalmente con la forma de la personalidad. Así, las cualidades del ser humano propias de la creación (es decir, las heredadas) no son cambiadas por el nuevo nacimiento. «Debemos suponer que Dios es capaz, de algún modo,

de introducir en cada persona algo totalmente nuevo que encaja perfectamente con su personalidad, cuya destrucción él nunca había pretendido». ⁷ En la personalidad individual de cada ser humano entra ahora el ser de Cristo, y así se convierte en una expresión única del ser de Jesús. Esto es expresión de la diversidad y la riqueza de la nueva creación, tal como ya existe en la primera creación.

(Gráfico en seis filas, cada una con un cuadrado, un círculo y un triángulo)

(Fila 1: las tres formas grises y vacías)

Distintas personas, tal como nacen con su personalidad individual

(Fila 2: las formas están llenas de muchas pequeñas formas negras)

Antes del nuevo nacimiento, la personalidad individual se llena con las experiencias de la vida cotidiana. Se forma el carácter. Junto a rasgos de carácter buenos, a menudo se trata de comportamientos que salen del corazón malo y que a veces están marcados predominantemente por el pecado. El contenido del cuadrado, del círculo y del triángulo corresponde a aquello en lo que la persona se ha convertido sin Dios.

(Fila 3: en el centro de cada forma aparece una pequeña forma blanca de la misma figura)

El día del nuevo nacimiento, la semilla divina de la Palabra de Dios es plantada en la persona. Cristo mismo es ahora la nueva vida espiritual del creyente. Esta nueva vida está adaptada a la personalidad de la persona. Esto se aprecia en la correspondencia entre la forma pequeña y la grande (por ejemplo, cuadrado pequeño y cuadrado grande). El nuevo nacimiento no cambia la personalidad individual dada por Dios en la creación, sino que la llena con la nueva vida de Cristo. La meta de Dios es la renovación y transformación de la personalidad nacida en pecado hasta la semejanza a Cristo.

(Fila 4: la forma blanca ha crecido, las formas negras han disminuido)

A partir del día del nuevo nacimiento, la semilla de la vida divina empieza a crecer. Cristo va tomando cada vez más forma en la persona a lo largo de un proceso continuo de crecimiento. El contenido viejo, la vieja manera de vivir y los viejos patrones de conducta se reducen y desaparecen cada vez más. La semilla sigue creciendo; es decir, el ser de Cristo penetra, llena y configura cada vez más a quien ha nacido de nuevo.

(Fila 5: en el cuadrado, la forma blanca vuelve a ser más pequeña y lo negro ha aumentado; en el círculo y el triángulo, la forma blanca lo llena casi todo)

7. Custance, Arthur C., *Man in Adam and in Christ*, p. 171.

La vida de este cristiano no ha seguido desarrollándose. La vida antigua ha vuelto a pasar a primer plano.

Estos dos cristianos han crecido en la fe. Se han preocupado por hacer morir las obras de la carne y por confiar en Cristo como contenido y meta de su vida, y por servirle a ÉL.

(Fila 6: cuadrado, círculo y triángulo completamente blancos)

En la eternidad, cada creyente tiene un cuerpo de resurrección o de gloria. En él es semejante a Cristo. Al mismo tiempo, será para siempre la persona individual que Dios hizo llegar a ser a través de sus padres, o que creó. En la consumación, el pecado y la carne pecaminosa serán definitivamente pasado e historia.

La semilla plantada debe crecer, para que Cristo y su ser impregnen cada vez más la personalidad. Esa es la meta de Dios. Él mismo da el crecimiento. Pero la medida y la velocidad del crecimiento dependen de nosotros. Se nos exhorta a dejar la vieja manera de vivir, para que el estilo de vida del nuevo hombre sea cada vez más visible para quienes nos rodean. Las formas del gráfico siempre siguen siendo las mismas; solo cambia el contenido. Se nos exhorta a eliminar sin contemplaciones todas las demás semillas y plantas que no proceden de Dios y de su Espíritu y que vienen de la vida antigua, para que la semilla de Dios pueda crecer.

La quinta fila deja claro que, por desgracia, también se puede retroceder, y que la semilla, Cristo, deja de desempeñar el papel más importante en el centro de nuestra vida. La semilla se hace más pequeña; la vieja vida centrada en el yo vuelve a crecer.

O bien el crecimiento es constante, como se representa en el círculo y el triángulo, donde la personalidad está verdaderamente alcanzada y llena de Cristo.

Al final solo se verá a Cristo, en la perfección de la gloria celestial. Seremos para siempre nosotros mismos, tal como Dios nos creó, pero entonces sin ningún pecado y, aun así, semejantes al Señor.

¿Qué tamaño tiene la semilla de Dios en mi vida? ¿Hasta qué punto ha crecido?

2.11 Todo junto de un vistazo

Este gráfico⁸ es un resumen sencillo de los factores clave de nuestra vida cristiana, que están en interacción y dependencia mutua directa. Hemos decidido no reservar la salvación solo como un billete para una eternidad bienaventurada. Queremos experimentar ya ahora la vida que viene de Dios, su amor, su gozo y su paz. Así como el Señor Jesucristo lo entregó todo para poseernos, así queremos poner nuestra vida a su disposición por gratitud.

No es una tarea imposible. Dios quiere nuestro gozo y nuestra satisfacción plenos, y estos solo los experimentamos en una vida para Dios. Una vida así tiene a Cristo como centro, como contenido de la vida, como meta y como futuro. Un día él llenará cada rincón del universo, y ya ahora nos llena a nosotros. Esta plenitud impregna todo nuestro ser y nos transforma día a día cada vez más a su imagen. Nosotros mismos somos los que menos notamos este cambio positivo, pero Dios trabaja en nosotros.

Al principio está el Espíritu Santo. Él es la fuerza y la base de toda acción. A ello se suma la experiencia diaria, que nos forma y nos desafía al bien, pero que también nos tienta al mal. Esa es la arena de la fe, en la que se desarrollan los dramas de nuestra vida, mientras obedecemos, confiamos y amamos al Señor de nuestra vida, a quien no vemos.

En todo ello hacen falta nuestra entrega plena, nuestro compromiso y la voluntad de tomárnoslo en serio. Tenemos que seguir a Jesús con un corazón indiviso y lleno, y tener la disposición y la disciplina para posponer nuestra propia vida, nuestros deseos y ventajas, a fin de ganar la vida verdadera.

(Gráfico: un triángulo con tres flechas que, desde arriba y desde los dos vértices inferiores, apuntan a un círculo en el centro; texto arriba, en el círculo, abajo a la izquierda y abajo a la derecha)

La acción de Dios en gracia, poder y ayuda por medio del Espíritu Santo, que mora en nosotros y está constantemente a nuestro lado. Su Palabra, la Biblia, es la sabiduría para nuestra vida. Él quiere llevarnos con seguridad a la meta final, pero también alcanzar con nosotros su meta individual para nuestra vida terrenal.

El ser y la vida de Jesucristo son el centro y el núcleo de la vida cristiana. Jesús debe tomar forma en nosotros. Dios nos hará conformes a la imagen de

8. Idea según Dallas Willard, *The Divine Conspiracy*, p. 347.

su Hijo. Este proceso se consumará en la venida de Cristo, ¡pero en el aspecto moral comienza ya en la tierra!

La realidad de la vida, la carrera de la fe: el día a día con todas sus atracciones y seducciones pecaminosas, pero también con las tentaciones y los ataques del enemigo y con diversas pruebas en la disciplina de nuestro Padre celestial

Nuestra fe y nuestra voluntad, nuestra decisión y nuestro compromiso, nuestro esfuerzo, disciplina y constancia para, a pesar de nuestra torpeza, a pesar de errores, contratiempos y fracasos, seguir adelante y seguir corriendo en la carrera de la fe, a fin de alcanzar la meta final celestial

2.12 Excursiones por la montaña

Ahora que el vuelo panorámico nos ha dejado una fuerte impresión, le invito a algunas excursiones «espirituales» por la montaña. A mis hijos no les entusiasman precisamente las caminatas, y también a mí me cuesta animarme. Pero he comprobado una cosa: cuando veo desde mi despacho las numerosas cumbres de los Alpes de Algovia, haber subido a pie a una de esas cimas y haber disfrutado de la vista es una experiencia que no tiene precio. Ese momento, tras un ascenso agotador, no se puede comprar; uno mismo tiene que ponerse en marcha. Mirar desde un avión es una cosa, pero ir uno mismo a la montaña es otra.

Las excursiones por la montaña no son paseos inofensivos por terreno llano. A lo que le invito es a excursiones apasionantes, en las que subimos con paciencia, con tramos fáciles y difíciles por delante, pero siempre con la meta clara a la vista: son los hechos de la salvación que ya hemos «*sobrevolado*». Ahora se trata de detalles importantes que contiene la enseñanza bíblica sobre nuestra posición en Cristo y sobre lo que significa «Cristo en nosotros». Las excursiones merecen la pena. Yo mismo ya las hice al escribir estas líneas, y fueron descubrimientos impresionantes, conmovedores, esclarecedores, liberadores y muy motivadores.

Nuestro guía de montaña ha de ser el Espíritu Santo, que se ha comprometido a guiarnos a toda la verdad de Dios, la verdad de la Biblia. Él se concentra en dar testimonio de él, del Libertador Jesucristo, y en engrandecerlo en nuestra vida.

La primera excursión es la más larga y la más agotadora, pero al mismo tiempo la más importante. Una vez que se ha conquistado esta cumbre, la

siguiente ya no será tan difícil. La carta que Pablo escribió a los romanos ilustra la justicia, pero también la gracia de Dios en el evangelio. Esta carta nos ocupará en primer lugar. En ningún otro lugar se tratan tan a fondo estas cuestiones fundamentales de la salvación en relación con nosotros. Esa es también la razón por la que aquí queremos tomarnos la molestia de subir versículo a versículo hasta la cumbre.

2.13 De Adán a Cristo

No subimos a la carta a los Romanos por delante, sino en el quinto «vagón» de este «tren de la gracia». Aun así, queremos indicar brevemente lo que se encuentra en los primeros capítulos: después de la introducción en 1:1-17, Pablo habla en 1:18 – 5:11 de los *pecados* de toda la humanidad, por los que esta se halla culpable ante Dios (1:18 – 3:20). Por parte de Dios, a esta situación sin salida se le oponen dos hechos de la salvación:

- la redención que Dios nos ofrece sin contrapartida por medio de la sangre de Jesucristo derramada en la cruz (3:21-31)
- el poder de resurrección de Dios, que devolvió a Cristo a la vida (4:1-25).

La segunda parte de la carta va de 5:12 a 8:39. Aquí Pablo trata la cuestión de qué hace Dios con respecto a nuestra pecaminosidad incorregible. Se trata del pecado como principio, como un poder fuerte que se encuentra en el ser humano. La pregunta es: ¿cómo puede el justo *vivir* por la fe (1:17)?

2.14 ¿Qué tuvo que suceder primero para nuestra salvación?

Si el hombre está tan corrompido, ¿no tiene que suceder algo en el hombre? «Esa no sería la perspectiva correcta. El apóstol Pablo tiene en la carta a los Romanos una respuesta totalmente distinta: en primera instancia no tenía que suceder algo *en* nosotros; tenía que suceder algo *fuera* de nosotros, en Cristo. Junto a la obra de Cristo por nuestros *pecados*, debemos pensar primero en la obra de Cristo por nuestro *pecado*, porque también eso es un hecho de la salvación. Después —solo entonces y no antes— le toca el turno a la obra del Espíritu Santo *en* nosotros. La obra de Cristo *por* nosotros debe distinguirse claramente de la obra del Espíritu Santo *en* nosotros. La primera obra sucedió completamente fuera de nosotros, y está consumada; no hay que añadirle nada. La segunda tiene lugar en nosotros, y está lejos de haber terminado; todavía hay

mucho que añadir. Pero tiene que quedar muy claro que tanto la solución del problema del pecado (el poder del pecado, la raíz del mal) como la solución del problema de los pecados forman parte de los hechos de la salvación. Dicho de otra manera:

- La liberación del pecado sucede ante todo fuera de nosotros, y es parte de la justificación (cf. la expresión “justificado”⁹ en 6:7); esta es la obra de Cristo, consumada una vez para siempre.
- Después, la liberación toma forma en nosotros, y eso es parte de la santificación, que desembocará en nuestra glorificación (8:30); esa es la obra del Espíritu Santo, que se va realizando paso a paso a lo largo de nuestra vida terrenal.¹⁰

9. Véase la nota de la ER.

10. H. P. Medema, *Romeinen 7 enzovoorts*, p. 44.

3. Romanos 5:12-21: De Adán a Cristo

Cuando los romanos hubieron escuchado con atención al lector hasta 5:11, pudieron respirar aliviados una vez más, aunque ya habían llegado a la fe y, con ello, a la salvación. Parece como si acabara de suceder: tenían paz con Dios y, en este proceso judicial divino, no habían sido declarados culpables, sino justos por el Juez de toda la tierra. El tema de las transgresiones y el hecho de que ahora ya no son pecadores, sino justos, parece en realidad cerrado con el versículo 11. ¿Están, pues, aclaradas definitivamente todas las cuestiones sobre el pecado y la justicia de Dios? Evidentemente no. La cosa vuelve a empezar de verdad. De nuevo el apóstol crea una tensión como la que también se percibe en los primeros capítulos de esta carta.

¿De dónde vino el pecado? ¿De dónde la muerte? ¿Por qué están afectados todos los seres humanos? ¿Qué papel desempeña la ley de Dios? Y, naturalmente, la pregunta: ¿hay una salida del círculo vicioso del pecado, la muerte y la condenación? Quizá algunos se miraron desconcertados, pues ¿no acababa Pablo de hacer oír el grito de júbilo de la salvación? ¿Por qué tenía que volver ahora a empezar con el pecado y la muerte? La respuesta: el tema todavía no está tratado por completo. Si se sigue escuchando, enseguida queda claro de qué se trata ahora. Ya no se trata de lo que los hombres han hecho, con lo que han demostrado ser injustos y pecadores. Ahora se trata más bien de la pregunta: ¿por qué es así? El tema consiste ahora en *lo que el hombre es*, en por qué peca, en cuál es la causa de los pecados. Ahora Pablo excava hasta la raíz, después de haber tratado antes los malos frutos. El pecador no solo tiene que ser justificado o absuelto de sus pecados, sino también redimido del poder del pecado. Ha quedado bajo su dominio por su vínculo con Adán, por el árbol genealógico de la vida, por así decirlo. Ese es su problema, y en ese vínculo está atrapado; no puede liberarse de él por sí mismo. Hasta que vino Cristo, no había ninguna posibilidad de escapar de ese vínculo.

Este texto muestra la catástrofe de la caída y sus consecuencias. Pero, al mismo tiempo, mediante el contraste y la confrontación de los dos personajes principales (a saber, Adán y Cristo), deja claro también cómo Dios ha abierto de par en par el camino a la vida.

En este texto Pablo pone el fundamento de los capítulos 6, 7 y 8. De hecho, este texto sirve de introducción y preparación. Quien lea aquí con atención no lo tendrá tan difícil en los capítulos siguientes.

3.1 Versículo 12: Cómo empezó todo

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...

Un solo hombre abrió la puerta al pecado. No solo en *su* vida, sino en el mundo. Esto significa que todo lo que vive en este mundo está igualmente afectado: todos los seres humanos mueren, porque todos pecaron. Con ello, este hombre dejó entrar también la muerte y toda la miseria que va unida a ella. Como una chispa, un primer acto aparentemente banal desencadenó un incendio de grandes proporciones que hasta hoy hace estragos más que nunca.

Esta figura trágica es el Adán histórico, el primer hombre, como se ve enseguida. Es cierto que Pablo sabía que el primer paso hacia la desobediencia no vino de Adán, sino de Eva (1 Ti 2:14), pero Adán calló y participó. Siguió a su mujer, aunque había sido *él* quien había recibido el mandamiento antes de que Eva existiera. Por eso era responsable de todo lo que sucedió.

El tema de Pablo es el contraste entre dos personajes principales, a saber, Adán y Cristo, con quienes están vinculados todos sus «descendientes».

3.1.1 El pecado y los pecados

El pecado ya existía antes de Adán, porque Satanás peca desde el principio (1 Jn 3:8). Él se acercó al primer hombre para seducirlo. El tentador, la serpiente antigua, no se menciona aquí. El hombre actuó con plena responsabilidad propia.

El término «pecado» no es aquí simplemente el singular de «pecados». Aquí se trata de mucho más. Como se desprende de este pasaje y de los textos siguientes, aquí se trata del pecado como un principio enemigo de Dios, de un poder que se opone a Dios y a sus mandamientos. Se trata del pecado como una enfermedad que amenaza la vida, de desenlace mortal, que ha atacado a todos los seres humanos. El apóstol Juan dice: «El pecado es infracción de la ley» (1 Jn 3:4). Con ello, el pecado abarca el rechazo de la autoridad de Dios (anarquía), en cualquier forma visible o invisible.

Watchman Nee compara los pecados y el pecado de forma muy gráfica con la siguiente situación: si se quiere resolver definitivamente el problema del alcohol, no basta con localizar y destruir todo el alcohol. Hay que cerrar y destruir las fuentes de suministro, es decir, los lugares donde se produce el alcohol. Así, el alcohol mismo representa los pecados, mientras que las fábricas simbolizan el pecado.

3.1.2 El pecado y la muerte

Adán y Eva sabían que el pecado traería consigo la muerte (Gn 2:17). Dios mismo había anunciado la muerte como consecuencia de que comieran del fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y del mal. La muerte comenzó en el mismo instante en que transgredieron ese mandamiento. Esta muerte interrumpió de inmediato la relación sin perturbaciones y llena de confianza que el Creador mantenía con sus criaturas.

La muerte no significa la extinción ni la supresión de la existencia. Significa separación y un cambio, o un empeoramiento, del estado anterior. El NT habla de una muerte espiritual. Esta no implica la extinción del corazón o del espíritu humano, sino su incapacidad de entrar en comunión con Dios. Aquí Pablo habla de la muerte física como consecuencia del pecado.

La muerte es la consecuencia (tardía) ineludible e inevitable del pecado. La muerte pasó a todos los hombres; no se la pudo detener. Eso habría podido lograrse si un ser humano no hubiera pecado y hubiera demostrado así que no tenía la naturaleza de Adán. Eso nunca ha ocurrido entre los hombres; hasta ahora no se ha podido diagnosticar en nadie la ausencia de pecado. Todos están afectados y, tarde o temprano, sufren la muerte.

3.1.3 La caída y el pecado original

Esto no significa que la caída de Adán se repita en cada ser humano, de modo que, siendo inocente como Adán, se le ponga ante la elección de obedecer o de cometer una transgresión. Si así fuera, existiría la posibilidad de que quizá un ser humano lograra no pecar y, en consecuencia, tampoco tuviera que morir. Pablo quiere decir que todo ser humano ha heredado el ser pecaminoso de Adán y que, por tanto, su vida está marcada por el pecado. La

línea de descendencia nunca se ha interrumpido. Hay dos pruebas de ello: primero la muerte, y luego también el hecho de que todo ser humano ha pecado. Esto se distingue de la situación de Adán en que el hombre de hoy ya está moralmente debilitado (más aún: corrompido) por la naturaleza pecaminosa heredada de Adán y, en consecuencia, peca. De este texto procede el término teológico de *«pecado original»*.¹¹

Por la transgresión de Adán, el pecado se ha convertido en un compañero permanente de todo ser humano, al haber infectado al hombre en toda su existencia como un principio enemigo de Dios, como una enfermedad incurable. Se ha apoderado del hombre entero: de su espíritu, su alma, su corazón, su mente, su voluntad y su cuerpo. La muerte, como consecuencia del pecado, se ha apoderado tanto de la parte inmaterial del hombre —su hombre interior—, produciendo una muerte espiritual «en ... delitos y pecados» (Ef 2:1), como ha afectado también a la parte material (el cuerpo). También este está dominado por la muerte: el cuerpo está muerto a causa del pecado (8:10).

La historia de cada ser humano no puede separarse de la de su primer padre. Su historia no se reescribe dándole la oportunidad de demostrar que no tiene que pecar. Es un hijo de Adán, con todas las consecuencias trágicas. Ningún niño que nace tiene que aprender a pecar. El pecado le viene de cuna, y solo la educación es capaz de contener el estallido total del pecado.

Algunos entienden este versículo como si nosotros hubiéramos pecado (también) en Adán, es decir, en su transgresión. En ese caso se nos haría responsables de un acto que en realidad no hemos cometido. De lo que se trata es de que Adán, mediante ese acto, dejó entrar el pecado en su vida, y nosotros, como descendientes suyos, hemos heredado necesariamente ese ser. Nosotros mismos no podemos cambiar nada de eso.

3.1.4 Un mandamiento sencillo

La transgresión que tuvo consecuencias tan devastadoras no fue un acto de pecado terrible, ni un asesinato ni un robo; no: fue la transgresión de un mandamiento muy sencillo. Un acto no se convierte en pecado solo cuando es especialmente terrible. Todo acto es pecado (desde su origen en el pensamiento

11. En inglés, *original sin*.

hasta su ejecución) en cuanto rechaza, o simplemente olvida, la autoridad de Dios, que aquí se expresa en un mandamiento sencillo.

En estos capítulos, el pecado casi nunca se presenta mediante actos pecaminosos, sino casi siempre como el principio que está detrás de todos los actos pecaminosos, es decir, detrás de los pecados.

El pecado es un principio que lleva al hombre a tomar su vida en sus propias manos y a no tener en cuenta la voluntad de Dios, ni siquiera su existencia. Eso no tiene por qué tener como consecuencia pecados «horribles». La vida de una persona de alto nivel moral que no pregunta por la voluntad de Dios está tan impregnada de pecado como la de un asesino o un adúltero. De este pecado tratan los capítulos siguientes. La semilla del pecado ha brotado en todo ser humano, aunque no se ha desarrollado por igual en todos.

La gran pregunta hacia la que avanza Pablo es qué ha hecho Dios frente a este problema del pecado. Para ello no bastan el perdón ni la reconciliación. Dios no perdona lo que yo *soy*, sino lo que he *hecho*. Ya en la primera mitad de este capítulo 5 el apóstol dice expresamente que «*éramos* pecadores», es decir, que ahora ya no lo somos. ¿Qué sucedió exactamente para lograr esto? ¿Y cómo asegurará Dios que el pecado ya no reine en la vida de un creyente, como sigue ocurriendo en todos los que todavía pertenecen a la «*familia de Adán*»?

El versículo 12 se interrumpe con un inciso bastante largo; aparentemente se corta a la mitad. Como conocemos el texto completo, lo terminamos aquí con nuestras propias palabras para entenderlo mejor, de forma parecida al versículo 18, donde este versículo 12 se retoma después del inciso:

*Por tanto,
como el pecado entró en el mundo por un hombre
y por el pecado la muerte,
y así la muerte pasó a todos los hombres,
por cuanto todos pecaron...
... así por un hombre y su acto justo (el Gólgota)
la justicia entró en el mundo
y por la justicia la vida (eterna),
y así la vida pasó a todos los hombres.*

3.2 Versículo 13: El pecado antes de que se diera la ley

... pues hasta la ley había pecado en el mundo;

*pero el pecado no se imputa
donde no hay ley.*

Aquí comienza un inciso que no termina hasta el versículo 17. Pablo subraya que no hay salida del vínculo con Adán, sea cual sea la época de la historia de la humanidad, con ley o sin ella.

La historia de la humanidad comenzó con Adán, y también la historia del pecado y de la muerte en el mundo de los hombres. Hasta la Torá, la ley de Moisés, pasaron probablemente unos 2500 años. La ley hace que el pecado sea palpable y manifiesto, pero el pecado ya existía también en la época en que esa ley todavía no existía. Con ello Pablo respalda su afirmación principal de que fue Adán por quien el pecado entró en el mundo y también permaneció en él. Todos sus descendientes llegaron a ser lo que él era: demostraron ser pecadores. Desde Adán reinó el pecado, aunque la ley no pudiera llamarlo por su nombre ni denunciarlo. Esto no solo lo confirma la muerte de todos los hombres de aquella época, sino también los acontecimientos de ese tiempo. El gran diluvio en tiempos de Noé es probablemente el ejemplo más claro de ello. Y no en último lugar, Pablo ya describió en los primeros capítulos de su carta el estado irremediabilmente corrompido de los descendientes de Adán antes de la época de la ley. Y si se aplicara a posteriori la medida de la ley a la época en que no había ley, se pondría de manifiesto, además del testimonio de la conciencia, el hecho de que también entonces los hombres pecaban, porque eran pecadores.

3.3 Versículo 14: Adán, figura del que había de venir

*No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés,
aun sobre los que no habían pecado
a semejanza de la transgresión de Adán,
el cual es figura del que había de venir.
(cf. Os 6:7)*

El reinado de la muerte, al que ningún ser humano puede sustraerse, es un hecho y demuestra el reinado igualmente despiadado del pecado. Esto es otra indicación de que el pecado está presente aun sin un mandamiento concreto. Más aún: estas palabras dejan inequívocamente claro que los hombres de aquella época no eran pecadores porque pecaran (aunque también esto es verdad), sino porque eran descendientes de Adán. Incluso sin una transgresión concreta, los

hombres morían, con lo cual queda demostrado que el problema es el vínculo con Adán.

Los bebés, que no pecan conscientemente, mueren porque son descendientes de Adán.

Se trata, con todo énfasis, de que el vínculo con nuestro antepasado Adán no puede ser cortado por ningún ser humano (con ley o sin ella). Todos nacen pecadores porque nuestro primer padre cayó en el pecado. Por eso es muy importante la siguiente frase: no somos pecadores porque pecamos. Más bien pecamos porque somos pecadores y nacimos como tales.

El pecado no solo ha entrado en el mundo; ha llegado hasta nuestro corazón. Jesús dice que del corazón, de dentro, de lo más íntimo del ser, salen las malas acciones (Mr 7:21-23). Estas brotan del hecho de que *«hemos llegado a ser pecadores»* (cf. Ro 5:19; Luther 1912, traducción bíblica alemana).

3.3.1 Adán y Cristo

Ahora Pablo desarrolla una fascinante comparación entre Adán y «el que había de venir». El que había de venir es evidentemente Cristo: a él le pertenece el futuro. Adán es, pues, una *«figura»* de Cristo. Se le podría llamar una contrafigura, porque la correspondencia consiste en el alcance y el efecto de sus respectivos actos, pero estos son totalmente opuestos. El primer Adán representa el pecado y la muerte; el *postrer* Adán (1 Co 15:45), la vida y la justicia. La correspondencia entre ambas personas consiste en que de cada una de ellas se puede decir que es cabeza, origen o padre de una familia humana. Ambos son representantes de sus descendientes o de su linaje.

3.4 Versículo 15: Por medio de Cristo el daño queda más que reparado

Pero ¿no es el don de gracia como la transgresión?

Porque si por la transgresión del uno

murieron los muchos,

mucho más

la gracia de Dios

y el don en gracia,

que es por medio del único hombre, Jesucristo,

abundaron para los muchos.

Pablo explica la figura de Adán mediante los contrastes con Cristo. La transgresión de Adán trae la muerte a los muchos, de quienes él es el primer padre. Pero el Dios de la gracia no se quedó ahí. Es, en efecto, gracia en estado puro la que se hace cargo de esta familia de Adán. No afecta simplemente a aquellos que, sin culpa propia, han llegado por la transgresión de Adán a su situación de perdición, marcada por la muerte y el pecado, sino también a aquellos que ellos mismos viven según el lema del pecado.

La gracia de Dios produce un don, a saber, un hombre que es contrapuesto a Adán. El don en gracia es una persona por medio de la cual la gracia de Dios brota de tal manera que todos los diques se rompen y cada ser humano (no importa en qué lugar de este planeta esté) puede ser alcanzado. La gracia en la persona del Hijo de Dios, el postrer Adán, es más fuerte que todo lo que entró en el mundo por el primer Adán. Fueron muchos los que murieron, y pueden ser muchos los que vivirán. ¡Dios no ha abandonado a su humanidad a la muerte!

3.5 Versículo 16: El efecto de la transgresión y el del don de gracia

¿Y no es como por (el) uno

que pecó,

así también el don?

Porque el juicio vino de uno (un solo tropiezo) para condenación,

pero el don de gracia, de muchas transgresiones para justicia (para justificación o para sentencia de justificación).

La decisión de Adán, de consecuencias tan graves, trae condenación sobre todos: esta es la herencia que dejó. A partir del versículo 15 se habla de Dios, y por eso también de condenación. Dios ejecuta su justo juicio y su sentencia sobre el pecador, y eso solo puede significar condenación. Pero el don de gracia en el hombre Jesucristo conduce a la justificación del pecador, lo contrario de la condenación. Esta cayó sobre el Sustituto en nuestro lugar. Ahora no está acusada solamente la transgresión de Adán, sino que se trata también de las muchas transgresiones de sus numerosos descendientes. Ahora queda incluida también la época de la ley.

3.6 Versículo 17: Cristo pone fin al reinado de la muerte

*Porque si por la transgresión del uno
reinó la muerte por medio del uno,
mucho más los que
reciben la sobreabundancia (el exceso) de la gracia
y del don de la justicia
reinarán en vida (es decir, en el poder de la vida)
por medio del uno, Jesucristo.*

La gracia de Dios es desbordante; se manifiesta en una sobreabundancia que no se puede medir. Por ella, los descendientes de Adán reciben como don la justicia de Dios. Por medio de Jesucristo, el postrer Adán, son arrancados del reinado de la muerte. Ya no reina la muerte sobre ellos; no: son ellos mismos quienes reinan en el poder de la vida de su Señor resucitado, como mostrará el capítulo siguiente. Por medio de Jesucristo se convierten en vencedores: ya ahora y, pronto, sin restricción alguna en el cuerpo nuevo, cuando sean semejantes a Jesús.

Aquí termina el inciso comenzado en el versículo 13, en el que Pablo abordó la cuestión particular de la presencia del pecado a pesar de la ausencia de una ley. Ha refutado todos los argumentos de que pudiera haber excepciones a las que no hubiera afectado lo que hizo Adán. Todos los seres humanos están necesariamente vinculados a Adán y bajo las consecuencias de su transgresión.

Para todo ser humano es un hecho que el vínculo con Adán existe. Esto vale también para la llamada «buena persona», que se distingue por sus buenas obras, ya sea judío o gentil. De eso no puede librarse por sí mismo. Tiene que reconocer este hecho. Pero, como muestran las palabras siguientes, no necesita quedarse sin esperanza: Dios ha abierto una salida. Por la gracia de Dios no solo recupera el estado de inocencia de Adán, sino que, por medio de un nuevo vínculo con Cristo, su nuevo «padre de familia», recibe mucho más de lo que Adán tuvo jamás.

La misión de Adán era señorear sobre la creación. Pero ahora él y todos sus descendientes estaban dominados por el pecado y la muerte. Sin embargo, los que reciben el don de la justicia reinarán en vida. Este reinado significa que pueden vivir como Dios quiere: en libertad y para la gloria de Dios. «Reinar en

vida» es la quintaesencia de la plenitud de vida que ahora tenemos en Cristo. Con esta nueva situación podemos ser las personas que responden a su destino, a saber, personas de Dios que viven con él y de él. Ya no están dominadas por la muerte y el pecado en todos sus efectos sobre el ser humano; han sido liberadas de la servidumbre para ser ahora aquello para lo que Dios las ha destinado. Pablo lo desarrollará todavía en detalle.

3.7 Versículo 18: Condenación y justificación de vida

*Así pues,
como por una transgresión
vino a todos los hombres
la condenación,
así también por una justicia
vino a todos los hombres
la justificación de vida.*

Una vez más, el trágico acto de Adán, en su alcance y su efecto sobre todos los hombres, se contrapone al único acto del único Justo. La condenación es el justo juicio de Dios sobre todos los hombres que han existido y existirán. Pero con la misma eficacia está ahí la *una* justicia, el *único* acto justo. Este comprende la muerte sacrificial voluntaria y obediente de Cristo. Este acto incomparable y único actuará igualmente sobre todos los hombres sin excepción. Trae consigo la justificación del pecador. Esto ya se presentó en la primera parte de la carta. Ahora se va todavía más allá. Ahora entra en el campo de visión la *justificación de vida*. La vida, que es más fuerte que la muerte, entra ahora en juego. Aquí no se trata solo de un proceso judicial en el que hay que aclarar la cuestión de la culpa, es decir, de lo que yo he hecho. Aquí se trata más bien de que yo, como ser humano, como pecador justificado, tengo una vida nueva, en la que algo ha sido cambiado en mí. Como ser humano he recibido la justicia de Dios, porque poseo vida de Dios, la vida del Resucitado. De mis pecados he sido absuelto o justificado. Pero también mi existencia, mi nuevo ser en Cristo, lleva el sello de la justicia de Dios. La condenación o sentencia de Dios me alcanza con razón no solo por lo que he hecho, sino también por lo que soy. Pero ahora estoy en Cristo y poseo una vida nueva. Este texto sirve de fundamento para lo que Pablo explicará con más detalle a continuación.

La justificación trae consigo el don de la vida. La justificación conduce a la vida eterna. En mi vínculo con el Cristo resucitado me encuentro en una posición totalmente nueva, que ahora está determinada por completo por un nuevo dador de vida, por una nueva cabeza: por Cristo. En este estado, todo mi ser está incluido en la justificación por parte de Dios.

3.8 Versículo 19: La posición legal de pecadores y la posición de salvación de justos

*Porque así como por la desobediencia de un hombre
los muchos fueron puestos en la posición de pecadores,
así también por la obediencia de uno
los muchos serán puestos en la posición de justos.*

La posición del pecador es una situación lamentable a la que ha llegado por la sentencia de Dios: he pecado porque soy descendiente de Adán; en toda mi existencia soy un pecador y tengo que ser considerado como tal.

El hombre Jesucristo, que a diferencia de Adán fue obediente hasta la muerte en la cruz, puede abrirnos el camino de la vida. El fruto de su obediencia me da la posibilidad de ocupar la posición firme y segura de un justo.

Es una contraposición abstracta de dos personajes principales: Adán y Cristo. Aquí no se trata de cómo vivo yo como cristiano. Sé que ocupo la posición de un justo. Al comienzo del capítulo 5 salgo, por así decirlo, absuelto de la sala del tribunal. Ahora la vida sigue. ¿Qué soy ahora? Antes se trataba de lo que yo había hecho; ahora se trata de lo que soy.

Dios me ha puesto en la posición de un justo y toma en serio esta posición creada por él mismo. Se atiene a su propia jurisprudencia; es fiel.

En la posición de pecadores nacen todos los seres humanos «automáticamente». La posición de justos está abierta a todos. Pero solo se concede a quienes creen («muchos», por desgracia no todos).

3.9 Versículo 20: La ley saca a la luz todos los pecados

*Pero la ley se introdujo
para que la transgresión abundase;
mas donde el pecado abundó,
sobreabundó la gracia...*

La ley no pudo cambiar nada en sentido positivo. No mejoró la situación del hombre; más bien la empeoró, porque por la ley el pecado se volvió aún más abundante. En lugar de reprimir y contener el pecado, este salió aún más a la luz.

La ley mosaica (en esencia, los Diez Mandamientos) dejó claro con qué fuerza reinaba el pecado. Pero Dios no reveló su voluntad por medio de la ley para pronunciar con ella la última palabra y dejar que el hombre pereciera en el diluvio de sus pecados desbordantes. Respondió con su gracia, que no tiene límites. Así, la comparación de los dos personajes principales no es solo una contraposición, sino una prueba de que Dios es más grande, no solo en poder, sino también en gracia.

La ley puso al descubierto lo que ya existía antes. Los hombres pecaban ya desde Adán. Con la ley, los pecados son ahora llamados por su nombre. La ley mostró claramente cuántos pecados comete el hombre. Con esta ley existe una medida divina, inmutable e incorruptible de lo que es el bien y el mal.

3.10 Versículo 21: De la muerte a la vida eterna

... para que, así como el pecado reinó en la muerte

(en el poder de la muerte),

así también la gracia reine

por la justicia para vida eterna

mediante Jesucristo,

Señor nuestro.

Para los que están en Cristo, el reinado del pecado hasta la muerte es ahora pasado. Para ellos reina la gracia. Pero la gracia tiene como fundamento la justicia de Dios. No es una gracia barata que simplemente lo pasa todo por alto. No: todo se hace conforme a derecho. La justicia de Dios es el mejor fundamento; hay una seguridad jurídica absoluta.

Esta palabra es tan compacta y tan rica en la descripción de lo que ahora se ha realizado en el «postrer Adán» (Cristo), que apenas se puede abarcar.

Se podría decir que también la gracia reina ahora como antes reinaba la muerte: superando todos los obstáculos e irresistible. No podemos sustraernos a sus consecuencias, como tampoco el pecador puede sustraerse a la muerte. ¡Pero este régimen de la gracia lo aceptamos con mucho gusto!

Por primera vez en este contexto se habla de la vida eterna, y aquí se refiere a su posesión futura en la resurrección de vida. La vida eterna promete un futuro en Cristo que no tiene fin. La carta a los Romanos es una prueba de cómo Dios lucha por nosotros, para que no nos perdamos, sino que tengamos vida eterna.

3.11 Panorama de Romanos 5:12-21

	Representante de la antigua creación; el <i>primer</i> hombre	Representante y cabeza de la nueva creación; el <i>segundo</i> hombre y <i>postrer</i> Adán
Figura de Cristo	Adán	Jesucristo
Acto	Transgresión	(Acto de) justicia La obra de redención perfecta de Jesús
Resultado	Pecado y muerte	Justicia y vida
Efecto sobre todos los descendientes	Sentencia y condenación	Gracia y justificación de vida
Posición ante Dios	Pecadores	Justos
Pretensión al trono antigua y nueva	Reinado del pecado para la muerte	Reinado de la gracia por la justicia para vida eterna

4. Romanos 6: Libres del poder del pecado

Todos los seres humanos que nacen pertenecen «por naturaleza» (Ef 2:3; Ro 11:24), quieran reconocerlo o no, a la línea de Adán, su primer padre. Como tales, están necesariamente infectados por el pecado. La prueba de ello es inequívoca: mueren, aun sin haber transgredido un mandamiento concreto. Pero la gracia de Dios es imparable. Él ha enviado al mundo un «nuevo» Adán, y este es la respuesta de Dios al fracaso del primer Adán y de la humanidad en su conjunto. El «postrer Adán» es Jesucristo, el propio Hijo de Dios, que a diferencia de Adán fue obediente toda su vida en las condiciones más difíciles, hasta el punto culminante de su entrega voluntaria como sacrificio por el pecado. Este acto de justicia (5:18) abre la puerta al árbol de la vida, que el pecado de Adán había cerrado. Este árbol de la vida es ahora Cristo mismo, como el que murió y resucitó. En él surge ahora una generación de hombres nuevos que, por la intervención de Dios (1 Co 1:30), son trasladados de Adán a Cristo. Tiene lugar un giro de salvación, un cambio de bando que corta el vínculo con Adán y crea uno nuevo con Cristo. Son, por así decirlo, cortados del árbol de Adán y ahora han crecido juntamente con Cristo (6:5); ahora están «en Cristo Jesús» (6:11). Reciben la vida del postrer Adán (1 Co 15:45) y pertenecen a una nueva familia, cuya cabeza, comienzo y origen es el hombre Jesucristo. Él no es el segundo Adán, sino el «*postrer*» Adán: no habrá ninguna nueva tragedia, ninguna nueva caída que pudiera introducir jamás el pecado en esta nueva creación.

4.1 Cambio de bando: de Adán a Cristo

¿Cómo continúa Pablo ahora este tema? La segunda sección de Romanos 5 es una especie de trabajo preparatorio para los tres capítulos siguientes. Ahora se trata de cómo tiene lugar este paso de una línea a la otra. ¿Cómo se realiza este cambio de la muerte a la vida? ¿Qué sucede con estas personas? ¿Qué consecuencias tiene esto para la vida de tales personas? ¿Qué sucede con el pecado? ¿Se vuelven ahora los creyentes sin pecado por la conversión y el nuevo nacimiento? Estas preguntas y otras parecidas están detrás de las explicaciones de Pablo en el capítulo 6.

4.2 Versículos 1-2: ¿Es la gracia una licencia para pecar?

¿Qué, pues, diremos?

¿Perseveraremos en el pecado

para que la gracia abunde?

¡En ninguna manera!

Nosotros, que hemos muerto al (para el) pecado,

¿cómo viviremos aún en él?

Evidentemente, los creyentes (a ellos se dirige Pablo aquí) todavía pueden perseverar en el pecado, con lo cual ya queda aclarada la pregunta de si un creyente ya no tiene pecado. La sobreabundancia de la gracia, que gracias a la obra de Cristo siempre superará al pecado y a sus consecuencias, podría malinterpretarse intencionadamente o sin querer. Uno sigue viviendo como siempre, como si todavía perteneciera a la familia de Adán, aunque ya está en Cristo. Naturalmente, esto es sin ninguna duda una conclusión equivocada y una contradicción a la que Pablo se opone con decisión. Sin embargo, parece que existieron tales pensamientos (probablemente eran argumentos judaizantes contra el evangelio de Pablo), y por desgracia algunos cristianos viven también hoy según este lema. Pablo dice que nosotros no tenemos nada que ver con esta conclusión. Para ello hay una razón concluyente:

4.2.1 ¡Hemos muerto al pecado y a su poder!

El creyente no debe llevar una vida dominada por el pecado. ¿Cuál es la razón? Ha muerto con respecto al pecado, lo cual lógicamente debe tener como consecuencia que el pecado ya no pueda dominar su vida. Un muerto no reacciona a nada.

Hay que leer con atención: no es el pecado el que ha muerto, sino que somos *nosotros* los que hemos muerto. Pero ahora compruebo que sigo bien vivo. ¿Cómo se explica esta muerte?

La explicación todavía no la podemos sacar de este versículo; sigue en los versículos siguientes. Aquí, a modo de introducción, se trata primero de este hecho como tal: en lo que respecta al pecado, hemos muerto.

Naturalmente, ya sabemos que esta muerte es la muerte de Jesucristo, pero sigamos a Pablo en cómo desarrolla este pensamiento paso a paso. Aquí ya es

importante esta indicación: la muerte que hemos muerto no pone fin a nuestra existencia, ni a la del espíritu o del alma ni a la del cuerpo. Es una muerte «especial»; se refiere solo al pecado. Con respecto al pecado, en relación o en vínculo con el pecado, hemos muerto. Se trata de la muerte de Jesús, que tomó sobre sí la sentencia de muerte de Dios sobre el pecado. Él murió al pecado (versículo 10), porque se ofreció como sacrificio y por nosotros fue hecho pecado.

4.3 Versículos 3-4: Bautizados en Cristo y en su muerte

¿O no sabéis

*que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús
hemos sido bautizados en su muerte?*

*Así pues, hemos sido sepultados con él
por el bautismo en la muerte,*

a fin de que,

así como Cristo fue resucitado de los muertos

por la gloria del Padre,

así también nosotros andemos en novedad de vida.

Quizá los romanos se preguntaban cómo había que entender eso de «haber muerto». Por eso Pablo les recuerda su bautismo. Habían sido bautizados en Cristo Jesús. Con este acto habían realizado (para seguir el hilo conductor de Ro 5:12-21), como confesión pública, el cambio de bando de Adán a Cristo. Con el bautismo en un río o en un lago hacían saber a todos los que lo veían que tenían un nuevo Señor. Aunque aquí no se habla de agua, se trata aquí del bautismo en agua. El bautismo en sí no tiene nada que ver con la realidad interior de «haber muerto». El bautismo, como acto exterior, no produce mi muerte ni tampoco mi nuevo nacimiento. Es, por así decirlo, la cara exterior de una realidad que se ha producido por la fe y el nuevo nacimiento.¹² El bautismo es una imagen de lo

12. No se trata del bautismo con el Espíritu Santo. Este lo realiza Cristo. Él es quien bautiza, quien da el Espíritu Santo a los creyentes y, por medio de él, los añade al único cuerpo, la iglesia, o los incorpora a él (1 Co 12:13). El bautismo en agua lo realizan personas: los cristianos, a quienes se llama discípulos, administran el bautismo y cumplen así la Gran Comisión de Jesús. El bautismo del Espíritu tampoco tiene lugar con vistas a la muerte; es más bien una señal de vida. El bautismo en agua es un testimonio público, un acto exterior; el bautismo del Espíritu es un proceso invisible e interior que se realiza una sola vez con la recepción del Espíritu Santo y que, en el sentido del NT, se refiere únicamente a la pertenencia a la iglesia.

que espiritualmente, y por tanto en realidad, me sucedió cuando fui unido a Cristo.

4.3.1 El bautismo en la muerte

No solo hemos sido bautizados en el nombre de Cristo Jesús, sino también en su muerte. El bautismo es una confesión de la muerte de Cristo, o una confesión con vistas a ella. El bautizando se volvió hacia Cristo precisamente por el hecho de que Cristo murió en su lugar. Aunque admiramos la vida perfecta de Jesús y no hay nada comparable, es su muerte la que nos salva, no su vida santa.

Así pues, en el bautismo en agua confesamos a Jesucristo y su muerte. Ambas cosas, por cierto, son locura para el mundo.

La «referencia del bautismo» es la persona de Jesucristo y su muerte. La referencia del bautismo indica a qué persona se compromete uno por el bautismo (por ejemplo, bautizados en Moisés; 1 Co 10:2). A la persona en la que uno es bautizado, la sigue a partir del bautismo.

El simbolismo del bautismo es claro: lo que se representa gráficamente en el acto del bautismo no es el proceso de dar muerte. El bautismo no es un «ahogamiento». El bautismo es sencillamente un entierro simbólico, por así decirlo, en una tumba de agua. Esto significa que se bautiza (se sumerge) a un muerto. Nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él (es decir, se le ha dado muerte). Así pues, cuando en el bautismo confieso la muerte de Cristo como mi salvación personal de la sentencia de muerte de Dios, esto incluye mi reconocimiento público de que he merecido la sentencia de muerte de Dios. Por el bautismo confieso que, en la muerte sustitutoria de Jesús, la sentencia de muerte fue ejecutada en mí. El viejo hombre que yo era hasta mi conversión y mi nuevo nacimiento es llevado simbólicamente a la tumba en el bautismo y sepultado. Con ello confieso que mi vida sin Cristo solo ha merecido la muerte y que, al mismo tiempo, ha terminado para siempre. Esta vida en la línea y en el árbol genealógico de Adán ha terminado ahora.

La imagen de un incendio en la pradera ilustra este pensamiento: para protegerme de un incendio así, solo puedo huir allí donde el fuego ya ha hecho estragos. Así, como confesor, por el bautismo me sitúo en el lugar donde el juicio ya ha tenido lugar, a saber, en la muerte.

Se dice una vez más que esta sepultura sucedió con vistas a la muerte. Lo que esto implica lo explica Pablo enseguida, cuando describe la realidad de la fe. Ya antes del bautismo, por la fe, se produce para la persona en cuestión una nueva situación, precisamente también cuando todavía no está bautizada. El bautismo debe dar testimonio de lo que ya es realidad interior y de lo que ya sucedió hace 2000 años.

Pero el bautismo no solo simboliza una realidad espiritual. Como confesión, realiza exteriormente mi ruptura con la línea de Adán (y con ello mi separación del mundo). Por así decirlo, el bautizando se separa del mundo mediante el acto del bautismo. Esto no produce ninguna realidad interior, porque no es más que un acto formal exterior. El bautismo no salva para el cielo, pero sí «salva» del mundo. Por el bautismo se produce una separación exterior radical del mundo, que corresponde a la realidad interior de fe del bautizando creyente. Eso es lo que quiere decir Pedro cuando dice que somos salvos por el bautismo (Hch 2:40; 1 P 3:21).

Es necesario subrayar que el bautismo comprende la confesión de una realidad espiritual, frente a una comprensión eclesiástica equivocada del bautismo que lo convierte en «sacramento» y da así la impresión de que es necesario para la salvación. Pablo, sin embargo, no conocía este problema que en la cristiandad se hizo del bautismo. Da la impresión de que en él ambas caras (la cara exterior de la confesión y la interior de la fe auténtica) estaban entretejidas, en cuanto representan algo que se apoya mutuamente e incluso se condiciona. Pablo difícilmente habría entendido esta separación entre aspectos interiores y exteriores que nosotros, con razón, subrayamos. Para él no había cristianos no bautizados (es decir, hijos de Dios no bautizados a quienes se les hubiera concedido el nuevo nacimiento), ni tampoco no cristianos bautizados.

Nadie se dejaría bautizar si la confesión con vistas a la muerte lo fuera todo y la muerte tuviera la última palabra. Aunque el bautismo es un «entierro», es al mismo tiempo una señal de esperanza, una prueba de la vida nueva. Por un lado, es el reconocimiento de la sentencia de muerte de Dios sobre mí como pecador, pero también documenta el paso a la vida nueva por medio del Resucitado:

4.4 Versículo 4: Resucitados a novedad de vida

... así como Cristo fue resucitado de los muertos

*por la gloria del Padre,
así también nosotros andemos en novedad de vida.*

El bautismo habla primero de la muerte, pero luego también de la vida. A nuestro «haber muerto» con Cristo le sigue nuestra unión también en su resurrección. Nuestro vínculo con Cristo se expresa en que estamos unidos a él («crecidos juntamente» en Ro 6:5 [cf. ER]) en toda su obra: en su crucifixión, su sepultura y su resurrección, e incluso en su ascensión y su entronización (Ef 2:1-10), aunque esto último no se trata aquí (véase Ef 2).

La gloria del Padre (una formulación que solo aparece aquí) tenía que responder a esta entrega obediente a la muerte, que Cristo murió por otros y no por sí mismo. Naturalmente, fueron también la gloriosa grandeza del Padre y su poder los que lo resucitaron. Pero esta traducción es más exacta. Se trataba de la gloria del Padre. Ante esta entrega total única, la gloria del Padre se vio, por así decirlo, «obligada» a resucitar a su Hijo amado. En la historia de la salvación, y sobre todo en la salvación misma, se trata siempre de la gloria de Dios. Esta tiene que ser preservada y permanecer intacta. Solo entonces puede haber una salvación eterna y segura.

No alcanzamos la gloria de Dios (Ro 3:23); como hombres naturales no podemos de ninguna manera corresponder a esta gloria divina ni estar nunca en consonancia con ella. Pero Cristo sí lo hizo. Él glorificó al Padre haciendo su voluntad, buscando su honra y, finalmente, realizando la obra cuya ejecución el Padre le había encomendado. Fue la gloria del Padre la que lo resucitó, porque no podía callar mientras la muerte se enseñoreaba de él (6:9) y el Único, el Hijo de su amor, estaba en la tumba.

Si ahora estamos unidos a él de esta manera, tenemos también parte en su resurrección. Esto se dice aquí (si no literalmente, sí indirectamente). La vida antigua del viejo hombre termina. Ahora, en el poder de su resurrección, podemos poseer una vida nueva y actuar en consecuencia en la vida diaria. «Novedad de vida» significa una vida totalmente distinta en contraste con la anterior. Podemos llevar una vida diferente a la de antes, porque se nos ha concedido una vida nueva. Se distingue de la que teníamos cuando pertenecíamos a la familia de Adán. Eso es lo que Pablo dijo antes («reinar en vida»; 5:17). La nueva vida del postrer Adán nos ha elevado por encima de la muerte y del pecado; nos ha liberado para servir. El servicio a Dios, como quienes «se presentan a él» (cf. 6:13), significa reinar en vida.

4.5 Versículo 5: Unidos a él en su muerte y en su resurrección

Porque si hemos sido unidos con él (crecido juntamente) en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la (semejanza) de su resurrección ...

El camino hacia una vida nueva y agradable a Dios pasa únicamente por la muerte, que pone fin a la vida antigua. Esto solo puede realizarlo Dios mismo. No somos nosotros quienes le ponemos fin. Es más bien obra de Dios y únicamente acción suya. Solo quien ha muerto y ha sido sepultado puede resucitar a novedad de vida. También esto es obra de Dios, que se me imputa por la fe en Cristo.

Pablo confirma que nuestra unión con Cristo no solo significa nuestra muerte, sino también nuestra resurrección. Por un lado, la historia del viejo hombre llega a su fin conforme a la voluntad de Dios y a su naturaleza santa y justa; es decir, en el juicio se satisfacen las justas exigencias de su santidad. Solo esto, y nada más, es la base conforme a Dios para un nuevo comienzo. La unión con Cristo es muy estrecha; tanto, que es como si hubiéramos crecido juntamente con él. No se refiere aquí a un proceso que nos une a Cristo cada vez más íntimamente, paso a paso, sino a un acontecimiento único y concluido. No se trata del crecimiento espiritual, en el que yo tengo cierta influencia, sino de un «acto final» que Dios garantiza. Este tuvo lugar fuera de mí y *por mí* (no en mí), hace 2000 años, en la muerte histórica¹³ de Jesús en el Gólgota.

Su resurrección es nuestra resurrección. Pablo no entiende esta resurrección como nuestra resurrección futura.¹⁴ Hemos muerto espiritualmente, no en sentido literal o corporal. El significado de la resurrección se refiere entonces también a nuestra nueva vida espiritual, que hemos recibido en el Resucitado. Pablo dice: «Así también lo seremos (con toda seguridad) en su resurrección».¹⁵ Esto coincide plenamente con lo que Pablo dice a los colosenses: «...

13. «Histórica» significa aquí la muerte real de Jesús en la cruz, atestiguada por la historia.

14. Algunos intérpretes opinan que en este capítulo la resurrección se refiere siempre al cuerpo. Con razón subrayan que el viejo hombre es sepultado y que ya no resucita. Pero el bautismo me pone en relación con un Cristo que murió, pero que también resucitó. Este bautismo se realiza de manera muy consciente en el agua. Que el bautizado, después de ser sumergido, vuelva a salir del agua muestra a modo de testimonio que entra en una vida nueva bajo la dirección del Resucitado.

15. Lo cierto es que no todos los creyentes tienen que pasar por la muerte física, porque algunos, antes de morir, serán transformados y arrebatados. También estos tendrán ya parte en la resurrección aquí descrita (la resurrección que transforma la vida, en sentido espiritual).

sepultados con él en el bautismo, en él también resucitados juntamente por la fe en la fuerza eficaz de Dios» (Col 2:12; ER).

La novedad de vida (versículo 4) no es otra cosa que haber sido resucitados con Cristo. Somos vivos de entre los muertos (cf. la formulación que sigue poco después, en el versículo 13).

4.6 Versículo 6: El viejo hombre, crucificado juntamente con él

*... sabiendo esto,
que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él,
para que el cuerpo del pecado sea anulado (ineficaz),
a fin de que no sirvamos más (como esclavos) al pecado.*

En esta frase Pablo llega ahora al núcleo del asunto. Es la explicación de lo que dijo al comienzo del capítulo: «Hemos muerto al pecado».

Nuestro viejo hombre fue juzgado por Dios en Cristo, en la cruz; se ejecutó la justa sentencia de muerte de Dios. Él, nuestro Señor, asumió este juicio de Dios en lugar nuestro. Dios llevó a juicio al viejo hombre en la cruz. El viejo hombre no murió simplemente de viejo; se trata de un proceso judicial contra lo que el viejo hombre es y lo que ha hecho. El resultado de ese proceso fue la ejecución sin concesiones de la sentencia de muerte.

El punto clave de nuestra vida cristiana es que aquí se trata de algo que «sabemos» o «reconocemos». Aquí sucedió algo fuera de mí, en mi lugar. En ese juicio yo tuve a mi representante, Cristo, que se puso delante de mí para que el golpe no cayera sobre mí, sino sobre él. Lo que allí sucedió es algo que no puedo sentir ni percibir. Esta obra de Jesús por mí es válida al cien por cien, independientemente de mis sentimientos y sensaciones.

El propósito de lo que sucedió en el Gólgota es quebrantar el poder del pecado que domina al hombre, y precisamente en la vida de cada creyente.

4.6.1 El viejo hombre

Entre los cristianos este concepto se usa con diversos matices, por ejemplo como la *vieja naturaleza* que todavía vive en el cristiano. En el contexto de Romanos 6 solo puede significar el hombre o la clase de hombre que pertenece a Adán. El viejo hombre (gr. *palaíos anthrōpos*) es el hombre antes de su conversión, antes de su nuevo nacimiento. El viejo hombre no puede

equipararse con la «carne», ni con la vieja naturaleza o el pecado. Es el hombre que está en la línea de Adán, es decir, que pertenece a la familia de Adán y está determinado por el pecado. Como tal, está perdido. Y este hombre pecador encontró su fin en la cruz. Por eso es importante lo siguiente: ya no llevamos encima al viejo hombre. Pero la carne, nuestra vieja naturaleza, sigue estando en nosotros mientras vivimos en la existencia terrenal de nuestro cuerpo.

La expresión «*nuestro* viejo hombre» hace que el asunto sea muy personal para cada uno de los afectados. Es *mi* vida antigua, la que me marcó como persona responsable antes de mi conversión y que yo llevé de acuerdo con ello.

El «viejo hombre» se menciona en otros dos pasajes, y solo por Pablo. Es un concepto que probablemente acuñó él mismo. No existía, ni en el AT ni en el mundo de ideas de los griegos. Aparece de esta forma y con este significado exclusivamente en el NT. En esos pasajes (Ef 4:20-24; Col 3:9-10) se dice que nos hemos despojado del viejo hombre (como de una prenda de vestir). Los tres pasajes describen una acción concluida que tuvo lugar una sola vez.

Sin embargo, estos versículos subrayan igualmente que también en la práctica debemos dejar la vieja manera de vivir del viejo hombre. Al despojarnos una sola vez del viejo hombre le sigue la renovación constante del «nuevo hombre», que, por así decirlo, va desplazando cada vez más al «viejo hombre».

La existencia de este viejo hombre describe al hombre gobernado por el pecado. Ha dejado que el pecado marque su mente, su voluntad y su alma (sencillamente todo lo que constituye a ese hombre). Esto no tiene por qué haberse manifestado en pecados evidentes, sino que se mostraba simplemente en una vida autónoma, separada de Dios, que incluso podía tener un barniz religioso.

En Romanos 6, a diferencia de las cartas a los Efesios y a los Colosenses, Pablo no habla explícitamente del «nuevo hombre», que ha ocupado el lugar del viejo. Pero quiere decir lo mismo cuando habla de la «novedad de vida» que ahora nos marca.

Con otras palabras, Pablo formula lo mismo así: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá 2:19-20). Aquí el viejo hombre se equipara con el «yo», que representa a la persona de Pablo. Es su «viejo yo», su vida antigua antes de la conversión, su viejo hombre, que ahora ha sido sustituido por un yo nuevo, es decir, por Cristo mismo.

4.6.2 La crucifixión del viejo hombre

Nuestra vida antigua abarcaba lo que hacíamos y lo que éramos (y lo que es todo hombre sin Dios). Solo podía terminar mediante la muerte. Esto sucedió en nuestro lugar y fuera de nosotros, hace 2000 años en el Gólgota, en la muerte de Jesús, históricamente atestiguada. Jesucristo se ofreció voluntariamente para ello. El juicio cayó sobre él. William Kelly describe acertadamente lo que sucedió: «Él, que había cumplido la ley y era el heredero de la promesa, eligió la maldición en lugar de la corona; en lugar del reino de Dios, tomó sobre sí el juicio de Dios. Entonces se llevó a cabo el más maravilloso de todos los actos: el derramamiento de todo lo que Dios sentía y podía expresar contra el pecado sobre la cabeza de aquel que no conoció pecado. Todo lo que Dios, en su santa indignación, podía hacer contra el mal vino sobre aquel que nunca había hecho nada malo y en cuya boca no se halló engaño. Él, que era su propio Hijo, el objeto de su perfecto deleite, de su favor absoluto y eterno, fue entregado a un juicio sin miramientos. Dios mismo trató con él como nunca antes había tratado con nadie, ni volverá a tratar jamás con ningún otro».¹⁶

4.6.3 El cuerpo del pecado

El resultado de la crucifixión de mi viejo hombre es que el cuerpo del pecado ha sido anulado (o mejor: que se ha vuelto *ineficaz*). ¿Qué se quiere decir con «cuerpo del pecado»? ¿Es solo otro término u otro aspecto de la expresión «viejo hombre», o se refiere a la «carne» pecaminosa?

El cuerpo del pecado es nuestro cuerpo físico, tal como se ha dejado usar con sus miembros como instrumento de iniquidad. El viejo hombre se ha expresado y manifestado por medio del cuerpo. El cuerpo, con sus impulsos y deseos, se ha colocado a sí mismo en el centro de la vida antigua. El cuerpo ha desarrollado hábitos pecaminosos, los ha impuesto y los ha elevado a ley de vida. Pablo menciona en otro lugar los «elementos del ser humano», poniendo el espíritu en primer lugar y el cuerpo en último. Este orden se ha invertido. El cuerpo ha pasado a ocupar el primer lugar como elemento determinante,

16. William Kelly, *Die Lehre des NT über den Heiligen Geist*, p. 191.

seguido después por el alma y, por último, por el espíritu, que debería caracterizar y determinar la condición humana como tal (1 Ts 5:23).

Naturalmente, el cuerpo en sí no es pecaminoso, pero estaba sometido al pecado y era una plataforma dispuesta para el pecado. El cuerpo ha desarrollado una vida propia pecaminosa. Es cualquier cosa menos neutral. Cuando Pablo dice que golpea su cuerpo y lo pone en servidumbre (1 Co 9:27), en el viejo hombre sucede lo contrario. El cuerpo, por medio de sus deseos, lleva al hombre a la servidumbre. Así el cuerpo pertenece al pecado; se ha convertido en el *cuerpo del pecado*. Precisamente por eso debemos ahora presentar nuestros miembros a Dios (Ro 6:13, 19). Más aún, se nos exhorta incluso a consagrar el cuerpo como sacrificio vivo (Ro 12:1).

El cuerpo no fue crucificado. Lo que fue crucificado es el viejo hombre, para que el cuerpo, a partir de ahora, ya no sea el instrumento del pecado. Este cuerpo es ahora ineficaz (en cuanto al hecho de que tenga que pecar), como un parálítico que ya no puede moverse libremente. Así, en el Gólgota se puso un punto final divino al libre despliegue del pecado; el pecado ya no debe reinar en nuestro cuerpo mortal (el cuerpo del pecado y de la muerte; 7:24; 8:10) (6:12). En este sentido, el cuerpo físico ya no es un instrumento para el pecado, porque de ahora en adelante está a disposición de Dios y de la justicia. Esto se explica con más detalle y de forma concreta en la segunda parte de Romanos 6, como consecuencia de la liberación del pecado. El cuerpo ha dejado de servir al pecado. Cómo sucede esto lo describe Pablo a continuación. Nosotros, como vivos de entre los muertos, debemos ahora poner cada uno de los miembros del cuerpo a disposición de Dios (6:11-13, 19). Y en cuanto al pecado, debemos considerarnos muertos a él y, sobre esa base, hacer morir las obras del cuerpo (8:13), lo cual será nuestro tema más adelante.

4.7 Versículo 7: Absueltos del pecado

*Porque el que ha muerto
ha sido absuelto (justificado o liberado)
del pecado.*

Desde el punto de vista legal o jurídico, ya no existe ninguna relación entre el pecado y yo. Ya no se me puede imputar como culpa; ya no se me puede acusar a causa del pecado. Aunque todavía esté en mí, es un «cuerpo extraño aislado»

que no tiene nada que ver conmigo ni con mi nueva existencia, en la que estoy unido para siempre a Cristo. Así de radical es el efecto de su muerte por nosotros y de nuestra muerte con él. Esto se proclama simbólicamente en el bautismo: ahora estamos al otro lado de la «tumba de agua».

Esta afirmación debe considerarse en primer lugar, si no exclusivamente, desde el punto de vista jurídico. No se trata aquí de nuestra santificación, pues en ella incluso nosotros mismos tenemos a menudo experiencias contradictorias, o vemos a cristianos que llevan una vida carnal o pecaminosa. Se trata de la justificación (absolución) del pecado. Esta absolución no tiene validez solo a partir de la muerte física, sino que describe de hecho la nueva situación jurídica del creyente. «El pecado ya no tiene el derecho legal de imponer su dominio y de controlar al creyente, porque este ha muerto con Cristo».¹⁷

Es absolutamente importante no buscar todavía en este punto explicaciones definitivas sobre cómo podemos llevar una vida cristiana victoriosa. Aunque este versículo es el fundamento de que ya no sirvamos al pecado como esclavos (versículo 6), Pablo todavía no ha llegado al final de su enseñanza acerca de lo que el hombre era en Adán y de lo que tuvo que suceder para trasladarnos de allí a Cristo. De una vida cristiana victoriosa habla en el capítulo 8, después de haber desarrollado el tema a fondo. Más adelante habla de la fuerza para vivir por medio del Espíritu Santo y de lo que sucede en nosotros. Con otras palabras: cuando hayamos llegado hasta aquí, es imprescindible que continuemos nuestra excursión por la montaña. Si en cuanto a una vida victoriosa todo quedara ya aclarado aquí, no harían falta los capítulos 7 y 8.

Que aquí se trata de un hecho jurídico que fue creado fuera de mí hace 2000 años se ve claramente en que en mi vida práctica todavía se produce pecado. *Jurídicamente* significa que ya no se me puede acusar a causa del pecado y que este ya no tiene derecho a dominarme. Y si esta es mi situación jurídica, entonces es la posición de justos (5:19) en la que Dios me ha colocado y que, para él, es la única posición válida que ocupo. Ya no existe otra posición: no soy justo en una ocasión y pecador en otra, ni ambas cosas a la vez. Eso se contradice a sí mismo y, sobre todo, contradice la gran salvación de Dios.

Para aclararlo ayuda la comparación que ya hemos utilizado. El 18 de diciembre de 1865 entró en vigor en los Estados Unidos la ley que abolía la

17. John A. Witmer, *The Bible Knowledge Bible Commentary*, Walvoord & Zuck (eds.), p. 463, Victor Books, 1988.

esclavitud. Afectaba a todos los esclavos. Jurídicamente, desde ese día todos los esclavos eran libres, aunque no hubieran estado presentes en la firma de esa ley. Esto sucedió sin su intervención y en otro lugar, y, sin embargo, tenía plena validez. Ahora solo tenían que oírlo, reclamarlo para sí y abandonar a sus amos.

4.8 Versículos 8-9: Compartir con Cristo la muerte y la vida

*Y si hemos muerto con Cristo,
creemos
que también viviremos con él,
sabiendo
que Cristo, resucitado de entre los muertos,
ya no muere;
la muerte no se enseñorea más de él.*

Por segunda vez Pablo saca la conclusión del hecho de que estamos unidos a Cristo. En el versículo 4, la consecuencia de la resurrección de Jesús era que andamos en novedad de vida como «resucitados juntamente con él». En el versículo 5, Pablo confirma el significado de la resurrección de Jesús para nosotros, no solo con vistas al futuro, sino con vistas a nuestra vida aquí y ahora. En el versículo 8 se trata otra vez de la resurrección, pero ahora de la resurrección futura y corporal. Como resucitado de la muerte, el hombre Jesucristo ya no puede morir; su vida de resurrección es indisoluble. Unidos a él, tenemos la misma vida. En Adán heredamos la muerte; en Cristo, la vida. Por medio de la muerte y la resurrección de Jesús pudimos abandonar el ámbito o el reino de la muerte (aquella esfera en la que los hombres todavía están «en Adán»).

La muerte se enseñoreó de Jesús cuando estaba en la tumba. Una afirmación verdaderamente extraordinaria. Jesús se humilló hasta la muerte de cruz y sufrió la muerte voluntariamente; incluso tuvo que entregar a la muerte la vida misma. Entonces, durante un breve tiempo, la muerte fue vencedora sobre él. Pero la gloria del Padre no podía hacer otra cosa que resucitar a una vida nueva al Único y Perfecto.

Lo que vale para Cristo se aplica también a nosotros. El dominio de la muerte está quebrantado, aunque, como se dice unos versículos más adelante, tenemos cuerpos mortales. Por eso, en la victoria sobre la muerte está incluida

también nuestra resurrección, cuando los cuerpos que murieron y se descompusieron sean arrebatados al dominio de la muerte.

4.9 Versículo 10: Cristo, muerto al pecado

*Porque en cuanto murió,
al pecado murió una vez para siempre;
mas en cuanto vive,
para Dios vive.*

Si queremos entender lo que significa para nosotros haber muerto al pecado, tenemos que entender lo que significó para Cristo morir al pecado. Murió como sacrificio por el pecado, sufriendo la sentencia de condenación sobre nuestro viejo hombre.

Así resolvió con su muerte el problema del pecado: por un lado pagó la culpa del pecado, pero al mismo tiempo quebrantó también el poder del pecado y lo dejó atrás. La nueva vida de resurrección ya no está bajo el poder del pecado y de la muerte, sino que es más bien una vida guiada por Dios y para Dios, consagrada únicamente a él.

Una segunda solución del problema del pecado ya no es necesaria. Un segundo sacrificio por el pecado ya no hace falta, como lo confirma claramente la carta a los Hebreos.

«Si la paga del pecado es la muerte, ¡qué ganancia es para nosotros la muerte de aquel que personalmente no tenía pecado, que fue hecho pecado por Dios por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él!

No es que en la cruz no fuera tan santo como en todo lo que precedió; pero se entregó a sí mismo para ser condenado conforme a derecho por todo lo que se le imputó, de lo cual asumió en gracia la responsabilidad. En nada se escatimó a sí mismo; en nada lo escatimó Dios, que abandonó a aquel que se había identificado con nuestro pecado y con todas sus consecuencias bajo el juicio divino, para que nosotros pudiéramos salir libres».¹⁸

Esta unicidad del sacrificio y la posición inequívoca que de ella resulta, el cambio de bando ya realizado, valen también para nosotros. Y es una verdad de la que podemos y debemos estar seguros para siempre. Conocer y aceptar esta verdad es decisivo para nuestra libertad, en la que podemos servir a Dios.

18. William Kelly, *Notes on the Epistle to the Romans*, p. 88.

4.10 Versículo 11: Considerarse muertos al pecado, pero vivos para Dios

*Así también vosotros,
consideraos
muertos al pecado,
pero vivos para Dios en Cristo Jesús.*

¿Qué actitud tomamos ante la verdad que Pablo acaba de desarrollar? Debemos aceptarla como un hecho fiable y válido para nosotros. «Considerar» significa también «contarse» como tal. Es un término de contabilidad: el balance está hecho y cerrado. El resultado es que la obra de Cristo se abona al cien por cien en mi cuenta personal. Su muerte es mi muerte; su vida es mi vida.

Este versículo *no* es, como se dice a menudo, la clave de la lucha contra el pecado. Cuando la tentación del pecado se me presenta, no puedo estar diciéndome continuamente que estoy muerto. Me doy cuenta de que no estoy muerto en absoluto; si no, ni siquiera reaccionaría ante la tentación. Lo que hay que hacer en la tentación lo describe Pablo en el capítulo 8.

Aquí se trata, pues, en primer lugar de aceptar con confianza la obra salvadora de Dios por mí, no de la puesta en práctica diaria de este hecho. No necesito ponerlo en práctica, porque ya ha sucedido. Pablo no dice que debamos morir cada día al pecado ni hacernos los muertos cuando llega la tentación. Más bien expone que *hemos* muerto. Esto tiene consecuencias para mi vida, porque con ello el poder del pecado sobre mi vida está quebrantado.

Quien se considera muerto al pecado acepta con fe que su vida antigua terminó en la cruz y que con ello el dominio del pecado en su vida está quebrantado. Sobre esta base de salvación reclamo con la misma fe el hecho de salvación de que ahora tengo una vida nueva, con la que puedo vivir liberado para Dios. Watchman Nee lo dice acertadamente: «Conocer, considerarse, entregarse: ese es el orden conforme a la disposición divina».¹⁹

4.11 Versículo 12: Se quebranta el dominio del pecado sobre el cuerpo

No reine, pues, el pecado

19. Watchman Nee, *Das normale Christenleben*, p. 58.

*en vuestro cuerpo mortal,
de modo que obedezcáis a sus concupiscencias.*

Esta es la consecuencia de lo que sucedió en la cruz. Esta es la meta del Gólgota: la dictadura del pecado, ya sea apenas perceptible en su manipulación o en el ejercicio más brutal de su poder, está quebrantada. La obra de Jesús tiene la fuerza de quebrantar el poder real del pecado en mi vida. En esta obra nos apoyamos. ¡Esto es considerarse muerto al pecado!

Nuestro cuerpo mortal está sometido a las consecuencias del pecado (como también la parte inmaterial del hombre, es decir, el hombre interior). El cuerpo es el instrumento por medio del cual el pecado adquiere manos y pies. El pecado mismo todavía está en mí (concretamente en mi carne; cf. 7:18), pero ya no tiene derecho a dominarme (6:6b, 14). El cuerpo está tan afectado por el pecado que es seducido por los pecados, por los deseos y los placeres, que siempre exigen ser satisfechos.

Pablo subraya el aspecto jurídico de la salvación, que es válido siempre y para cada creyente. Pero esto no queda en un asunto teórico o abstracto. El aspecto jurídico de la salvación sirve de base sobre la cual mi vida diaria ya no está gobernada por el pecado.

4.12 Versículo 13: Presentarse ahora a Dios

*Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado
como instrumentos de iniquidad,
sino presentaos vosotros mismos a Dios
como vivos de entre los muertos,
y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.*

Ahora se nos exhorta a hacer algo. Hasta aquí no había ninguna exhortación, salvo la de aceptar la obra de Dios y apoyarse en ella (6:11). De ahí se sigue ahora la puesta en práctica. Presentar los miembros del cuerpo significa ponerse a disposición. Mis manos y mis pies, mis ojos y mis oídos, y también mi boca (sencillamente toda mi existencia humana con todos sus sentidos y capacidades) deben cumplir ahora su destino. «Llegar a ser lo que somos»²⁰ no es una contradicción, sino el secreto y también la tensión de una vida victoriosa.

20. F. Godet.

Somos vivos de entre los muertos, porque en Cristo Jesús tenemos la vida del Resucitado. Esta vida del vencedor está consagrada a Dios, ya no a la iniquidad.

4.13 Versículo 14: No bajo la ley, sino bajo la gracia

*Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros;
pues no estáis bajo ley,
sino bajo gracia.*

Es un hecho que el pecado ya no se enseñorea de nosotros. Ese estado pertenece al pasado. Miramos hacia adelante, entramos en la vida. Esta vida no está determinada por la ley de Dios, por extraño que suene. La ley, así lo había explicado Pablo, era un medio por el cual el pecado llegó a abundar. Pero ahora nuestra vida está determinada por la gracia de Dios. La ley exige con razón, pero no da fuerza para obedecer. La gracia en la que estamos nos da lo que necesitamos para vivir para Dios. Es una atmósfera de vida totalmente distinta. La gracia de Dios da en abundancia; la ley exige. Un cristiano que se hace amigo de la ley experimentará lo que se describe en Romanos 7: incapacidad y frustración. Necesitábamos la gracia de Dios para la salvación, y de igual manera necesitamos la gracia de Dios para vivir. Vivimos bajo la protección, en la aceptación y en la fuerza de la gracia de Dios. Estar bajo la gracia equivale al hecho de estar «en Cristo», tal como se trata en el capítulo 8.

«Si ya no estoy bajo la ley, sino bajo la gracia, por fin puedo hacer y dejar de hacer... ¡lo que Cristo quiere!».²¹

Pablo menciona aquí la ley solo brevemente, pero en esta única frase dice lo absolutamente decisivo al respecto, y lo desarrolla en el capítulo 7. Quizá los oyentes o lectores de este capítulo pensaban directamente en la ley como medida adecuada con la que se puede quebrantar el dominio del pecado.

4.14 Resumen

El cambio de bando de Adán a Cristo se realiza por medio de la cruz. Mi pasado, es decir, mi viejo hombre, es condenado y juzgado tal como Dios quiere. Jesucristo asumió esto en mi lugar. En él comienza ahora mi vida nueva. La pretensión que el pecado tenía sobre mi vida se extinguió en la cruz; allí se quebrantó su poder sobre mí.

21. Hans-Joachim Eckstein.

Hasta aquí, en este texto no se trata en primer lugar de hasta qué punto llevamos ahora una vida santa o sin pecado. El creyente todavía tiene el pecado, que permanece en él mientras está en el cuerpo. Lamentablemente, la vida de un cristiano puede estar marcada por la carne pecaminosa, en plena contradicción con lo que Pablo escribe aquí. ¡De eso no se trata aquí (en Ro 6:1-14)! Pablo explica el cambio radical y fundamental de Adán a Cristo, del pecado a la justicia, de la muerte a la vida.

Los cristianos que lo han olvidado, o que intentan considerarse muertos al pecado por sí mismos o morir a él, deben reclamar para sí este texto literalmente, en todo su carácter absoluto.

A los cristianos que aman el pecado, la descripción de su posición real y conforme a su posición de salvación quiere dejarles claro que viven en una gran contradicción. Es paradójico vivir en el pecado, aunque uno ha muerto al pecado.

La muerte que hemos muerto, con Cristo, no significa nuestra aniquilación. En sentido bíblico, la muerte (tanto la espiritual como la corporal) significa la separación de realidades que van juntas. Por la muerte del viejo hombre, el pecado ha quedado separado de mí y el vínculo se ha cortado, de modo que el poder del pecado está quebrantado.

4.15 La cruz del Gólgota y el pecado

¡Sucedió por nosotros!

Romanos 1 – 5:11: Expiación Romanos 5:12 – 8:13: Liberación

El problema de los **pecados** El problema del **pecado**

Los actos pecaminosos y la cuestión de la culpa El pecado como fuente de los pecados

Por la sangre de Jesucristo derramada en la cruz tenemos el perdón de los pecados. Estamos crucificados con Cristo. Nuestro viejo hombre fue entregado a la muerte.

Cristo murió por nuestros pecados. Cristo murió por el pecado y por nuestra naturaleza pecaminosa, que por naturaleza marcaba a nuestro viejo hombre.

4.16 Romanos 6:15-23: Liberados que viven bajo la gracia

En la segunda parte de este capítulo Pablo subraya (como conclusión de lo que describió en la primera parte acerca de la obra salvadora de Dios) que solo se puede servir a un señor, y no a dos señores a la vez.

4.17 Indicativo e imperativo de la salvación

Lo que parece complicado es en realidad una formulación útil. Se trata de las dos caras de una misma moneda. «Indicativo» e «imperativo» son dos términos que proceden de la gramática. Los teólogos los usan en relación con la palabra «salvación» para expresar con precisión cuáles son «las dos caras o aspectos de la salvación». El indicativo de la salvación muestra lo que Cristo ha realizado por nosotros, es decir, la realidad objetiva de la salvación. Este aspecto abarca la salvación intocable, que Dios ha adjudicado realmente a cada creyente y que es válida para él.

De la salvación brota una vida transformada y nueva. La salvación obliga a una vida y a una conducta en novedad. Este es el imperativo de la salvación, el llamamiento divino a una vida santa. La gracia recibida en la salvación nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir justa y piadosamente (cf. Tit 2:12). No se recibe la salvación sin recibir también la obligación moral de la salvación divina. Quien no toma en serio el imperativo de la salvación tiene que examinarse para ver si puede reclamar para sí la salvación.

El indicativo representa un acontecimiento real y describe así la realidad de la salvación. El imperativo de la salvación es la orden y el estímulo a una vida santa. Ambos forman parte de la salvación. También en Romanos 6 se reconocen bien los dos aspectos. Así, los versículos 1 al 10 describen el indicativo de la salvación, mientras que a partir del versículo 11 se trata el imperativo de la salvación.

El imperativo de la salvación no nos exhorta a merecer la salvación, sino a vivir de la salvación recibida. Su campo de prueba está bajo el reinado de la gracia, donde hay perdón y una restauración generosa. La salvación no se da para seleccionar a los fuertes y filtrar a los que no lo van a lograr. Todos los imperativos de la salvación tienen como fin que obedezcamos de verdad a Dios en la fe, y no significan que la fe pueda fracasar. Aunque nuestra salvación es segura y no se puede perder, las exhortaciones y advertencias a vivir en

consecuencia no contradicen este hecho. Más bien deben «mantenernos en el carril», en el camino angosto de la fe que lleva a la vida.

Panorama²²

Hecho de la salvación – indicativo de la Apropriación de la salvación – salvación imperativo de la salvación

Don: regalado por Cristo

Tarea: para Cristo

Lo que ya *somos* en Cristo ... solo podemos *llegar a serlo* en Cristo.

Hemos muerto al pecado. Ro 6:2 ¡No os entreguéis al pecado! Ro 6:13

Hemos muerto con Cristo. Col 3:3 ¡Haced morir vuestros miembros! Col 3:5; Ro 8:13

Hemos sido justificados ... Ro 5:1 ... y debemos vivir con justicia. 1 Ti 6:11

Ya no estamos en la carne. Ro 8:9 ¡No viváis más conforme a la carne! Ro 8:12

¡Hemos sido santificados una vez para siempre mediante el sacrificio de Cristo! He 10:10 ¡Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor! He 12:14

Hemos sido llamados. Ef 4:1; Ro 8:28 ¡Andad como es digno de vuestra vocación! Ef 4:1

Todo nos ha sido regalado ... por eso debemos apropiarnos de todo.

Nos hemos revestido del nuevo hombre, ¡Vestíos del Señor Jesucristo! Ro que es Cristo. Col 3:10-11; Ef 4:24 13:14

Tenemos el perdón completo. Ef 1:7 ¡Estamos obligados a perdonarnos unos a otros! Ef 4:32

Dios nos dio su amor. Ro 5:5 ¡Andad en amor! Ef 5:1-2

Tenemos paz con Dios y la paz de Dios. Ro 5:1; Fil 4:7 ¡Seguid la paz! 1 P 3:11

22. Según Peter H. Uhlmann, Heimenhausen, Suiza, con su amable permiso.

Tenemos la libertad en Cristo. Ro 8:2; ¡Por eso permaneced en la libertad,
Gá 5:1 para serviros unos a otros por amor!
Gá 5:13

Dios nos da la victoria. 1 Co 15:57 Nos apropiamos de la victoria cuando
luchamos. 2 Ti 2:5, entre otros

Somos luz en el Señor. Ef 5:8a ¡Andad como hijos de luz!, o bien:
¡Alumbre vuestra luz! Ef 5:8b; Mt 5:16

Vivimos el nuevo orden de la salvación ... **... y esperamos la nueva creación.**

Cristo es nuestra vida. Col 3:4; Gá 2:20 Esperamos la manifestación de Cristo.
Col 3:4

En Cristo somos redimidos ... Ef 1:7 ... y esperamos la redención de
nuestro cuerpo. Ro 8:23

Dios nos ha adoptado como sus hijos ... y esperamos que esto se haga
... Ro 8:15; 1 Jn 3:2 visible. Ro 8:23; 1 Jn 3:2

El nuevo hombre ha sido creado Somos transformados (en nuestra
conforme a la imagen de aquel que lo vida) en la imagen del Señor. 2 Co
creó: Cristo. Ef 4:24 3:18

Tenemos la vida eterna ... Jn 3:36 ... y, sin embargo: ¡Echa mano de la
vida eterna! 1 Ti 6:12

Como iglesia somos un solo cuerpo. Ef Por eso guardad la unidad del
4:4 Espíritu. Ef 4:3

Ya estamos completos en Cristo ... Col ... pero todavía no hemos llegado a la
2:10 meta. Fil 3:12

Dios lo obra todo, ¡al cien por cien! **Apropíate de todo, ¡al cien por cien!**

«Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Fil 2:12

Ya **Todavía no**

Ser. posición de fe *Llegar a ser.* práctica de la fe

Soberanía y gracia de Dios Responsabilidad y acción del cristiano

¡Ya estamos plenamente salvados, pero todavía no hemos llegado a la meta!

Ambas caras desembocan en este encargo: *¡Llega a ser lo que eres!*

«Toda batería tiene un polo negativo y uno positivo. Esta oposición es la condición para que haya tensión. Solo entonces puede fluir la corriente para que la luz se encienda. Exactamente así, solo somos cristianos vivos (y que crecen) cuando somos conscientes de los dos “polos”, el hecho de la salvación y la apropiación de la salvación, y ponemos en práctica la salvación en nuestra vida. Esta tensión nos da la dinámica de la vida nueva».²³

4.18 Versículo 15: La meta de la gracia

*¿Qué, pues? ¿Pecaremos,
porque no estamos bajo ley,
sino bajo gracia?
¡En ninguna manera!*

Otra vez alguien podría sacar una conclusión equivocada de lo que Pablo enseñaba. La vida de un cristiano está ahora, por tanto, bajo la gracia, y ya no bajo la ley. ¿Significa esto que uno puede aprovecharse de esta libertad y vivir de manera desenfrenada? En absoluto; sería de nuevo una conclusión absurda. En efecto, se pasaría por alto lo siguiente:

4.19 Versículo 16: Esclavos del pecado o de la justicia

*¿No sabéis que,
si os presentáis a alguien como esclavos para obedecerle,
sois esclavos de aquel a quien obedecéis:
sea del pecado para muerte,
o sea de la obediencia para justicia?*

Quien toma la gracia y la libertad de la ley como autorización para pecar olvida que con ello se entrega al pecado y vuelve a hacerlo su señor. No hay un término medio dorado en el que se pueda honrar a ambos señores sin conflicto.

23. Cita de Peter Uhlmann, Heimenhausen, Suiza, con su amable permiso.

Solo hay dos dependencias: o una vida determinada por el pecado, o un andar en obediencia a Dios.

4.20 Versículo 17: Obedientes de corazón, ya no esclavos del pecado

*Pero gracias a Dios,
que eráis esclavos del pecado,
pero habéis obedecido de corazón
a la forma de doctrina
a la cual fuisteis entregados.*

Pablo no pone a prueba a los romanos ni duda de su salvación. No les pregunta de quién son esclavos ahora, sino que constata sin lugar a dudas que su esclavitud, marcada por el pecado, pertenece al pasado. Se alegra y da gracias a Dios. Ya en Romanos 5:8 dijo que antes *éramos* pecadores, es decir, que ahora ya no lo somos. Aquí lo confirma una vez más. Aunque, lamentablemente, todavía pequemos, ya no nos encontramos en la servidumbre del pecado.

Este «traslado» fue obra de Dios. Él nos sacó del ámbito de la muerte y nos adjudicó la vida. El ámbito de la vida se nos describe de manera impresionante por medio de la «forma de doctrina» de estos capítulos. Es sumamente importante conocer esta enseñanza de Dios sobre la salvación en Cristo. La doctrina constituye el fundamento sobre el cual primero hay que entender las leyes de la novedad de vida, para después poder vivir de acuerdo con ellas. La doctrina no surge de nuestra experiencia, sino que marca el camino. Con ella medimos y examinamos nuestra experiencia. La enseñanza de la Sagrada Escritura nos corrige a nosotros, y no al revés.

La «forma de doctrina» indica que esta enseñanza no es una especie de código legal lleno de artículos abstractos. Es «sabiduría para la vida» y, por tanto, quiere transformar nuestra vida. Por eso el apóstol lo formula así: hemos sido «entregados a la forma de doctrina», precisamente con el fin de que produzca algo en nosotros.

Hay muchas doctrinas y teorías científicas de especialistas para especialistas. La enseñanza de Dios vale para cada hijo de Dios, sea cual sea el trasfondo del que lo haya sacado el amor de Dios. Esta enseñanza es cercana a la vida y vital. Estos capítulos, que ciertamente no siempre son fáciles de entender, no son territorio exclusivo de los teólogos, sino que contienen cuestiones existenciales

de nuestro ser cristianos. Mucho depende de si las hemos entendido. Se pueden perder años si uno no las ha respondido personalmente.

Dios nos ha entregado a la forma de doctrina; pero al mismo tiempo nuestra obediencia al evangelio era la condición previa para la acción de Dios. La obediencia se produjo «de corazón». Fue un paso de obediencia que salió de lo más íntimo. No fue una obediencia superficial, sino una decisión de vida auténtica y duradera. Dios quiere nuestro corazón; quiere que la obediencia brote de una convicción plena y con alegría. Todo lo demás no tiene valor para Dios y no es más que forma exterior e hipocresía.

4.21 Versículo 18: Esclavos de la justicia

*Y libertados del pecado,
vinisteis a ser esclavos de la justicia.*

Este «traslado divino» de Adán a Cristo nos ha hecho libres del pecado. Esto es lo que Pablo explicó en la primera parte del capítulo 6.

La liberación no significa la «extirpación» del pecado, como, por ejemplo, la extirpación de un tumor maligno. Usando esta imagen, se puede explicar así la afirmación de Pablo: el tumor fue tratado con un láser, porque el pecado fue juzgado en la cruz; fue condenado en la carne (8:3). Pero al mismo tiempo también el cuerpo del pecado fue dejado sin efecto; es decir, este tumor ya no tiene un cuerpo (ningún campo de acción) en el que pueda extenderse. Ya no se me llama enfermo, aunque el tumor todavía esté ahí. Su crecimiento está contenido. Con otras palabras: el pecado todavía está en mí (en mi carne, en mi naturaleza carnal) mientras estoy en mi cuerpo mortal. Sin embargo, por eso no soy ya pecador en mi esencia, sino un santo en Cristo.

Hemos sido liberados del *dominio* del pecado; ya no somos esclavos del pecado. Al contrario: ahora hemos llegado a ser esclavos de la justicia de Dios.

4.22 Versículo 19: Ponerse a disposición de la justicia y la santidad de Dios

*Hablo como humano,
por vuestra humana debilidad (la debilidad de vuestra carne);
que así como presentasteis vuestros miembros
como esclavos de la inmundicia*

*y de la iniquidad
para iniquidad,
así ahora presentad vuestros miembros como esclavos
de la justicia
para santidad.*

La enseñanza de Pablo es tan «humana» que apenas se le puede malinterpretar. Tiene en cuenta la debilidad de su carne. Este término designa un estado espiritual débil. Los destinatarios de la carta no eran capaces de entender la forma de expresarse que Pablo habría elegido normalmente para esta enseñanza. Su estado espiritual era insuficiente y necesitaba crecimiento y renovación, como Pablo escribe más adelante. ¿No nos beneficia esto también a nosotros?

Sigue un llamamiento, un imperativo de la salvación, a ponerse como esclavos a disposición de la justicia, para que «la novedad de vida» se haga realmente efectiva.

La meta de la «santidad» o «santificación» se refiere a nuestro cambio fundamental de posición, que nos ha hecho santos, es decir, apartados para Dios. Por otra parte, para quienes han sido justificados y santificados existe una obligación de salvación: vivir orientados de forma consecuente a la justicia y la santidad de Dios.

4.23 Versículos 20–22: De la esterilidad a la vida eterna

*Porque cuando erais esclavos del pecado,
erais libres acerca de la justicia.
¿Pero qué fruto teníais entonces
de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?
Porque el fin de ellas es muerte.
Mas ahora que habéis sido libertados del pecado
y hechos esclavos de Dios,
tenéis por vuestro fruto la santificación,
y como fin, la vida eterna.*

Lo que Pablo dibuja aquí es, en efecto, una imagen en blanco y negro. Porque antes de su nuevo nacimiento, de su cambio de posición, los destinatarios no tenían nada que ver con la justicia divina, sino que eran esclavos del pecado. No

es que antes hubiera una mezcla de ambas cosas, como tampoco hay ahora para ellos, como cristianos, una mezcla de ambas. El Señor Jesús dijo al respecto que no se puede servir a dos señores, sino solo a un señor.

Ahora los destinatarios de la carta debían mirar atrás. El pecado no había sido solo un acompañante abstracto en su vida, sino que había cobrado su tributo y los había llevado a hechos y cosas de los que ahora se avergüenzan. Una vida así lleva a la muerte. No hay otra opción más que la que se describe en el versículo siguiente.

La liberación del pecado y de su poder, y la verdadera libertad para servir ahora a Dios como esclavos, abarcan una nueva identidad, una nueva posición. Esta produce ahora cosas de las que uno ya no tiene que avergonzarse, sino que dan en la vida de los afectados fruto para santificación. La novedad de vida produce fruto para Dios y tiene como meta la vida eterna. Esta vida no se merece dando fruto para Dios. Más bien forma parte inseparable de la salvación de Dios, como muestra el versículo siguiente.

Con la vida eterna se refiere aquí a la vida de los resucitados en Cristo, que alcanzaremos en el futuro. Al final de una vida para Dios no hay un punto final, sino dos puntos: nos espera una vida inconcebiblemente gloriosa, en comunión sin estorbos con Dios. La vida eterna significa incorruptibilidad. Por el NT, y especialmente por el apóstol Juan, sabemos también que esta vida no abarca solo la «duración» o la «cantidad», sino sobre todo la «calidad» de esta vida divina.

La meta de una vida para Dios es la vida eterna. Esa es la meta que tenemos a la vista, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria venidera de Dios.

4.24 Versículo 23: Vida eterna en lugar de condenación eterna

*Porque la paga del pecado es muerte,
mas el don de gracia de Dios es vida eterna
en Cristo Jesús
Señor nuestro.*

Esta palabra condensa en una sola frase no solo el contenido de Romanos 6, sino todo el evangelio. El primer hombre se «permitió» el pecado. Por ello tiene que pagar. O dicho al revés: recibe su paga por un trabajo que no fue bueno,

sino malo. Pero este «negocio» es irreversible. La muerte no se puede devolver ni cambiar.

Una paga o un sueldo es algo que uno se ha ganado. Muy distinta es la respuesta de Dios. De él viene el don de gracia, un regalo inmerecido. Su respuesta a la muerte es la vida. Pero no es simplemente la anulación de la muerte, como en el caso de Lázaro, al que Jesús resucitó. Porque Lázaro, algún tiempo después de su resurrección, volvió a morir. El don de Dios, en cambio, es una vida totalmente nueva, porque se obtiene en Cristo Jesús. La vida de Cristo es la vida de un resucitado; es una vida de resurrección más allá del ámbito de influencia de la muerte e inalcanzablemente lejos de él.

Esta vida es eterna porque es la propia vida de Dios. Pudo llegar a ser nuestra vida porque esta vida está «en el Hijo», que se hizo hombre (1 Jn 5:11-13).

Cristo Jesús, el Ungido de Dios, no está lejos de nosotros. Es nuestro Señor personal, que tiene una relación estrecha con nosotros. Ahora él es nuestro soberano; él es nuestro Dios.

5. La ley en la carta a los Romanos

La palabra «ley» aparece 72 veces en la carta a los Romanos. En total, Pablo usa la palabra 119 veces en el NT. No siempre se trata de la ley mosaica, como se desprende de cada contexto. La ley mosaica es uno de los grandes temas de la carta a los Romanos. Este panorama puede ayudar a entender mejor los distintos significados.

Término	Significado	Índice de pasajes
		2:12, 13, 14, 17, 18, 20, 23, 25
		3:19, 20, 21, 31
		4:13, 14, 15, 16
Ley (con y sin artículo), bajo la ley, la voluntad de Dios, la encarnación de la verdad, ordenanzas de la ley, mandamiento, ley de Dios, la ley de Dios, ley de justicia	En general, es siempre la ley de Moisés. En la carta a los Romanos se refiere a la parte moral de la ley, poco o nada a las prescripciones sobre los sacrificios, es decir, a las leyes rituales. Esta parte de la ley solo fue dada a los judíos.	5:13, 20
		6:14, 15
		7:1, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 21, 22, 25
		9:4, 31; 8:3, 4, 7
		10:4, 5;
		13:8, 10
«Lo escrito» (otros traducen: en lo viejo de la letra , es decir, en la [ley] escrita»)	La ley escrita, las dos tablas, también los cinco libros de Moisés	2:27, 29

Ley de la fe	El principio de la fe y la confianza, en contraste con 3:27, las obras y la justicia por obras 28
Ley para sí mismos; la obra de la ley escrita en el corazón; la conciencia	La parte moral de la ley, que corresponde a la naturaleza eterna y a las exigencias de Dios (el amor; 13:10). Algunos gentiles conocían esta ley sin 2:14, conocer los mandamientos mosaicos. Siempre que 15 un gentil, por naturaleza, obedece la ley del amor, la cumple; pero también peca una y otra vez contra ella.
Ley del marido	La ley que concierne al marido (es decir, la ley 7:2, mosaica que liga a la mujer con su marido) 3
Ley de mi mente	Acción y principio de la nueva vida, que quiere servir a Dios. Servir a Dios es una ley natural de la nueva vida, porque la ley de Dios está anclada en la nueva vida. 7:23
Ley del pecado y de la muerte	Principio indisoluble según el cual el pecado domina al hombre por ley y el pecado lleva sin salida a la muerte 7:23 8:2
Ley del Espíritu de vida	En Cristo, el vencedor de la muerte o el Resucitado, actúa la ley (principio, ley de fuerza) del Espíritu Santo de vida; es más fuerte que la del pecado y de la muerte. 8:2
	Comparación: la ley natural de la gravedad solo puede ser superada por otra ley, la de la aerodinámica.

6. Romanos 7: Libres de la ley

En el desarrollo temático de los capítulos 5 y 6 se percibe una progresión que se mantiene hasta el capítulo 7, versículo 6. Pero luego, en la segunda parte del capítulo 7, nos topamos con una situación sombría que no parece encajar en absoluto en el hilo del pensamiento.

El capítulo 7 es un paréntesis²⁴ en el que Pablo trata de nuestra relación con la ley, de su efecto y de su finalidad. La ley mosaica, la Torá, ya la había mencionado dos veces en Romanos 6:14-15, pero con consecuencias sorprendentes: ya no es determinante para la vida del cristiano (sea judío o gentil). El cristiano está bajo la gracia, ya no bajo la ley. En una sola frase constata un hecho fundamental de gran alcance. Para el gentil esto quizá era comprensible, pero ¿para un judío? Para él era una provocación, si no incluso una blasfemia. Previendo tales reacciones, Pablo no quiere dejar aquí ningún interrogante y, por eso, trata este tema en todo un capítulo, una larga frase entre paréntesis.²⁵

Si a Romanos 6:23 le siguiera directamente el 8:1, es decir, si no existiera el capítulo 7, probablemente nosotros (como cristianos procedentes de las naciones) no habríamos echado nada de menos. Y, sin embargo, la enseñanza de Romanos 7 es imprescindible en el contexto global de este tema. La gran línea directriz de Romanos 5 a 8 se puede resumir así:

De Adán a Cristo, de una vida estéril a una vida que da fruto para Dios y que ya no está sometida al pecado. ¿Cómo lo hizo Dios, y cómo soy capaz hoy

de andar realmente en «novedad de vida»? Ahora se impone la pregunta de si para ello la ley realmente no es necesaria, como ya se dijo en el capítulo 6. Al fin y al cabo, fue dada por Dios mismo para mostrar cómo se debe vivir.

24. Considero todo el capítulo 7 como un paréntesis que llega hasta 8:1. Los versículos 1-6, en efecto, no pertenecen temáticamente al capítulo 6, sino que forman la introducción del paréntesis.

25. Por cierto, Pablo hace lo mismo, por consideración a los judíos, también en los capítulos 9 – 11. Explica por qué, por un lado, el evangelio no es solo para los judíos, sino para todos los hombres. Pero al mismo tiempo subraya que todas las promesas hechas al pueblo del pacto se cumplirán en el futuro.

6.1 Significado y lugar de Romanos 7

Este capítulo de la carta a los Romanos se ha entendido de maneras controvertidas. La pregunta candente es qué estado de una persona describe este capítulo. Las explicaciones más conocidas son estas:

- el estado normal de un cristiano
- un estado de excepción anormal y no deseado
- el estado de una persona no nacida de nuevo
- el estado de una persona nacida de nuevo que no tiene el Espíritu Santo.

En la interpretación se trata, en efecto, de un tema existencial para nuestra vida cristiana. Porque hay mucho en juego: ¿puede el evangelio cambiar de verdad y de forma duradera a las personas? ¿O solo nos engañamos a nosotros mismos? Del capítulo 7 se podría sacar también la conclusión de que la mayoría de las veces todo se quedará en un intento de hacer el bien. ¿Tiene razón el realista que afirma que la victoria sobre el pecado solo existe en el cielo? ¿Cómo hay que entender, pues, Romanos 7?

6.2 ¿Lucha del Espíritu contra la carne?

En el capítulo 7 *no* se describe el conflicto constante de un cristiano en el que la carne y el Espíritu se rebelan el uno contra el otro y luchan entre sí, tal como se describe en Gálatas 5:16-25. Allí, en efecto, se trata de la victoria en el poder del Espíritu Santo, algo que en Romanos 7 no se percibe por ninguna parte. En la experiencia aquí descrita solo se ve frustración. El hombre gime bajo el poder del pecado. Solo se mira a sí mismo y busca la fuerza exclusivamente en sí mismo. La victoria, en realidad, ya se describió en Romanos 6. Pero ¿qué clase de victoria es esa, si tiene el aspecto de lo que describe el capítulo 7? Romanos 7 no describe la vida cristiana normal, sino el lamentable estado de un cristiano que ha hecho de la ley su regla de vida e intenta cumplirla con sus propias fuerzas. No cree lo que dice 6:14-15: ya no estamos bajo la ley. Por eso hace la amarga experiencia de que no lo consigue. Eso lo lleva al borde de la desesperación («¡Miserable de mí!», versículo 24).

6.3 ¿Justos y pecadores a la vez?

Martín Lutero dijo que somos «justos y pecadores a la vez».²⁶ Precisamente en Romanos 7, según Lutero, se pondría de manifiesto nuestra condición de pecadores. Pero ya vimos en el capítulo 5 que ya no «somos» pecadores, sino que lo éramos (5:8; 5:19). Eso dice la Palabra de Dios. Romanos 7 no dice que, según nuestra posición, sigamos siendo pecadores. Más bien este capítulo expresa que la ley de Dios no es la medida para una vida para la gloria de Dios. Si todavía pecamos, eso no significa que sigamos siendo pecadores. Cuando pecamos, lo hacemos como santos, como quienes, a pesar de todo, siguen siendo santos.

La novedad de vida en Cristo y por el Espíritu no está determinada por la ley mosaica ni por ninguna otra ley. La ley tiene que ver con el viejo hombre, no con el nuevo. Pero si uno acepta la ley como medida de la vida, tarde o temprano se verá metido en una situación como la que aquí se describe. Esto vale, por cierto, también para quienes en su experiencia ya dejaron atrás Romanos 7 y pasaron a Romanos 8. Siempre puede haber una «recaída» cuando uno se vuelve legalista y convierte la ley en la norma del cristiano. En este sentido, este capítulo describe también la experiencia de un cristiano que conoce la verdadera liberación de la ley y, aun así, intenta cumplir la ley con sus propias fuerzas.

La vida cristiana normal se describe en Romanos 8. Romanos 7 no describe la vida diaria del cristiano tal como Dios la quiere. Sería una amarga decepción que este fuera el resultado de la gran salvación de Dios, que le costó la muerte de su propio Hijo.

6.4 ¿Nacido de nuevo o no?

El tiempo presente a partir de 7:14 (a diferencia del tiempo pasado en 7:7-11) deja claro que la persona y su experiencia corresponden a un cristiano.

26. La tesis de Lutero: justos y pecadores a la vez (*simul justus et peccator*). «Mira, pues, es como dije más arriba: “Los santos, al mismo tiempo que son justos, son pecadores; justos son porque creen en Cristo, cuya justicia los cubre y les es imputada. Pero pecadores son porque no cumplen la ley (y) no están sin concupiscencia pecaminosa, sino que son como enfermos que están bajo el cuidado del médico”, enfermos que real y verdaderamente están enfermos, pero que en principio y en esperanza están sanos, o mejor: han sido sanados, es decir, están en camino de sanar», *Römerbriefvorlesung 1515/16*.

Mientras que desde 5:12 hasta el final del capítulo 6 (o también hasta 7:6) se describen dos grandes líneas, Pablo las interrumpe para continuarlas de nuevo en el capítulo 8. Entre medias (es decir, en el capítulo 7) se encuentra una situación excepcional que solo vale para quien conoce la ley. La persona en cuestión quiere servir a Dios, cosa que no se puede decir necesariamente de un incrédulo. Un incrédulo puede ser religioso y buscar a Dios, pero al final hará su propia voluntad. Tampoco una persona religiosa reconocerá necesariamente que es mala de pies a cabeza. Pero a este conocimiento de sí mismo llega la persona de Romanos 7. El conocimiento de que nosotros estamos completamente corrompidos, pero Dios y su ley son absolutamente perfectos, solo puede venir por la iluminación del Espíritu de Dios. Por eso se puede suponer que aquí (7:14 ss.) se trata de una persona nacida de nuevo.

Su incapacidad se atribuye también a que (todavía) no tiene el Espíritu Santo, aunque Pablo, después de una única mención en el versículo 6 («en lo nuevo del Espíritu»), no trata extensamente del Espíritu Santo hasta el capítulo 8. Pero que el Espíritu no se mencione en 7:7-25 se debe a que Pablo (como preparación para el capítulo 8) quiere presentar antes la relación con la ley y la impotencia de la carne. La presencia del Espíritu en esta persona no es ninguna ayuda, precisamente porque el Espíritu no vino para ayudarnos a cumplir la ley.

Si en Romanos 7 se tratara de alguien todavía no nacido de nuevo, la lección de este capítulo sería, en definitiva, una repetición de la enseñanza ya expuesta; porque que un injusto, sea religioso o no, no puede de ninguna manera agradar a Dios se encuentra ya ampliamente en los primeros capítulos de la carta. A Pablo le interesa algo más. Lo que describe aquí es la naturaleza de la carne y su incapacidad (también en el nacido de nuevo) para agradar a Dios. Se quiere mostrar que precisamente el hombre redimido que en adelante sigue queriendo agradar a Dios por el camino de la ley vive este dilema de 7:14-25, y lo vive mientras quiera cumplir la ley con sus propias fuerzas.

6.5 Romanos 7: ¿Una experiencia necesaria?

Existe también la opinión de que Romanos 7 es para todo cristiano la experiencia normal y también necesaria de la santificación práctica. Después de que una persona se ha convertido y está agradecida por tener paz con Dios, al cabo de un tiempo le llegaría la experiencia de Romanos 7. Sentiría el poder del pecado y no podría hacerle frente. Esta desesperación solo terminaría en el

momento en que entendiera lo que significa Romanos 8: Cristo lo ha consumado todo. Solo entonces reconocería que la fuerza para la victoria no está en él mismo, sino en lo que Dios ha hecho y hace por medio del Espíritu Santo.

Pero este recorrido no se puede considerar una especie de norma obligatoria para la vida de fe. Este capítulo vale en primer lugar para quien conoce la ley, y esos eran, por regla general, los judíos. Aquí se dirige en primer lugar a los judíos (es decir, a los cristianos judíos). Los gentiles no estaban bajo la ley mosaica.

Además, un cristiano que acepta y pone en práctica plenamente la enseñanza de Romanos 6 (no bajo la ley, sino bajo la gracia) y de 7:1-6 («muertos a la ley») no tiene ninguna necesidad de caer en la miseria de Romanos 7. Subrayo una vez más que una vida cristiana victoriosa solo se describe en el capítulo 8. Así pues, si alguien que no conoce la ley tampoco estuviera familiarizado con el capítulo 7, probablemente tampoco conocería el problema que allí se describe. Por tanto, no hay ninguna necesidad de deducir de los capítulos 5 a 8 un proceso o progreso normal en la vida de un cristiano.

Pero no se puede pasar de largo tan fácilmente ante este capítulo 7, porque la experiencia de muchos cristianos corresponde a menudo exactamente a la situación que allí se describe. Si vale para los que conocen la ley, entonces hoy tenemos que decir que la conocen no solo los judíos, sino también todos los cristianos, y muchos la han convertido en su regla de vida. En principio, judíos y gentiles no se diferencian en cuanto a su vieja naturaleza adámica ni en cuanto a su posición de salvación en Cristo. Por tanto, la experiencia descrita, si la vivimos hoy, puede ser tanto la de cristianos judíos como la de cristianos gentiles. Muchos cristianos han tenido la «experiencia de Romanos 7». Muchos siguen todavía en ella, porque la consideran la vida cristiana normal. Pero también hay muchos que han tenido la «experiencia de Romanos 8». El apóstol considera Romanos 8 como la vida cristiana normal. Lo normal debería ser que los cristianos vivan por el Espíritu y no anden conforme a la carne (cf. Gá 5:16-26; 1 Co 3:1-3). Esa es la vida que Dios quiere y para la cual lo ha provisto todo.

Pero ¿por qué muchos de nosotros hemos pasado por la dolorosa «experiencia de Romanos 7»? Porque después de nuestra conversión notamos qué poder tan fuerte es el pecado. Entonces intentamos luchar contra él, pero con el arma equivocada y mirando en la dirección equivocada. Era nuestra

propia fuerza la que empleábamos. No nos dábamos cuenta de que Cristo lo ha consumado todo por nosotros y de que, al mismo tiempo, por medio de su Espíritu nos da toda la fuerza para ser vencedores. En este sentido podemos estar muy agradecidos de tener este capítulo, porque con él podemos explicar y situar también con la Palabra de Dios esta difícil fase de nuestra vida cristiana (si es que la hubo). Así podemos mostrar la salida a otros que viven en esta angustia.

6.6 ¿Quién es el hombre de Romanos 7?

Mucho se ha especulado sobre quién será la persona aquí descrita. ¿Es realmente la experiencia personal del apóstol Pablo, que habla en «primera persona»? Algunas cosas pueden hablar a favor, otras en contra. No vamos a profundizar aquí en esta cuestión, por interesante que sea.

Creo que Pablo habla de manera ejemplar sobre lo que muchos cristianos conocen y han experimentado. Esto tiene una importancia tan grande que Pablo, por eso, asume él mismo el «papel del yo», lo cual tampoco es del todo inusual (véase también Gá 2:18; 1 Co 10:30).²⁷

6.7 Romanos 7:1-6: Muertos a la ley

Los seis primeros versículos explican de manera fundamental la relación del cristiano con la ley. Igual que en el capítulo 6 con respecto al pecado, aquí se describe primero el aspecto *jurídico*. No hemos muerto realmente, sino que Cristo murió en nuestro lugar. Esta muerte se nos imputa como si hubiéramos muerto realmente, aquí con la consecuencia de que hemos muerto a la ley.

6.7.1 Versículo 1: La ley solo rige para los que viven

¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que este vive?

Uno tiene realmente la impresión de que Pablo habla aquí a la manera humana y presenta una lógica muy sencilla que sirve para explicar una verdad espiritual

27. Al respecto, una cita de M. Arhelger, que se refiere a una gramática griega: «Para presentar de forma viva algo de validez general con el ejemplo de un individuo, como algo pensado como presente, el lenguaje corriente elige la 1.ª y la 2.ª persona del singular» (F. Blass, A. Debrunner, F. Rehkopf: *Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*, Göttingen 1979, p. 231, sobre el § 281).

importante. La ley, o cualquier ley, se dirige solo a personas vivas, que pueden reaccionar ante la ley con obediencia o con desobediencia. Un muerto, sencillamente, ya no tiene nada que ver con ninguna ley.

6.7.2 Versículos 2-3: El único camino para escapar de la ley

Porque la mujer casada está sujeta por ley al marido mientras este vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se une a otro hombre, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que si se une a otro marido, no será adúltera.

Un ejemplo debe profundizar esta situación jurídica y añadir todavía otro aspecto. Si alguien intentara sustraerse a la ley (lo cual solo puede suceder por la muerte), en sentido figurado cometería adulterio. Fuera de la muerte no hay ninguna posibilidad de sustraerse al alcance de la ley. Así lo muestra el ejemplo de la ley del matrimonio. Esta ley del matrimonio ha unido legítimamente e inseparablemente al hombre y a la mujer de por vida, como era la intención de Dios desde el principio. La ley del matrimonio deja de regir para el matrimonio cuando uno de los cónyuges muere, en este caso el marido. Pero si la mujer está con otro hombre mientras el marido legítimo todavía vive, comete adulterio. Exactamente así se presenta la situación de quien está bajo la ley: no hay separación ni liberación más que por la muerte. Solo entonces puede haber una nueva relación matrimonial. Si se quiere escapar de la ley por otro camino que no sea la muerte, uno será con más razón un transgresor y, en sentido figurado, cometerá adulterio.

En esta imagen el marido representa la ley, mientras que la mujer representa a los cristianos a los que Pablo se dirige aquí. ¿Cómo podemos, pues, ser liberados de la ley?

6.7.3 Versículo 4: Aquel a quien ahora pertenecemos: Cristo

Así también vosotros, hermanos míos, habéis sido muertos a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.

Puesto que solo por la muerte hay liberación de la ley, lo mismo vale también para nosotros. Ahora Pablo aplica así a la relación con la ley la muerte de Jesucristo, que ya describió en el capítulo 6 con respecto al pecado.²⁸

Los personajes de esta imagen cambian, y se presenta así: el creyente se compara con la esposa. El marido representa la ley. En cuanto el marido muere, la ley deja de tener validez.

Pero no es la ley la que ha muerto (tampoco el pecado; cf. capítulo 6), sino que somos nosotros los que hemos muerto. Sin embargo, esa muerte la asumió otro. El nuevo marido es Cristo, por seguir con esta imagen. Él murió en nuestro lugar.

El término «muertos» (literalmente: «matados») nos hace pensar en su ejecución. Es lo que quiere decir Pablo cuando afirma que por la ley murió a la ley (Gá 2:19-20). El transgresor de la ley tiene que morir. Pablo transgredió en otro tiempo la ley, pero Pablo murió: en Cristo, que tomó sobre sí esta consecuencia jurídica de la transgresión de la ley. Pero en este haber muerto juntamente con él estaba al mismo tiempo también la salida para escapar del ámbito de acción de la ley.

La muerte de Jesucristo fue la muerte de aquel que fue hecho pecado en nuestro lugar. La mención de su cuerpo nos hace pensar en todo el horror de su ejecución y del juicio de Dios en la cruz. Fue una muerte espantosa, en la que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él.

También aquí se habla de un cambio. El vínculo con la ley queda disuelto y se crea un vínculo nuevo, que aquí incluso se compara con una alianza matrimonial. Estamos unidos al Resucitado; ahora pertenecemos a un hombre que murió y resucitó. La mujer que se casa toma el nombre y el rango del marido; así también nosotros, porque por esta unión estamos ahora «en Cristo».

6.7.4 Versículo 5: La ley no fomenta la justicia, sino los pecados

Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones de los pecados que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte.

En lo que respecta a nuestro pasado antes de la conversión, Pablo introduce un concepto nuevo. Estábamos «en la carne» (véase 8:8-9). Con ello no se refiere a

28. En Gálatas 6:14 se encuentra la tercera consecuencia de haber muerto juntamente con él: hemos muerto al mundo.

nuestro cuerpo físico, sino a un estado: estábamos en la línea de Adán. Por eso la carne tiene que estar relacionada con el pecado: «en la carne» «obrabán las pasiones de los pecados». Esta carne describe el ser humano impregnado del pecado y de sus pasiones. No se trata aquí de la carne en nosotros, sino del *estar en la carne*. Este estado, como descendientes de Adán, tiene su esfera de vida únicamente en la carne pecaminosa y no puede producir otra cosa que pecado. Así dice el Señor Jesús cuando habla de la necesidad de un nuevo nacimiento: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Jn 3:6). Aunque en este pasaje no se trata del nuevo nacimiento, en principio se trata de lo mismo: el fruto para Dios no puede venir de la carne. Por eso es necesario un nuevo nacimiento.

La ley hizo que el pecado «abundara» (5:20). No solo señalaba el pecado, sino que lo provocaba. Esto aclara de forma inequívoca lo que sucede cuando un cristiano se pone bajo la ley. Se verá en el curso posterior de este capítulo, donde se describe precisamente esta experiencia.

6.7.5 Versículo 6: Un nuevo servicio a Dios más allá de la ley

Pero ahora estamos libres de la ley (dispensados), por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos en lo nuevo del Espíritu y no en lo viejo de la letra.

La ley no dejó libre ni absolvió a nadie; siempre pronunció su veredicto (justo) de culpabilidad. Pero como nosotros (es decir, nuestro viejo hombre) hemos muerto, el camino está libre para contraer, por así decirlo, una «nueva relación matrimonial», que nunca más terminará por la muerte.

La «letra» (literalmente: *lo escrito*) es la ley, que exige obediencia, pero sin dar la fuerza necesaria para cumplirla. Pero ahora estamos «dispensados» de la ley; hemos sido trasladados al otro lado. Ahora estamos en Cristo Jesús, tenemos vida en él y el Espíritu Santo en nosotros. Sobre el efecto, el poder y la voz de este Espíritu escribirá Pablo más adelante. En el versículo 6 se nombra al Espíritu por única vez en este capítulo, muy al contrario que en el capítulo 8.

Así como en el capítulo 6 se trata de la *novedad de vida*, aquí se trata de *lo nuevo del Espíritu* (otra traducción: «lo nuevo, [es decir,] el Espíritu»). Lo viejo pasó; ha llegado lo nuevo. Tenemos una vida nueva y tenemos el Espíritu de Dios.

6.8 Romanos 7:7-14: La ley perfecta

Una vez aclarada de forma inequívoca la relación del cristiano con la ley (muerto a la ley para pertenecer a otro, es decir, a Cristo), en realidad se podría pasar directamente a 8:1. Pero ¿qué viene ahora? Sigue una justificación de la ley. Se dirige al cristiano judío, pero también a todo aquel que no ha entendido la relación del creyente con la ley (véase 7:1-6) o que cree que, después de todo, puede intentar llegar a la meta con su ayuda. Se mete con la ley, con consecuencias fatales. Ahora se describe su experiencia.

Si se aplicara a este cristiano el ejemplo del matrimonio que Pablo acaba de usar, se podría decir: en cierto modo comete adulterio; está, por así decirlo, unido a un nuevo marido, es decir, a Cristo, mientras se mete en una relación con la ley (Gá 2:18).

La ley no es para el cristiano la regla de vida (o: su elemento vital, del mismo modo que para el pez no lo es la tierra firme). Esto vale también cuando él, como cristiano, cumple como es natural los mandamientos morales de la ley de Dios, cosa que no puede ser de otra manera (8:4). Pero la tarea de su vida no es cumplir la ley de Moisés. El cristiano no está bajo el dominio de Moisés. Ahora se trata de tener a Cristo mismo como contenido y regla de la vida, de estar unido a Cristo y de poseer la fuerza de su Espíritu. La novedad de vida y «lo nuevo del Espíritu» no consisten en prohibiciones, que era lo que caracterizaba a la ley. Cristo mismo toma forma en nuestros corazones y se hace visible por medio del fruto del Espíritu. Ser cristiano no consiste en guardar mandamientos, sino en la transformación desde dentro, hacia la semejanza con Cristo. No se trata de mandamientos, sino de una persona. Ella es la meta.

Pero ahora no nos hemos convertido de ninguna manera en personas sin ley: servimos a Jesucristo. Le servimos como esclavos o como siervos de su propiedad; a él, que es nuestro Señor y soberano y cuya propiedad legítima somos. Sus mandamientos los cumplimos; estos constituyen la «ley de Cristo» (Gá 6:2; cf. 1 Co 9:21). Estamos sujetos a Cristo por ley.

En este capítulo queda claro que la ley (precisamente porque en gran parte son prohibiciones) no se dirige a los que han sido justificados en Cristo. Así dice Pablo que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores (1 Ti 1:9), para descubrir su pecado y llevarlos a Cristo.

6.8.1 Versículo 7: El conocimiento del pecado viene por la ley

*¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? ¡En ninguna manera! Pero yo no habría conocido el pecado sino por la ley. Porque tampoco habría sabido nada de la codicia, si la ley no dijera: «No codiciarás».*²⁹

¡Esta pregunta se impone literalmente! Si la ley es una realidad de la que uno solo es liberado por nada menos que la muerte en la cruz del Señor Jesús, entonces algo no está bien en la ley. De nuevo Pablo da un no rotundo. Si algo no está bien, la causa está en el hombre.

Si ya hemos aprendido que ya no estamos bajo la ley y, al mismo tiempo, todo está en orden con esta ley, Pablo va a explicar ahora qué pasa con esta ley.

La ley ha puesto de manifiesto lo que es el pecado. Con la ley se podía decir con exactitud en qué consistía un pecado, es decir, una transgresión. El hombre debía saber así lo que es el pecado. En este caso se trata de un judío, pero en definitiva se refiere a todo aquel que ha entrado en contacto con esta ley.

Pablo toma como ejemplo el último de los Diez Mandamientos para continuar con él su pensamiento. Quizá la transgresión de la prohibición de codiciar sea el pecado más extendido: un pecado oculto que todo oyente o lector conoce de su propia vida. No debemos codiciar nada de lo que pertenece a otro. Es un pecado que primero se desarrolla solo en mi corazón y que no se lleva necesariamente a cabo en una acción correspondiente. En este capítulo no se trata, en efecto, de pecados graves de obra. El poder del pecado se percibe primero con fuerza en el interior, y no se reconoce solo por las obras.

Sigamos este versículo también en el sentido de predicar la ley, la medida de Dios, para producir en los perdidos el conocimiento del pecado. Sin este conocimiento no entenderán la necesidad de un Salvador.

6.8.2 Versículo 8: La ley fomenta el pecado

Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto.

29. Éx 20:17; cf. Dt 5:21.

Cuando el mandamiento se encuentra con el hombre, no sigue inmediatamente la obediencia, que sería la reacción pretendida. No: el pecado resulta ser un poder rebelde. El pecado toma el mandamiento divino como ocasión para hacer precisamente lo que la ley prohíbe. No se trata solo de que el pecado se despierte como un perro dormido. La característica *más importante* del pecado consiste en rebelarse contra el mandamiento de Dios.

La codicia no se dirige solo a una única cosa. Apunta a todo lo que es deseable; en eso es polifacética y es como un imán potente que intenta atraerlo todo hacia sí.

En el capítulo 5 ya se dejó claro que también sin ley (e independientemente de la ley) había pecado. Solo que no se manifestaba como tal, como principio enemigo de Dios.

Sin ley, el pecado está «muerto»: sin ley no se puede acusar a nadie a causa del pecado.

¿Por qué dio Dios entonces una ley, si sin ley el pecado estaba muerto? ¿No habría permanecido muerto para siempre sin ley? La ley se introdujo *al lado* para que el pecado abundara (cf. 5:20). La enfermedad del pecado, que desde Adán ha afectado a todo hombre, no podía, por así decirlo, curarse con la ley; solo quedaba identificada como tal. A los gálatas Pablo les dice que la ley fue un «ayo para llevarnos a Cristo» (Gá 3:24; ER); la ley mostraba, pues, la necesidad del sacrificio de Jesús (Gá 3:23-26). En este sentido debemos usarla también en nuestra evangelización.

6.8.3 Versículos 9-11: El encuentro con la ley lleva a la muerte

Yo, en otro tiempo, vivía sin la ley; pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió; y yo morí. Y el mandamiento que era para vida, este resultó para mí para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató.

Pablo recrea a modo de ejemplo (es decir, no necesariamente como algo que haya vivido él mismo, porque, como fariseo, seguramente nunca vivió «sin la ley») la promulgación de la ley: «... pero cuando vino el mandamiento».

Sin ley, una persona no es consciente del pecado, porque no puede identificarlo. Si se le da una ley, los pecados se le hacen cada vez más manifiestos: en este sentido «el pecado revivió». A esto se añade que, en

conjunto, se cometen todavía más pecados, porque el pecado es provocado por la ley y actúa de por sí contra la ley.

Hay, pues, situaciones en las que el pecado revive, aunque el creyente no lo quiere en absoluto (porque él sí quiere obedecer a la ley). Entonces se siente como si muriera. Conoce la palabra que, en sustancia, dice: «¡Haced esto y viviréis!». Pero, sin ninguna posibilidad, acepta para sí la sentencia de la ley y «muere». Este morir no es la muerte de Jesucristo, que libera del pecado y de la ley (ni tampoco el morir juntamente con Cristo); es la muerte que resume toda la incapacidad y la debilidad frente a la ley.

Además de la incapacidad, puede referirse también a la muerte por medio de la ley, como dice Pablo: por la ley ha muerto (a la ley). El pecado mata. El mandamiento de Dios no solo muestra lo rebelde que es mi reacción, sino también que la consecuencia de mi rebelión es la muerte, de manera ineludible. En este sentido, el pecado mata.

El pecado es un enemigo que se sirvió de la ley. ¿Cómo engañó el pecado? ¿Engañó al cristiano y lo indujo a concentrarse en la ley como regla de vida, que ahora, como cristiano, sí podría cumplir? Alguna palabra de este capítulo nos hace pensar en la situación del paraíso, donde se encontraba también el que engañó, el mentiroso desde el principio.

No fue la ley la que mató; fue el pecado el que mató. En este párrafo se trata de justificar la ley de Dios. Fue dada para vida, pero el hombre tiene que reconocer su derrota: no puede guardar la ley en la medida necesaria para ser justo por ella delante de Dios.

En la Biblia la ley no aparece solo bajo esta luz «negativa». Como se puede ver a menudo en el AT (basta pensar en los Salmos 19 y 119), la ley constituía un don especial para Israel. La ley era una gran bendición. En Romanos 7 se destaca la función especial de la ley para el conocimiento del pecado, que pone de relieve el fracaso y la incapacidad del hombre. Eso es lo que se quiere decir con luz «negativa»: la ley es buena, pero no ayuda, porque el hombre no es bueno.

Las preguntas que aquí se plantean apenas se encuentran así en el AT. Imponer la ley a los cristianos era la seducción de los judaizantes que viajaban tras Pablo para confundir a las iglesias que él había fundado.

Solo cuando el evangelio de la gracia se extendió comenzó este conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre la ley mosaica y la gracia del evangelio. Esto

movió especialmente a Pablo, reconocido conocedor de la ley, a tomar posición con tanta claridad, en sus cartas a los Romanos, a los Corintios, a los Gálatas y a los Colosenses, «contra» la ley mosaica como camino de salvación y regla de vida del cristiano.

6.8.4 Versículo 12: Aun así, la ley es buena

De manera que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.

El problema no es la ley, sino el pecado en el hombre. La ley tiene todos los atributos que tiene Dios mismo como legislador.

Este resumen deja claro en qué consiste la causa de que hayamos muerto a la ley y estemos en adelante bajo la gracia: no es la calidad de la ley, sino la incapacidad del hombre para guardarla.

6.8.5 Versículo 13: Una vez más: la función de la ley

¿Luego lo que es bueno vino a ser muerte para mí? ¡En ninguna manera! Sino el pecado,³⁰ para que se mostrase como pecado, produciéndome la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.

Y, sin embargo, se plantea la pregunta: ¿cómo puede la ley de Dios, es decir, la voluntad de Dios, significar mi muerte? Respuesta: no es la ley la que produce la muerte; no, es el pecado el que la produce. El pecado no queda reprimido ni tapado por el buen mandamiento, sino descubierto.

¿Puede el pecado volverse todavía más pecaminoso? El pecado no se puede hacer peor de lo que ya es; pero aquí se trata de cómo percibimos y juzgamos el pecado. Se puede quitar importancia al pecado, se puede adormecer la conciencia. Pero la santa ley de Dios me devuelve la percepción y el juicio correctos del pecado. El propósito de la ley es ver el pecado como Dios lo ve, para empujarme hacia el Salvador.

30. El texto de este versículo, que en este punto no forma una frase completa en varias traducciones bíblicas alemanas (entre ellas la Elb y la ER), debe entenderse así: «¿Luego lo que es bueno vino a ser muerte para mí? ¡En ninguna manera! Más bien fue el pecado ...» (cf., por ejemplo, Schlachter, Schl 2000 y Menge).

6.9 Romanos 7:14-25: Experiencias de un cristiano bajo la ley

6.9.1 Versículos 14-15: La buena voluntad y la carne débil

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado; porque lo que hago, no lo reconozco (no lo apruebo); pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

Ahora el foco pasa de la ley al hombre. La ley es espiritual: viene de Dios. Pero el hombre es carnal: el ser o la naturaleza del hombre es pecaminosa. Se sabe vendido al pecado, abandonado como José en un pozo oscuro. El hombre está atrapado en una contradicción para la que no tiene explicación. No entiende por qué todo sale de otra manera de como él quiere. Al fin y al cabo, se había decidido por Dios y por su ley. Pero ¿por qué ahora esto? Incapaz de hacer lo que quiere (como quien desea servir a Dios), se ve obligado a hacer lo contrario. Precisamente eso muestra el poder y la dictadura del pecado, al que está «vendido».

6.9.2 Versículo 16: Asentimiento a la ley

Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena (excelente).

En esta situación, el hombre tiene incluso que reconocer que la ley es excelente, espiritual y buena. El conocimiento que el hombre tiene de sí mismo aumenta paso a paso. El hombre justifica la ley y, con ello, a aquel que la dio. Ahora está en condiciones de localizar la raíz del mal. No la encontrará en cualquier parte, sino en sí mismo:

6.9.3 Versículos 17-21: El pecado que mora en mí

Pero ahora ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Porque yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer está presente en mí, pero el hacer lo que es recto no lo hallo (no lo apruebo). Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Así que hallo esta ley para mí, que quiero hacer lo recto: que el mal está presente en mí.

La raíz del mal está localizada: el pecado que mora en el hombre. En 5:12 Pablo describe cómo el pecado entró en el mundo por Adán. Aquí se describe como el principio que desde aquel día tiene su casa en el hombre. El pecado no es un principio abstracto en el mundo que me rodea, al que uno pueda sustraerse (por ejemplo, en un monasterio). El pecado se ha procurado un derecho de residencia en el hombre, en su corazón. Es el pecado mismo el que hace el mal. El hombre descrito aquí en Romanos 7 ha localizado la fuente. Pero no se quita la responsabilidad de su pecado, como si no tuviera nada que ver con ello. El responsable no es el pecado; el hombre mismo es responsable de lo que hace y de lo que deja de hacer. En él mora el pecado y, por tanto, en su carne no se encuentra nada «bueno» (ER). Este conocimiento de sí mismo ha venido por la ley.

Lo bueno es cumplir la ley. Aquí se habla en principio de la ley de Dios, es decir, de la ley mosaica. El mismo efecto de una ley (véase la formulación «ley» sin artículo en 7:8-9) lo tiene cualquier regla que yo mismo me imponga como una ley. En este capítulo se trata de una persona nacida de nuevo que se impone reglas buenas y correctas para agradar a Dios. Pero el error es que intenta cumplir esas reglas (la ley de Dios) con sus propias fuerzas y, al hacerlo, provoca el pecado que hay en ella, sin entender la relación. Quien se pone bajo un principio del «tener que»³¹ se mira a sí mismo y a sus reglas, sin mirar a Cristo ni a la fuerza del Espíritu.

6.9.4 Versículos 22-23: Dos leyes y su efecto

Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

El «autodiagnóstico» ya no se agota en el conocimiento del pecado que mora dentro, que no solo está presente, sino que además se impone como una ley. Porque así como hay una fuente del mal, tiene que haber también una razón por la que la persona en cuestión se alegra en lo que viene de Dios. La causa está en la existencia del «hombre interior». Este se enfrenta al pecado y, en consonancia con los pasajes paralelos (Ef 3:16; 2 Co 4:16), donde también se habla del

31. H. P. Medema, *Der Brief an die Römer*, p. 111.

«hombre interior», encarna la nueva vida del creyente. El hombre interior no está solo en contraste con el hombre exterior, es decir, con el cuerpo. «Hombre interior» no significa sencillamente alma o espíritu, porque eso lo tiene toda persona que nace. El hombre interior no debe entenderse en primer lugar desde la imagen del hombre (antropológicamente), que describe el aspecto interior del ser humano.³² El hombre interior debe entenderse más bien desde la salvación (soteriológicamente). La salvación todavía no ha alcanzado nuestro cuerpo; primero se nos regaló una vida espiritual que todavía no es visible por fuera. La consumación corporal solo tendrá lugar en la resurrección o en la transformación. Aquí ha comenzado en el hombre algo nuevo, que busca a Dios. Ha nacido de nuevo.

El hombre interior tiene una «mente» (gr. *nous*, es decir, la facultad de pensar). Es el pensamiento renovado por el Espíritu Santo. Para esta mente es una ley natural querer lo que Dios quiere. Pero el pecado, aquí como enemigo victorioso dentro del hombre, es más fuerte. También él ha traído consigo una «ley natural». El pecado peca: esa es su ley (su manera de funcionar según ley). Así lo siente un hombre frustrado, como dice el versículo siguiente:

6.9.5 Versículo 24: Desesperación

¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

El autodiagnóstico del hombre llega a su fin, y se produce este grito atormentado. No quiere simplemente abandonar su cuerpo, como si la solución de los antiguos griegos fuera la respuesta al problema del pecado. Esa solución consistía en considerar el cuerpo como la causa de todo mal y en encontrar la libertad en el espíritu. El «cuerpo de muerte» es el cuerpo humano bajo el efecto del pecado, que se extiende apoderándose de toda su existencia humana.

El cuerpo de muerte es, igual que el cuerpo del pecado en el capítulo 6, realmente el cuerpo físico del hombre. A causa del pecado está consagrado a la muerte (Ro 8:10-13). La diferencia con la solución griega consiste en que el cristiano dice sí al cuerpo (aunque esté consagrado a la muerte) y lo pone a disposición del Señor. Puede hacerlo porque ahora Cristo mismo mora en este cuerpo por medio del Espíritu Santo. La solución definitiva está entonces en la

32. Jürg Buchegger, *Der neue Mensch in Christus und seine tägliche Erneuerung*, p. 199, en: *Ein Mensch – was ist das?*, Wuppertal, 2004.

resurrección del cuerpo (no en salir del cuerpo); mientras tanto, el hombre puede hacer morir por el Espíritu las malas obras del cuerpo (Ro 8:12-13).

Con este grito, la persona no solo anhela la redención, ¡sino sobre todo un Redentor! La letra de la ley exigía sin emoción, sin dar fuerza. Es el Redentor, nuestro Señor Jesucristo, quien en gracia y amor ha dado su vida por cada uno personalmente y quien da fuerza (Fil 4:13; 2 Co 12:9, entre otros).

6.9.6 Versículo 25: La lección de Romanos 7

¡Doy gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor! Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

Por primera vez se nombra al Salvador por su nombre. Esta es la llave de la puerta de la poderosa cárcel en la que el creyente se ha encerrado a sí mismo. Si hay alguien que rescata de esta situación, es Jesucristo, nuestro Señor. Esto apunta a un creyente que habla de su Señor. Ahora, por fin, la dirección y la meta son las correctas. Más que en ningún otro capítulo de la Biblia, en Romanos 7 se lee «yo», y «yo», y otra vez «yo». Ahí está el problema. Quizá Pablo eligió conscientemente este ejemplo así para advertir de manera gráfica contra un camino hacia el «yo», hacia el «sí mismo» y hacia la ley. Mientras estemos centrados en nuestra propia lucha interior, no podremos ver a Cristo ni seguir el camino del Espíritu. El cristiano desesperado ya no echa el ancla, como antes, en su propia barca, sino que la hunde en Jesucristo.³³

La repentina acción de gracias es el giro en medio de la miseria. Dar gracias significa: no soy yo quien hace algo, sino que otro hace algo por mí. El capítulo 8 muestra por qué se da gracias: por la obra salvadora de Dios en Cristo, que no solo resolvió mi problema de culpa, sino también mi «problema con el pecado». Lo que soy por naturaleza fue quitado y llevado a su fin. La penosa subida al monte Sinaí, el monte de la ley, ha terminado. ¡El Gólgota y la gracia que allí se regaló para salvación y para vida son ahora la meta!

El final del capítulo 7 contrapone las dos naturalezas que hay en el creyente (7:25). Pero en este lugar no se trata de la lucha diaria constante entre la carne y el Espíritu (como se describe en Gálatas 5), sino del conocimiento decisivo de que en el creyente hay dos leyes que funcionan. Son dos principios en mí: por

33. William MacDonald, *Kommentar zum NT*, tomo 1, p. 641.

un lado, con la carne, sirvo al pecado. El origen de este principio está ahora claramente identificado: es el pecado que mora en mi carne. Por otro lado, con la mente renovada, sirvo a la ley de Dios. También este origen es comprensible: es el hombre interior, la nueva vida regalada por Dios.

La carne es la dinámica del «viejo yo», de lo impío y lo terrenal, del siglo presente; en una palabra, de todo lo que el pecado ha traído consigo. La mente es el medio con el que el hombre interior quiere cumplir la ley de Dios. En 7:25 Pablo resume el dilema: por medio del pensamiento renovado se deleita en la ley de Dios; por medio de la carne sirve a la ley del pecado. Es la persona, el «yo», la que sirve a uno o a otro, y con plena responsabilidad por su decisión. Así se puede hablar de dos facultades o capacidades³⁴ que utilizo para todo lo que hago. Una de las dos capacidades está siempre activa; no hay nada neutral. Cada acción (sencillamente todo lo que pienso y hago) está determinada por una de estas facultades. ¿Cómo logra entonces abrirse paso en mi vida la facultad del Espíritu?

Estamos expectantes por ver cómo responde Pablo y qué camino muestra. Pero, anticipándonos, podemos formular la respuesta en una sola frase: lo que la ley no pudo hacer, Cristo lo ha hecho ahora por nosotros (como hecho histórico), y el Espíritu lo «cumple» hoy en nosotros (como experiencia real).³⁵

34. Charles C. Ryrie, *Ausgewogen statt abgehoben*, Dillenburg 1994, p. 43. La palabra inglesa «capacity» tiene también el significado de «facultad».

35. Gordon Fee, *Der Geist Gottes und die Gemeinde*, Metzingen, 2005, p. 188.

7. Romanos 8:1-11: ¡Por fin libres!

La cadena de argumentos de los cinco primeros capítulos sobre la justicia de Dios, por un lado, y la culpa y el pecado del hombre (sea judío o gentil), por otro, desembocó en la salvación por la sangre de Cristo (3:23-25). Dios dio a su Hijo como propiciación. La sangre de Jesús satisface la justa exigencia de Dios. Pero Dios, después de que Jesús se sacrificara por nosotros, lo resucitó de los muertos a causa de nuestra justificación. Ahora Dios, el Juez santo y justo, declara justo a quien cree en Jesucristo y en el Dios que lo resucitó de los muertos. En 5:1 Pablo lo resume así:

Justificados, pues, por la fe, ¡tenemos paz para con Dios!

Hasta aquí se podría pensar que se ha alcanzado la cumbre de la carta, de modo que otra apenas sería posible. Pero entonces Pablo aborda el problema más profundo. A partir de 5:12 ya no se trata de culpa y expiación, sino de la naturaleza moral del hombre. Se trata del pecado como poder y como principio que ha crecido unido de forma inseparable a cada ser humano. Lo que una persona *ha hecho* se le puede perdonar. Lo que (desde el punto de vista moral) *es* no se puede perdonar, porque con ello se justificaría el pecado.

En el capítulo 5 Pablo explica el origen y el efecto del pecado; en el capítulo 6, la liberación del pecado. En el capítulo 7 Pablo se ocupó de la relación de la ley con el cristiano. En la segunda mitad describió la experiencia de una persona de la que podemos suponer que es un hijo de Dios. Este cristiano intenta, por buenos motivos, agradar a Dios haciendo de la ley su regla de vida. Pero pasó por alto algo decisivo: el cristiano ha muerto a la ley, igual que ha muerto al pecado. No entendió que la ley del Sinaí representa todo un «sistema» en el que rige el principio del rendimiento. Pero la ley fue dada precisamente para demostrar la debilidad y la incapacidad de la carne. Dejó claro que el hombre es pecador y necesita la intervención de Dios. Por la ley el pecado revivió (7:9); por la ley el pecado llegó a ser sobremanera pecaminoso (7:13). Si un creyente se mete con esto viejo de la letra, terminará en la desesperación, porque el pecado que hay en él será más fuerte que su voluntad renovada.

La exclamación «¡Miserable de mí!» nace de la conciencia de que el pecado es invencible. En Romanos 7 el cristiano solo se ve a sí mismo; no ve que en

Cristo ha sido justificado, lavado y santificado. No ha percibido su nueva identidad en Cristo. Quien toma conciencia de su nueva identidad (como se describe en el capítulo 8) ya no tiene que decir: «¡Miserable de mí!». Y, sin embargo, siempre que dé un paso en falso o peque, y por tanto haya en él una «obra de la carne» (Gá 5:19), debe condenarla sinceramente delante de Dios y confesarla. Toda confesión auténtica del pecado va unida a tristeza y arrepentimiento. Esto es parte y condición del crecimiento espiritual.

Romanos 8 nos abre de par en par la puerta a la vida: absolución en Cristo y libertad en el Espíritu como hijos de Dios, camino de la gloria. Todavía no hemos llegado; todavía estamos en el cuerpo de muerte y en una creación sometida a la corrupción.

7.1 Ya, pero todavía no

En esperanza fuimos salvos (Ro 8:24-25; ER). Nuestra justificación, que de pecadores nos hizo justos, es segura, pero solo se obtiene por la fe. Lo que poseemos en la fe es el «ya». Pero es evidente que todavía no hemos alcanzado la perfección. Lo más hermoso todavía está por venir, y eso lo designamos con el «todavía no».

La nueva era de Cristo: vida eterna, obra del Espíritu, gracia, libertad, resurrección, renovación, paz, justicia, consumación

***La primera venida de Cristo* y su obra cumplen el «ya»: justificación, don del Espíritu**

Vida terrenal en fe y esperanza: ya, pero todavía no

Era presente

***La segunda venida de Cristo* cumple el «todavía no»:**

- La gloria venidera 8:18
- La adopción, la redención de nuestro cuerpo 8:23
- Libertad de la gloria de los hijos de Dios 8:21
- La creación liberada 8:21

La era de Adán: pecado, muerte, carne, ley, esclavitud, caducidad, corrupción, vanidad

El gráfico quiere ilustrar esta aparente contradicción y la tensión que existe entre estos dos puntos. El círculo es la intersección en la que la era de Adán todavía no ha terminado, pero la de Cristo ya ha comenzado. En este tiempo, al

pueblo de Dios ya se le ha adjudicado la vida del futuro, mientras que al mismo tiempo la consumación todavía está pendiente.

Este tiempo de la fe, de la esperanza y de la perseverancia en la fe va acompañado de los imperativos de la salvación. Sus ánimos, exhortaciones y advertencias enfáticas valen para nosotros y deben motivarnos a perseverar hasta el final, para que podamos completar toda la carrera de maratón de la fe. La gracia de Dios, por medio de su Espíritu, hará posible que alcancemos la meta. Este es el tema del capítulo 8. Nuestra esperanza revive cuando tenemos en cuenta de forma equilibrada el *ya, pero todavía no* en Pablo y en todo el NT. Los capítulos 6 – 8 son un ejemplo destacado de esta idea directriz.

El *indicativo de la salvación* corresponde al *ya*, es decir, a lo que ya hemos recibido. El *imperativo de la salvación* dirige la mirada a lo que *todavía no* es, pero que alcanzaremos: la gloria de la vida eterna y una creación liberada. La salvación de Dios no excluye la acción, la decisión y la perseverancia humanas. Debemos llegar a ser lo que somos. Advertencia y promesa, exhortación y garantía están una al lado de la otra y nunca se excluyen.

7.2 El avance decisivo

El capítulo 8 es quizá la cumbre «más alta» de esta carta y una de las más altas de toda la Biblia. Una vez aclarada por completo la liberación del pecado, Pablo muestra adónde y a través de qué circunstancias de la vida llevará el camino de los liberados para alcanzar la meta de Dios (la consumación).

«Este capítulo nos introduce en el círculo más íntimo y en el corazón del cristianismo; trata del estado especial de la bienaventuranza, del gozo más puro y que ha llegado a la comprensión, para el cual el mundo no es capaz en modo alguno de ofrecer nada comparable, ni siquiera de lejos».³⁶

36. C. J. Ellicott y W. Sanday (eds.), *A Bible Commentary for Bible Students*, p. 233.

7.3 Versículo 1: Absolución: ya no hay sentencia de condenación

*Ahora, pues, ninguna condenación hay (ninguna sentencia de condenación) para los que están en Cristo Jesús.*³⁷

Esta es una de las frases más grandes y ricas en contenido de la Biblia. Esta palabra ahuyenta todo miedo. Es un grito de júbilo en un mundo perdido que va camino del juicio. Para las personas atormentadas por la desesperación a causa de su conocimiento del pecado, esta buena noticia tiene un efecto existencial: liberación, paz, certeza y seguridad. Este lugar o esta posición en Cristo es más seguro que cualquier búnker antiatómico. Nada nos puede pasar en Cristo, porque primero le alcanzaría a él. Y él puede hacer frente a todo. Aquí se trata de la sentencia de condenación de Dios, que con razón nos habría alcanzado si él no la hubiera tomado sobre sí. Y como estamos en él y permanecemos en él para siempre, vamos por la vida diaria con esta seguridad. Todas las cuestiones legales están resueltas. No solo hemos sido constituidos justos, sino que incluso estamos unidos inseparablemente a Cristo: estar en Cristo no significa otra cosa sino que Dios, cuando nos mira desde lo alto, no nos ve a nosotros, sino a Cristo.

Esta afirmación fundamental nos asegura que la condena futura en el día del juicio, así como la condenación eterna, han sido trasladadas para nosotros, los que estamos en Cristo, del futuro al pasado: nuestra condena ya tuvo lugar.

Esta condenación no fue retirada ni anulada porque Dios sea simplemente clemente con nosotros. La naturaleza de Dios no cambia. Nunca renunciará a su gloria, a su santidad y a su justicia, ni las negará. ¿Por qué no hay entonces condenación para los que están en Cristo? Porque en Cristo se ejecutó la sentencia de condenación contra nosotros, es decir, contra nuestro viejo hombre (6:6; 8:3). Cayó sobre *él*, no sobre nosotros. La protección frente a la condenación no consiste en que Jesús fuera perfecto en su vida y cumpliera la ley. No: la sentencia de condenación no solo tenía que pronunciarse, sino

37. Hay manuscritos que atestiguan la siguiente traducción: *Ahora, pues, no hay ninguna condenación para los que (están) en Cristo Jesús; (son) los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*. Los que están en Cristo no deben su posición a su andar conforme al Espíritu; más bien, la consecuencia lógica de estar en Cristo consiste en andar conforme al Espíritu. A menudo, sin razón, se separan mucho la posición y el estado, algo que Pablo no habría entendido. Esta traducción corresponde plenamente a la unidad entre el indicativo y el imperativo de la salvación. No se trata, pues, de salvación por obras, sino de la transformación de la vida como consecuencia normal de la salvación.

también ejecutarse, y eso sucedió en la cruz y en la muerte de Jesús. No es su vida santa, sino su muerte, lo que es nuestra salvación.

Un día, todo ser humano tendrá que comparecer ante la presencia del Eterno. Ese es el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Ro 2:5). En ese día se juzgarán los secretos de los hombres (Ro 2:16). Todos compareceremos ante el tribunal de Dios, y cada uno dará cuenta de sí mismo (Ro 14:10). Sea cuando sea que llegue ese momento, estamos en Cristo. Ya ahora hemos sido hechos justos, de modo que no tenemos que temer ese instante. No tenemos que esperar ningún proceso judicial. El juicio ya tuvo lugar. La ira de Dios (Ro 1:18) no nos alcanza; estamos justificados por la sangre de Cristo y seremos salvados de la ira (Ro 5:9).

En la fe captamos ahora nuestra posición de salvación en Cristo. Pero en ese día se hará manifiesta; entonces será una realidad vivida y visible: ¡absolución completa y aceptación como hijos allí, ante el trono de Dios! Entonces habremos pasado de la fe a la vista.

Dios nos ha colocado en Cristo (1 Co 1:30). Esta es la protección absoluta frente al juicio de Dios, pero al mismo tiempo también el comienzo de una vida totalmente nueva en el Resucitado. Para este tema, que trata especialmente él, Pablo utiliza la expresión «estar en Cristo».³⁸ Es el núcleo de la fe cristiana, la unión más estrecha con Cristo, que ahora está en el trono de Dios. Nada menos que esto abarca ahora la posición legal (jurídica) del creyente ante Dios, y lo mismo vale para la nueva atmósfera de vida a la que ahora ha sido llevado. Esto describe tanto su posición como la justificación y la dinámica de su vida. «Estar en Cristo» significa «vivir en Cristo». A. T. Pierson comparó las palabras «en Cristo» con una pequeña llave que puede abrir una cerradura poderosa en una gran puerta de un palacio. En Cristo hemos sido llevados hasta el trono de Dios. Allí somos aceptos en el Amado, el Hijo de Dios.

Para llegar a la nueva posición («en Cristo») no se trata del sentimiento ni tampoco del propio esfuerzo. Un cristiano no tiene que esforzarse por llegar a esta posición. Sería como si alguien que se encuentra en una habitación intentara una y otra vez entrar en esa habitación, según la comparación de Watchman Nee.

38. Este término y otras expresiones semejantes que caracterizan nuestra unión con Cristo aparecen más de 190 veces en el NT.

7.4 Versículo 2: Liberados por la ley del Espíritu de vida

Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

¿Qué encuentra el creyente en Cristo Jesús, en su «nuevo hogar»? ¿De qué participa ahora, cuando está en Cristo? Allí llega a ser partícipe de toda la fuerza de vida que Cristo posee en la resurrección.

Se contraponen dos leyes, o dos maneras de funcionar según ley. Una fuerza actúa para muerte; la otra, para vida. Quien está unido a Cristo puede vencer el pecado y la muerte. Una ley ha quebrantado a la otra, porque es más fuerte. No se trata de la coexistencia de dos leyes, sino de la victoria en Cristo. Esto debe llegar a ser, de forma muy práctica, la experiencia del cristiano, como Pablo explica también a continuación. Pero primero tiene que haberse ganado la victoria, para que uno pueda siquiera reclamar una ley así del Espíritu de vida. No es el cristiano quien debe librar esta lucha; otro ha ganado esta victoria para él: Cristo.

La ley del pecado y de la muerte se ha comparado con la ley de la gravedad. Un pájaro vence esta ley por medio de la ley de la aerodinámica. El pájaro no cae al suelo, sino que vuela adonde quiere. Volar es una capacidad que le es propia por naturaleza, sin que tenga que esforzarse con obstinación. No es consciente de que al hacerlo rompe la ley de la gravedad. Hace aquello para lo que fue creado. Así, esta ley del Espíritu de vida ha hecho libre al cristiano y sigue actuando en él constantemente. Es el Espíritu Santo quien da esta libertad y la mantiene viva. El cristiano puede estar seguro del efecto de esta ley, y para él, como para el pájaro, debe ser lo normal.

El capítulo 8 se ocupa principalmente del Espíritu Santo, mientras que el capítulo 7 trata del propio «yo» humano. El Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, es el Espíritu de vida. En Adán y en todos sus descendientes actuaba la ley del pecado y de la muerte. En Cristo actúan ahora, con una fuerza incomparablemente mayor, el Espíritu y la vida del Resucitado.

7.5 Versículo 3: Dios resuelve el problema del pecado en el Gólgota

Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios lo hizo, enviando a su propio Hijo en semejanza (igualdad) de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne ...

La ley no podía resolver el problema del pecado, ni dar vida y fuerza para cumplirla y vivir conforme a ella. No podía mejorar moralmente al hombre ni hacerlo nuevo. La carne (la dinámica natural y, por tanto, pecaminosa y terrenal de los descendientes de Adán) era débil e incapaz. Pero Dios lo puso todo en movimiento, porque es clemente y misericordioso. Lo que nosotros no podíamos hacer, lo hizo *él*. ¡Qué palabra tan liberadora, que en este contexto vale especialmente para quienes todavía quieren hacer algo por sí mismos y se ponen bajo la presión del hacer y del tener que!

7.5.1 Dios se hace hombre

Esto lo hizo Dios. Es el final definitivo de todo lo que los hombres pueden o quieren hacer. Dios hace lo grandioso, lo inimaginable: envió a su único Hijo. No envió ángeles ni a un hombre. Dio a su Hijo, con quien está unido en amor infinito y comunión eterna. Dios Hijo se hizo hombre. No nació dentro de la «carne de pecado», sino que fue enviado en «semejanza» de carne de pecado. Se hizo semejante a los hombres, pero sin pecado. Sin pecado, pero fue enviado *a causa del* pecado. Su misión divina era llegar a ser sacrificio por el pecado. La expresión «por el pecado» se usa a menudo en el AT para el sacrificio por el pecado. Precisamente ese sacrificio debía llegar a ser *él*, ¡porque todos los sacrificios hasta entonces solo podían ser un recordatorio del pecado! En cada instante de su vida sin pecado fue consciente de que llegaría a ser ese sacrificio único por el pecado.

El Verbo se hizo carne, pero sin pecado. El pecado estaba en todos los hombres; su naturaleza se llama «pecado en la carne». De Jesús solo se puede decir que estaba en la carne (en la existencia humana), sin pecado. Esa era la condición indispensable y no negociable para poder llegar a ser, por otros, el sacrificio por el pecado.

La expresión «semejanza de carne de pecado» encierra, por un lado, el énfasis en que Dios Hijo se hizo realmente hombre («semejanza» significa aquí más que «parecido», porque de lo contrario se podría dudar de su verdadera humanidad). Por otro lado, la expresión encierra que su humanidad no estaba alcanzada por el pecado, como la de todos los hombres.

7.5.2 Gólgota

Sucedió lo inconcebible: Dios condenó el «pecado en la carne» y tomó para ello a su Hijo como sacrificio por el pecado. Así ejecutó Dios en él la sentencia de condenación sobre el pecado. Cristo tomó sobre sí nuestra naturaleza pecaminosa (se hizo a sí mismo lo que nosotros éramos) y se expuso en nuestro lugar al santo juicio de Dios. ¡Dios no escatimó a su Hijo (8:32)! En 6:6 Pablo dice lo mismo: hemos sido crucificados juntamente con él. En 7:4 lo describe con otras palabras («muertos mediante el cuerpo de Cristo»). En la cruz se llevó a cabo el proceso contra el pecado y se ejecutó la sentencia de muerte. ¡El Salvador asumió en nuestro lugar tanto la condenación como la muerte, la paga del pecado!

Aunque es el Hijo eterno de su amor, Dios lo trató en la cruz como al mayor pecador, como a aquel sobre quien pesaba todo el pecado de la humanidad. La ira de Dios cayó sin miramientos sobre aquel que era santo y justo y que aborrecía el pecado. Fue hecho pecado (y sacrificio por el pecado) por nosotros (2 Co 5:21). Este acontecimiento abarca las horas más oscuras de la historia de la humanidad. Las extraordinarias tinieblas globales que reinaron aquel día desde las doce del mediodía hasta las tres de la tarde dan testimonio de este misterio. Nadie pudo ser testigo de lo que sucedió. Dios hiere a su propio Hijo, que físicamente está al límite de sus fuerzas, pero que con plena conciencia se encuentra con el Dios santo. Después entrega su vida a la muerte. El Salvador clama al universo las palabras más importantes que jamás se hayan pronunciado: «Consumado es».

Así entendemos que para los que están en Cristo Jesús ya no puede haber condenación. Él la tomó sobre sí. Se entregó a la santidad y la justicia absolutas de Dios, cargando sobre sí mismo lo que nosotros éramos por naturaleza (todas las características de nuestra posición «en Adán»), como si él fuera responsable de ello. Todo lo que yo merecía, me lo quitó. Fue un sacrificio divino, y vale

para todos los que ahora están en Cristo. Esta es la respuesta de Dios a nuestro fracaso, a nuestro pecado y a nuestra incapacidad de servir a Dios. Ha puesto nuestra justificación de nuestros pecados y del pecado sobre una base absolutamente justa y, por tanto, inatacable. La exigencia de Dios quedó satisfecha. Para crear lo nuevo era necesario juzgar lo viejo: el pecado tenía que ser condenado en la carne de Jesús (en el Verbo hecho carne) según los propios criterios de Dios, en consonancia con su justicia, su santidad y su gloria. Con ello Dios fue glorificado en todos los aspectos y sus exigencias quedaron plenamente satisfechas. La prueba de ello es la resurrección y la entronización de Jesús. Dios ha llegado al reposo completo en la obra de redención de su Hijo.

Pero fijémonos en cuál es la meta de esta obra salvadora:

7.6 Versículo 4: Ahora la ley de Dios sí se cumple

... para que la justa exigencia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

La salvación por la muerte sacrificial consumada de Jesús desemboca ahora en nuestra vida práctica, en nuestro andar. La meta de la salvación es que ahora sí (a diferencia del capítulo 7) la ley sea cumplida por el cristiano. ¡Este versículo es la respuesta a Romanos 7! Después de estudiar el capítulo 7 quedaba la pregunta de si la ley de Dios no irá nunca más allá de la función de limitarse a descubrir el pecado. Puesto que la ley de Dios es justa y absolutamente buena, equivaldría a una derrota de Dios que nadie, excepto Jesús naturalmente, pudiera cumplirla. Y así es: ahora los que están en Cristo cumplen la ley. La exigencia de la ley se cumple ahora en ellos, y precisamente por medio del Espíritu de Dios.

No se trata aquí de cada mandamiento de la ley mosaica. El problema del hombre de Romanos 7 no era la ley ritual, sino la parte moral de la ley mosaica. El dilema de su situación lo concreta en el último de los Diez Mandamientos (un mandamiento de carácter moral): «¡No codiciarás!» (7:7; Éx 20:17; cf. Dt 5:21). En los mandamientos morales se manifiesta el pecado (véase también Stg 2:8-11). La codicia, o el placer del deseo ilícito (de lo que sea), es algo con lo que nos encontramos cada día y que comienza en nuestro corazón.

Este mandamiento lo cumple ahora el creyente en el poder del Espíritu Santo. Así puede resistir a la codicia y vencerla. Más aún, constatará lo siguiente: cuando sigue conscientemente el camino del Espíritu, la codicia pierde cada vez

más su atractivo para él. Ya no quiere poseer lo que es injusto y pertenece a otros, lo que (según criterios terrenales) es más grande, más bonito y mejor.

La «nueva» ética de Pablo, es decir, «lo nuevo del Espíritu» (7:6), no consiste en reglas o leyes viejas ni nuevas. Más bien, en el poder del Espíritu llevamos ya hoy la vida del futuro: una vida que expresa la naturaleza misma de Dios, tal como la hemos conocido en Cristo Jesús. La medida de esta vida no es la ley mosaica, sino la ley de Cristo (Gá 6:2), la verdad que está en Cristo (Ef 4:20-22) y que encontramos en todo el NT. Naturalmente, la ley de Cristo y la ley mosaica nunca pueden contradecirse, puesto que tienen el mismo origen y el mismo autor. El núcleo de la ley de Moisés es el amor, que es también el centro de la ley de Cristo. Pero en esta última el amor va mucho más lejos: la medida es Cristo mismo y su amor.

7.6.1 La ley mosaica y su vigencia

Tenemos que distinguir entre la «ley moral eterna de Dios»³⁹ y la ley mosaica, cuya vigencia está limitada en el tiempo. La ley moral eterna de Dios es la norma absoluta de lo que ante Dios es justo e injusto. Es expresión de la naturaleza santa e inmutable de Dios frente al hombre. La ley moral de Dios ha existido siempre, porque son las exigencias de su naturaleza eterna. Los hombres pueden vivir en armonía con la ley moral absoluta de Dios sin estar bajo la ley mosaica.

Precisamente esta nueva situación es la que Pablo explica aquí. El cristiano ha sido liberado de la ley mosaica en lo que se refiere al camino de la salvación y también a la medida de la vida. Pero no por eso es nunca alguien «sin ley». Ahora está sujeto a Cristo por ley (1 Co 9:21), y ahí rigen como mínimo las reglas contenidas en la parte moral de la ley mosaica.⁴⁰ La «ley de Cristo» (Gá 6:2), como ley del Espíritu de vida (8:2), y el (nuevo) mandamiento del amor (Jn 13:34; 15:12, entre otros) enlazan ciertamente con la ley mosaica y no la

39. Ernst G. Maier, *Die biblische Lehre von den Heilszeiten*, Hünfeld, 2007, p. 80 ss. El término «ley moral eterna de Dios» no aparece en la Biblia, como tampoco otros términos teológicos (Trinidad, vieja y nueva naturaleza, etc.), pero es útil para describir de forma concisa una verdad bíblica.

40. Los Diez Mandamientos en el NT: salvo el mandamiento del sábado, los otros nueve mandamientos (morales) no solo se repiten en el NT, sino que se hacen más estrictos y/o pasan de una prohibición a un mandamiento positivo. 1.er mandamiento: 1 Co 8:4-6; 2.º mandamiento: 1 Co 10:7, 14; 3.er mandamiento: Col 3:8; 5.º mandamiento: Ef 6:2; 6.º mandamiento: Mt 5:22; 1 Jn 3:16; 7.º mandamiento: Mt 5:28; Ef 5:25; 8.º mandamiento: Ef 4:28; 1 Jn 3:17; 9.º mandamiento: Ef 4:25; 10.º mandamiento: Ef 5:5; 1 Ti 6:10, entre otros.

contradicen en ningún punto, pero van mucho más lejos. Ahora los creyentes se han hecho imitadores de Dios y de Cristo. Rige esto: ¡andad en amor, en el amor de Cristo, que se entregó hasta la muerte (Ef 5:2)! Eso es más que una ley. La ley mosaica se queda aquí, por así decirlo, atrás, y ya no puede seguir el nuevo estándar a la luz de la revelación del Hijo de Dios y de su obra de redención. Esto es expresión de una relación; esto es filiación, esto es dirección individual, esto es una nueva creación (Gá 6:15-16).

La revelación y la aplicación de los principios morales eternos de Dios cambian en las distintas épocas de la historia de la salvación. Aunque la ley mosaica ha perdido su vigencia, los principios morales eternos de Dios, que se expresan en la ley de Moisés, permanecen. Los encontramos, en efecto, de nuevo en la ley de Cristo. Pablo da un ejemplo en Romanos 13:8-10. El mandamiento de la nueva vida consiste en que debemos amarnos unos a otros. Con ello cumplimos también la ley mosaica, porque el amor es la suma de la ley (Gá 5:14-15; 1 Ti 1:5-11; Mt 22:34-40). Esta suma, es decir, el amor, corresponde también a la ley de Cristo.

Cristo es, por un lado, el fin, pero también la meta y el cumplimiento de la ley mosaica (Ro 10:4). Es el único que guardó perfectamente la ley mosaica. Pero además, en el hombre Jesucristo se revela perfectamente la ley moral eterna de Dios. Cristo, como el Verbo eterno (Jn 1:1-3), es en su persona la expresión perfecta de la voluntad y de la ley de Dios. La «ley de Cristo» abarca una revelación perfecta de la ley moral eterna de Dios y, como tal, sobrepasa la ley del Antiguo Testamento. Por eso, la medida del cristiano ya no es ahora la letra de la ley mosaica, sino una persona: Cristo mismo está escrito por el Espíritu en nuestros corazones.

Con otras palabras: entran en vigor los hechos del nuevo pacto. La ley se implanta en los corazones (es decir, en el centro de la voluntad y de las decisiones del hombre), para que los afectados puedan vivir conforme a esta ley desde dentro, por el poder del Espíritu Santo. Esta ley no la encarna nadie más que Cristo mismo (He 8:10; 10:16; 2 Co 3:6, 18; Jer 31:31-34; 32:40; Ez 36:24-27).

7.7 Versículo 5: Ser conforme a la carne o conforme al Espíritu

Porque los que son conforme a la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu.

Pablo no deja de prolongar en lo que sigue las dos líneas que comenzó en Romanos 5:12. En este contexto no escribe sobre si un cristiano vive de manera espiritual o carnal. Le sigue interesando la distinción fundamental. «Ser conforme a la carne» significa pertenecer todavía a la familia de Adán. Pero los que «son conforme al Espíritu» están «en Cristo». Sin embargo, ninguna de las dos posiciones es un asunto abstracto. La vida, el pensamiento y la acción quedan marcados, o por el Espíritu o por la carne. La carne marca al incrédulo; el Espíritu, al creyente.

La carne es la naturaleza pecaminosa del hombre: aquello en que se ha convertido, en toda su existencia y en su manera de vivir, por el pecado que mora en él. El incrédulo es «carne» (Jn 3:6). Vive de la carne y conforme a la carne; está orientado hacia sí mismo y hacia lo terrenal. No puede hacer otra cosa, aunque quisiera. Está determinado por su carne. Su querer, su pensar y su obrar están caracterizados por la dinámica de lo terrenal, lo visible y lo mundano.

El cristiano, en cambio, es «conforme al Espíritu». Esto significa que el Espíritu le ha adjudicado la salvación y que de ahí deriva su nuevo origen: lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Jn 3:6). De ello resultan una nueva dirección de vida, nuevos intereses y una mirada hacia lo eterno y lo celestial.

7.8 Versículos 6-7: Muerte y vida, enemistad y paz

Porque la mentalidad de la carne es muerte, pero la mentalidad del Espíritu es vida y paz; por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.

La diferencia no puede ser más clara. La aspiración (la mentalidad) de la carne lleva en sí la muerte, es decir, la caducidad y la corrupción. El hombre que todavía está en la carne no lo percibe. Cree que puede vivir de manera autónoma, pero está manipulado por el pecado. No se da cuenta de que esta vida lleva a la muerte (física y eterna). Aunque teme la muerte, la considera algo normal y no reconoce esta relación entre la carne y la muerte.

El Espíritu de Dios, en cambio, produce vida y paz. Esta vida no es vida biológica, sino vida espiritual o eterna. La paz con Dios es la base de esta nueva vida. La paz es el anhelo de todos los hombres, pero solo se alcanza en el poder del Espíritu Santo. La vida en el Espíritu está caracterizada por esta paz; es una

paz que hace descansar al creyente confiadamente en la mano de Dios. En sus cartas doctrinales Pablo explica cómo se manifiestan esta vida espiritual y esta paz en nuestra existencia humana. Aquí se queda todavía en la contraposición fundamental, que parece abstracta.

La naturaleza de la carne pecaminosa no es algo pasivo. Consiste, aunque no se perciba así, en enemistad contra Dios. La carne rechaza la ley. La autoridad de Dios es un enemigo para la carne. Es propio de la carne desterrar a Dios de la vida. La carne es incapaz de guardar la ley de Dios y no está dispuesta a hacerlo. Esto vale también para el cristiano. Su carne, o su vieja naturaleza carnal, que todavía está en él incluso en la nueva posición de salvación, se comporta exactamente igual (si se le da libertad para ello) y tampoco puede guardar la ley. También la carne *en nosotros* es enemistad contra Dios. Pero nosotros no estamos «en la carne», como muestra el versículo siguiente:

7.9 Versículos 8-9: Estar en la carne y estar en el Espíritu

Pero los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.

Con la expresión «estar en la carne» se designa lo que un hombre es por naturaleza como descendiente de Adán. Su vida queda marcada y determinada por ello en todo lo que es y hace. Es su elemento vital, como el agua lo es para el pez. Tiene que quedar fuera de toda duda, dice Pablo, que en la carne jamás se puede agradar a Dios, ni siquiera con la ayuda de la ley.

El cristiano ya no está «en Adán», sino «en Cristo», y aquí esto se equipara al hecho de que está «en el Espíritu». Puesto que el Espíritu de Dios mora en cada creyente, este se encuentra también «en el Espíritu» desde que ese Espíritu tomó posesión de él. Si estamos en el Espíritu, entonces estamos en la persona del Espíritu Santo, así como estamos en la persona de Cristo. Esta persona divina, el Espíritu de Dios, mora en nosotros igual que Cristo. De ahí se sigue que nuestro estado se describe ahora como «en el Espíritu». Estamos «en Cristo» y estamos «en el Espíritu Santo». Con otras palabras: estamos en Dios (Col 3:3; 1 Ts 1:1; 2 Ts 1:2; 1 Jn 4:15-16; Jud 1). Ese es nuestro nuevo «hogar», nuestra nueva atmósfera vital, llena de vida, gracia, paz y justicia. «Estar en el Espíritu» significa que, de ahora en adelante, el Espíritu de Dios produce su fruto en

nosotros y dirige nuestra manera de pensar, es decir, nuestras aspiraciones. Este Espíritu no actúa de otra manera ni con independencia de Jesucristo, en quien hemos sido trasladados. Por eso al mismo Espíritu se le llama también «Espíritu de Cristo». Cristo es el centro y la meta de esta nueva vida, y el Espíritu de Dios pone todo su empeño en engrandecer a Cristo en nuestra vida.

Si en la vida del creyente Cristo no ocupa su lugar y la persona en cuestión no le ama, la única consecuencia posible es que no le pertenece. Es un llamamiento a examinarse a sí mismo, para que nadie se acomode en una falsa seguridad.

El Espíritu de Cristo se parece aquí al sello que simboliza de quién es una propiedad. Aunque aquí no se menciona el sello del Espíritu Santo (cf. Ef 1:13), la indicación de pertenencia (es decir, el hecho de que el pronombre «de él» se use en el sentido de pertenecer a Cristo) apunta a este aspecto.

7.10 Versículos 10-11: El Espíritu de Dios y la salvación de nuestro cuerpo

Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el Espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo vivificará también vuestros cuerpos mortales a causa de su Espíritu que mora en vosotros (o: por su Espíritu que mora en vosotros).

7.10.1 Nuestra posición de salvación: el indicativo de la salvación, el «ya»

- Estamos en Cristo Jesús.
- Estamos en el Espíritu.
- Somos conforme al Espíritu.
- El Espíritu Santo está en nosotros.
- Tenemos el Espíritu de Cristo.
- Cristo está en nosotros.

Existe una llamativa coincidencia entre Cristo y el Espíritu. Son dos personas distintas, pero tienen *una* sola meta. En la Deidad, en la Tri-unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no puede ser de otra manera. ¡El Dios trino estuvo obrando en nuestra salvación, y lo está también ahora en nuestra santificación!

7.10.2 Vivir y morir

La muerte aparece una y otra vez en los capítulos 5 a 8. En primer plano está la muerte física, que sin embargo no puede separarse de la muerte eterna (la consecuencia de la sentencia de condenación de Dios). Nuestro cuerpo está todavía bajo esta consecuencia del pecado. Evidentemente, Pablo distingue aquí el lado interior —Cristo en vosotros— del lado exterior, es decir, del cuerpo. Este está muerto (destinado a la muerte, muriendo) a causa del pecado. Pero eso no vale para el lado interior, porque este está en manos del Espíritu de vida. La salvación de Dios actúa primero en el lado interior del hombre. Este lado interior no se describe con más detalle (por ejemplo, con los términos «alma» o «espíritu»), sino que se designa solo con el pronombre personal «vosotros». El Espíritu aquí mencionado no es, en este contexto, el espíritu humano, sino el Espíritu divino. Este ha producido vida por medio de la ley del Espíritu de vida (8:2).

Así como el pecado es responsable de la muerte, en el creyente la justicia de Dios es responsable de la vida. La justicia es el fundamento de la nueva vida. El único acto de justicia de Jesucristo llevó a la justificación de vida (5:18); hemos sido puestos en la posición de justos (5:19).

Todavía estamos en el cuerpo, que en su sustancia no se distingue del cuerpo de un incrédulo. Que Cristo esté en nosotros no repercute, en la vida terrenal, sobre el cuerpo. El cuerpo no se vuelve inmortal por eso. Pero esto es solo provisional, porque el poder de la resurrección que hay en Cristo alcanzará también al cuerpo. El hombre entero, como unidad completa, es la meta de la salvación divina. No se trata solo de «la salvación del alma», sino más bien de la restauración de la creación original.

E incluso eso se quedaría corto, porque la salvación no solo restaura el estado original de Adán, creado a imagen de Dios, sino que nos transformará a la imagen de su Hijo (8:29). Pues llegará el día en que seremos semejantes a él, a Jesús (1 Jn 3:2). Ese día ya no llevaremos la imagen del «terrenal» (la imagen de Adán), sino la del celestial, es decir, la de Cristo (1 Co 15:49). La resurrección demostrará que Dios, para su propia gloria y para nuestra salvación, ha vencido *todas* las consecuencias del pecado.

7.10.3 El Espíritu de Dios y el cuerpo

El Espíritu de Dios que mora en nosotros es la razón por la que un día seremos resucitados. Este Espíritu mora en nuestro cuerpo y se ha hecho cargo de nuestro cuerpo. ¡Nuestro cuerpo se ha convertido en templo del Espíritu Santo; el cuerpo pertenece al Espíritu (1 Co 6:19)! El Espíritu es la garantía de nuestra futura resurrección de entre los muertos. La razón de la futura resurrección consiste en que ahora, mientras vivimos en nuestro cuerpo terrenal, el Espíritu mora en nosotros. El Espíritu quiere volver a habitar en este templo, porque, una vez llegada la muerte física, tuvo que dejarlo por un tiempo. El Señor Jesús dice que el Espíritu estará con nosotros para siempre (Jn 14:16); también morará en nuestro cuerpo de resurrección. Es importante ver esta relación del Espíritu con nuestro *cuerpo*, porque a menudo relacionamos este Espíritu solamente con nuestro *espíritu* humano.

Por un lado, el Espíritu Santo es la *razón* de la resurrección de nuestros cuerpos, pero también será el *instrumento* de Dios para resucitar nuestros cuerpos.

7.10.4 ¿Por qué no somos ya inmortales?

¿No habría podido Dios conceder ya ahora la inmortalidad a nuestro cuerpo junto con su salvación? ¿Por qué tiene que enfermar a veces y pasar por la muerte (si Cristo no vuelve antes)? La respuesta parece ser la siguiente: Dios tiene un plan con el mundo. Su meta es una nueva creación. Esta ya ha comenzado en nosotros; nosotros (los creyentes) somos ya ahora parte de la nueva creación, por así decirlo una «anticipación», unas primicias. La nueva era ya ha comenzado en nosotros: «ya» y al mismo tiempo «todavía no»; así puede caracterizarse nuestra situación provisional en el camino hacia la consumación.

Imaginemos que ya fuéramos inmortales. Entonces cualquiera se haría cristiano con gusto solo por eso, para ser también inmortal. Pero Dios envía la buena noticia para que los hombres se conviertan y crean. En esta carta la pregunta no se plantea directamente; sin embargo, Pablo trata todavía en este mismo capítulo la cuestión de los sufrimientos y las tribulaciones, y la de la redención de nuestro cuerpo. Vivimos en la tensión del «ya, pero todavía no»,

que consiste en que el cuerpo sigue sujeto a las enfermedades y a la muerte, pero nosotros ya hemos recibido la plena bendición de la salvación, que es un anticipo de la eternidad. A la pregunta planteada en el título de este apartado responde Romanos 8:24: hemos sido salvados en esperanza (cf. el texto de la ER). Pero la esperanza que se ve (por ejemplo, en forma de cuerpo inmortal) no es esperanza.

8. Romanos 8:12-17: El imperativo de la salvación: vivir en victoria

La salvación de Dios no termina con nuestra inscripción en el libro de la vida, sino que actúa directamente en la vida diaria. Allí se hace visible la salvación. La nueva vida no implica solo una nueva «relación de servicio» (de una esclavitud a otra), sino sobre todo una «relación de amor»: Dios nos ha adoptado y así hemos llegado a ser hijos de Dios. Como tales vamos ahora de camino a través de una creación caída y de un mundo hostil. Así seguirá siendo hasta el día en que nuestros cuerpos sean transformados. Esto sucede por la resurrección (de los que durmieron en Cristo) o directamente (por la transformación de los que entonces aún vivan), y precisamente en la venida de Jesús. Entonces, por fin, nuestra adopción será completa (8:23) y habremos alcanzado la gloria venidera (8:18).

Pablo no pone en duda la salvación de los romanos. Se dirige a ellos como hermanos, a quienes el Espíritu de Dios asegura que son hijos de Dios. Lo somos para siempre, porque el futuro hará manifiesto, y debe hacer manifiesto, lo que ahora captamos solo por la fe (y todavía no de forma visible). Si ahora (como en todas sus cartas) habla de un «sí» y de un «entonces», y utiliza oraciones condicionales⁴¹ respecto a la salvación, no lo dice para inquietarlos. Con ello no expresa ni duda ni certeza. Más bien los invita a hacerse preguntas autocríticas: ¿Qué pasa conmigo? ¿Tengo el Espíritu? ¿Voy por el buen camino? Da implícitamente por supuesto que responderán a estas preguntas con un sí. Son advertencias que, a pesar de la certeza de la salvación, nos invitan a llegar a ser lo que somos. Debemos llevar la vida que hemos recibido de Dios. Estas advertencias sirven para que alcancemos la meta. Dirigen nuestra mirada al «todavía no»: hacia adelante, hacia la propia gloria de Dios, donde estaremos en casa.

8.1 Versículo 12: Ya no somos deudores a la carne

Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir conforme a la carne.

41. Es decir, oraciones con condición.

Para todos los que están en Cristo Jesús es una obligación no vivir ya más conforme a la carne. La carne, la naturaleza pecaminosa, la ha descrito Pablo con suficiente claridad en contraste con el Espíritu. El derecho de propiedad de la carne es cosa del pasado: hemos sido hechos libres. La carne, como parte de nuestra condición humana, no fue eliminada, sino que fue hecha ineficaz. Ya no debe determinar nuestra vida. Por eso es imposible que sigamos teniendo alguna obligación con esa carne. La carne, en cambio, se comporta como si fuéramos sus deudores, es decir, como si estuviéramos obligados con ella, tal como ocurría antes de la conversión. La advertencia a los hermanos es necesaria porque seguimos siendo vulnerables: representamos a aquellos que, hasta su último día en el cuerpo, están expuestos a la tentación de la carne.

¿Somos entonces deudores al Espíritu? Seguramente habríamos esperado que Pablo terminara así la frase. En lugar de eso, describe cómo acaba una vida conforme a la carne y cómo es una vida en el poder del Espíritu:

8.2 Versículo 13: Vida o muerte

Porque si vivís conforme a la carne, moriréis (tenéis que morir); mas si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis.

Las palabras de Pablo no tienen adornos. La advertencia es clara: si vosotros, hermanos, vivís conforme a la carne, moriréis. La naturaleza de la carne, es decir, la enemistad contra Dios, permanece inalterada, también en el creyente. «Vivir conforme a la carne» es la descripción de personas que están en la carne (8:5-8). Es una advertencia que debe preservar del autoengaño. Si alguien *vive* conforme a la carne, existe la posibilidad de que *esté en la carne*, es decir, en el camino ancho que lleva a la perdición eterna. ¡Pero esta advertencia se dirige aquí a hermanos (auténticos)! A pesar de que Pablo está seguro de su salvación y no la pone en duda, pronuncia la advertencia: ¡No viváis conforme a la carne, porque eso trae consigo la muerte! Y en este contexto se refiere a la muerte eterna.

8.2.1 Promesas y advertencias, y la salvación eterna

Esta advertencia a los hermanos hace pensar en una posible pérdida de la salvación. ¿Es esa la posibilidad que Pablo contempla con esta advertencia? Yo creo que no. Las señales de tráfico advierten de consecuencias concebibles, no

de consecuencias probables. Cuando circulamos por la carretera tomamos decisiones que afectan a nuestra seguridad. Las señales de tráfico advierten de curvas, viento lateral y paso de animales. No están para inquietarme. No quieren meterme miedo de que pueda provocar un accidente porque no sea capaz de conducir lo bastante bien. Más bien advierten de peligros diversos y reales. Estimulan mi imaginación sobre lo que podría pasar si no hago caso de las advertencias. No es ninguna contradicción tener, por un lado, la promesa de Dios y, al mismo tiempo, oír también la advertencia, porque no debemos aflojar en nuestros esfuerzos por apropiarnos de ella. De la vida de Pablo tenemos una comparación útil. En su viaje a Roma, el barco se ve en una grave situación de naufragio, de modo que todos pierden la esperanza de salvar la vida. En esa situación, Pablo transmite, en sustancia, la promesa que había recibido de un ángel: «¡Todos se salvarán!». Al cabo de unos días se divisa tierra, y algunos marineros quieren huir en el bote para salvarse.

Pablo advierte a los soldados que no lo permitan, porque sin los marineros todos perecerían (Hch 27). ¿Advertía Pablo de que la promesa de Dios tal vez no se cumpliera? ¿O apela a la razón, porque prevé lo que sucederá si uno no se atiene a la promesa de Dios? La promesa firme y la advertencia insistente de esta historia se relacionan exactamente igual que las promesas bíblicas (que nos aseguran que al final seremos salvos) con las advertencias y exhortaciones bíblicas (que nos piden perseverar hasta la meta en la fe en Jesucristo).

«Dios advierte de consecuencias concebibles, no de consecuencias probables. Así ocurre también con nosotros. La Escritura nos dice que Dios sostiene firmemente a todos los que están en Jesucristo (8:29-39). Al mismo tiempo nos exhorta también a perseverar en la obediencia a Jesucristo, porque de lo contrario nos perderíamos eternamente (8:12-13). ¿Es esto una contradicción sin salida? ¿Hay que dudar de las promesas de Dios para poder obedecer su advertencia y creer? ¡No! Dios nos sostiene firmemente en Cristo utilizando advertencias y exhortaciones que, igual que el llamamiento inicial del evangelio, se formulan en términos de posibilidades o condiciones. Dios nunca contradice sus promesas ...⁴² Se dirige a nuestra razón para que, frente a la desobediencia, le creamos y le obedezcamos. Por eso Dios fortalece nuestra fe asegurándonos que nos guardará hasta el fin, pero también» señalándonos con insistencia que

42. El autor de la cita quiere dejar claro aquí que nunca se pueden enfrentar entre sí las promesas y las advertencias de Dios.

«permanezcamos firmemente fieles a Jesucristo». ⁴³

Bendiciones y promesas ligadas a condiciones

Ro 8:13 Porque si vivís conforme a la carne, ... mas si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis.

Ro 8:14 Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, ... estos son hijos de Dios.

Ro 8:17 ... si es que padecemos juntamente con él, ... para que juntamente con él seamos glorificados.

1 Co 15:1-2 Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también ... si retenéis la palabra que os recibisteis, en el cual también perseveráis, por he predicado, a no ser que el cual asimismo sois salvos, ... hayáis creído en vano.

Gá 6:9 No nos cansemos, pues, de hacer bien; ... si no desmayamos. porque a su tiempo segaremos, ...

Col 1:21-23 Y a vosotros ... ahora os ha ... si en verdad permanecéis reconciliado en el cuerpo de su carne, por fundados y firmes en la fe, y sin medio de la muerte, para presentaros santos y moveros de la esperanza del sin mancha e irreprochables delante de él, ... evangelio.

2 Ti 2:5 Y también el que lucha como atleta, ... si no lucha legítimamente. no es coronado ...

2 Ti 2:12-13 Si sufrimos, ... también reinaremos con él. Si le negáremos, ... él también nos negará. Si fuéremos infieles, ... él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo.

He 3:6 ... pero Cristo como hijo sobre su fin la confianza y el gloriarnos casa, la cual casa somos nosotros, ... en la esperanza.

2 P 1:10 Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y

43. Thomas Schreiner, *Mit Ausbarren laufen – Gibt es Heilsgewissheit ohne Heiligung?*, Oerlinghausen, 2009, p. 219.

elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.

Ap 2:7 Al que ... le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio venciére, ... del paraíso de Dios.

Ap 2:11 El que ... no sufrirá daño de la segunda muerte. venciére, ...

Ap 3:5 El que ... será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi venciére, ... Padre y delante de sus ángeles.

Las advertencias y promesas ligadas a las condiciones de perseverar y vencer no tienen el propósito de llenarnos de miedo y espanto. Más bien son, como el indicativo y el imperativo de la salvación, las dos caras de una misma moneda.

Estas condiciones no deben anularse. Tampoco se nos quiere amenazar con que podríamos volver a perder la salvación. Las bendiciones y las condiciones crean una tensión en la que precisamente no debemos aflojar ni volvernos perezosos, sino avanzar en la fe despiertos y con la mirada puesta en la meta.

8.2.2 Hacer morir por el Espíritu las obras del cuerpo

Debemos negar a la carne, sin concesiones, toda posibilidad de desarrollarse. La vida en el Espíritu, es decir, la victoria sobre la carne, abarca la vida cristiana normal, la que Dios quiere. La carne, la naturaleza pecaminosa, sigue presente en el creyente e intenta continuamente ganar influencia. Su ámbito de influencia y su campo de acción es el cuerpo con todos sus sentidos, funciones y capacidades. Naturalmente, no es el cuerpo en sí lo que es malo y tiene que morir. El cuerpo es más bien el terreno de juego de la carne; es el instrumento de la carne, del pecado.

Esta carne sigue mereciendo solo la muerte, y ya fue juzgada en el Gólgota (8:3). Aquí Pablo no da la orden de hacer morir la carne en sí, sino las obras (impulsos, prácticas, señales de vida) de la carne. Frente a cada impulso de mi carne tengo que tomar posición. Tengo que decidirme y posicionarme. Para ello existe una licencia para matar querida por Dios. Si una inclinación pecaminosa quiere colarse en mis pensamientos y extenderse, si la carne quiere moverme a una emoción o a una acción pecaminosa, entonces tengo que reaccionar bien despierto y dejar ver siempre el mismo modo de proceder. Aquí no toca la

pasividad, sino la vigilancia, es decir, la reacción inmediata. «Hacer morir» significa no tolerar nada de lo que viene de la carne. Eso puede significar también huir de inmediato, por ejemplo, ante una tentación carnal.

Pero la lucha no es mía propia, sino una lucha en el poder de un ayudador fuerte, a saber, el Espíritu. En rigor, aquí no se trata de una lucha, sino de una «ejecución». No apuntamos a la carne en su conjunto (como naturaleza pecaminosa y naturaleza de Adán), sino a sus obras. Estas son una amenaza constante, pero solo hay que «hacerlas morir» cuando aparecen. La carne está siempre ahí, pero no la obra de la carne. Con el término «ejecución» no se pretende embellecer nada, como si este enfrentamiento fuera un juego de niños o un automatismo triunfal con victoria garantizada. Nuestra vida diaria nunca sale según lo previsto, apenas es predecible y se enfrenta una y otra vez a nuevos desafíos. Del mismo modo, las trampas y artimañas de nuestra carne muestran siempre que ataca con habilidad y por sorpresa. El amigo de nuestra carne es el mundo, la corriente de este siglo malo. Esta alianza no nos lo pone fácil. La carne que hay en nosotros no se calmará ni se retirará al primer golpe. Volverá a estar ahí cuando menos lo esperemos y menos nos convenga.

La carne es tenaz; ni se debilita por la edad ni se cansa. En cuanto a la naturaleza de la carne, no debemos hacernos ninguna ilusión.

Así pues, no es una lucha en la que tengamos que derribar continuamente a la carne. Esa lucha ya tuvo lugar en el Gólgota. En esa victoria y por el poder del Espíritu podemos hacer morir las obras del cuerpo. Podemos contar con que (si aplicamos también la firmeza que acabamos de describir) con el tiempo ya no viviremos esta seducción y esta tentación de la carne como un conflicto permanente. Por la obra de Dios en nosotros se convertirá en una manera de pensar y en un hábito evitar el mal, no darle lugar y elegir automáticamente el bien, es decir, la voluntad de Dios, como si fuera la nuestra.

8.2.3 ¿«Considerarse muertos» o «hacer morir»?

En Romanos 6:11 Pablo ya había dicho que debemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. En 8:13, en cambio, habla de hacer morir. A primera vista, ambas órdenes se contradicen. La primera orden es de tipo más pasivo; la segunda, de tipo activo.

Con Romanos 6:11 todavía no está dicho todo sobre nuestra victoria sobre el pecado en nuestra vida. El enfrentamiento con el pecado y con la carne no se gana solo considerándonos muertos al pecado. Si intentamos escapar de la seducción «haciéndonos los muertos», porque la tentación no puede atacar a un muerto, es una opinión muy extendida, pero no es la solución. La carne todavía vive en mí; puedo declararla muerta, pero notaré que no *está* muerta. Eso me lleva a un conflicto agotador, que consiste en que me concentro mucho en mí mismo y en la tentación de pecar, intentando continuamente considerarme muerto. *Esa no* es la respuesta de la carta a los Romanos al problema del pecado y de la carne. ¿Qué significa considerarse muerto al pecado? Es aceptar la obra redentora de Cristo, en la que mi vida antigua, mi viejo hombre, fue crucificado (muerto) con Cristo. Considerarse «muerto al pecado» no tiene que ver con cómo debo comportarme cuando el pecado me tienta; en Romanos 6 se trata de aceptar por la fe lo que Dios ha hecho por mí una vez para siempre. Eso sucedió fuera de mí hace 2000 años. Allí Dios condenó la vida antigua y le puso fin en la muerte de Cristo. Este hecho de salvación lo reclamo para mí por la fe al cien por cien. Ahora llevo una vida nueva en Cristo. Así debemos considerarnos; de eso debemos partir como creyentes desde este mismo momento. La segunda parte de la frase («pero vivos para Dios en Cristo Jesús») describe lo que hace el cristiano: vive en el poder del Espíritu, tal como se describe en el capítulo 8. Solo ahora, en Romanos 8, expone Pablo lo que debo hacer de manera totalmente práctica con la carne pecaminosa, con sus obras y prácticas. Aquí no toca la pasividad (considerarse algo), sino que se requiere un proceder firme. Es, de hecho, lo más contundente que pueda imaginarse: hacer morir.

8.2.4 Hacer morir: ¿cómo se hace?

¿Cómo es ese «hacer morir»? Se trata de que la carne ya no tenga ninguna oportunidad en nuestra nueva vida. Dios ha declarado la guerra a esta carne, y nosotros debemos seguir ese ejemplo, y además sin concesiones. Hacer morir significa, en primer lugar, que hay que identificar con claridad una acción como obra de la carne. Tengo que tener claro qué viene de la carne. El Espíritu Santo me ayuda, pues no en vano se llama Espíritu *Santo*. Recordemos una y otra vez que todo lo que hacemos, sin excepción, está determinado o por el Espíritu o

por la carne. La carne es especialmente peligrosa en las actividades para el Señor. La carne tiene también una «vena» religiosa; puede ser muy piadosa. ¡La carne conoce todos los disfraces! Por eso es útil hacerse una y otra vez la pregunta: ¿Qué origen tiene lo que hago?

La carne quiere dominar e imponer que su acción se lleve a cabo y se repita. A eso le decimos ahora con toda claridad: «No». Conocemos la carne: es enemistad contra Dios. Guiados por el Espíritu decimos sin concesiones: «¡Altos!». No hay alternativa. O la carne o el Espíritu determina nuestra manera de actuar. No permitimos a la carne continuar su acción. «Hacer morir» significa, por tanto, condenar la acción carnal: antes de que se llegue al hecho propiamente dicho, rechazo con claridad toda intención de llevarlo a cabo. «Hacer morir» puede adoptar formas diversas:

- Darse de baja
- apartarse
- dejar de hacerlo
- confesar
- quitar de en medio
- decidir
- huir
- dejarlo estar
- callar
- condenar
- marcharse
- apartar la vista
- querer
- destruir
- dar testimonio

– y mucho más –

El AT ofrece un modelo adecuado de lo radicalmente que hay que proceder contra el enemigo. Eglón, rey de los moabitas, era un hombre gordo y egoísta: la encarnación de la carne pecaminosa. Aod, el libertador de Israel, abate a este rey con su espada en una acción temeraria, pero protegida por Dios (Jue 3:12-30).⁴⁴

44. J. T. Mawson, *Überwinden ... aber nie?*, Schwelm, 1980, pp. 28-44.

Si no hacemos morir las obras del cuerpo, ellas nos gobernarán. «Mata a las serpientes antes de que ellas te maten a ti».⁴⁵

Pablo describe a los colosenses con la misma claridad la estrategia radical y sin contemplaciones contra todo lo que viene de la carne:

«Haced morir, pues, lo terrenal en vuestros miembros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia (codicia), que es idolatría».

Un poco más adelante continúa esta enumeración: «... ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas ...» (Col 3:5-11).

El mismo Señor Jesús recomienda la misma estrategia y la formula de manera aún más drástica: «Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mt 5:28). *«Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno»* (Mt 5:29; cf. Mr 9:43-48).

En el conflicto con la carne deberíamos tener claro que solo podemos hacer morir y extirpar las obras del cuerpo a la luz del Gólgota y por el poder del Espíritu Santo. Eso no ocurrirá por sí solo; para ello se requiere nuestra decisión diaria. Solo mantendremos la actitud correcta frente a la carne si recordamos una y otra vez la cruz (como lo hacemos también en la cena del Señor semanal, el partimiento del pan).

8.3 Versículo 14: Hijos de Dios guiados por el Espíritu

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.

La dirección del Espíritu se manifiesta en primer lugar tal como se acaba de describir en el versículo 13: es, por un lado, la victoria sobre la carne y, por otro, el hecho de que se produce el «fruto del Espíritu», tal como Pablo lo describe en Gálatas 5.

Ser guiados por el Espíritu de Dios es *la* señal distintiva de los hijos de Dios. Los hijos se caracterizan por entender y hacer la voluntad y el propósito de su padre. En esto Jesús, el Hijo unigénito de Dios, fue el modelo perfecto. Hacía las obras del Padre, y la voluntad del Padre era como su alimento. El Espíritu tuvo en ello una gran parte (Is 11:2; Mt 4:1; Mr 1:12; Lc 4:1.14.18; He 9:14;

45. Cita de Jean Gibson.

entre otros). Así sucede también en los creyentes, en quienes el Espíritu no solo mora, sino que también asume la dirección.

Aquí Pablo no describe situaciones especiales de la vida en las que tuviéramos que afrontar tareas particulares o tomar decisiones de largo alcance. Como se ha constatado varias veces en estos capítulos de su carta, a él le interesan las cosas fundamentales: los principios, dos líneas que se distinguen claramente una de otra.

Un incrédulo es guiado por la carne; un creyente, por el Espíritu. Esto, a su vez, no es el automatismo de un robot que lleva sin esfuerzo a un creyente a no pecar. Es la manera normal de vivir del cristiano: ser guiado por el Espíritu desde su corazón y su pensamiento renovados. Pero siempre corre el peligro de seguir a la carne y de dejarse guiar por ella. Por eso estos versículos son una clara invitación a vivir de forma activa y consciente en el poder de este Espíritu y a ser conscientes de su presencia, su poder y su ayuda. Es el Espíritu de Jesús, el Espíritu de adopción. Con otras palabras: los que son guiados por el Espíritu viven también como deben vivir los hijos de Dios.

«El Espíritu de Dios tiene acceso a todos los aspectos de nuestra vida; por tanto, no es un habitante pasivo, sino que despliega una fuerza activa para guiar a los santos de Dios».⁴⁶ La dirección y la guía del Espíritu de Dios no anulan la personalidad del creyente, como si este actuara o se sintiera teledirigido o manipulado. El Espíritu da fuerza para hacer lo que Dios quiere. Como persona, siempre soy responsable de lo que hago y, por eso, siempre soy yo quien toma la decisión. Gracias a Dios, la voluntad del cristiano se renueva continuamente (Ro 12:2; Col 3:10), para que pueda conocer y hacer la voluntad de Dios. Este pensar y actuar lo sostiene el Espíritu. Esto sucede casi siempre sin que uno lo note ni lo perciba. Además, para desafíos especiales de nuestra vida puede haber una actuación especial del Espíritu: mediante circunstancias especiales, mediante el hablar del Espíritu a nosotros, mediante hermanos en la fe. De esto el NT habla más bien poco.

La dirección del Espíritu no es misticismo (un escuchar continuo voces e impresiones interiores) ni abarca tampoco una «ética de situación», en la que en cada situación dependemos de una nueva revelación o instrucción. La dirección del Espíritu fortalece nuestra personalidad y su pensamiento renovado para que conozca la voluntad de Dios y haga lo correcto y lo mejor. La guía del Espíritu

46. Fred Stallan, *Was die Bibel lehrt*, Römerbrief, p. 230.

se mueve sobre todo dentro del marco de las instrucciones y mandamientos bíblicos. En este contexto de Romanos 8 se trata de la victoria sobre la carne y el pecado.

Aun así, el Espíritu no solo da fuerza; es también nuestro «explorador», nuestro guía en el camino hacia la gloria. Nuestro problema es que es invisible y que, por eso, debemos confiar en su presencia y en su obra (es decir, en su dirección).

8.4 Versículo 15: El Espíritu de adopción clama en nosotros: «¡Padre querido!»

Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción, en el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

La nueva relación de padre e hijo no es una relación de esclavitud. Esto recuerda la experiencia del capítulo 7. Bajo la ley uno se encuentra en esclavitud. El temor al amo y el temor al fracaso son ahora cosa del pasado. El Espíritu de adopción nos hace posible vivir en comunión con el Padre. Esta comunión está marcada por la oración y la adoración, porque la expresión que aparece aquí («Abba, Padre») contiene una oración o una adoración en la forma probablemente más breve posible. Esta palabra «Abba» aparece solo tres veces en el NT. En el huerto de Getsemaní (Mr 14:36), Jesús, el Hijo de Dios, se dirige así a su Padre en medio de la mayor angustia. Es el tratamiento familiar que se usa con el padre, comparable a «Padre querido» o simplemente a «papá». Pablo utiliza una expresión parecida también en la carta a los Gálatas (4:6). Quizá sorprenda dirigirse al Dios todopoderoso con este nombre cariñoso, pero muestra lo entrañable que es esta relación de hijos, esta filiación.

El servicio a Dios ya no es ahora un asunto de miedo y coacción ni de cumplimiento estricto de mandamientos y prohibiciones. Implica más bien la vida que se lleva en una relación no determinada por el miedo y el temor, y que brota de esa relación. Está llena del amor de Dios y de la plena aceptación por parte del Padre, y de la presencia de su Espíritu, que está realmente en nosotros, no como observador silencioso, sino como ayudador activo. Somos hijos de Dios, somos aceptados, somos guiados y conducidos por su Espíritu. ¡Es un hecho! Un paso en falso, un pecado, no rompe la relación; seguimos siendo hijos. «Después de su enérgico llamamiento a vivir nuestra fe en la vida diaria, Pablo quiere ahora dar descanso a nuestro corazón. No sé cómo es en su caso,

pero yo necesito este ánimo. Porque el Dios trascendente del universo es aquel que, en el silencio de la noche o cuando he caído en el barro, toma mi mano y me invita a llamarle “Papá”». ⁴⁷

8.5 Versículo 16: ¡Somos hijos de Dios!

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

El Espíritu de Dios da testimonio con nuestro espíritu de que realmente hemos sido introducidos en una relación filial con Dios. No se refiere aquí a una voz que le grite algo a nuestro espíritu. Se trata más bien de aquello que refuerza y afianza la convicción, la certeza de la salvación, que ya hemos obtenido por medio de la Palabra de Dios.

Es voluntad de Dios que la relación firme con el Padre esté presente cada día en nuestros pensamientos. Es de importancia decisiva para todos los ámbitos de mi vida que me sepa aceptado incondicionalmente en Cristo por un Padre que me ama. El Padre me ama, y soy tan valioso para él que entregó a su Hijo en sacrificio por mí. Naturalmente, también me disciplina, lo cual es una prueba de su amor (He 12:5). El derecho de ser hijo (Jn 1:12) trae consigo, naturalmente, también obligaciones. ¡No olvidemos nunca quiénes somos ahora! En ello nos ayuda cada día el Espíritu Santo.

8.6 Versículo 17: Somos herederos de la gloria de Cristo

Y si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

No es solo la alegría de una relación con Dios lo que podemos sentir y experimentar. Somos también hijos en «sentido jurídico», es decir, somos igualmente herederos. Dios toma absolutamente en serio nuestra condición de hijos y su posición de Padre. Lo que pertenece a Dios y lo que él dará a su Hijo es también nuestra herencia.

Los sufrimientos no son la condición para recibir la herencia el día de la gloria. Los sufrimientos por causa de Cristo son para la mayoría de los cristianos un compañero constante. No deben resultarnos algo extraño, porque Jesús nos precedió en este camino de los sufrimientos, que él soportó por causa de la

47. Francis Schaeffer, *Allein durch Christus*, p. 216.

justicia. En Alemania y en todos los países occidentales se nos han ahorrado hasta ahora estos sufrimientos, todo lo contrario que a nuestros hermanos en la fe de otros países. Si todavía nos tocara un tiempo de sufrimientos, vale lo siguiente: recordemos esta palabra, escrita por alguien que quería ser semejante a Cristo en todo, incluso en su muerte. Por los sufrimientos a la gloria: este fue casi siempre el camino de los creyentes fieles en la historia de la Iglesia.

«Ya» somos hijos de Dios y, por eso, herederos. «Todavía no» hemos tomado posesión de la herencia. El indicativo de la salvación describe nuestra condición de hijos; al imperativo de la salvación pertenecen los sufrimientos, que no son un requisito para recibir la herencia, pero sí con frecuencia un elemento inevitable del seguimiento de Jesús. Tampoco esto es una advertencia que apunte a un fracaso definitivo. Más bien se nos invita a ser confesores que se mantengan fieles a Jesús.

9. Romanos 12: ¡La manera de pensar se renueva!

A la carta a los Romanos se la podría llamar la poderosa catedral del evangelio y de la justicia de Dios. El evangelio trae la salvación de Dios: ¡absolución, justificación, liberación, unión con Cristo y preservación hasta el fin a través de todas las dificultades, sufrimientos y hostilidades!

Para servir a Dios, el hombre tenía que ser liberado de la culpa y del poder del pecado, pero también recibir la fuerza para una vida nueva. Pablo lo ha descrito de manera impresionante en el capítulo 8. El mundo que nos rodea, y también nuestro cuerpo, todavía no han cambiado, pero eso ya es solo cuestión de tiempo. La promesa de Dios de transformar nuestros cuerpos es cosa decidida, y él la cumplirá en un momento que solo él conoce. Hasta entonces, Dios está de nuestro lado: si él es por nosotros, ¿quién se atreverá a estar contra nosotros?

Luego, de los capítulos 9 a 11, Pablo trata otras cuestiones que también tienen que ver con la justicia de Dios. En el capítulo 12 vuelve a nuestro servicio a Dios, para el cual fuimos liberados. Ahí se trata de nuevo de nuestra vida personal, que podemos llevar en novedad y por el Espíritu. Ahora la justicia de Dios, que se reveló en la salvación, debe hacerse visible también en la vida diaria. En los capítulos 5 a 8 Pablo había hablado de forma relativamente abstracta y en términos de principio. Ha puesto el fundamento, ha explicado la doctrina. Ahora muestra cómo es la novedad en los detalles de la vida. Lo hace mediante exhortaciones, imperativos y llamamientos: los mandamientos del NT. Estos no han ocupado el lugar de la ley mosaica. Ante todo, estas palabras sirven para mostrarnos cómo es la nueva vida. Son indicadores del camino del amor de Dios. No vivimos según estos mandamientos para llegar a ser justos, ¡sino porque somos justos! Estos mandamientos son expresión de quién es Dios y de quién es Jesucristo. Los más de 1000 mandamientos del NT describen, en definitiva, la verdad que está en Jesús. Su vida en nosotros muestra exactamente los rasgos que se describen en los mandamientos del NT. Ahora Cristo está en nosotros y el Espíritu está en nosotros para que podamos vivir así. Debemos andar como él anduvo (1 Jn 2:6.8).

9.1 El propósito de Dios con nosotros

El propósito de Dios con cada uno de nosotros es hacernos semejantes a su Hijo. A este propósito están subordinados todos los demás. Un día esto será así de manera absoluta. Cuando hayamos llegado a la meta, no quedaremos petrificados en esa imagen, en la semejanza con Cristo; no nos convertiremos en monumentos. No, seremos personas activas, para siempre. Pensaremos, actuaremos, hablaremos y amaremos como el Hijo de Dios. Al mismo tiempo seguiremos siendo siempre los que ya somos desde nuestro nacimiento como personalidades creadas por Dios. Pero entonces habremos alcanzado nuestro destino y viviremos en él para siempre. Seremos los que siempre debimos ser. Esa es nuestra mayor felicidad. La alegría de Dios consiste en regalarnos esto. Así es honrado su Hijo. Ya ahora podemos ser los que siempre quisimos ser. Si Cristo está en nosotros, ¡entonces la autodeterminación incluye el hecho de que *él* vive a través de nosotros!

La transformación a la imagen de Jesús, es decir, la correspondiente asimilación a él, comenzó el día cero de la vida como nacidos de nuevo. Es el programa de vida de los cristianos. Se trata de la preparación para la eternidad. Por eso es tan importante esta vida y lo que hacemos con ella, o mejor dicho, lo que Cristo puede hacer con ella.

9.2 Romanos 12:1-2: El culto, ¡algo lógico!

Así que, hermanos, os exhorto por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio racional (culto).

No os conforméis a este mundo (a esta corriente de los tiempos), sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios.

Esto retoma directamente el capítulo 6. Debemos presentar nuestro cuerpo como instrumento de justicia (ponerlo a su disposición). Ahora Pablo va todavía más lejos e invita a los romanos (sí, a todos los cristianos) a entregar sus cuerpos por completo al servicio de Dios como un sacrificio. A diferencia de los sacrificios de animales del AT, este sacrificio está vivo. Por tanto, se ofrece continuamente y no solo una vez, porque andamos en la novedad de la *vida*

eterna. Nuestro sacrificio es santo, porque ya hemos sido santificados por Dios. Por eso es un sacrificio agradable. La actitud de entrega total es la consecuencia lógica de la salvación recibida. Por eso Pablo llama también a esta entrega por las misericordias de Dios. No se nos invita por medio de una ley a poner nuestra existencia a disposición de Dios, sino por las misericordias de Dios. Estas se manifestaron concretamente en lo siguiente: todo lo que habíamos merecido por nuestra culpa y todo lo que somos (es decir, vendidos al pecado) lo puso sobre Cristo. ¡No escatimó a su Hijo! La misericordia de Dios no solo produjo nuestra salvación, sino que permanece también constantemente presente, porque él es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

No hay que pasar por alto que Pablo pronuncia aquí una *exhortación* fraternal y llena de amor. Para todo cristiano (tanto si está al comienzo del camino de la fe como si lleva ya mucho tiempo en él), esta exigencia de entrega total es siempre un desafío y siempre actual. Debemos decirle que sí una y otra vez. Todo cristiano sincero comprobará que la entrega de su vida, por desgracia, sufre altibajos. La entrega es un proceso que tiene que ver con nuestra manera de pensar. Allí se decide si estamos dispuestos a entregarnos y hasta dónde llegamos. Recordarlo cada día es algo útil.

9.2.1 ¡Vuestros cuerpos!

Quien presenta su cuerpo como sacrificio vivo no se distingue por una «hazaña extrema», como la que los paganos esperaban ofrecer a sus dioses paganos⁴⁸, sino que lleva una vida normal, sin espectacularidad y constantemente orientada hacia Dios. Que una vida así con Dios conozca alturas y profundidades, victorias y derrotas, tropiezos y levantarse, está fuera de duda. Pero hay experiencias y frutos maravillosamente alentadores. Si entregamos nuestra vida a Dios y caminamos así de la mano del Dios eterno, pero invisible, nuestra vida se volverá apasionante.

Pero ¿por qué habla Pablo del «cuerpo» que debe ser sacrificado? ¿No forma parte también nuestra manera de pensar (como en el versículo 2)? Claro, se trata de la entrega de toda nuestra existencia, de toda nuestra vida. Pero eso encuentra su expresión precisamente a través de nuestro cuerpo. El cuerpo es la interfaz con el mundo en el que vivimos. Y este cuerpo era, antes de nuestra

48. Fred Stallan, *Was die Bibel lehrt, Römerbrief*, Dillenburg 2001, p. 358.

salvación, el «cuerpo del pecado» (Ro 6:6). Era el instrumento por el que el pecado obtuvo manos y pies. El cuerpo desarrolló hábitos pecaminosos, llevó una vida propia pecaminosa y exigió obediencia. Examinemos con qué frecuencia, o cuántos ámbitos de nuestra vida, están determinados o influidos por nuestro cuerpo. Solo unos pocos ejemplos han de mostrar que podemos subestimar fácilmente el papel de nuestro cuerpo en nuestra entrega. Se trata de hábitos o de la cuestión de cómo, cuánto, cuándo y qué comemos y bebemos, de los hábitos de sueño y de nuestro comportamiento ante la televisión e internet. Todos estos aspectos influyen en nuestro cuerpo y se consolidan como modos de actuar interiorizados. No se trata de un «catálogo de pecados», sino de ver en su justa luz el papel y la influencia, a menudo subestimada, de nuestro cuerpo. Aquí el cuerpo es sacrificado, es decir, se renuncia a las exigencias de nuestro cuerpo, de modo que, en su lugar, se lo puede poner a disposición de Dios.

Primero debemos «hacer morir las obras del cuerpo» (Ro 8:13). También esta palabra subraya el papel del cuerpo, pero de hecho es un papel «hostil», porque el cuerpo quiere hacer cosas que debemos hacer morir. Son, por usar otra palabra de Pablo, las obras de la carne (Gá 5:19) o también los miembros que están sobre la tierra (Col 3:5). Cuando los hábitos pecaminosos están bajo control por el poder del Espíritu Santo, queda libre el camino para poner este cuerpo cada vez más a disposición de Dios. El «cuerpo del pecado» no fue crucificado, porque entonces estaríamos muertos. Más bien fue hecho ineficaz en el Gólgota. ¡Lo que antes era el cuerpo del pecado es ahora el «cuerpo de la justicia»! Pablo pone su cuerpo en servidumbre (1 Co 9:27). Le da la vuelta a la situación: ahora es el cuerpo el que tiene que seguirle a él. El cuerpo no debe poder imponer sus deseos pecaminosos ni una comodidad excesiva: el cuerpo tiene que pertenecer a Dios y convertirse en instrumento de justicia.

9.2.2 El mundo: ¿amigo o enemigo?

Con nuestro cuerpo vivimos en el mundo. La sociedad (eso es exactamente lo que Pablo quiere decir con *mundo*) ha declarado en gran medida que el cuerpo es lo más importante. Ramas enteras de la industria ofrecen todo lo que el cuerpo necesita o debería necesitar: bienestar, forma física, deporte, salud, estética, larga vida, buena comida y bebida, medicina, cirugía estética. En

principio no hay nada que objetar contra estas cosas, mientras se sometan al señorío de Dios. La cuestión es qué papel le damos al cuerpo. ¿Es siervo o señor?

Un peligro concreto que puede impedirnos la entrega total acecha en el mundo en el que vivimos. Es el mundo de los hombres que nos rodea y en el que nos movemos (aunque, como dice Jesús, no somos de él, como tampoco él lo es). Los hombres han organizado su vida sin Dios. La sociedad, la economía y el comercio, la industria, la cultura, la religión, la música, la filosofía, el tiempo libre, la diversión, la alimentación, la formación, la vida familiar, la ética: todo lo que constituye la vida está contagiado y marcado por el olvido de Dios. El hombre no quiere tener a Dios en el barco (Ro 1:28).

Para nuestra carne, el mundo es atrayente y atractivo. Al fin y al cabo venimos del mundo; nuestra carne estaba allí en casa. Ahora debemos tener cuidado de no vivir como el mundo (es decir, como los hombres del mundo). ¡La forma de vida del mundo está en clara oposición a la entrega total de un sacrificio vivo! ¡Los hombres del mundo viven para sí mismos y no preguntan por la voluntad de Dios para su vida!

Mundo (gr. *aion*) se traduce también por «corriente de los tiempos». El tiempo del mundo se agota. Esta era del mundo está a punto de llegar a su fin: vivimos «en los últimos días». Además, el mundo se desarrolla en la dirección equivocada, y a una velocidad cada vez mayor. Va hacia la lejanía de Dios, alejándose de él, no hacia él. En conjunto, la corriente de los tiempos es como el «camino ancho» (Mt 7:13-14), que lleva hacia abajo, a la perdición. La corriente de los tiempos se parece a un río en el que los peces muertos se dejan llevar por la corriente. El pez vivo nada en la dirección contraria; y eso es precisamente lo que significa no adoptar la forma (el esquema⁴⁹) del mundo. *Mundo* se traduce también por «espíritu de la época». La orientación espiritual, o la actitud espiritual del hombre, es lo que hace del mundo lo que es. Además, la Biblia habla varias veces y con claridad de que Satanás mismo es el dios de este mundo, el príncipe de esta corriente de los tiempos.

El mundo y su espíritu (de la época) son malos. La Palabra de Dios no deja ninguna duda al respecto (Gá 1:4). Y quien quiere ser «amigo del mundo» (porque una vida adaptada es más cómoda) se constituye en enemigo de Dios (Stg 4:4). Ciertamente hay una escala de hasta dónde puede llegar la

49. Gr. *schematizein*, es decir, conformarse a un esquema o dejarse formar según un molde dado.

mundanidad. No tiene por qué haber abarcado toda la vida. Quizá se trate solo de uno u otro ámbito, de un ámbito grande o solo pequeño de la vida, marcado por el mundo. Por eso, que cada uno se examine para ver dónde se ha colado una manera de pensar y de vivir propia del mundo. ¿Cómo está la cuestión de mi dinero? ¿Cómo están mis posesiones, mis metas profesionales, mi comportamiento en el matrimonio, mis costumbres favoritas, mis amistades?

No conformarse al mundo, no estar adaptado a él, no empieza por las cosas exteriores, sino primero por la manera de pensar. Antes del hecho viene el pensamiento, del mismo modo que a la adaptación al mundo le preceden pensamientos.

9.2.3 Transformación por una nueva manera de pensar

Dios quiere transformarnos. ¡Quiere que lleguemos a ser lo que somos! Cristo debe ir tomando forma en nosotros cada vez más. Es necesario que Cristo crezca, pero que nosotros mengüemos. Vivir como el mundo (en su manera de pensar y también en su apariencia exterior) es exactamente lo contrario de lo que Dios quiere lograr. ¿Cómo puede suceder esto? Sobre la base de lo que ya se ha explicado en los capítulos 5 a 8, se produce ahora una transformación paulatina, un proceso espiritual de crecimiento y santificación. La persona que acaba de llegar a la fe sigue teniendo sus viejos y acostumbrados patrones de pensamiento. Estos no se borran pulsando una tecla. Mediante el proceso de renovación se sustituyen por una manera de pensar marcada por Dios.

Pablo menciona varias veces el proceso continuo de la renovación. Se refiere a algo más que el mero acto de pensar:

- 2 Co 4:16: la renovación diaria del hombre interior en la tensión entre el sufrimiento y la gloria
- Ef 4:23: Sed renovados continuamente en vuestra manera de pensar.
- Col 3:10: El nuevo hombre es renovado constantemente.

La transformación comienza en nuestra manera de pensar. El entendimiento (gr. *nous*) abarca el mundo de los pensamientos, la razón, el pensar, la comprensión, el centro del pensamiento. Detrás del término «entendimiento» hay algo más que el mero pensar, la *ratio*. El corazón, que en la Biblia representa

igualmente el pensamiento y la voluntad (a veces también el sentimiento), no puede separarse del concepto de entendimiento. El entendimiento es el centro de mando del pensar, el querer y el actuar. En este centro de mando se desarrollan los procesos del pensamiento que ordena, valora y descubre, y también los de la decisión. La acción es la consecuencia del pensar y del decidir. «El entendimiento es ... el lugar donde se desarrolla el proceso del conocimiento y de donde proceden los pensamientos. Es, en sentido literal, el lugar “decisivo” para nuestra acción y, con ello, para la ética práctica en su conjunto».⁵⁰

9.2.4 Metamorfosis

Esta es la palabra que en el texto griego corresponde a la «transformación». La renovación de la manera de pensar produce la transformación. El término metamorfosis es útil en el marco de nuestro tema. Conocemos esta palabra del mundo animal. Sabemos que una mariposa pasa por uno de los procesos de transformación más asombrosos. De una oruga que se arrastra (y que no siempre tiene buen aspecto) se desarrolla, pasando por el estadio de crisálida, una mariposa que vuela. Es un proceso programado que necesita tiempo, pero que no se puede detener. Es asombroso que también nosotros debamos y podamos pasar por una transformación tan radical. Esto muestra que el cambio, tal como Dios lo quiere, siempre es posible. Nada queda excluido. La excusa de que esto o aquello es así y así seguirá no vale si se piensa que una oruga fea puede convertirse en una mariposa preciosa. El insecto sigue siendo un insecto; sigue siendo el mismo ser vivo. Pero queda totalmente transformado. ¿No se parece esto al poder del evangelio, que puede transformar al hombre de verdad y en profundidad (en su corazón y en su manera de pensar)?

La misma palabra «metamorfosis» se usa cuando Jesús, en el monte de la transfiguración, es transformado delante de los discípulos y adopta el resplandor de la gloria de Dios. En otro contexto, la misma palabra se usa con respecto a nosotros: «Pero nosotros todos, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, somos *transformados* en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu» (2 Co 3:18). Nuestra «metamorfosis» tiene como meta el modelo de Cristo. Nunca se insistirá ni se repetirá lo bastante este propósito de

50. Jürg Buchegger, *Ein Mensch, was ist das?*, Wuppertal, 2004, p. 211.

Dios. No es un sueño ni una meta inalcanzable, ni una nueva ilusión con la que Dios quiera frustrarnos. Es su plan y su voluntad, en la que él tiene gran alegría y que quiere transmitirnos. Por eso también saldrá bien. Si queremos y contemplamos a Jesucristo (si nos ocupamos de él, de su Palabra y de su reino), si lo tenemos como meta, si él llena realmente nuestra vida, entonces el proceso de transformación está bien programado.

9.2.5 ¿Por qué renovación?

Desde el nacimiento, por naturaleza, tenemos una manera de pensar y un entendimiento que no tienen a Dios como centro, sino a sí mismos. Cuando un hombre se convierte, Dios crea algo nuevo en él; la semilla de la Palabra germina en su corazón; Cristo es ahora su vida. Esta vida tiene que crecer ahora, como sucede con un bebé. Este crecimiento afecta al hombre interior, y en él está incluido también el entendimiento. Este proceso de renovación dura toda la vida. El crecimiento se produce sobre la base del nuevo ser en Cristo. En Cristo somos en un instante justos y santos delante de Dios. Esto no debe quedarse solo en expresión de nuestra posición, sino impregnar nuestra vida diaria. Para ello hace falta una renovación continua, que realiza Dios mismo y que tiene plenamente en cuenta la situación en la que nos encontramos, el entorno en el que vivimos y nuestra propia constitución (carácter, temperamento, dones, debilidades, nuestra situación de vida, etc.), y que se adapta a estas circunstancias.

9.2.6 ¿Cómo se produce la renovación?

La realiza Dios mismo. La transformación es una orden que debemos dejar que se cumpla en nosotros. La renovación es obra de Dios. Nosotros no podemos producirla. Nuestra tarea consiste en entregar a Dios toda nuestra existencia y en no conformarnos al mundo. Esa es nuestra aportación a este proceso de renovación. Si nos ocupamos demasiado del mundo, si dejamos entrar en nuestro centro de mando del pensar, el querer y el actuar maneras de pensar mundanas y nos adaptamos, entonces también seremos transformados y (lenta pero seguramente) dejaremos ver una conformidad con el mundo. Esto sucede interiormente y luego, como consecuencia inevitable, también

exteriormente. Este proceso transcurre a menudo de forma solapada, casi sin que se note. El veneno del mundo va matando lentamente la vida espiritual, de modo que apenas se percibe el proceso.

Frente a esto está una vida en el «mundo de Dios», en su reino, en comunión con Dios, donde dejo que él mismo llene, ordene y oriente mi manera de pensar. También en este caso no percibo necesariamente yo mismo el proceso de renovación.

¿Por medio de qué se produce la renovación? Aquí no se habla de ello. Es la acción soberana de Dios. Él utiliza la Palabra de Dios, leída directamente u oída en la predicación. Utiliza el silencio, la oración y la adoración, la aceptación consciente de la renovación y de la corrección. Utiliza la comunión de los creyentes. Aprovecha cada situación de la vida, cada vivencia. Todo es educación, formación e instrucción por parte del Padre. Así pues, puedo impulsar y apoyar esta renovación, pero también impedirla. Puedo decidir conformarme más al mundo, del mismo modo que puedo llegar a parecerme más a Jesús. Ante esta decisión no nos encontramos solo una vez, sino, en definitiva, cada día.

9.2.7 El campo de batalla de los pensamientos

«Pienso, luego existo!». Nuestros pensamientos son las cifras, el código de nuestra vida. Influir en ellos, o incluso dirigirlos, es el objetivo supremo del enemigo de Dios. Quien domina la central de mando lo tiene todo en la mano. Tampoco esto tiene que afectar necesariamente a todos los ámbitos de la vida, pero puede tener una gran influencia en nuestro comportamiento. El diablo puede llegar a levantar fortalezas en el mundo de nuestros pensamientos, con un gran paso o, a lo largo de un periodo más largo, con muchos pasos pequeños (2 Co 10:3-5):

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas (baluartes), derribando razonamientos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo».

«Los primeros objetivos de combate que hay que destruir son las “fortalezas” de nuestra cabeza. El significado propio de la palabra griega que se usa aquí es

“baluarte”. Los baluartes son patrones negativos de pensamiento que han quedado grabados a fuego en nuestro cerebro, ya sea por la repetición constante o por un acontecimiento traumático». ⁵¹

Los patrones de pensamiento y los comportamientos o reacciones habituales surgen, entre otras cosas, por influencias externas: «Estas influencias del entorno fueron, cada una, breves, pero duraderas. Entre ellas figuran, por ejemplo, determinados acontecimientos, lugares y encuentros, así como experiencias personales. Además, nos han marcado los libros que hemos leído, las películas que hemos visto, la música que nos gusta escuchar ... Hemos desarrollado un método, que quizá (o quizá no) corresponda a la voluntad de Dios, para procesar estas cosas y para resolver los conflictos que han provocado. Las influencias duraderas en su vida proceden de relaciones a largo plazo con su entorno, como la influencia de la familia, de los amigos y conocidos, de los vecinos, de los maestros, de los compañeros de trabajo.

Es cierto que en el nuevo nacimiento espiritual todos sus pecados fueron lavados, pero sus anteriores patrones de pensamiento y de conducta, que resultaron de la adaptación a su entorno, quedaron arraigados en su carne. De hecho, uno puede nacer de nuevo y, sin embargo, seguir cultivando su anterior estilo de vida “ateo” (lo mismo vale para quienes han crecido en un entorno cristiano; nota del autor). Por eso Pablo nos exhorta encarecidamente a cambiar mediante la renovación de nuestra manera de pensar (Ro 12:2)». ⁵²

Todo lo adquirido por costumbre y lo aprendido puede cambiar mediante la renovación que Dios mismo quiere llevar a cabo en nuestra manera de pensar y en nuestra vida, si se lo permitimos. Hay armas de Dios que nos ayudan a cambiar la programación (en parte) carnal de nuestra manera de pensar.

9.2.8 ¿Cómo podemos ganar la batalla?

En primer lugar necesitamos la actitud básica, ya mencionada, de entrega a Dios y de rechazo del mundo. La Biblia da más indicaciones:

- dejarse llenar de la Palabra de Dios mediante la lectura (regular) de la Biblia
- dejar que la paz de Cristo gobierne (Col 3:15)
- dejar que la palabra de Cristo more en abundancia en nosotros (Col 3:16).

51. Neil T. Anderson, *Neues Leben – neue Identität*, 1994, Lage, p. 153.

52. Neil T. Anderson, *op. cit.*, p. 155.

Los baluartes y los razonamientos son casi siempre mentiras de Satanás. Para desenmascarar las mentiras empleamos las armas de la luz y de la justicia. Cuando surge un pensamiento o un patrón de pensamiento, cuando un baluarte abre sus puertas para una salida, el llamamiento insistente apunta a llevar cautivo de inmediato ese pensamiento a la obediencia a Cristo. Cristo es más fuerte. Él es el vencedor.

Ejemplos de baluartes de mentira:

- Miedos y delirios
- Miedo al futuro y miedo al fracaso
- Complejos de inferioridad y problemas de autoestima
- Falta de paz y nerviosismo
- Tentaciones en el pensamiento
- Ideas obsesivas
- Dependencias de personas, cosas, objetos, bienes, posesiones, seguridades humanas y placeres.

Todas estas mentiras tenemos que desenmascararlas y llevarlas cautivas bajo la autoridad de Cristo. En muchos casos la respuesta consiste en que estamos seguros en Cristo y somos para siempre hijos amados de Dios, y en que conocemos el cuidado de Dios. El pecado ya no tiene derecho a oprimirnos ni a atormentarnos. Cristo nos ha hecho libres.

9.2.9 Ensoñaciones y fantasías

La capacidad del pensamiento humano es impresionante. Con el pensamiento uno puede irse de viaje sin pagar un céntimo. Uno puede construirse un mundo paralelo en el que se cumplen los deseos que se le negaron en la vida real: uno puede ser una estrella, ganar la lotería y tener una familia perfecta, otra mujer u otro marido; todo esto y mucho más es posible en el pensamiento. Pero ¡tengamos cuidado! Estos pensamientos no solo roban tiempo, sino que nos hacen creer en un mundo que no existe. Estos sueños y deseos, cuando se consolidan como hábitos, influirán en nuestra manera de pensar y de decidir. ¡Nosotros mismos somos el eje en torno al cual giran estos sueños! Es peligroso imaginarse acciones que solo tienen lugar en un mundo de ensueño. Se pierde el contacto con la realidad.

«La mente humana es una mente errante, y una mente errante es una mente desdichada».⁵³ Unos investigadores estadounidenses llegaron en un estudio a un resultado sorprendente. Según él, las personas están mentalmente ausentes la mitad del tiempo. Se abandonan a sus pensamientos, cavilan sobre esto y aquello o simplemente sueñan. El problema: al parecer, las divagaciones mentales hacen infelices. Aunque esta constatación no siempre sea cierta, nos da que pensar en el sentido de que el enemigo de nuestras almas puede causar daño de esta manera.

¿Qué hacemos contra ello? Algunos consejos que ayudan a hacer frente a la fuerza de gravedad y a la dinámica propia de nuestro mundo de pensamientos:

- En general y siempre vale: ¡concentrémonos en lo que estamos haciendo ahora, es decir, en el momento presente, para cumplir bien nuestras tareas y obligaciones!

Cuando estamos libres para hacer lo que queremos:

- ¡Oremos por todo lo que nos venga a la mente! ¡Convirtamos todo en oración!
- ¡Leamos la Biblia o un libro de valor espiritual!
- ¡Aprendamos de memoria versículos bíblicos, para que también sin una Biblia en la mano podamos meditar en palabras de Dios! ¡Quizá todavía vivamos un tiempo sin Biblia!
- ¡Pensemos en cómo podemos hacer hoy un servicio para el Señor Jesús!
- ¡Pensemos en el Señor Jesús, en algún episodio de los Evangelios que recordemos!
- ¡Levantémonos y hagamos algo activo! ¡Movámonos, emprendamos algo!
- ¡Busquemos una conversación! ¡Llamemos a alguien y preguntémosle cómo está!

9.2.10 La voluntad de Dios: ¡comprobada y hallada buena!

... para que comprobéis cuál sea la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios.

La voluntad de Dios contrasta con la corriente de los tiempos del mundo. A esta corriente de los tiempos (a los hombres del mundo) le da bastante igual lo

53. Autor desconocido.

que Dios quiere. Pero eso es jugar con fuego, en el sentido más literal de la expresión. Juan lo dice así (1 Jn 2:15-17):

«No améis al mundo ni lo que está en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él; porque todo lo que hay en el mundo, el deseo de la carne y el deseo de los ojos y la soberbia de la vida, no procede del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su deseo; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

El mundo tiene fecha de caducidad. Y quien mira con atención ve que prácticamente ya ha vencido. El mundo que el hombre se construyó está condenado a la ruina. No hay nada en él ni dentro de él que justifique una prórroga. El olor de la muerte se le pega. Y, según parece, hoy hay cristianos que ya no perciben el correspondiente olor a putrefacción.

Solo Dios mismo es bueno y perfecto, y eso vale también para su voluntad, que además es agradable. Esto recuerda los sacrificios del AT, que tenían que ser sin defecto e intachables. Solo esos podían ofrecerse. Así, con el conocimiento de la voluntad de Dios en todas las situaciones de la vida, toda nuestra existencia en el cuerpo (a la que pertenece también el hombre interior) debe ser ofrecida a Dios. La renovación constante de nuestro entendimiento hace posible conocer la voluntad de Dios. Las listas de comprobación y los buenos consejos pueden ser útiles, pero Dios quiere crear también en nuestra manera de pensar las condiciones para conocer su voluntad.

9.3 Romanos 13:13-14: Vestirse de Cristo, sin proveer para la carne

Andemos decentemente, como de día; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y desenfrenos, no en contiendas y envidia (celos); sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para la carne para satisfacer sus deseos.

Antes de terminar el estudio de la carta a los Romanos, veamos todavía este pasaje, porque es el único después del capítulo 8 que menciona la «carne».

El propósito de Dios para nosotros sigue en pie hasta nuestro último día: quiere transformarnos a la imagen de su Hijo. No se trata de una copia de la vida de Jesús; no tenemos que hacernos carpinteros. Se trata más bien de adoptar cada vez más en nuestra vida, de acuerdo con nuestra personalidad individual, el carácter de Jesús. Eso abarca su amor, su verdad, su justicia; en definitiva, todos los rasgos morales que podemos reconocer en él. Él ya nos ha

otorgado la nueva vida; ahora tenemos que darle posibilidades de desarrollarse y dejar que el Señor crezca en nuestra vida, pero retirarnos nosotros mismos.

Esta palabra nos invita a vestirnos del Señor Jesucristo como de una prenda. Es en efecto una metáfora fuerte, que no se explica más. En la noche del mundo sin Dios, el pecado se da en todas sus variantes, y ni siquiera se teme a la luz pública. Frente a ello está la voluntad de Dios, que lo decide todo. En nosotros no debe verse la carne, cediendo a sus deseos, sino Jesucristo.

También aquí se señala que en el pensamiento puede suceder y permitirse mucho antes de que el deseo se satisfaga realmente y uno haya sucumbido a la tentación. La carne no debe ser atendida ni cuidada. La Schlachter (traducción bíblica alemana) lo traduce de manera inequívoca: «No cuidéis la carne hasta excitar los deseos» (Schl 2000). ¡Debemos hacer morir los pensamientos y las obras de la carne! Hace falta una actitud sin concesiones, que Pablo ha descrito con detalle en Romanos 8. «El deseo de una vida agradable y sin conflictos puede inducirnos a esquivar decisiones y consecuencias importantes para no incomodar a nuestra carne. Pero con ello la cuidaremos inevitablemente, y podrá dar fruto sin obstáculos. Si la carne es mimada y cuidada, establecerá su dictadura en nuestra vida. Si por falta de firmeza se la perdona y se sacia su apetito, se volverá cada vez más hambrienta y apasionada. El cuidado de la carne no sirve (como tantas veces se afirma hoy) a la aceptación de uno mismo y al desarrollo de la personalidad, sino que excita deseos que se oponen a los pensamientos de Dios».⁵⁴

9.4 Conclusión

Quien ofrece cuerpo y vida sobre el altar de Dios pierde su vida, su vida centrada en el yo. Pero ¿qué dice, en sustancia, el Señor Jesús? «El que pierda su vida del yo, la ganará» (cf. Lc 9:24; 17:33). Jim Elliot escribió: «No es necio el que da lo que no puede retener para ganar lo que no puede perder».⁵⁵

Si estamos dispuestos, Dios seguirá transformando nuestra manera de pensar. Llegaremos entonces a que, como hacedores de la voluntad *de Dios*, nos parezca que estamos haciendo *nuestra* voluntad. Esa es la ley de la libertad (Stg 1:25; 2:12): querer libremente y de corazón lo que Dios quiere. Esta es la única

54. Walter Nitsche, *Versagen und innere Zerrissenheit*, p. 76.

55. El texto original dice así: «He is no fool who gives what he cannot keep to gain what he cannot lose.»

vida que vale la pena. ¡Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre!

10. Lo viejo y lo nuevo: un panorama

Lo viejo	Lo nuevo	Referencias
Lo viejo	pasó Ha llegado lo nuevo	2 Co 5:17
En	Adán En	Ro 5:12 – 8:11, entre otros
Pecadores	Justos	Ro 5:19
El viejo	hombre El nuevo	hombre Ro 6:6; Ef 4:20-24; Col 3:9-11
El cuerpo del	Ofrecer a Dios nuestro cuerpo y nuestros miembros	Ro 6:6.12-23; 8:13; 12:1-2
En la	carne En el	Espíritu Ro 8:8-9
Ley del pecado y de la muerte	Ley del Espíritu de vida	Ro 8:2
Carne (en nosotros)	Espíritu Santo (en nosotros)	Ro 8:1-11; Gá 5
Pecado: dominados por él, vendidos a él	Muertos al pecado: novedad de vida; «vivos de entre los muertos»	Ro 6 (y Ro 8)
Muerte	espiritual Nueva vida espiritual, vivificados	1 Co 15:45; 1 Jn 3:14; Ef 2:5; entre otros
Carne (para nada aprovecha; quien está en ella no puede cumplir la ley de Dios)	Nacido de nuevo	Jn 3; 6:63 Ro 8:7
Al final:	muerte En la meta: vida eterna	Ro 6:21-23
Morir	Renovación	Ro 6:21; Ef 4:22-24

Terrenal: miembros que están sobre la tierra: Celestial:	Col 3:1-11; 1
fornicación, impureza, pasión, malos deseos, vocación,	Co 15:48-49
avaricia, ira, enojo, malicia, etc. meta	
Llenos de nosotros mismos: en nosotros no hay	Col 3:11; Gá
nada bueno mientras Cristo no esté en	en 2:19-20; entre
nosotros.	otros
	Ro 7:18

11. ¿Qué es la carne?

Entre los cristianos, a la *carne* se la llama a menudo «la vieja naturaleza», en contraste con la «nueva naturaleza» que hemos recibido en el nuevo nacimiento. Otras paráfrasis son: *naturaleza de Adán*, *naturaleza de pecado*, *naturaleza carnal*, *naturaleza humana* o *ensoberbecida*, *pecaminosa*, *vieja* o también *terrenal*. Aunque estos términos son útiles, el NT la llama siempre «carne».

«Carne» designa la impronta que el pecado ha dejado en el hombre, tal como está anclada en su existencia corporal y psíquica.⁵⁶

La palabra *carne* aparece con distintos significados. En la mayoría de los casos se refiere al hombre. El sentido de la palabra tiene que aclararse en cada contexto. Puede tratarse del aspecto moral, o del aspecto creatural y material, o del aspecto perecedero (Is 40:6-8), desvalido (Jer 17:5.7) o débil de la carne humana; de la comunión matrimonial (Gn 2:24; 1 Co 6:16), del parentesco familiar (Ro 1:3; 9:3) o de la humanidad en su conjunto (Ro 3:20). Pablo utiliza la palabra en total 78 veces (de ellas, 63 en las cartas a los Romanos y a los Gálatas) para designar la naturaleza humana caída y pecaminosa.

Pablo usa, pues, el término «carne» en sentido moral. Con este significado lo utilizan igualmente Pedro (1 P 2:11; 2 P 2:10.18) y Juan (1 Jn 2:16). Santiago habla de la concupiscencia (Stg 4:1-3).

El término «carne», en contraste con «Espíritu», tiene una importancia central para el tema del «cambio de bando». La afirmación clave, cuando se trata del conflicto en la vida cristiana, es la constatación de Pablo:

«La carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; porque estos se oponen entre sí» (Gá 5:17).

En la vida del cristiano no se enfrentan dos partidos como los que, en mayor o menor medida, existen en todo hombre. No se trata simplemente de la lucha entre lo malo y lo bueno que, en mayor o menor medida, tiene lugar en todo hombre. Aquí se trata de otra dimensión: el Espíritu es el Espíritu Santo, Dios mismo, que ha entrado en la vida, dominada por la carne, de un hombre que ha llegado a la fe. La carne es aquel componente de la condición humana que, en el

56. Roland Antholzer, Gemeindeorientierte Initiative für biblische Beratung e.V. (GIBB).

cristiano, ha quedado todavía de la vida antigua en Adán después de su nuevo nacimiento.

En la vida cotidiana la palabra *carne* se usa cuando se habla del carnicero y de la comida, y también en anatomía, cuando se habla del tejido humano. Ambos usos corresponden al uso de la palabra en la Biblia. A menudo se refiere sencillamente al cuerpo humano (por ejemplo, Ro 2:28). Pero el significado de la palabra va más allá de la pura materialidad. La carne (el hombre en su existencia terrenal) no es solo débil, frágil y perecedera. Más bien, a causa del pecado ha adquirido rasgos que se oponen a la naturaleza de Dios. El significado de la carne, tal como Pablo la usa en Romanos 7 y 8 y en otros lugares, no describe el aspecto material del hombre, sino su aspecto moral y ético. Carne significa, pues, la fragilidad de la existencia humana y la condición caída de la naturaleza humana. «La carne es la naturaleza humana tal como ha llegado a ser por el pecado».⁵⁷

El aspecto moral y ético describe *cómo* es el hombre: ¿Cuál es su motivación, cuáles son sus metas, cómo se comporta con Dios, cómo con sus semejantes? Se trata de su ser, de su manera de ser, de su naturaleza en sentido moral, medida por el ser y la naturaleza de Dios. La carne (es decir, el ser y la orientación de vida del hombre) no está vuelta hacia el Dios verdadero, aunque puede ser religiosa. El Señor Jesús le dejó claro a Nicodemo que es necesario un nuevo nacimiento, porque lo que es nacido de la carne, carne es (Jn 3:5-8). Puesto que la carne para nada aprovecha en relación con Dios (Jn 6:63), es necesario un nacimiento de Dios, del Espíritu, para crear algo nuevo.

11.1 Pecado y carne

El pecado es un principio que se dirige contra Dios y rechaza su monopolio de autoridad. Este principio ya existía cuando todavía no había «carne» en el sentido de hombres creados, de criaturas de carne y sangre. El diablo, quizá el ser espiritual creado más elevado, siguió este principio abusando de su libertad. Adán, el primer hombre, abrió la puerta al pecado al transgredir un mandamiento sencillo. Con ello el pecado había entrado en el hombre, y hasta lo más profundo de su ser y de su existencia (hasta su corazón). Desde entonces el pecado mora en todo hombre (Ro 7:17); es un *pecador*. Adán transmitió su

57. William Barclay, *Fleisch oder Geist*, Augsburg, 1968, p. 19.

naturaleza a todos sus descendientes. Así llegamos a ser pecadores por nacimiento.

La carne es el hombre, su ser, su personalidad individual, determinada por el pecado que mora en él. Pablo lo resume cuando dice: «Yo ... soy carnal, vendido al pecado» (Ro 7:14). Aquí el pecado es el amo y el capataz de esclavos; la carne (es decir, el hombre), su siervo. Pecado y carne están estrechamente entrelazados, casi son intercambiables.

La carne no es solo un principio de rebelión contra Dios (como el pecado), sino que designa también a todo hombre sin Cristo en su individualidad. La carne es la combinación de las particularidades de la personalidad y del carácter. En sentido moral, la carne es el instrumento del pecado. Mi carne, es decir, mi cuerpo, está esclavizada por el pecado. Los pecados se cometen por medio del cuerpo (es decir, con las manos, los pies y la lengua). Así, el cuerpo no es solo un instrumento neutral, sino que está marcado también por hábitos, deseos y placeres pecaminosos.

11.2 La carne y el hombre incrédulo

En ningún lugar se le puede reconocer a la «carne» algo positivo. Desde el punto de vista de Dios, la carne es incorregible. Un primer indicio de este significado de la carne, que solo en el NT se desarrolla con detalle, es la declaración de Dios sobre el hombre poco antes del diluvio: «Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra» (Gn 6:12; véase también el versículo 3).

El hombre incrédulo es «conforme a la carne» y está «en la carne» (Ro 8:5-8). Toda su existencia, vista a la luz de la santidad y la justicia de Dios, no es más que «carne», es decir, nada más que un ser pecaminoso determinado por su propio pensamiento, sus deseos (anhelos ilegítimos) y sus impulsos. Al incrédulo no se le llama carnal. Este término solo se usa para cristianos que siguen la vieja manera de ser, aunque por el Espíritu que mora en ellos deberían vivir en realidad de forma espiritual (1 Co 3:1).

El hombre alejado de Cristo mira lo que tiene delante de los ojos (es decir, lo visible). Las naciones (que se enredan en los «afanes ... de la vida»⁵⁸) buscan las cosas terrenales, es decir, las que se limitan a esta vida, empleándolo todo en ello sin darse cuenta de que Dios es el dador de todas las cosas (Mt 6:32). En

58. Cf. Lucas 8:14.

este sentido, la carne está orientada a esta vida y dirigida hacia lo visible. Se aferra a lo visible, a lo que aparentemente es seguro. También esta es una característica de la carne que a primera vista no se reconoce como tal, pues a menudo consideramos la *preocupación ansiosa* por nuestra existencia, en sentido positivo, como un sentido de responsabilidad tomado en serio.

11.3 La carne y el cristiano

El cristiano ya no está «en la carne»; está «en Cristo» y «en el Espíritu». Pero la carne sigue presente en nosotros, aunque ya no en la posición desde la cual le está permitido determinar nuestro pensar y nuestro actuar. Sigue siendo el enemigo mortal del Espíritu Santo y, por tanto, del cristiano. Incluso sigue teniendo la posibilidad de determinar y caracterizar la vida de un cristiano si no aceptamos lo que Dios ha hecho por nosotros y no aplicamos nosotros mismos la sentencia de muerte a las obras de la carne (Ro 8:13). Dios condenó y crucificó en Jesús el pecado y la carne. Eso lo hemos aceptado por la fe, y así es como consideramos la carne en nosotros. Aun así, sigue estando en nosotros, inalterada en su manera de ser. Las numerosas e insistentes indicaciones de tratar con firmeza el deseo de la carne (es decir, de no darle lugar) presuponen que esa carne sigue estando en nosotros.

Jesús le dejó constancia a Nicodemo de la inutilidad y la incapacidad de la carne. «De nuevo Jesús habla del núcleo del problema y muestra la total imposibilidad de hacer espiritual la carne. Lo que es nacido de la carne, carne es, y nunca será ninguna otra cosa. Puede ser carne bien formada, carne culta, carne con gran experiencia de la vida, carne moralmente buena, sí, incluso carne religiosa, y sin embargo sigue siendo carne».⁵⁹

«¡La carne sigue siendo pecaminosa! ¿Nos hemos hecho conscientemente a la idea de que, en nuestro estado terrenal, poseemos una “carne” que todavía tiene ganas de oponerse a la ley de Dios y que se ofrece con gusto como instrumento para el pecado? ¿Estamos preparados para ello?».⁶⁰

Sin embargo, no debemos llamar ya pecado a la mera presencia de la carne y a sus señales de vida. El pecado se produce cuando cedemos a la carne y dejamos correr los impulsos y las obras de la carne, en lugar de hacerlos morir. Con el tiempo iremos reconociendo cada vez más la maldad total e inmutable

59. Ruth Paxson, *Life on the Highest Plane*, p. 190.

60. Walter Nitsche, *Versagen und innere Zerrissenheit*, p. 11.

de nuestra carne, sin vivir conforme a la carne. La carne es como una bestia, un pulpo con muchos tentáculos. Cuanta más comprensión espiritual entra en nuestra vida, tanto más claramente tomamos conciencia de la corrupción total de nuestra propia carne. Este conocimiento de uno mismo debería aumentar en paralelo al conocimiento de la gracia y del amor con que Cristo murió por nosotros. Quien se siente decepcionado por la maldad y la depravación de su carne todavía no ha entendido que de la carne no se puede esperar nada y que es incorregible.

Dios ha decidido no quitarnos la carne. La presencia y la agresividad de la carne en el creyente son evidentemente necesarias para el crecimiento espiritual:

- Revela nuestra debilidad interior.⁶¹
- Mata nuestro orgullo y nuestra arrogancia.
- Nos humilla una y otra vez.
- Nos impulsa continuamente a clamar a Dios pidiendo ayuda.
- Nos muestra la inutilidad del esfuerzo humano.
- Nos enseña a confiar solo en el Señor.
- Nos lleva a amar al Salvador que nos rescató del pecado.
- Nos conduce a una vida de arrepentimiento constante.
- Nos hace vigilantes frente a los asaltos del pecado.
- Fomenta el anhelo del cielo.
- Nos impulsa a hacer uso de todos los recursos de la gracia divina.
- Nos anima a desarrollar hábitos santos (o buenos y espirituales).
- Nos impulsa a recurrir a la ayuda de nuestros hermanos y hermanas.

La carne nos lleva a buscar soluciones cada día, y precisamente a la luz de lo que Dios nos dice al respecto en su Palabra. No debemos esperar un milagro repentino. Dios no hace desaparecer «por arte de magia» los problemas que tienen que ver con nuestra carne, porque debemos y podemos actuar, ya que él nos ha dado lo que necesitamos para una vida victoriosa.

Esto lo profundizaremos especialmente en el capítulo siguiente. Al hacerlo habrá repeticiones más de una vez. Esto vale también para los capítulos posteriores. Todos los capítulos tratan, en definitiva, un solo tema, pero desde distintos ángulos. Pero como se trata de *un* solo tema, el cambio de bando de

61. <http://www.keepbelieving.com/sermon/2001-08-26-Full-Speed-Ahead-One-Step-at-a-Time-How-You-Can-Walk-in-the-Spirit-Every-Day/>

Adán a Cristo, al desarrollar un ángulo volveremos a ocuparnos de diversas cuestiones que ya hemos tratado. Un ángulo recurre a los demás ángulos o aspectos. Un aspecto no puede explicarse aislado de los demás.

12. Carne contra Espíritu

La carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; porque estos se oponen entre sí.

Gá 5:17

Los gálatas habían experimentado de manera impresionante lo que producía el evangelio: fueron justificados y recibieron el Espíritu, que confirmó con señales y milagros que Dios mismo era el origen del glorioso mensaje del evangelio. Pero ¿qué había sucedido? Unos judaizantes, que actuaban como maestros de la ley, siguieron los pasos de Pablo e intentaron introducir la ley mosaica en las iglesias recién fundadas. Presentaban la ley como necesaria para la salvación y para la vida, y sobre todo los cristianos de origen judío habrán reaccionado positivamente. Ese es el motivo de la carta a los Gálatas, en la que Pablo se opone a ello con toda contundencia: los fundamentos del evangelio se ven atacados cuando se mezcla la ley con el evangelio. Con la ley y el evangelio chocan dos mundos incompatibles.

12.1 ¿Cuál era el problema?

Con la reintroducción de la ley, los gálatas recayeron en el tiempo de la ley y, con ello, también en la vida carnal. Se refugiaron en la ley afirmando que era necesaria para la salvación y como norma de vida. Probablemente sostuvieron esta opinión también frente a Pablo. Pero el apóstol les deja claro que por ese camino no serán salvos. Además (y esto afecta a nuestro tema principal), se puso de manifiesto que no podían guardar la ley. Se comportaban entre sí como fieras que, por así decirlo, se sacan los ojos y se devoran unas a otras. Pablo dice, con cierta ironía, que tengan cuidado de no consumirse unos a otros. Así pone en la picota el hecho de que su amor a la ley y su supuesta fidelidad a la ley eran contraproducentes. No salía nada bueno de ello. Los gálatas habían olvidado que el tiempo de la ley y, con ello, el de la carne habían pasado. El viejo sistema había sido abolido. Ahora había comenzado la era del Espíritu y de la libertad.

La carne (la vieja naturaleza caída de Adán) necesita la ley y sus mandamientos y prohibiciones. Pero es y sigue siendo impotente: no fue la ley la que fracasó, sino el hombre. ¿Qué opone Pablo a esto? El Espíritu de Dios. ¡La

carta es un impresionante alegato a favor del Espíritu de Dios como sustituto de la Torá! ¡El Espíritu de Dios, que Cristo ha enviado, basta para todo! Por él vivimos y andamos, dice Pablo. Cristo es el centro, el fundamento de nuestra justificación; el Espíritu es aquel por quien vivimos y nos vestimos del carácter de Cristo. Pero la meta no es la ausencia de ley; la ley de Cristo se hace ahora realidad en nuestra vida diaria por el Espíritu de Dios.

12.2 La acción de la carne

La alusión a las fieras nos muestra en parte cómo es nuestra carne. La carne se parece a un felino depredador, siempre en busca de presa y de dominio. En el circo, el domador doma a esos grandes felinos, pero eso solo se consigue con un porte seguro y un contacto visual constante y controlador. Esta actitud es también un modelo para nosotros. Más adelante hablaremos de ello.

Como los gálatas amaban la ley en lugar del Espíritu, salieron a la luz las obras de la carne. Su convivencia estaba determinada por un comportamiento carnal (es decir, pecaminoso). En el conflicto entre el Espíritu y la carne, a Pablo no le interesa lo que sucede *en nosotros*, sino lo que pasa *entre nosotros*. En este conflicto no se trata de una atención vuelta hacia dentro ni de la contemplación de uno mismo —de lo que ocurre dentro de mí—, sino de un comportamiento que los demás llegan a notar: o bien la vanagloria y la envidia, o bien la disposición a llevar la carga del otro (5:26 – 6:2). La fuente de lo primero es la carne. El Espíritu quiere el bien del otro, tal como se hizo realidad por medio de Jesucristo. Por eso él debe tomar forma en nosotros mediante el fruto del Espíritu, que no es otra cosa que la expresión de su naturaleza. Las obras muertas de la carne, que dan testimonio de un Adán condenado a muerte, deben ser desterradas de la comunión de los creyentes. Eso solo funciona por la acción del Espíritu. El fruto divino no crecerá por el propio esfuerzo, sino que lo produce Dios, el único que da el crecimiento.

El Espíritu y la carne se encuentran en un conflicto interminable. Se trata de dos grandes principios, representados por un lado por la naturaleza pecaminosa y, por otro, por el Espíritu de Dios. Todos estamos afectados personalmente, porque la carne todavía mora en nosotros. Y el Dios santo le hace frente empleando a su Espíritu Santo. ¡Asombroso! Tanta fuerza debe de hacer falta: Dios mismo desciende hasta nosotros para entablar esta lucha.

El conflicto entre el Espíritu y la carne en la carta a los Gálatas no apunta en primer lugar a que en nuestro pecho latan dos corazones. No enseña un conflicto ininterrumpido en nuestro interior (parecido a lo que se describe en Romanos 7). Se trata más bien, en primer lugar, del comportamiento de los miembros de la familia de Dios entre sí. No se trata de lo que vivo cuando estoy solo, sino de cómo somos cuando tenemos comunión unos con otros. Naturalmente, se trata también de un conflicto en nosotros, porque nosotros mismos tenemos la carne en nosotros, mientras que al mismo tiempo el Espíritu de Dios mora en nosotros. Los impulsos de la carne están presentes también cuando estamos solos.

Después de esta rápida introducción a la carta a los Gálatas en el marco del tema general, reunimos de la carta, en primer lugar, lo que hemos llegado a ser como cristianos. Pablo trata el conflicto entre el Espíritu y la carne solo al final de la carta.

12.3 El cristiano en la carta a los Gálatas

- Jesús se dio a sí mismo por nuestros pecados (1:4).
- librados del presente siglo malo (o de la presente corriente de los tiempos) (1:4)
- libertad en Cristo Jesús (2:4; 5:1)
- justificados por la fe en Cristo (2:16-17)
- muertos para la ley (2:19)
- vivir para Dios (2:19)
- crucificados con Cristo (2:19)
- Cristo vive en el creyente (2:20)
- amados por Cristo (2:20)
- recibido el Espíritu (3:2.5)
- bendecidos por la fe (3:9)
- redimidos de la maldición de la ley (3:13)
- recibida la promesa del Espíritu Santo (3:14)
- no vida por la ley, sino por la fe (3:21-22)
- hijos de Dios por la fe (3:26)
- Nos hemos revestido de Cristo (3:27).
- Estamos en Cristo (3:28; 5:6).
- Somos de Cristo (su propiedad) (3:29; 5:24).

- redimidos para recibir la adopción (4:5-6)
- El Espíritu del Hijo está en nuestros corazones (4:6).
- Dios es nuestro Padre querido (4:6).
- herederos por medio de Dios (4:7)
- Cristo toma forma en nosotros (4:19).
- nacidos según (del) Espíritu (4:29)
- llamados por Dios (5:8.13)
- Andamos por el Espíritu (5:16.25).
- El Espíritu nos guía (5:18).
- Vivimos por el Espíritu (5:25).
- herederos del reino de Dios (5:21)
- vida eterna (en la resurrección) (6:8)
- familia de la fe (6:10)
- crucificados al mundo (6:14)
- una nueva creación (6:15).

Esta es una suma impresionante de la obra salvadora de Dios. Es el indicativo de la salvación: lo que «ya» es nuestra posesión en la tierra por la fe. Después de haber tomado conciencia detenidamente de este catálogo de la salvación, nos ocuparemos desde esta perspectiva de cómo debemos tratar a la carne y sus deseos, y de cómo puede crecer el fruto del Espíritu.

12.4 Ley y carne: dos ruedas dentadas de un mismo engranaje

¿Cómo es que Pablo, en esta carta a los Gálatas, trata de forma tan concreta el tema de la concupiscencia de la carne y de los deseos? Muestra que la ley precisamente no les ayudó a llevar una vida santa. Al contrario, la ley volvió a sacar a la luz la vida antigua de los gálatas. La ley provoca el pecado y la concupiscencia de la carne mediante sus prohibiciones y mandamientos (véase también Romanos 7). Pablo aporta enseguida la prueba: los gálatas no guardaban la ley, que exigía amar al prójimo. Incluso este mandamiento (no solo mosaico, sino también cristiano) les resultaba difícil, porque se trataban de cualquier manera menos amable (Gá 5:15). La pretensión de fidelidad a la ley y la realidad estaban muy lejos una de otra. La carne y la ley van juntas, porque la ley se dirige al hombre natural, no nacido de nuevo. Esta unión, que en quien ha llegado a la fe queda rota, la restablecieron los gálatas. ¿No devolvían así la vida

al viejo hombre? Pero Pablo les muestra cómo es la novedad de vida en el Espíritu.

12.5 El antiquísimo conflicto cósmico y el actual conflicto personal

Al comienzo de la historia de la humanidad se produjo la caída. Como consecuencia, se puso enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, el diablo (Gn 3:15). Cristo es la simiente de la mujer y aplastará la cabeza de la serpiente, aunque sea con dolor. Esta enemistad, en definitiva el enfrentamiento entre la luz y las tinieblas, es de naturaleza cósmica y omnipresente, pero ha llegado también *al interior* de cada cristiano. Por la nueva vida y la entrada del Espíritu en el corazón del cristiano, hay ahora allí dos polos opuestos que nunca pueden igualarse ni cuya orientación puede unificarse nunca: una guerra entre dos naturalezas. Dos generales, a saber, el Espíritu y la carne, se enfrentan y combaten entre sí. «El cristiano es a la vez escenario y objeto, campo de batalla y trofeo del enfrentamiento entre la carne y el Espíritu».⁶² Los adversarios no conocen la tregua. Jamás. Dondequiera que estemos, allí está la carne; la llevamos con nosotros. Pero también el poderoso Espíritu de Dios está en nosotros. Está siempre a nuestro lado para ayudarnos en este conflicto. Mejor dicho: quiere dirigir él esta lucha. Pero Pablo no subraya la lucha constante, sino la vida diaria por el Espíritu. El cristiano puede estar seguro de que el Espíritu se impondrá. ¡Las excepciones, es decir, los pasos en falso, confirman esta regla!

12.6 ¡Vivan y anden por el Espíritu!

Andad en el Espíritu (por el Espíritu), y no satisfaréis el deseo de la carne. Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; porque estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.

Gá 5:16-17

En lugar de vivir según la ley, los gálatas debían andar por el Espíritu de Dios, para no dar lugar a la carne y a sus efectos. Solo así podía llegarse a un trato lleno de amor entre los destinatarios de la carta.

La carne es algo muy vivo. El *deseo* y la *concupiscencia* son fuerzas poderosas; representan las señales de vida de la carne. El deseo de la carne abarca todo

62. H. Schlier, *Galater*, p. 181, citado en E. Mauerhofer, *Der Kampf zwischen Fleisch und Geist bei Paulus*.

deseo ilegítimo que tenga que ver con el cumplimiento y la persecución de metas egocéntricas. Pueden ser muchas cosas, también algunas que quizá nunca habríamos sospechado. Como cristiano, uno puede hacer una misma cosa tanto por el Espíritu como por la carne. El origen, la motivación y la meta deciden si la persona en cuestión hace esa cosa en el Espíritu (o con una disposición espiritual) o en la carne (o con una disposición carnal). El viejo dueño, despojado de poder, de mi vida antigua está representado por la carne, es decir, por el pecado. El viejo dueño sigue ahí, aunque ya no tenga atribuciones ni derechos. Sigue de camino con nosotros mientras todavía no estemos con el Señor y vivamos en nuestro cuerpo terrenal. La *carne* no es idéntica al cuerpo biológico, sino que más bien lo utiliza, igual que también el alma y el espíritu lo usan como instrumento. Las obras de la carne no incluyen solo actos que se realizan con las manos y los pies, sino también cosas espirituales que pertenecen al ámbito de los pensamientos, las sensaciones y los sentimientos (soberbia, obstinación, desprecio, ingratitud, odio, pensamientos impuros, adulterio en el pensamiento, ambición falsa o exagerada, lo oculto y mucho más).

La carne se opone al Espíritu y quiere hacer valer sus antiguos derechos. En otro tiempo tenía la posición de monopolio para determinarlo todo, y programó hábitos pecaminosos en nuestro pensar y en nuestro actuar. Pero ahora el Espíritu ha tomado posesión y ha asumido la dirección, para tomar posiciones contra la carne y sus hábitos. Esta vieja programación no se borra el día de mi salvación (mi giro personal hacia la salvación y mi conversión). Más bien, el Espíritu la lleva al lugar que le corresponde: a la muerte.

Hay un conflicto en el cristiano, que tiene lugar entre mi carne y el Espíritu Santo. Pedro habla de él cuando dice que debemos abstenernos de los deseos carnales *que batallan contra el alma* (1 P 2:11). Los deseos, dice Santiago, combaten en nuestros miembros (Stg 4:1; véase también 1:13-15), exigiendo ser alimentados y satisfechos.

12.7 La acción de Dios y nuestra acción: ¿una contradicción?

En el NT se nos invita a menudo a actuar, cuando al mismo tiempo es Dios quien produce lo correspondiente. Algo parecido ocurre aquí. La afirmación que aparece aquí («Andad en el Espíritu») es, por tanto, un imperativo de la salvación. Es una «forma activa-pasiva». Somos nosotros quienes andamos (activo), pero debemos hacerlo por el poder del Espíritu (pasivo).

La carne y el Espíritu se oponen entre sí, *para que no hagáis lo que quisiereis*. ¿Qué quiere decir Pablo con esto? ¿Hay tres participantes en este conflicto? Evidentemente: está la carne, está el Espíritu de Dios, y estoy yo, la persona responsable que se decide por uno de los bandos. La breve frase «... para que no hagáis lo que quisiereis» tiene al menos tres aspectos:

1. Hemos sido llamados a la libertad (5:13), para que no hagamos lo que quiere nuestra carne.
2. La lucha no la libramos nosotros, sino el Espíritu.
3. Nosotros (nuestro yo) estamos, como afectados, en medio de este conflicto.

12.8 Llamados a la libertad, pero ¿qué clase de libertad?

La palabra clave del conflicto entre el Espíritu y la carne (5:1), es decir, el mensaje de la carta, es la libertad. Pero en el mismo aliento Pablo advierte que no se use esta libertad respecto a la ley mosaica como carta blanca para la carne. ¡Porque fuera de la ley mosaica rige una ley nueva, a saber, la de Cristo (6:2)! La nueva ley es la ley del Espíritu, con la que Cristo marca nuestra vida y cuyos efectos se reconocen en los frutos del Espíritu. «La libertad surge dentro de la ley, no fuera de ella. ¿Cuándo tiene una locomotora la mayor libertad? ¿Cuando va dando tumbos campo a través? ¡Claro que no! Cuando se deja “obligar” por los raíles, marcha de forma suave y sin roces, porque así está construida. Necesita el “orden” y la “disciplina” de los raíles para poder marchar suave y rápidamente».⁶³ Este trazado de vías lo llama Pablo «dirección» y «andar» por el Espíritu de Dios. Como consecuencia crece el fruto variado del Espíritu, mientras que al mismo tiempo las obras de la carne desaparecen cada vez más. Esta es la alternativa divina a la ley mosaica, aunque al mismo tiempo cumplimos la ley mosaica cuando, por el Espíritu de Dios, nos «amamos unos a otros» (5:14; véase también Ro 8:3).

Aquí se trata de abandonar el ámbito de la ley. Eso ya sucedió con nosotros en el Gólgota: hemos muerto a la ley (Gá 2:19; Ro 7:6). Una vez sucedido esto, no estamos en una tierra de nadie donde no rige ninguna ley. Pertenecemos a Dios: es *su* tierra. Esta tierra está en disputa, porque todavía no se ha alcanzado la meta. El conflicto entre el Espíritu y la carne espera a todo el que entra en la

63. Jay E. Adams, *Grundlagen biblischer Lebensberatung*, p. 256.

nueva vida. Si somos guiados por el Espíritu, no estamos bajo la ley; las dos formas de conducir la vida (ley y Espíritu) se excluyen mutuamente.

12.9 El Espíritu lucha por nosotros

Realmente parece como si en este conflicto tuviéramos una especie de papel de espectadores. Puesto que el Espíritu y la carne luchan en nosotros, ¡ya no podemos hacer lo que queremos, porque ellos dos hacen lo que quieren! La carne produce obras de la carne; el Espíritu, el fruto del Espíritu. Albrecht (traducción bíblica alemana) traduce: «Porque la carne, con su deseo, se opone hostilmente al Espíritu, y del mismo modo el Espíritu a la carne. Ambos están en lucha entre sí y no consienten que actuéis según vuestra voluntad». La lección consiste en que en este enfrentamiento «no hacemos lo que queremos», por bienintencionado que sea. La lucha contra la carne la dirige el Espíritu. Pero esta lucha no pasa de largo junto a nosotros, como si no nos afectara. No podemos irnos de vacaciones y dejar que luche el Espíritu. Lo que se quiere decir es que la lucha contra la carne forma parte de nuestras propias experiencias, pero que con el propio esfuerzo se pierde. No tenemos fuerza mientras no dejemos la lucha a Dios. Tenemos, sí, la voluntad, pero no los medios. El conflicto se desarrolla en mi alma, es decir, en mi corazón, donde sin embargo el nuevo comandante, el Espíritu, ha tomado el mando.

12.10 En medio de la lucha

Repitamos el texto con las palabras de la Neue Genfer Übersetzung (NGÜ; traducción bíblica alemana):

«¿Qué quiero decir con esto? Dejad que el Espíritu de Dios determine vuestra conducta; entonces ya no cederéis a los deseos de vuestra propia naturaleza. Porque la naturaleza humana, con su deseo, se dirige contra el Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios, con su deseo, se dirige contra la naturaleza humana. Ambos están en conflicto entre sí, y cada parte quiere impedir que hagáis aquello a lo que os empuja la otra parte».

No existe un yo neutral que pueda escapar de este conflicto entre la carne y el Espíritu. Nuestro yo obtiene la fuerza motriz de su actuar o de la carne o del Espíritu. Nunca somos observadores pasivos, sino que estamos en el foco del conflicto. Somos responsables de todo lo que decidimos, pensamos y hacemos.

Cuando estoy en el enfrentamiento directo, en la tentación y en la prueba, tengo que decidir con claridad y tomar posición. «Aunque ... el Espíritu Santo ha entrado en ti y en ello representa en su persona tanto a Dios Padre como a Dios Hijo, jamás violará la soberanía de tu propia voluntad. No te eximirá de tu decisión tomada bajo tu propia responsabilidad. ... Si, aun así, ejerce el dominio en cada rincón de tu corazón, si así determina tus maneras de actuar, eso sucede solo por tu propia libre elección y tu gozoso consentimiento. Pero es precisamente este derecho de veto el que te eleva como hombre por encima del reino animal y hace de ti el ser moral para el que Dios te ha destinado. Es también eso, y solo eso, lo que te capacita para amar a Dios a tu vez y corresponder así a su amor. Este gozoso “sí” a Dios en cada momento de tu vida llena el corazón del Creador de mayor alegría que todas las emocionantes (interesantes) maravillas de millones de mundos lanzados por su palabra omnipotente a la inmensidad del universo. Ninguno de ellos posee la capacidad de amarle, porque no tienen la capacidad de la libre elección. El privilegio de ser tú mismo y de ser hombre consiste, pues, en que puedes conocer, elegir y amar a Dios. Ese es tu privilegio totalmente personal».⁶⁴

La presencia del Espíritu no es un automatismo con garantía de victoria incorporada. Nuestro lema de vida debe ser: vivir con Jesús, permanecer cerca de él y dejar que su palabra more en abundancia en nosotros. Así nos decidiremos por el Espíritu y contra la carne.

La acción de Dios y nuestra responsabilidad nunca se excluyen. Si solo hablamos de la acción de Dios, puede ser que nos dejemos arrastrar a la pasividad. Si vemos constantemente nuestro deber y nuestra responsabilidad, no miramos a Cristo, sino al pecado que queremos vencer. Con esta perspectiva correremos el peligro de luchar con nuestras propias fuerzas y de crisparnos. El Espíritu abarca la nueva regla de vida y la fuerza para vivir conforme a ella. Su dirección no es solo una indicación del camino; el Espíritu es nuestro compañero de viaje; él va delante de nosotros.

12.11 Los virus y la vacuna

A esto se añade una comparación que ilustra el papel de mi voluntad, de la carne y del Espíritu. Comparemos los agentes patógenos latentes en mi cuerpo con nuestra carne. Con un estilo de vida sano rara vez se llegará a una

64. W. Ian Thomas, *Tote können nicht sterben*, p. 115.

enfermedad. Si me alimento mal y no me abrigo lo suficiente, eso puede llevar a un resfriado. Si entonces tomo una medicina (esta decisión tengo que tomarla yo), esta emprenderá en mi cuerpo la lucha contra el resfriado. Esta lucha tiene lugar, sí, en mi cuerpo, pero no la libro yo mismo. Sin embargo, puedo iniciar esta lucha mediante la decisión consciente de tomar un medicamento. Además, puedo favorecer el éxito del medicamento con mucho descanso, buena alimentación y aire fresco.

12.12 ¿Qué son las obras de la carne?

Pablo no deja lugar a dudas sobre lo que quiere decir con la carne y sus obras. Su catálogo de estas obras no es exhaustivo, como si aparte de los pecados aquí mencionados no hubiera ningún otro. Con la palabra final del catálogo, «y cosas semejantes», la Palabra de Dios no solo da a cada lector la posibilidad de continuar la lista, sino, indirectamente, la orden de identificar las obras de su propia carne.

Las obras de la carne son diversas, tanto en sus efectos como en su valoración. No en vano la fornicación ocupa el primer lugar. Pero, tanto si son «pecados pequeños» como «grandes», todos proceden de la misma fuente mala. Nuestra carne es capaz de cada una de las cosas aquí mencionadas (tanto en los hechos como en la actitud). En este sentido, la carne es como una semilla en la que están ocultos todos los pecados posibles, para poder brotar algún día. Que Pablo no hable de *fruto* de la carne, como lo hace en el caso del Espíritu, parece tener que ver con las obras de la ley, en las que los gálatas querían apoyarse. Con otras palabras: somos capaces de hacer las obras de la carne con nuestras propias fuerzas, mientras que somos incapaces de producir nosotros mismos los frutos del Espíritu. Para ello necesitamos al Espíritu Santo. Y manifiestas son las obras de la carne (5:19-21):

- **Fornicación** (gr. *porneia*): inmoralidad sexual, *toda* actividad sexual fuera del matrimonio
- **Impureza** – lo perverso, lo sucio; un comportamiento desenfrenado o desvergonzado en el terreno sexual, ya sea dentro o fuera del matrimonio; la depravación de toda la personalidad, tal como envenena cada ámbito de la vida
- **Lascivia** – desmesura, desenfreno, aturdimiento de los sentidos

- **Idolatría** – la veneración de todo lo que desplaza a Dios y su voluntad del primer lugar en la vida de la persona (tanto el culto a los ídolos como la idolatría ideológica de nuestros días); egoísmo
- **Hechicería** (gr. *pharmakeia*): magia, brujería, ocultismo, espiritismo, drogas
- **Enemistades** – alejamiento de las personas, rencillas, odio, mal humor con otras personas
- **Pleitos** – discordia, riñas, espíritu pendenciero
- **Celos** – envidia, comportamientos egoístas y de otro tipo, centrados en el propio provecho; sospechas
- **Ira** – furia, arrebatos de cólera, ataque desenfrenado contra quienes nos rodean, insistencia vehemente en la propia opinión
- **Contiendas** – disputas, intrigas
- **Disensiones** – dispersión, desavenencias, discordias
- **Partidismos**⁶⁵ – herejía, divisiones, sectas; formación de grupos que perturban
- **Envidia** – la costumbre de no desearle nada bueno al otro
- **Homicidios** – odio, asesinato (real y no solo en el pensamiento)
- **Borracheras** – consumo excesivo de alcohol, estados de embriaguez
- **Orgías** – comilonas y borracheras, glotonería, desenfreno
- **y cosas semejantes.**

No hay futuro en el reino de Dios para las personas que hacen estas cosas, para quienes algo así es normal, que persisten en ello y que no confiesan ni abandonan el pecado (5:21).

12.13 El fruto del Espíritu de Dios

El fruto precioso, en el que se gozan el Padre y el Hijo y que es igualmente una alegría para quienes son bendecidos por él, lo produce el Espíritu de Dios en el creyente. Que crezca un fruto no puedo lograrlo yo, porque Dios da el crecimiento⁶⁶ (1 Co 3:6). Yo mismo debo crear las «condiciones marco» que hagan posible un buen crecimiento. Puedo intentar proporcionar una buena tierra, puedo impedir y quitar la mala hierba de la carne, y puedo procurar un

65. Así reza la nota a pie de página de la Elb 2003. En el texto principal de esta traducción bíblica figura aquí «sectas».

66. Véase también Mateo 6:28: «Considerad los lirios del campo, cómo crecen: *no trabajan* ni hilan» (énfasis del autor).

«riego» suficiente por medio de la Palabra de Dios. Pero en todo ello no debemos pasar por alto lo «milagroso»: más que cualquier señal y milagro, es una acción sobrenatural de Dios que unos hombres pasen de ser pecadores llenos de odio a ser criaturas en cuyo corazón se ha derramado el amor de Dios y que luego aman ellos mismos como ama Dios. Mas el fruto del Espíritu es (5:22-23):

1. **Amor** – amor divino dispuesto al sacrificio, aquí sobre todo dentro de la iglesia de Dios, que no es un sentimiento, sino una decisión de la voluntad. Sin este amor a Dios y a los hombres, también en la vida cristiana todo carece de valor (1 Co 13). Nosotros amamos porque él nos amó primero.
2. **Gozo** – el gozo compartido de los miembros del pueblo de Dios que andan en el Espíritu, también en sus reuniones; verdadero gozo por lo que Dios hizo en nosotros y en otros, por lo que hace ahora y por lo que hará según su promesa; el gozo de la vida en Cristo
3. **Paz** – no solo ausencia de conflicto, sino reconciliación, convivencia cordial, unión, plenitud
4. **Paciencia** – paciencia y magnanimidad en el trato con los demás; disposición constante a soportar a los semejantes y las circunstancias; el amor visto desde su lado pasivo, pero perseverante
5. **Benignidad** – actitud benévola, siempre servicial y comprensiva; un carácter apacible, generosidad; el lado activo del amor
6. **Bondad** – la bondad cordial, parecida a la benignidad; dar al otro lo que es justo y bueno
7. **Fidelidad (fe)** – confianza en Dios; la virtud de la fiabilidad, la sinceridad, la lealtad; la imitación de Dios, que siempre mantiene su palabra y es fiel a sus promesas
8. **Mansedumbre** – suavidad, fuerza y dulzura (no existe una palabra alemana que corresponda exactamente); lo contrario del egoísmo y de las exigencias excesivas; humildad en la manera de verse a uno mismo
9. **Templanza** – dominio propio, autodisciplina y autocontrol, equilibrio.

El fruto, o los frutos, son variados y abundantes. También esta «lista», como la anterior, no es exhaustiva, sino representativa. William Barclay dice que es difícil encontrar en esta enumeración tanto una definición exacta como una delimitación de unos respecto a otros.⁶⁷ En todas estas cualidades y virtudes

éticas puede reconocerse que para un hombre es casi imposible experimentarlas en su vida de manera más o menos constante. Se trata, en efecto, de un fruto de Dios.

Pablo cierra su lista retomando el hilo conductor: «*Contra tales cosas no hay ley*» (versículo 23). Con otras palabras: cuando estas virtudes son visibles entre nosotros gracias a la presencia del Espíritu, la ley es irrelevante. A las personas que se aman por el Espíritu ya no hace falta que una Torá les ordene: No matarás.

12.14 El lugar de la carne es la cruz

El cristiano ha adoptado frente a la carne la posición más inequívoca. Él mismo ha clavado la carne en la cruz. Lo creemos y actuamos en consecuencia. Nuestra carne no ha merecido otra cosa que la muerte en la cruz. Así lo dice exactamente Pablo:

«Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos».

Gá 5:24

Quien pertenece a Cristo lo ha hecho *una vez para siempre*: cuando creímos en Cristo, condenamos nuestra vida antigua y renunciamos a ella. Reconocimos la sentencia de muerte de Dios sobre nuestra vida sin Dios y sobre lo que era la fuerza motriz de esa vida sin Dios: la carne. ¿Por qué crucificada? Porque Cristo cargó sobre sí en la cruz, en nuestro lugar, la sentencia de muerte sobre nuestro viejo hombre.

La carne lleva en sí la pasión y el deseo como su elixir de vida. Con el paso de fe hacia Cristo hemos renunciado a ello. Eso nos pone ante una obligación, porque lo que uno mismo ha crucificado y matado debería quedarse en la muerte y no verse ya en nuestra vida. Pero, a pesar de la crucifixión, a pesar de haber sido muerta, la carne con sus obras sigue ahí. Sigue siendo incorregible en nosotros. Esto corresponde a la palabra a los romanos de que debemos considerarnos muertos al pecado (Ro 6:11). Dios hizo algo por nosotros para que sea posible escapar de la dictadura del pecado. Así ocurre también en esta palabra. La cruz de Jesucristo es el fin de la carne, el fin del viejo hombre, el fin del viejo yo. Sin la cruz y sin este conocimiento no es posible andar en el Espíritu.

No dice que debamos crucificar nuestra carne cada día. Esto se dice a menudo con buena intención. Pero la verdad es que debemos partir de que fue crucificada una vez: con Cristo. Ese es el comienzo de una vida nueva con las mejores condiciones, dadas por Dios mismo. Ahora, después del acontecimiento de la cruz, en la novedad de vida, tenemos que habérmolas con las distintas *obras* de la carne. La carne libra una «guerra de guerrillas» desde la emboscada. Estos ataques debemos «hacerlos morir» por el poder del Espíritu Santo (Ro 8:13; Col 3:5). Hacerlos morir significa no dejar que revivan. Me recuerdo a mí mismo la muerte de Cristo por mi viejo hombre y lo que le costó morir por ello. Así llego una y otra vez a la visión y al juicio de Dios sobre la carne, lo cual me ayuda luego a proceder con firmeza contra ella.

12.15 ¿Quién es uno después de haber sido crucificado con Cristo?

Cuando se nos describe como aquellos que han crucificado ellos mismos la carne, eso es solo *una* cara de la moneda. La otra cara la describe Pablo al comienzo de la carta:

... con Cristo estoy crucificado, pero vivo, ya no yo,⁶⁸ sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe, por la (fe) en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Gá 2:19-20

Quizá esta sea la descripción más acertada de lo que es ser cristiano. Nuestra vida antigua, es decir, el estado de nuestra autodeterminación, en el que la aguja de la brújula siempre apuntaba hacia nosotros mismos, está crucificada con Cristo. Ese era el único camino para ser liberados de verdad de la vida antigua, y sobre todo de tal manera que esto sucediera con plena validez jurídica ante la justicia y la santidad de Dios. Ningún hombre quiere perder su vida y renunciar a su autodeterminación, porque tiene miedo de la pérdida ante lo que viene después. Así nos ha «programado» la carne, y este «software» todavía funciona en nosotros. ¡Cuántas veces nos aferramos a lo que somos y tenemos! Reconocemos demasiado poco lo que Dios pone en lugar de lo viejo. Pero esta palabra es inequívoca. «De forma totalmente radical: ¡He muerto, vivo! Muerto en la muerte de Cristo, vivo en la vida de Cristo. Está formulado con tanta fuerza que a nuestra capacidad de comprensión no le resulta fácil entenderlo.

68. «Pero vivo, ya no yo» reproduce en este lugar el texto de la nota a pie de página de la Elb 2003.

Pensamos: Eso no puede ser, porque un hombre sigue siendo él mismo; ¿no sigues siendo la persona que eres? Algunos han buscado aquí una solución dividiendo al hombre en tres partes: espíritu, alma y cuerpo, de modo que el cuerpo y el alma tienen que morir para que el espíritu pueda vivir. Pero no debemos ver las palabras de Pablo desde la perspectiva occidental, sino tomarlas para lo que están pensadas e intentar entenderlas conforme al propósito que tienen. La vida en Adán ha terminado, porque ahora la justicia de Dios se ha revelado en el evangelio. La vida de Cristo comienza para todo aquel que acepta el evangelio». ⁶⁹

En efecto, deberíamos entender este versículo bíblico, central para nuestra vida, de la manera más sencilla posible. «Siempre seguirás siendo tú mismo y nadie más. El hombre que se levanta por la mañana es exactamente el mismo que se fue a la cama la noche anterior. Por eso tienes que conformarte con el hecho de que tú mismo eres el hombre con quien tienes que arreglártelas el resto de tus días. Pero, en segundo lugar, ¡es la voluntad de Dios! Él nunca quiso que fueras otro distinto de ti mismo. Pero quiere que ahora seas realmente el hombre para el que te ha destinado ...

Mi yo (el mismo que en mí comete el pecado) está crucificado con Cristo. “Vivo (el mismo yo que Cristo hizo de mí), pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí” (Gá 2:20) ... No pierdes nada de tu propia personalidad cuando, por la fe, ocupas con Cristo tu lugar en la cruz. Al contrario, tu personalidad experimenta una transformación. Sencillamente pasas a estar bajo otra dirección, de modo que entonces se dice de ti: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co 5:17)». ⁷⁰

En lugar del viejo hombre y del viejo yo entra ahora otro, y con la plenitud de su vida. Es una vida de vencedor, vida de resurrección, vida divina. Al fin y al cabo, es el mismo Señor Jesucristo quien ahora entra en mi vida, en mi personalidad, es decir, en mi corazón, para quedarse allí para siempre. ¡Eso es ser cristiano! ¡El signo del cristianismo es una cruz vacía, una tumba vacía, Cristo en el trono y Cristo en mí! No es el cambio de vida impuesto desde fuera; no, es Cristo, que vive en mí y lleva a cabo lo que agrada a Dios. Es una vida nueva que brota del corazón renovado. Es Cristo mismo quien actúa y

69. H. P. Medema, *Romeinen 7 enzovoorts*, p. 80.

70. W. Ian Thomas, *Tote können nicht sterben*, pp. 106 y ss.

quien es la fuente inagotable de fuerza para mi nueva vida. Él no es solo la fuente de las «cosas espirituales» (leer la Biblia, orar, evangelizar, etc.), sino la fuente de toda mi vida, también de mi trabajo, sencillamente de cada segundo de mi vida. No hago como si fuera así: es una realidad que Cristo vive en mí. Esta vida se caracteriza por la confianza en el Hijo de Dios, que lo hizo todo posible por medio de su sacrificio por mí y por cada uno personalmente.

12.16 Tomar la cruz cada día

Antes de ser crucificado en el Gólgota, Jesús ya habló de la cruz, no solo de la suya, sino de la cruz de cada uno de los que le seguirían. En Lucas 9:23 (véase también Lc 14:27; Mt 10:38; 16:24; Mr 8:34) dice:

«Y decía (Jesús) a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame».

El Señor Jesús habla aquí de la negación de uno mismo (a menudo dolorosa). Quien le sigue no se sigue a sí mismo, a su ego y a sus metas, sino a su Maestro y Señor. Mi *yo* ha sido entregado a la muerte; ya no tiene importancia. Tomar conscientemente esta cruz y arrastrarla hasta el lugar de la ejecución es un deber diario del discípulo. Naturalmente, esto es una comparación. Se trata de un principio que el Señor ilustra con este ejemplo drástico. Quien pierde su vida (es decir, en la cruz de la negación y la renuncia a sí mismo) hallará la verdadera vida, la vida en abundancia (Mt 10:39). Ahora bien, estas palabras de Jesús no corresponden exactamente a lo que Pablo dijo a los gálatas en cuanto a que han crucificado la carne. Esto se debe, por ejemplo, a que en Pablo se trata de cosas malas de la carne. Jesús, en cambio, tiene en vista también cosas que no tienen por qué ser necesariamente malas, al contrario. Hay bastantes cosas que en sí mismas son buenas, pero que, si se examinan con lupa, nos impiden seguir a Jesús de forma consecuente.

Mi cruz (personal) no es algo abstracto, sino que apunta a mí personalmente, a mis particularidades y a mi situación. Son aquellos ámbitos en los que en mí todavía se ve la carne. La cruz de mi hermana y de mi hermano probablemente tenga otro aspecto. Negarse a sí mismo de esta manera cuesta muchísimo. Llevar la cruz es también un espectáculo de la peor clase. Quien lleva la cruz no puede esperar honra de los hombres.

12.17 Vivir y andar por el Espíritu: ser y no ser

Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.

Gá 5:25

La cruz puso fin a lo viejo con la minuciosidad de Dios. También nacimos de nuevo por el Espíritu, porque la carne estaba corrompida. Fuimos vivificados; hemos pasado de la muerte espiritual a la vida. Esta vida es la nueva existencia en Cristo; esto es el nuevo hombre. Aquí se llama al Espíritu Santo la fuente y la fuerza de esta nueva vida. ¿Qué relación hay entonces entre las dos palabras «vivir» y «andar»? ¿En qué se diferencian? Vivir es el latido del corazón del nuevo hombre: el hecho de que existe. Él encarna la nueva creación que Cristo mismo ha creado como el Redentor y el Resucitado. Somos su obra maestra. Lo viejo pasó, lo nuevo ha llegado.

Pero el nacido de nuevo no es una estatua, sino un *hombre* nuevo y vivo, creado según el modelo de Jesucristo. Un nuevo hombre anda conforme a su modelo, es decir, Cristo, el principio y autor de la nueva creación. Andar no significa solo *ser* (vivir), sino también *actuar*. La vida obliga al movimiento y a la vitalidad. Andar significa dar un paso tras otro. La vida que procede de Dios siempre da fruto, a saber, el fruto del Espíritu. Un vehículo necesita combustible para poder circular. Cuando el depósito está vacío, hay que empujarlo. Un motor eléctrico necesita corriente; de lo contrario, no le sirve a nadie. El cristiano necesita al Espíritu Santo para producir el fruto del Espíritu. «La guía del Espíritu significa que él permanece en nosotros y con nosotros como un líder poderoso, un maestro sabio, un entrenador paciente. Este “guiar” no es un acontecimiento único y sensacional, sino un proceso continuo que va avanzando».⁷¹ Una vez más: vivir no basta por sí solo, como tampoco basta la mera presencia del Espíritu. No solo podemos llamar nuestro al Espíritu, sino que también tenemos que someternos a su derecho de propiedad, de dirección y de guía. Este fuego tenemos que avivarlo una y otra vez, también unos a otros, en lugar de apagar el Espíritu.

71. H. P. Medema, *Romeinen 7 enzovoorts*, p. 138.

12.18 Andar por el Espíritu: ¿cómo se hace?

Quizá nos hayamos dado cuenta de que Pablo dice que debemos andar por el Espíritu, pero no describe concretamente cómo debemos hacerlo. Toda la carta se parece a un «alegato en favor del Espíritu». Por eso la ley queda definitivamente descartada: «Para un alma que todavía no ha comprendido cuál es la verdadera liberación que Dios ha preparado para nosotros, el remedio más natural (y más a mano) es intentarlo con la ley. Eso no es un remedio, sino exactamente lo contrario».⁷² Recurrir a la ayuda de la ley es exactamente lo contrario de lo que implica andar por el Espíritu. Pablo parece dar sencillamente por supuesta la vida por el Espíritu como una experiencia real y perceptible. Su propio texto ofrece las características de la guía del Espíritu:

- no hacer de la ley (o de una ley) la regla de vida
- La persona *quiere* andar por el Espíritu. Quien anda por el Espíritu se enfrenta a la exhortación correspondiente y a la decisión consciente y siempre renovada de darle a él el dominio sobre nuestra vida.
- aceptar por la fe que nuestra carne es mala, que no sirve para nada y que tenía que ser crucificada con Cristo
- procurar producir los frutos del Espíritu hacia los demás
- procurar no dar lugar a las obras de la carne
- Reconozco y creo: Cristo y su Espíritu viven en mí.
- no andar con el propio esfuerzo, centrado en uno mismo, sino, dependiendo de Dios, pedirle y esperar de él la guía del Espíritu
- no concentrarse en el conflicto contra la carne que hay en mí, sino en Cristo y en todo lo que tiene que ver con él.

12.19 Tropezar y levantarse

Hermanos, aunque un hombre sea sorprendido en un paso en falso, vosotros, los espirituales, restaurad a ese tal en espíritu de mansedumbre, mirándote a ti mismo, no sea que también tú seas tentado.

Gá 6:1

«La venida del Espíritu significa que ha estallado una “infección divina” ..., pero no que haya comenzado la perfección divina. Nuestra vida está ahora bajo

72. F. W. Grant, *Numerical Bible*, vol. 6, p. 313.

la guía de aquel que originalmente produjo la inspiración de la ley, lo cual, por supuesto, no significa que las personas del pueblo de Dios no puedan ser “sorprendidas por una falta”». ⁷³ No es realista suponer que vivimos constante y exclusivamente en la victoria. El conflicto entre el Espíritu y la carne utiliza la metáfora de la lucha, y a ella pertenecen también las derrotas. En Cristo somos «ya» vencedores, pero «todavía no» hemos llegado a la meta. La victoria final la tenemos asegurada, pero en la línea del frente el enemigo arrolla a veces una u otra posición. Eso le ocurrió a aquel a quien Pablo llama aquí «un hombre» y que dio un paso en falso.

Los que tienen una mentalidad espiritual deben restaurar a ese tal con mansedumbre. La comunión viva, confiada y activa de los creyentes, la convivencia y las amistades en el Señor tienen una función importante en el conflicto entre el Espíritu y la carne, tanto en el ánimo mutuo como en volver al buen camino y en ayudar a otros a volver a él. Al hacerlo, los de mentalidad espiritual deben estar en guardia para no sucumbir también ellos a la misma tentación, pues, aunque tengan una disposición espiritual, la carne, con todos sus deseos, pasiones y atractivos, es también en ellos un peligro constante.

A Pablo no le interesa aquí un paso en falso concreto. Para todos los innumerables pasos en falso, pequeños y grandes, rige el mismo plan de emergencia divino para la restauración. Un paso en falso es una transgresión, un mal paso, un tropiezo en la pista de carreras de la fe. Un paso en falso abarca un pecado, una obra de la carne, un ceder ante la tentación.

Sin presunción, nosotros, que estamos y vivimos bajo la gracia, podemos decir que tales derrotas no son la regla en una vida cristiana normal. Sin embargo, tenemos que admitir con humildad que corresponden a nuestra experiencia diaria. Si decimos que no tenemos pecado, dice Juan, nos engañamos a nosotros mismos. Tenemos que tomarnos muy en serio el pecado en nuestra vida.

12.20 Volver al buen camino

Después de un paso en falso hay que volver al buen camino. Un paso en falso siempre trae consigo un daño espiritual, cuya magnitud depende del tipo y del alcance del paso en falso. Aquí se trata de un principio, a saber, de que después de un paso en falso no se puede seguir como si nada hubiera pasado. Se requiere

73. Gordon Fee, *Der Geist Gottes und die Gemeinde*, Metzingen, 2005, p. 192.

nuestra actividad. No podemos pasar por alto el pecado con indiferencia, como si no hubiera ocurrido nada.

Volver al buen camino significa: Cristo y el Espíritu me llevan lo antes posible a no ocultar mi pecado, sino a confesarlo y sacarlo a la luz. Debo reconocer el pecado que he cometido (como hijo de la luz), arrepentirme de él (es decir, sentir dolor por él) y confesarlo (es decir, admitirlo), y ser consciente del perdón divino.

12.21 Nuestro ayudador en el cielo

Algo tiene que suceder cuando hemos pecado. Cristo, nuestro defensor en el cielo, actúa en este caso como ayudador en favor nuestro:

Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.

1 Jn 2:1

Nuestro ayudador y defensor, como el Justo, resolvió con su sacrificio la cuestión del pecado de una vez para siempre. Pero ahora, cuando el pecado aparece en nuestra vida, después de un paso en falso trabaja en nuestro corazón y en nuestra conciencia. El ayudador se ocupa de *nosotros*, no del Padre, en cuyo trono está sentado. No tiene que apaciguar al Padre para que este no se enoje con nosotros. El pecado no es el problema del Padre, sino nuestro problema. Jesucristo quiere llevarnos a reconocer nuestro pecado, a arrepentirnos (es decir, a lamentarlo) y a confesarlo. Al mismo tiempo nos confirma el amor del Padre, para que reconozcamos que somos aceptados incondicionalmente. El pecado no rompe la unión de vida eterna con el Padre.

El NT no exhorta a los hijos de Dios a pedir perdón cuando han pecado. A ellos *les han sido* perdonados para siempre todos los pecados, también los futuros (Ef 1:7; 4:32; Col 1:14; 2:13; 3:13; He 10:18; 1 Jn 2:12). Por cierto, esa es la gran diferencia con el AT, donde también los creyentes, como por ejemplo David, piden perdón. Después de la cruz esto ya no es necesario. Aun así, confesamos el pecado y nos arrepentimos de él, porque debemos ser santos como nuestro Padre celestial es santo. En este sentido necesitamos ser limpiados por el agua de la Palabra de Dios: la Palabra nos muestra el pecado, y entonces tenemos que confesarlo y, naturalmente, dejarlo: «*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1 Jn 1:9). El perdón

completo nos fue concedido el día de la conversión por la sangre de Jesús. Pero, como todavía podemos pecar, como creyentes necesitamos la limpieza por el agua de la Palabra de Dios.

12.22 ¿Y si hemos pecado?

¿Tenemos que demostrar que sí somos capaces de hacerlo mejor? ¿Tenemos que saldar nuestra culpa con ejercicios de penitencia? ¿O un paso en falso no tiene mayor importancia, puesto que todos los pecados ya nos han sido perdonados?

Debemos reconocer, confesar y dejar nuestros pecados. No hay manera de evitarlo; es una obligación: siempre que nosotros, los creyentes, hayamos pecado —y todos ofendemos muchas veces y de muchas maneras (Stg 3:2)—, debemos confesar el pecado. Confesar tiene el sentido de «descubrir, sacar a la luz». Confesar significa llamar a algo por lo que realmente es. Traducido literalmente significa «decir lo mismo», es decir, lo mismo que Dios dice al respecto. Al pecado debemos llamarlo también pecado. En este aspecto no podemos excusar ni maquillar nada.

La confesión de pecados de un creyente no borra la culpa del pecado que nos lleva al infierno. Nuestra culpa de pecado fue borrada para siempre por la sangre de Jesús. El pecado en un creyente perjudica la relación padre-hijo vivida conscientemente, la comunión con Dios. La comunión práctica y experimentable con el Padre y con el Hijo se ve perjudicada, y una vida carnal la perturba y la daña. Pero un hijo del Padre sigue siendo hijo aun cuando los dos ya no se hablan y el hijo ha sido desobediente. Sin embargo, para tener una comunión auténtica, viva y a la vez llena de amor, hay que eliminar todos los factores que la perturban, y en nuestra relación celestial de padre e hijo estos solo se encuentran de nuestro lado. Tenemos que volvernos y arrojarnos una y otra vez en los brazos de nuestro amoroso Padre celestial.

¿Acaso no es fácil confesar el pecado? No, no siempre. Eso tiene diversas razones. La razón más frecuente es que a menudo, al principio, reaccionamos como si ese pecado no hubiera sido pecado. Nuestro corazón, en la fuerza de la carne, puede ser tan orgulloso que encuentra cualquier excusa posible que pretenda demostrar que no se trata de pecado. Es asombroso cuánto tiempo necesitamos a menudo para llegar a reconocer el pecado.

Otra razón es que, con los pecados que cometemos una y otra vez, ya no nos atrevemos a confesarlos. Como nos avergonzamos tanto, primero queremos demostrar que sí somos capaces de hacerlo mejor. Pero eso plantea la cuestión de nuestra imagen de Dios. En ese caso tenemos una idea equivocada de Dios, según la cual hacemos depender de nuestros logros el que él nos acepte. En cambio, somos aceptados para siempre; el Padre nos ama en todo momento, así como ama a su propio Hijo. ¡Este amor hacia nosotros no disminuye por nuestro pecado ni aumenta por nuestra fidelidad!

Cómo transcurren y se experimentan en concreto la restauración, la recuperación espiritual y la sanidad, o cuánto tiempo duran, tiene siempre que ver también con qué pecado se cometió y qué historia previa tenía, así como con si ocurrió de forma inesperada o si ya se había convertido en un hábito. Lo importante es que, después de la confesión del pecado, nuestra relación con el Padre y con el Hijo vuelva a estar libre de sombras y de perturbaciones, aunque tengamos que cargar con las consecuencias de determinados pecados.

12.23 Confesar

Es interesante que en el NT se hable poco del tema de cómo debemos tratar, como creyentes, los pecados que se encuentran en nuestra vida. Los pecados que cometemos unos contra otros debemos confesárnoslos unos a otros (Stg 5:16) y perdonarnos unos a otros (Ef 4:32; Col 3:13).

En Corinto, la iglesia se había hecho culpable porque no sometió a disciplina de la iglesia a un hombre que vivía en fornicación. En ese contexto, la restauración significaba tristeza, aflicción y arrepentimiento, el reconocimiento y la confesión del pecado (2 Co 2:5-11; 7:9-11).

- Confesar el pecado significa llamar el pecado por su nombre. No hacemos una confesión general al final del día para «cubrir» con ella todos los pecados. Imaginemos a un niño que acude a su padre y le dice: «Te confieso todo lo malo que he hecho hoy». ¿Qué le dirá el padre? Nuestro Padre celestial quiere saber concretamente qué confesamos.
- Ni siquiera debemos esperar hasta el final del día. En cuanto peco, confieso de inmediato el pecado. ¡No queremos dejar que el pecado se interponga entre nosotros y el Padre celestial hasta el final del día, ni simplemente olvidarlo!

- En una conferencia bíblica alguien preguntó si un pecado que hemos cometido inconscientemente perjudica la comunión con el Padre. La respuesta fue: «Sí». ¡Pero esa respuesta es errónea! Tenemos que reconocer que, mucho más de lo que creemos posible, hacemos inconscientemente cosas que son pecaminosas. No son lo normal o no son intencionadas, pero suceden. A veces nos falta también el conocimiento de si algo es pecado. Por eso nunca podremos confesar todos los pecados que cometemos como cristianos, aunque ese sea nuestro sincero deseo. La comunión con el Padre se ve perjudicada allí donde no confesamos un pecado del que somos conscientes.

Pablo subraya aquí el «cuidado pastoral», el ministerio de pastor, cuyo ejercicio está encomendado a los de mentalidad espiritual (y que debe ser aceptado por quienes han pecado). Es un tema en el que no vamos a profundizar aquí. La restauración es necesaria en cada paso en falso. En un paso en falso grande será distinta que en uno pequeño. Un mal pensamiento no es un paso en falso que nos saque de la pista de la fe. Aun así, tenemos que confesarlo.

12.24 El cristiano espiritual y el cristiano carnal: ¿existe tal cosa?

El cristiano *espiritual* está llamado a ayudar a ponerse de nuevo en pie (espiritualmente) a aquel que ha sido sorprendido en un paso en falso y ha tropezado o ha caído en la tentación. Primero: ¿quién es un «espiritual» (cf. Gá 6:1)? No lo es todo aquel en quien mora el Espíritu Santo, que tiene vida por el Espíritu y que, por tanto, es hijo de Dios. Más bien es aquel que además anda por el Espíritu y es guiado por él. El espiritual no es un cargo eclesiástico, sino alguien marcado por el Espíritu: para él, Cristo es la vida, y en él se puede reconocer el fruto del Espíritu. El espiritual no es alguien sin faltas, sino alguien que, en el conflicto entre el Espíritu y la carne, está del lado del Espíritu.

Al cristiano que ha tropezado y que debe recibir ayuda de sus espirituales hermanos de la familia de la fe no se le llama carnal, como si se diferenciara de sus hermanos espirituales. Por un paso en falso uno no se convierte automáticamente en un cristiano carnal. Un «paso en falso» o una «transgresión» no es algo que caracterice toda mi vida. (Ese sería el caso si mi mundo de pensamientos hubiera sucumbido ya hace tiempo a la tentación y, como consecuencia, yo hubiera tropezado de hecho).

Los gálatas habían comenzado en el Espíritu cuando llegaron a la fe. Pero, como querían someterse a la ley, Pablo les advierte que no intenten de esta manera llegar a ser adultos y perfectos con la fuerza de su carne pecaminosa y corrompida. En el marco de la ley se activa la carne, no el Espíritu de Dios (Gá 3:3). La consecuencia entre los gálatas fue, en efecto, que se comportaban unos con otros como fieras. Del Espíritu Santo, por desgracia, no se veía mucho.

A los corintios Pablo los llama carnales (1 Co 3:1-3). Habían llegado a la fe ya años antes, pero se podía reconocer poco de madurez espiritual. Conocemos la situación de Corinto. La suma de esa conducta, marcada por contiendas y divisiones, los convertía en cristianos carnales.

Un cristiano carnal se deja guiar más o menos por su carne (por lo sensual, por lo terrenal, por sus propias ideas, ocurrencias y fuerzas). No intenta de verdad combatir las acciones u obras de la carne. Esto solo sucede mediante la confesión de pecados (1 Jn 1:9) y una nueva entrega (Ro 6:13; 12:1-2), así como por la acción poderosa del Espíritu Santo, que nos transforma.

Pero un cristiano que es creyente desde hace décadas y que, sin embargo, está marcado por un egoísmo evidente demuestra ser carnal. Es nacido de nuevo, como era el caso de muchos en la iglesia de Corinto. Pero, a pesar del nuevo nacimiento y de poseer el Espíritu Santo, se puede tener una mentalidad carnal durante mucho tiempo (o largas temporadas), o incluso durante toda la vida. Esto se pondrá de manifiesto en el juicio, cuando todas las obras carnales se quemen y uno mismo sea salvo «así como por fuego», por así decirlo, a duras penas (1 Co 3:15).

El crecimiento espiritual desempeña un papel importante en esta cuestión. Ser espiritual significa ser maduro y adulto en la fe. «Un requisito de la espiritualidad⁷⁴ es el tiempo. Porque se necesita tiempo para llegar a ser lo que en 1 Co 2:15 se llama el *hombre espiritual*. Así como el desarrollo físico necesita su tiempo, también el crecimiento espiritual requiere su tiempo. Nadie es espiritual inmediatamente al nacer de nuevo. Se necesita tiempo hasta llegar a ser un hombre espiritual».⁷⁵

74. Aquí «espiritualidad» no debe entenderse en el sentido de la «religiosidad moderna». Se trata sencillamente de «madurez espiritual», «mentalidad espiritual» o «carácter espiritual». Como se trata de una cita, no se ha cambiado la palabra correspondiente en el texto principal.

75. Arnold G. Fruchtenbaum, *Gesetz und Gesetzmäßigkeit*, Hünfeld, 2010, p. 109.

12.25 Lo esencial del conflicto entre el Espíritu y la carne

Sigamos el hilo conductor del conflicto entre el Espíritu y la carne hasta el final: el Espíritu y la carne se oponen como enemigos en nuestra vida, en lo cotidiano y en las relaciones mutuas. Esto rige hasta que lleguemos a la meta. No es una teoría polvorienta, sino la experiencia de vida de todo cristiano. El Espíritu y la carne se reconocen inequívocamente por sus frutos. Ambos luchan por la dirección de nuestra vida. Nosotros mismos estamos en todo momento en medio de este conflicto: todo lo que hacemos y dejamos de hacer se alimenta de una de estas dos fuentes. Dicho de otro modo: cada movimiento de nuestro cuerpo o de nuestros pensamientos obtiene su impulso y su energía de una de las dos fuentes. En última instancia, decidimos nosotros. ¡Decimos sí o no! «El papel particular que desempeñan las propias personas en esta lucha no es ni pasivo ni neutral. Tienen que tomar decisiones que determinan el curso de esta lucha. Andar en el Espíritu conlleva una decisión seria, pero no una que implique un fuerte esfuerzo de la voluntad para vencer resistencias enormes a fin de lograr algo. Más bien, los cristianos son llamados a confiarse al Espíritu y a la actividad de Dios y a seguir sencillamente su guía».⁷⁶

El nuevo concepto de vida consiste en que el Espíritu de Dios realiza en nosotros lo que agrada a Dios. La norma para ello ya no es la ley mosaica, sino Cristo o su ley. Ahora somos libres para agradecer no a nosotros mismos, sino a Cristo. Andar por el Espíritu en su poder significa sembrar para el futuro y un día cosechar por ello la vida eterna (Gá 6:8).

«La aplicación y el aprovechamiento pleno de la victoria de Cristo exigen más que un único acto de fe. Exigen toda una actitud de fe. Es contar constantemente con Dios. Día tras día, hora tras hora, momento tras momento. Y el contar con él en este momento no será suficiente para el siguiente. “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”».⁷⁷

La carne tira hacia abajo, hacia la búsqueda de plenitud y satisfacción en el aquí y ahora; tiende constantemente al pecado. El Espíritu tira hacia arriba, hacia Cristo. ¡Dejémonos llevar hacia arriba! Un planeador no puede despegar por sí mismo; solo puede maniobrar y aprovechar el viento. Tiene que ser

76. Charles B. Cousar, *Galatians*, p. 138.

77. W. Ian Thomas, *Tote können nicht sterben*, p. 111.

remolcado hacia arriba. ¡Así que pongamos la mira en las cosas de arriba, donde está Cristo!

13. El nuevo hombre y el viejo hombre: Lo viejo pasó, lo nuevo ha llegado

Solo tres veces habla Pablo del *nuevo hombre*: una vez en la carta a los Colosenses y dos veces en la carta a los Efesios. El *nuevo hombre* es la quintaesencia de lo que Dios ha llevado a cabo por medio de Cristo. La obra salvadora de Dios crea *un* nuevo hombre según el modelo del Hijo del Hombre glorificado y, al mismo tiempo, ¡*muchos* hombres nuevos!

Estas personas no solo quieren ser diferentes adaptándose a nuevas normas de conducta; no, son realmente una nueva creación. ¡Tan real como Dios creó al primer hombre es la creación del nuevo hombre! Este cambio radical, este canje de lo viejo por lo nuevo, se produce desde dentro; es un cambio del corazón, del cual brota algo totalmente nuevo, a saber, la vida de Dios mismo.

El *nuevo hombre* encarna aquello en lo que el pecador redimido se ha convertido ahora en Cristo. Las dos cartas de Pablo que utilizan este término describen distintos aspectos de nuestra nueva posición de salvación *en Cristo*. Se podría llamar *nuevo hombre* a la suma de estos muchos aspectos inmerecidos de la salvación. Los textos en los que se menciona el término *nuevo hombre* dicen así:

«... para crear en sí mismo de los dos un solo nuevo hombre, haciendo la paz».

Ef 2:15

«... que, en cuanto a la manera de vivir anterior, os despojasteis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a los deseos engañosos, pero sois renovados en el (o por el) espíritu de vuestra mente (o de vuestro modo de pensar) y os vestisteis del nuevo hombre, creado según Dios en verdadera justicia y santidad».

Ef 4:22-24

«No os mintáis los unos a los otros, puesto que os habéis despojado del viejo hombre con sus hechos y os habéis vestido del nuevo (hombre), el cual se va renovando hasta el conocimiento conforme a la imagen del que lo creó; donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro, escita⁷⁸, esclavo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos».

Col 3:9-11

78. Es decir, miembro de un pueblo nómada de jinetes junto al mar Negro.

Antes de examinar estas palabras con lupa, reunamos también en estas dos cartas, como ya hicimos en la carta a los Gálatas, los muchos aspectos de la salvación:

13.1 El nuevo hombre en la carta a los Efesios

- santos (1:1, 4)
- bendecidos (1:3)
- escogidos (1:4)
- sin mancha (1:4)
- adopción como hijos de Dios (1:5)
- agraciados (1:6)
- sellados (1:13)
- vivificados (2:5)
- sentados juntamente en los lugares celestiales o en el mundo celestial (2:6)
- salvados (2:8)
- Somos *hechura suya* (su obra, sus criaturas), creados en Cristo Jesús (2:10).
- Nosotros, que estábamos lejos, hemos sido hechos cercanos (2:13).
- Hemos sido creados para ser un *nuevo hombre* (judíos y gentiles unidos en Cristo) (2:15).
- reconciliados con Dios (2:16)
- con entrada al Padre (2:18)
- conciudadanos (2:19)
- miembros de la familia de Dios (2:19)
- coherederos (3:6)
- miembros del mismo cuerpo (3:6)
- copartícipes de la promesa (3:6)
- fortalecidos por el Espíritu de Dios en el *hombre interior* (3:16)
- Cristo habita en su corazón (3:17).
- llenos de toda la plenitud de Dios (3:19)
- hijos de luz (5:8).

13.2 El nuevo hombre en la carta a los Colosenses

- santos (1:2, 22)
- hechos aptos para la herencia en luz (1:12)
- librados de la potestad de las tinieblas (1:13)

- trasladados al reino del Hijo de su amor (1:13)
- tienen en él la redención (1:14)
- el perdón de los pecados (1:14)
- reconciliados (1:22)
- sin mancha (1:22)
- irrepreensibles (1:22)
- *Cristo en nosotros*, la esperanza de gloria (1:27)
- *perfectos en Cristo* (1:28)
- *completos (llevados a la plenitud) en él* (2:10)
- circuncidados (espiritualmente) en Cristo (2:11)
- resucitados juntamente en él (2:13; 3:1)
- muertos con Cristo (2:20; 3:3)
- *Cristo es nuestra vida* (3:4).
- escogidos de Dios (3:12).

Este impresionante «catálogo de la salvación» arroja una luz brillante sobre lo que es el nuevo hombre en Cristo.

13.3 El viejo hombre en las cartas a los Efesios y a los Colosenses

Si se quiere explicar quién y qué es el *viejo hombre*, estas cartas también dan información al respecto:

Efesios

- muertos en delitos y pecados (Ef 2:1; cf. 5:6)
- dirigidos y manipulados por el príncipe de la potestad del aire (2:2)
- hijos de desobediencia (2:2)
- determinados por los deseos de la carne (2:3)
- hijos de ira por naturaleza (2:3)
- sin Cristo (2:12)
- alejados de la ciudadanía de Israel (2:12)
- ajenos a los pactos de la promesa (2:12)
- sin esperanza (2:12)
- sin Dios en el mundo (2:12)
- viviendo en la vanidad de la mente (4:17)
- con el entendimiento entenebrecido (4:18)
- ajenos a la vida de Dios (4:18)

- con el corazón endurecido (4:18)
- sin sensibilidad sana (4:19)
- sin herencia en el reino de Cristo y de Dios (5:5)
- (moralmente) tinieblas por completo (5:8).

Colosenses

- bajo la potestad de las tinieblas (1:13)
- extraños (a Dios y al ser humano que Dios quiere) (1:21)
- enemigos de Dios en su mente (1:21)
- no reconciliados (1:22)
- hijos de desobediencia (3:6).

Con esto quedan claramente definidas las diferencias entre el viejo hombre y el nuevo. El viejo hombre es la antigua manera de vivir, antes de que se produjera el giro total de la salvación y Dios, mediante su acto creador en la obra de redención, creara un nuevo hombre. Ahora bien, el nuevo hombre no encarna simplemente la nueva manera de vivir o una conducta nueva o mejor en contraste con la vida antigua. Hay personas que no tienen nada que ver con Jesús y que, con mucha disciplina, también pueden cambiar su vida para mejor. Llevan incluso una vida moralmente mejor que más de un cristiano que es un «nuevo hombre». Pero el hombre en la carne puede, ciertamente, comportarse bien moralmente; sin embargo, mientras esté en la carne, quizá pueda agradar a los hombres, pero no a Dios. Aquí estamos ante otra dimensión del cambio, y no solo ante una conducta. Tampoco se trata de una reforma del hombre, sino de una verdadera nueva creación, a saber, de la creación de una vida nueva en el hombre. Esto nuevo, es decir, la vida nueva, es concretamente una persona: Cristo (1 Jn 5:11-12; Col 3:4, 11). Del viejo hombre, por desgracia, desde el punto de vista de Dios ya no se podía aprovechar nada.

13.4 La historia de la creación del nuevo hombre

El nuevo hombre ha sido creado conforme a las pautas del ser de Dios, es decir, en justicia, santidad y verdad. Lo que ha surgido es, en efecto, un nuevo hombre y no solo un nuevo patrón de conducta. Ambas cosas están inseparablemente unidas: un nuevo hombre tiene también una nueva conducta moral y ética. Eso solo es posible si el hombre ha sido renovado también en el aspecto moral y ético. Esto afecta entonces a su corazón, a su conciencia, a sus sentimientos, a

su espíritu, a su mente y a su alma, que tienen que ver con la moral y la ética y las determinan.

Al leer estas palabras de la Escritura uno piensa en la historia de la creación del primer hombre, porque aquí hay por lo menos un paralelo. Adán fue creado a imagen de Dios y conforme a su semejanza (Gn 1:26-28). «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente» (Gn 2:7). Este acto creador hace del hombre, a diferencia del animal, una criatura de espíritu, alma y cuerpo. La mención de estos tres aspectos no pretende plantear una cuestión antropológica, sino solo señalar que el hombre, como portador de la imagen de Dios, tiene también un espíritu. Como tal, es capaz de comunicarse con Dios, de creer en él y de orar a él.

También el hombre nuevo en Cristo encuentra su correspondencia o su modelo en aquel que lo creó. ¿Quién creó al nuevo hombre? Lo creó Dios. Solo Dios puede crear algo nuevo. Pero también hay diferencias con la historia de los orígenes. La nueva creación del hombre se hizo necesaria por la total pecaminosidad y la corrupción moral del hombre. Por eso, el nuevo hombre se caracteriza ahora por todo lo contrario: por la justicia, la santidad y la verdad, tal como se encontraban también en la vida de Jesús como hombre en la tierra. Esto tiene una importancia especial para nuestra vida diaria, en la que se trata de que en este planeta todavía conviven los hombres viejos y los nuevos.

Así pues, Dios sopló aliento de vida en la nariz de Adán. Con ello, el cuerpo formado de tierra se convirtió en un ser vivo, en una persona. En este acontecimiento participó también el Espíritu de Dios. Fue, por tanto, el aliento de Dios el que hizo de Adán una persona, un ser que posee un espíritu. Ahora bien, en la nueva creación del hombre sucede que la vida de Cristo, en comparación con la creación de Adán, es por así decirlo soplada dentro de nosotros (cf. también Jn 20:22). En nosotros, esta vida se une con nuestra persona, con nuestro yo. Por eso se puede decir de nosotros que somos hombres nuevos.

El nuevo *hombre* está como una especie de marcador de posición para cada persona individual. Dicho de otro modo: el nuevo hombre es el nuevo Hans-Jörg, la nueva Christine, en Cristo. Lo decisivo de este nuevo hombre es el Cristo que vive en nosotros y en quien nosotros vivimos. Él es lo propiamente nuevo. ¡La vida de Cristo late en nosotros! ¡La imagen de Cristo solo se forma

por el Cristo que mora en nosotros! Nada más (ni leyes, ni reglas, ni propósitos, ni esfuerzo, ni educación) puede sustituir a este Cristo que vive en nosotros.

En Jesús estaban perfectamente presentes estos tres rasgos de carácter mencionados (justicia, santidad y verdad). En la cruz hizo posible por primera vez la creación de un nuevo hombre, porque asumió en la cruz todas las consecuencias, toda la factura del viejo hombre (Ro 6:6). Solo esto abrió el camino para algo totalmente nuevo. Ahora Cristo mismo es la imagen según la cual ha sido creado el nuevo hombre. Cristo es el modelo original y también la imagen reproducida; la imagen reproducida en cuanto que él mismo mora ahora en mí y es esta vida nueva. «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial» (1 Co 15:49). Es solo *una* palabra bíblica entre muchas otras que atestiguan que el plan de Dios es transformarnos a la imagen de Jesús (p. ej., Ro 8:29; 2 Co 3:18; 1 Jn 3:2). La imagen del celestial incluye en última instancia el cuerpo, pero el proceso de transformación a la imagen de Jesús apenas ha comenzado con el día de la creación (o del nacimiento) del nuevo hombre. Y el camino hacia allí pasa por Cristo mismo. Cristo en nosotros es la vida nueva y, en este sentido, el «nuevo hombre».

13.5 Muchos son un solo nuevo hombre

El término *nuevo hombre* aparece por primera vez en la carta a los Efesios en 2:15: «... para crear en sí mismo de los dos un solo nuevo hombre, haciendo la paz». Aquí se trata de la unión de judíos y gentiles en *un solo nuevo hombre*. Aquí Cristo mismo es el creador del nuevo hombre. En el centro está la iglesia universal como templo de Dios y morada de Dios en el Espíritu, y así pasa a primer plano aquel aspecto que subraya la unidad y la comunión como rasgo fundamental del nuevo ser humano. Se trata aquí de lo que ahora es común a todos los cristianos. Y también en este sentido este nuevo cuerpo es, en definitiva, Cristo mismo: 1 Corintios 12:12: «... así también Cristo»: Cristo es el cuerpo y al mismo tiempo la cabeza.

El nuevo hombre se menciona siempre en singular. En este sentido se trata también de una nueva *comunidad humana*, de la cual Cristo es la cabeza y el principio (Col 1:17-18). Esta se opone a la comunidad humana cuya cabeza es el Adán caído (Ro 5:12-21). Se necesitan todos los creyentes para reflejar en su manera de vivir el carácter perfecto de Cristo, es decir, el del nuevo hombre.

«El enfoque individual en la obra creadora de Dios en la salvación se expresa en Efesios 2:10, donde Pablo se refiere a cada persona como “creada en Cristo Jesús”. El paso a una perspectiva más corporativa se produce en 2:11-22. La tipología Adán-Cristo está también detrás de este pasaje. Pero el enfoque de Efesios 2:15 no está tanto en la posición individual ante Dios y en su “ser en Cristo” en contraste con el “ser en Adán”, sino más bien en las nuevas relaciones que existen en el plano interpersonal para los que están “en Cristo”. Judíos y gentiles fueron reconciliados, y juntos en Cristo forman el “nuevo hombre”. El “nuevo hombre” es una sociedad nueva en la que todos tienen acceso libre e igual a Dios y han sido trasladados a lo celestial (es decir, a los ámbitos celestiales) (2:5-6). Según el diseño de Dios para el “nuevo hombre”, no hay separaciones ni enemistad entre sus miembros, sino solo paz (2:16)».⁷⁹

El nuevo hombre ya no tiene nada que ver con nuestro origen étnico, con nuestro trasfondo social y religioso, ni con todas las ventajas, desventajas y consecuencias que antes iban unidas a ello. Todas esas relaciones y vínculos han terminado. Han surgido otros nuevos: dentro de la casa de Dios, dentro de la iglesia, dentro del cuerpo de Cristo. Por así decirlo, hemos encontrado un nuevo hogar en este nuevo hombre.

Ahora nos interesa también el aspecto personal del nuevo hombre, lo que hemos llegado a ser cada uno de nosotros, de forma personal e individual.

13.6 La personalidad individual llega a ser un nuevo hombre

El «prototipo», el modelo del nuevo hombre, es el hombre Cristo Jesús. Él es la medida de todas las cosas. Sin embargo, no es un hombre uniforme que nivele, uniformice o suprima todos los rasgos individuales que constituyen la personalidad de cada ser humano. Aunque el aspecto que acabamos de describir, que subraya la comunión y la unidad, quizá dé esa impresión, el nuevo hombre consta, sin embargo, de muchas criaturas nuevas (cf. 2 Co 5:17). Es una prueba de la omnipotencia, pero también de la sabiduría y del arte de Dios, que su creación rebose de diversidad e individualidad. Así se dice que ninguna hoja es idéntica a otra hoja, y que ni siquiera un copo de nieve, en su estructura cristalina, es igual a otro. Lo mismo sucede con el ser humano. Ni en lo exterior ni en su personalidad hay un ser humano que sea al 100 % igual a otro.

79. Greg Herrick, *Old Man and New Man in Paul*, 1999, p. 5.

Del mismo modo, la personalidad individual de cada persona permanece en su nuevo nacimiento. Cuando alguien llega a la fe, al principio apenas cambia algo en lo exterior (en su conducta). Pero en su interior comienza algo tremendo: se implanta la semilla de la Palabra de Dios, el ADN de Dios, por así decirlo, por medio de la cual nace de nuevo (1 P 1:3, 23).

La misma persona tiene ahora una vida intercambiada: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe ... en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá 2:20). Aquí el yo *viejo*, que ya no vive, ha de equipararse con el viejo hombre. Pero ahora sigue existiendo un yo; de lo contrario, la persona ya no existiría. Este yo es ahora el nuevo hombre, el nuevo yo, yo en Cristo, que ahora vive en mí (en mi interior). «Yo vivo, y Cristo vive en *mí*» representa, por tanto, al nuevo hombre, que al mismo tiempo es la misma persona que era antes, pero que ahora está determinada por Cristo mismo y llena de Cristo mismo.

«Era absolutamente necesaria una vida nueva. En cuanto a lo que *yo* soy, todo esfuerzo, toda necesidad de esforzarse, ha llegado a su fin. No puedo conferir piedad a mi yo. En el “hombre en Cristo” (2 Co 12:2) ya no existen la carne y el pecado (en la nueva creación que soy en Cristo). Más aún, en el sentido más pleno: “yo” (entendido en el sentido del viejo hombre) ya no existo: “estoy crucificado con Cristo, estoy muerto; sin embargo vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí”. O, más exactamente: “Vivo, pero ya no yo”. Este “yo, pero ya no yo” es el secreto y la fuerza de la puesta en práctica de la fe cristiana. *Vivo*, porque naturalmente la persona (el individuo, es decir, cada ser humano en particular) sigue siendo la misma. No se trata de misticismo platónico ni de una disolución panteísta en el océano del ser. El gozo que llena mi corazón y la luz que ilumina *mi* vida me pertenecen *a mí*. Son enteramente *míos*. No, desde ahora llevo una verdadera vida eterna, que realmente puede llamarse así. Por primera vez tengo, como dice el apóstol, la “vida verdadera” (1 Ti 6:19).

Su paz, *su* gozo, *su* vida y *su* Espíritu me pertenecen ahora *a mí*; *sus* aspiraciones, *sus* metas, *sus* intereses son ahora los míos; el amor del Padre es ahora mío; también *su* rechazo presente y *su* gloria futura; y todo esto en el poder de un amor con el que él, a cuenta suya y pagándolo él personalmente, me ha hecho completamente libre».⁸⁰

80. F. W. Grant, *Deliverance: What is it?*

El nuevo hombre (es decir, Cristo en mí) es el resultado y el fruto del sufrimiento del sacrificio personal de nuestro Salvador. ¡Esta nueva creación está marcada para siempre por el amor de Jesús!

13.7 ¿Qué es el nuevo hombre?

En Colosenses 3:11 se encuentra la explicación concreta de lo que es el nuevo hombre:

Cristo (es) el todo, y en todos.

En primer lugar, Cristo es el modelo del nuevo hombre, tanto en su creación como para su manera de vivir; es su espacio vital y su esperanza. Pero Cristo está también *en* nosotros. Eso es el nuevo hombre. Y ese es también el mensaje de la carta a los Colosenses: *Cristo en vosotros*, la esperanza de gloria (1:27). *Cristo es nuestra vida* (3:4).

Ahora bien, si se llama a Cristo mismo el nuevo hombre, no se puede hablar de una creación. Cristo no fue creado; es eterno, porque es Dios. Tenía que crearse otra cosa, porque antes no existía: un ser humano llega a ser una nueva creación al recibir la vida de Cristo y participar de su naturaleza. Su vida es plantada en lo más profundo de mí. En mi personalidad individual se sumerge, por así decirlo, la vida de Cristo, así como Dios sopló aliento de vida en la nariz de Adán. De esta manera hemos sido «llevados a la plenitud» (Col 2:10; ER), es decir, completados. La vida de Cristo ha llenado o colmado ahora toda nuestra existencia, tal como nacimos un día. «All of HIM in all of me»: «todo de ÉL en todo de mí»⁸¹. De esta manera, naturalmente, no me convierto en un nuevo Cristo, sino más bien en un nuevo hombre, en un nuevo Hans-Jörg. Se puede hablar de «nuevo» porque su vida está ahora llena de Cristo, ya que esta nueva vida abarca toda su existencia interior (el hombre interior, el corazón, la mente, la conciencia, el alma). Esto no implica, en primer lugar, un sentimiento, ¡sino un hecho de la salvación realizado y consumado por Dios!

«El viejo hombre era Adán, o mejor dicho, nosotros en unión con Adán. El nuevo hombre es Cristo, o más exactamente: nosotros mismos unidos a Cristo».⁸²

81. W. Ian Thomas, *The Indwelling Life of Christ*.

82. C. K. Barrett, citado en H. P. Medema, *Romeinen 7 enzovoorts*, p. 79.

Arthur C. Custance⁸³ describe este proceso de la nueva creación como la encarnación de Cristo en el creyente. Así como el Hijo eterno tomó carne y sangre al hacerse hombre, ahora Cristo Jesús, como el verdadero hombre, nace en nosotros en sentido espiritual (sobrenatural), para crecer desde entonces y tomar forma en nuestra vida (véase también Gá 4:19). De esta manera, cada persona vive en su nuevo nacimiento «su Navidad personal». Y solo en este aspecto tiene, en última instancia, importancia para ella la encarnación de Jesús.

«El creyente en Cristo Jesús llega a ser poseedor de un bien que nunca antes poseyó: llega a ser participante de la naturaleza divina. La vida eterna del Dios increado es implantada en la parte más íntima de su personalidad humana, y todo su ser y su existencia quedan atravesados por la energía divina de una vida nueva. El nuevo nacimiento es la impartición de una naturaleza nueva que abarca el intelecto, las emociones y la voluntad, que produce en el hombre una vida completamente nueva y lo capacita para vivir en una esfera totalmente nueva».⁸⁴

13.8 La nueva creación

En este punto tomamos conciencia una vez más de que real y sustancialmente (en sentido espiritual) ha surgido algo nuevo, que ahora está presente en el creyente. Paralelamente al término «nuevo hombre» hay otras denominaciones afines:

«Somos *hechura suya* (obra maestra, creación), creados en Cristo Jesús» (Ef 2:10). Este es más bien el aspecto individual. Muestra que, exactamente como Dios puso su amor, su sabiduría y su poder divino en la primera creación, lo mismo vale también para la nueva creación. Allí su amor se manifiesta aún más claramente, porque no hacía falta su poder, sino su amor infinito. En efecto, la muerte de su Hijo (simbolizada por el grano de trigo sembrado, la semilla de la vida nueva) produce el fruto nuevo.

«De modo que, si alguno está en Cristo, hay una *nueva creación*; lo viejo pasó, he aquí, *lo nuevo* ha llegado» (o «todo ha sido hecho nuevo» [Elb]; 2 Co 5:17). En efecto, lo viejo ha pasado, aunque hoy todavía tengamos en nosotros la vieja naturaleza. La cruz es el fin del viejo hombre. Para Dios ya somos ahora perfectos «en Cristo»; lo viejo ya no lo ve.

83. Arthur C. Custance, *Man in Adam and in Christ*, p. 273.

84. Ruth Paxson, *Life on the Highest Plane*, p. 192.

«Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una *nueva creación*. A todos los que anden conforme a esta regla...» (Gá 6:15-16; Schl 2000). La nueva creación trae consigo una vida distinta, que no se orienta por la antigua creación ni por la ley mosaica. Más bien, esta creación nos equipa desde dentro y nos indica cómo debemos vivir: pues, de la manera que hemos recibido al Señor Jesucristo, así debemos andar en él (cf. Col 2:6).

Cristo es el primogénito de toda creación (también de la nueva; Col 1:15); es su principio y autor (Col 1:18; Ap 3:14) como el primogénito de entre los muertos. Por consiguiente, la nueva creación se remonta inequívocamente a Cristo, pues es el resultado de que la muerte ha sido vencida. Comienza más allá de la muerte, en el poder de su vida indestructible (He 7:16). Por eso el nuevo hombre en Cristo es también, más allá de la muerte, indestructible, imposible de perder, incorruptible y eterno.

13.9 ¿Qué fue creado de nuevo?

En estos versículos no se dice qué fue exactamente lo que se creó de nuevo. No se crea un «hombre paralelo» dentro del hombre, de modo que en una persona hubiera ahora dos personalidades. En el giro de salvación de cada persona, la historia, o toda la existencia del viejo hombre, terminó en la cruz del Gólgota. El viejo y el nuevo hombre no siguen existiendo uno al lado del otro. **El nuevo hombre ha relevado al viejo hombre.** El nuevo hombre es la quintaesencia de lo que ahora hemos llegado a ser en Cristo, personalmente y también en comunidad.

La nueva creación se limita por ahora al interior del hombre (aunque se manifiesta en la manera de vivir). Por eso se habla de un «hombre interior» (Ef 3:16; Ro 7:22; 2 Co 4:16; cf. 1 P 3:4), que corresponde a la vida nueva y al nuevo hombre. El cuerpo solo participará de la nueva creación en la futura transformación o resurrección. Al final, nada queda excluido de esta nueva creación, porque en la resurrección seremos perfectos por completo y con todos los aspectos de un ser humano tal como Dios lo quiere. Entonces seremos semejantes al Señor Jesús en lo corporal, en lo anímico y en lo espiritual, aunque entonces no como terrenales, sino, como él, como celestiales.

En resumen, se puede decir que, en cuanto a nuestra personalidad, por una parte seguimos siendo los mismos y, sin embargo, al mismo tiempo hemos sido hechos completamente nuevos. Dios nos quiere como personalidades tal como

somos (es decir, tal como nacimos como criaturas suyas, y como quienes poseen su propia identidad). Pero solo nos acepta «en Cristo», es decir, solo como quienes han sido trasladados a Cristo. Y de eso se ha ocupado él, al trasladarnos él mismo a Cristo (1 Co 1:30). Con ello nos ha «trasplantado» también a toda la obra de salvación de Jesús. Para nosotros valen la muerte, la sepultura, la resurrección, la ascensión y la glorificación de Cristo, pues hemos sido trasladados juntamente con él a los lugares celestiales (Ef 2:6).

13.10 ¿Necesita renovación el nuevo hombre?

Ambas cartas (Efesios y Colosenses) subrayan que el nuevo hombre se va renovando constantemente. ¿Existe entonces el peligro de que envejezca y pierda las fuerzas, o incluso de que pueda morir?

Al respecto, una observación fundamental: nada, ninguna criatura, existe en sí misma ni por sí misma. Todo lo creado y lo que vive (también la nueva creación) es sostenido y conservado por el Creador (Col 1:17; He 1:3; Neh 9:6). Que mi corazón lata (hasta 80 000 veces al día) se debe al poder de Dios que conserva la creación. ¡Lo creado depende de él! Así también el nuevo hombre. Es vivificado por su Creador, Cristo.

El hombre interior tiene que ser renovado y vivificado constantemente. La vida espiritual del cristiano tiene que ser alimentada continuamente. El cristiano debe crecer siempre en fuerza por el Espíritu de Dios. Esta fuerza actúa «hacia dentro del hombre interior» (así dice literalmente Ef 3:16). Esta renovación y vivificación constante es necesaria porque el cristiano se encuentra todavía en un cuerpo mortal y débil y lleva aún consigo el resto de la vida antigua (la vieja naturaleza), y su pensamiento a menudo sigue estando influido por ella. Vivimos en el «ya» y en el «todavía no». La renovación es necesaria porque el cristiano está expuesto a las dificultades y angustias de una creación caída y se encuentra en un mundo hostil y seductor. Y no en último lugar, la renovación y la vivificación son necesarias porque el enemigo de las almas, el seductor y homicida desde el principio, se opone al creyente.

El cristiano se encuentra en un campo de tensión. Nuestra vida cristiana es atacada diariamente en distintos frentes. Estos ataques tienen una meta: quieren inducirnos a adaptar nuestra vida al mundo y a vivir como vive el viejo hombre, es decir, para sí mismo, sin preocuparse de la fe ni de la obediencia. Con ayuda de la Biblia se puede identificar con exactitud a los enemigos: en mí está la

carne, la vieja naturaleza. Fuera de mí está el mundo (las personas y su mundo), al que Dios le tiene sin cuidado. Y luego está el gran enemigo, llamado diablo y Satanás. En el cielo ya no será necesaria la renovación, porque entonces estos enemigos ya no estarán: la carne llegará a su fin con nuestro cuerpo mortal, el mundo pasa con sus deseos, y el diablo será aplastado bajo nuestros pies.

«La palabra “nuevo” en la expresión “*y os habéis vestido del nuevo (hombre)*” es en griego *neos*; no indica solo otra vida, sino una vida de una clase totalmente nueva, es decir, que esta “clase de hombre” se presenta en su juventud y frescura, lo cual supone un proceso vivo de crecimiento. Se trata de una vida joven y vigorosa que toma forma en la vida habitual mediante el crecimiento y el aumento. El proceso de crecimiento se describe como una renovación constante en la que el Espíritu Santo da a este nuevo hombre (Tit 3:5) una manera de pensar totalmente nueva y (nuevas) características, y no somete al viejo hombre a una cura de rejuvenecimiento. Estas características están en consonancia con la imagen del que lo creó, es decir, con Dios mismo y con Cristo: pues tanto Dios (Ef 2:10) como Cristo (2:15) son responsables del nuevo hombre. Quieren que las personas que juntas forman esta nueva “clase de hombre” sean más conscientes de esta obra creadora: es una renovación “hasta el conocimiento”. De lo que se trata es del hecho de que Cristo, que mora en los creyentes, es todo para ellos: el “nuevo hombre” es Cristo tal como toma forma en los creyentes con toda la riqueza de su persona o, dicho brevemente, Cristo en los creyentes».⁸⁵

El conocimiento y el pensamiento son renovados. Cuando una persona llega a la fe, todavía tiene en sí los viejos patrones de pensamiento y de conducta pecaminosos. En su carne siguen existiendo. Pero frente a ello está la acción del Espíritu de Dios, y esta comienza en nuestra central de mando, en el lugar donde se toman las decisiones. El hombre exterior se desgasta en el roce de la vida diaria. Sin embargo, la Palabra de Dios nos asegura que nuestro hombre interior (es decir, el nuevo hombre) se renueva de día en día (2 Co 4:16). La persona experimenta la renovación mirando a la eternidad, o a Cristo mismo, cuya gloria se refleja en nosotros (2 Co 3:18) y nos fortalece (Col 1:11).

85. G. H. Kramer, *Christus ons leven*, p. 117.

13.11 El nuevo hombre: revestido como una prenda

El nuevo hombre se parece a una prenda de vestir que uno se pone. El proceso inverso vale para el viejo hombre, del que uno se ha despojado como de una prenda. «La imagen de “vestirse” y “despojarse” tiene que ver con el cambio de ropa y se refiere al cambio de carácter a la luz del cambio de identidad, en el que la persona ha cambiado el antiguo ámbito de vida (sin Dios) por un nuevo ámbito de vida (con Dios)».⁸⁶ El despojarse y el vestirse ocurrieron en nuestro giro de salvación, cuando Cristo entró en nuestra vida.

El viejo hombre es pasado en todos los sentidos, ¿o no? Los tres pasajes bíblicos en los que se menciona al viejo hombre describen su fin: o bien como «crucificado», o bien como «despojado». Todo apunta a una acción única y concluida. Quitarse una prenda ocurre en un momento puntual; la renovación, en cambio, es constante. Ella hace posible que esta prenda nueva siga siendo nueva y no se gaste ni se ensucie.

El hábito hace al monje, dice el refrán. La ropa es lo que se ve de una persona. Y eso es lo que Pablo quiere decir aquí: debe quedar claro que el nuevo hombre no fue solo una idea o una teoría ingeniosa, sino que el poder de Dios, que crea vida y renueva, ha producido una auténtica obra maestra. La prueba de ello es que el nuevo hombre se hace visible en la vida cotidiana. Ahora orienta su vida hacia su Redentor y Creador. Se viste del Señor Jesucristo (Ro 13:14). Se trata, pues, de que el nuevo hombre se haga cada vez más visible; Cristo (su carácter, su amor) debe desplazar el carácter egoísta que hasta ahora tenía el viejo hombre.

El camino del nuevo hombre está rodeado de señales indicadoras de Dios que nos muestran qué formas de expresión tiene la vida nueva y cuáles no. El acento recae fuertemente en la transformación de la manera de vivir. La persona que llega a la fe no cambia su vida de golpe de lo viejo a lo nuevo. Si así fuera, no haría falta la renovación, ni siquiera los mandamientos del NT, que muestran cómo es la vida del nuevo hombre.

No tenemos que *llegar a ser* hombres nuevos, por ejemplo mediante esfuerzos convulsos y obstinados que tengan como meta una vida semejante a la de Cristo. ¡No! Se trata de que pongamos en práctica en la vida lo que ya *somos* en Cristo: justos, santos y verdaderos.

86. Greg Herrick, *Old Man and New Man in Paul*, 1999, p. 7.

El privilegio de ser un nuevo hombre obliga también a vivir como tal. ¡Debemos llegar a ser lo que somos! *Ser* hombres nuevos y al mismo tiempo *llegar a ser* hombres nuevos suena a paradoja, pero no lo es. Lo uno es el *indicativo* de la salvación: lo que somos de manera inatacable ante Dios. Lo otro es el *imperativo* de la salvación, que nos exhorta a vivir de acuerdo con ese ser. Ninguno de estos dos lados debe enfrentarse al otro ni desequilibrarse. Quien subraya la posición, es decir, el indicativo de la salvación, más que la realización práctica, desequilibra las cosas. La Escritura habla a menudo de ambos lados en un mismo aliento, para dejarnos claro que no debemos diseccionarlos con malabarismos teológicos (a menudo como pretexto o excusa). Para el NT, la posición de salvación es definitivamente tan importante como su efecto en la vida cotidiana. Con esto último se refiere al imperativo de la salvación: esforzarnos con todo empeño por vivir como Dios quiere y como también ha hecho posible.

13.12 Resumen: una imagen

Las imágenes y las comparaciones con verdades bíblicas pueden ser muy útiles. La Biblia misma (sobre todo el Señor Jesús) usa imágenes y parábolas para hacer comprensibles las verdades espirituales. Pero las imágenes también tienen sus límites. Quieren aclarar determinados aspectos, lo cual significa también que no todos los aspectos presentes en una imagen así encajan con la verdad que debe ilustrar. Lo que se menciona en la imagen o en la comparación es lo importante. Lo que no se menciona ni se trata carece, en cambio, de importancia.

13.12.1 El árbol viejo

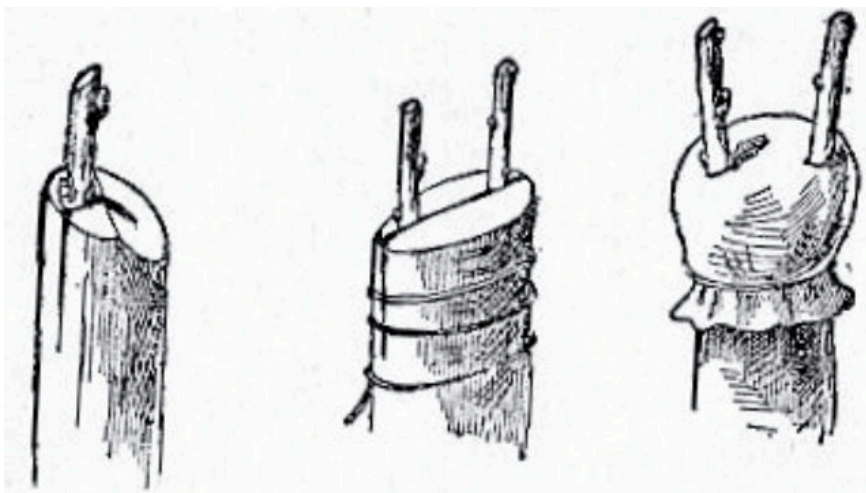
La Biblia compara algunas veces al ser humano con un árbol. Un ejemplo clásico es el gran rey Nabucodonosor. Se le compara con un árbol grande y poderoso. Como se volvió soberbio a causa de su grandeza y su poder, Dios decidió derribarlo. Solo debía quedar la cepa de las raíces: en efecto, el rey no murió, sino que durante un tiempo recibió corazón de bestia, para después volver a ser rey (Dn 4; véase también Jue 9:7-15). Así, hablando en imagen, Dios mismo derribó este árbol con el hacha. Esta es la imagen de un ser humano que vive sin Dios, un descendiente de Adán. Jesús dice que no hay árbol malo que dé buen fruto (Lc 6:43). Dicho de otro modo: los que están en

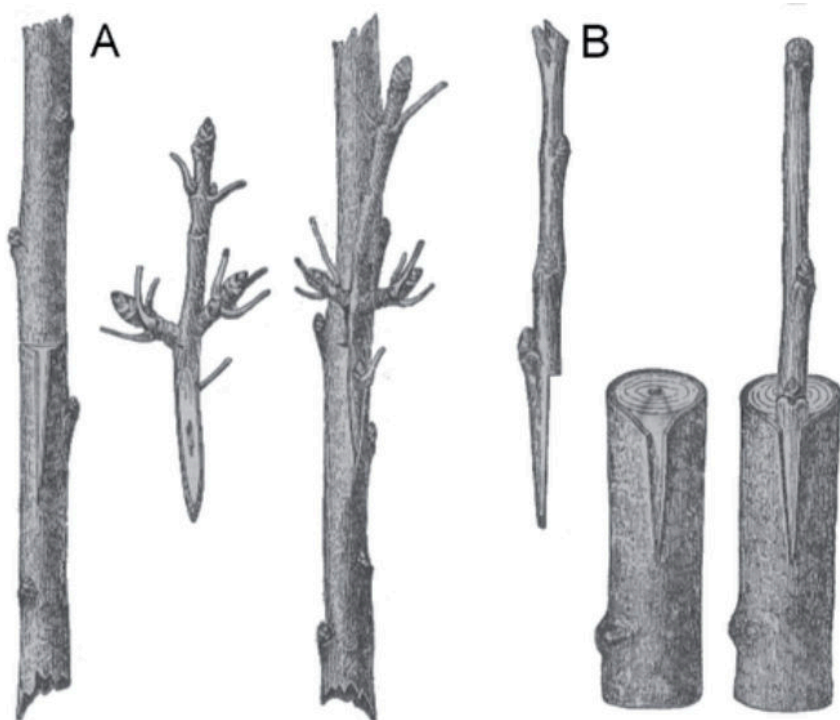
la carne no pueden agradar a Dios. El viejo hombre es un árbol que no da buenos frutos. Esto vale para la humanidad en su conjunto tanto como para cada persona en particular (Sal 37:35). Un árbol tan malo, en lo que a su fruto se refiere, no merece otra cosa que ser cortado y echado al fuego (Lc 3:9). Eso sucedió con nuestro viejo hombre: fue condenado en la cruz, y la sentencia de muerte se ejecutó. Por así decirlo, ardió en el juicio de la santidad de Dios. Con ello se puso fin a nuestra vida antigua. No le pusimos fin nosotros mismos; lo hizo él. Fue Cristo quien murió por nosotros *en nuestro lugar*. Si hubiéramos muerto literalmente, la raíz habría sido arrancada también. En nuestra imagen, la raíz representa a la persona. Encarna lo que yo soy como ser humano, como criatura de Dios.

13.12.2 Un árbol nuevo

¿Cuál es, entonces, la meta de Dios? Dios quiere que yo llegue a ser un árbol plantado junto a corrientes de aguas. Así se dice del justo en el Salmo 1 (cf. Sal 92:12; Jer 17:8). Debo llegar a ser un árbol bueno que dé buen fruto (Mt 7:17), fruto del Espíritu (Gá 5:22-23). Para ello hace falta un árbol nuevo. Tiene que ser plantado y crecer. Y para llegar a ser algún día un árbol fuerte, con raíces fuertes y buenos frutos, son necesarios el cuidado y, sobre todo, el agua. Nuestra imagen admite otro aspecto: hemos nacido de nuevo por la semilla incorruptible de la Palabra de Dios (1 P 1:23). Esta semilla es la simiente de Dios (1 Jn 3:9), que (hablando en imagen) brota y crece en una persona después de su conversión, hasta que se convierte en un árbol fuerte. Esta semilla es Cristo mismo (Gá 3:16). Con ello tenemos el paralelo con el hecho de que Cristo mismo es el *nuevo hombre*, su vida en nosotros (Col 3:4, 11). Todo el potencial de desarrollo del nuevo hombre está contenido por completo en esta semilla, por pequeña que sea. Este hombre debe ahora desplegarse, crecer, aumentar, extenderse. Eso no sucede en un instante, sino solo mediante un crecimiento continuo y una renovación constante. Solo Dios da el crecimiento, la renovación y la fuerza. El NT habla en otro contexto de un olivo (Ro 11:16-24) en el que se injerta otro brote para que siga creciendo sobre el árbol viejo. Imaginemos el tocón que hemos comparado con nuestra persona. Ahora se injerta en este tocón el brote nuevo, es decir, la semilla de la Palabra (Cristo

mismo), para que pueda crecer y convertirse en un árbol nuevo. A este proceso el experto lo llama «injerto».





13.12.3 La vieja raíz, que todavía vive

La vieja raíz (la cepa del árbol viejo, pero derribado) sigue ahí. Incluso sigue viva. En nuestra imagen, no es el viejo hombre, sino más bien nuestra carne: la vieja naturaleza de Adán, corrompida y pecaminosa. Ella marcó nuestra vida antigua, la del viejo hombre. Aun a riesgo de que la repetición de estas verdades resulte cansada, digámoslo una vez más: el viejo hombre no es la carne. El viejo hombre representa más bien mi existencia sin Dios antes de llegar a la fe. La carne, en cambio, representa la naturaleza y el carácter del viejo hombre. Esta todavía está presente. Mientras vivamos, esta vieja raíz se encontrará en nosotros. Ahora bien, esta raíz tiene la propiedad de volver a activarse (Job 14:7-9). De esta cepa brotan pequeños retoños: frutos malos, obras y hábitos del cuerpo y de la carne. Mientras Dios se ocupa del crecimiento del árbol nuevo, a nosotros se nos da la orden de hacer morir los miembros que están en la tierra,

es decir, los miembros de la carne pecaminosa (Col 3:5; Ro 8:13). Esto debe hacerse por la fe y por el Espíritu. Debemos quitar estos retoños como si fueran malas hierbas, cortar las ramas o (si de ellas ya han vuelto a salir pequeños troncos) derribarlos con el hacha del poder de Dios. La tarea de un «jardinero» que se ocupa con constancia de las malas hierbas entra en nuestro ámbito de responsabilidad. En este trabajo no estamos abandonados a nosotros mismos: ¡por el Espíritu Santo de Dios vivimos y andamos (Ro 8:13; Gá 5:18)!

13.13 Solo por la fe

Esto solo sucede en la fe y por la fe en el Hijo de Dios, que (como dice Pablo) «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2:20). La fe es la dependencia de Dios. Abarca la actitud que lo espera todo de Cristo y nada de sí mismo. El hacer morir que se describe, por ejemplo, en Romanos 8:13 y en Colosenses 3:5 sucede, en última instancia, *por la fe*. A ello pertenece decir no al pecado, mientras al mismo tiempo se dice sí a Cristo (Ro 6:13, 19). El justo vive (diariamente) por su *fe* (Ro 1:17). Nos acercamos a Dios por la fe (Ro 5:2), estamos firmes por la fe (Ro 11:20; 2 Co 1:24). Dejo que Cristo habite por la fe en mi corazón (Ef 3:17). Soy y llego a ser firme por la fe (1 P 5:9). Esta fe tengo que ejercerla hoy. Esa es la clave. La fe no es un sentimiento. Para la fe, lo que Dios dice es absolutamente verdadero y válido: esto no afecta solo a mi salvación eterna, sino también a mi vida diaria. ¡Sin fe es, en efecto, imposible agradar a Dios!

13.13.1 El jardinero perezoso

Proverbios 24:30-32 dice: «Pasé junto al campo de un hombre perezoso y junto a la viña de un hombre falto de entendimiento. Y he aquí, todo estaba cubierto de cardos, su superficie estaba llena de maleza y su cerca de piedra, derribada. Y yo lo contemplé, puse en ello mi corazón; lo vi y recibí instrucción».

A menudo, justo debajo de la púa injertada (así se llama este brote nuevo y noble) vuelven a crecer brotes viejos. Estos tienen que cortarse sin falta, porque le quitan el agua al brote nuevo y, a medida que avanza el crecimiento, también la luz.

Si el jardinero no cumple con sus obligaciones, surge un problema. No hay que subestimar la dinámica propia de la carne. Si se alimenta y se consiente la carne, en lugar de entregarla constantemente, o una y otra vez, a la muerte, los brotes viejos crecerán en muchos lugares. Esto tiene efectos negativos sobre el crecimiento del árbol nuevo. Su crecimiento se frena, las raíces no siguen creciendo en Cristo, de modo que el árbol ya no recibe alimento. Es casi como si también Pablo tuviera ante sus ojos la misma imagen (Col 2:7).

Una vida carnal y egoísta se parece a un árbol seco rodeado de muchos brotes de la vieja raíz, que pueden crecer tan alto que el que fue un árbol nuevo ya no se ve. El agua destinada a este árbol nuevo fluye hacia los muchos brotes de la vieja raíz. El árbol puede enfermar, ramas enteras pueden secarse y su fruto puede resultar escaso o pequeño.

Hace algún tiempo me llevé una sorpresa cuando recogíamos y cosechábamos manzanas para que nos hicieran zumo con ellas: en un árbol encontré dos variedades distintas de manzanas. Era el resultado de un injerto. El dueño anterior quería tener dos variedades de manzana en un mismo árbol. Enseguida pensé en la vida cristiana: también en ella se encuentran dos clases distintas de frutos: frutos que el Espíritu hace crecer, pero también frutos producidos por la carne.

13.14 El futuro del nuevo hombre

Hasta ahora hemos visto al nuevo hombre en el campo de tensión del mundo que pasa. No debe faltar una breve mirada a su futuro. Al nuevo hombre ya le llega el aliento de la futura nueva creación, tal como se describe en Apocalipsis 21. En nosotros esta nueva creación ya ha comenzado. Somos una especie de primicias de la nueva creación de Dios (Stg 1:18). En Cristo ya hemos sido trasladados a los lugares celestiales (a la esfera celestial) (Ef 2:6). Así describe la Palabra de Dios nuestra posición. Como hombres *nuevos* viviremos en la *nueva* creación, un día también con un cuerpo nuevo, que entonces corresponderá a la misma calidad de una nueva creación que ya ahora tiene nuestro *hombre interior* (1 Co 15:35-57). El futuro del nuevo hombre es impresionante y tan sobremanera glorioso como su propio Creador: cuando él, nuestra vida, se manifieste, ¡entonces también nosotros seremos manifestados con él en gloria ante todo el universo (Col 3:1-4)!

Pero no olvidemos el aspecto colectivo o comunitario, que quizá sea incluso el más importante. Una nueva humanidad, cuyo principio y cabeza es Cristo, será la población de los nuevos cielos y de la nueva tierra. ¡Cristo es el todo, y en *todos*!

La realidad de salvación del nuevo hombre la encarna la iglesia del NT, que surgió en Pentecostés. Ella (compuesta por todos los creyentes) será este nuevo hombre que Cristo ha creado y del cual él es la cabeza. Este *un solo hombre*, compuesto por todos los miembros del cuerpo, será para siempre, por toda la eternidad, para alabanza de la gloria, de la gracia y del amor de Dios o de Cristo.

El viejo hombre es arruinado por los deseos; a causa de la muerte espiritual va hacia la muerte física, que finalmente conduce a la muerte eterna. No mejora; está sometido a la corrupción y perece. El nuevo hombre es renovado por la unión de vida con su Creador, hasta que comience la vida eterna, o la perfección, en la resurrección.

13.14.1 Vivir ya ahora la vida del futuro

El futuro del nuevo hombre no es un tema abstracto ni aislado de la realidad de nuestra vida. Este futuro abarca, por un lado, nuestra esperanza, pero contiene también ya ahora lo que determina nuestra vida. Podría formularse así: vivimos desde la meta, puestos los ojos en Jesús y en lo que él ha creado y hará. Si en nosotros ya late la vida de la nueva creación, eso no significa otra cosa sino que ya ahora llevamos la vida del futuro.

El fruto del Espíritu Santo, la vida única y ejemplar de Jesús mismo, sus mandamientos de amor y, en conjunto, todos los mandamientos del NT nos muestran cómo será en el aspecto moral la vida en la nueva creación. En la nueva creación de Dios todo estará lleno del amor de Dios: del mismo amor que ya ahora debemos hacer realidad en nuestra vida.

Nuestras iglesias son cabezas de puente y puestos avanzados del nuevo mundo de Dios. Aquí, quienes no conocen a Dios ni la redención en Cristo tienen que entrar en contacto con «el nuevo hombre», o con la nueva creación. En nosotros tiene que poder reconocerse lo que Dios pronto tendrá en todas partes en su nuevo mundo como lo normal y, al mismo tiempo, como lo maravillosamente glorioso.

Cuando contemplamos así el nuevo mundo de Dios y consideramos el hecho de que ya ha comenzado en nosotros, no llevamos la vida del futuro ni por obligación ni bajo coacción, ni por motivos legalistas. La nueva manera de vivir debe convertirse para nosotros en lo normal, tal como lo será pronto en la gloria eterna de Dios.

Entonces, a diferencia de hoy, ya no habrá enemigos ni bloqueos que puedan obstaculizar la vida nueva. Por eso hoy llegar a ser como era Jesús va unido a decisiones de la voluntad, a esfuerzo y a empeño. Pero no dependemos de nosotros mismos (como, por ejemplo, un incrédulo que quiere mejorar moralmente su carácter), sino que tenemos de nuestro lado la gracia de Dios y su buen Espíritu.

13.15 Llamamiento

La gracia nos enseña, sí, nos educa (Tit 2:11-12), de modo que el nuevo hombre gane realmente espacio en nuestra vida cotidiana. No es la ley, sino la gracia la que nos educa, recordándonos primero una y otra vez lo que ya somos en Cristo y no tenemos que llegar a ser todavía. La gracia nos coloca en la abundante riqueza de Cristo y nos llena de ella, porque solo desde ella es posible una vida transformada.

Nos hemos despojado del viejo hombre con su antigua manera de vivir. Pero la mentalidad, el carácter o la naturaleza de este viejo hombre siguen en nosotros mientras estemos en nuestro cuerpo. Frente al resurgir de la antigua orientación de vida está la renovación constante de nuestro pensamiento.

Cristo en nosotros: esa es la realidad de vida del nuevo hombre. Ian Thomas la comparó con un guante, que sin una mano viva es una cosa muerta. Eso somos nosotros: totalmente incapaces sin Cristo y fuera de él. Pero, cuando la mano viva entra en el guante, ¡entonces puede hacerlo todo! ¡Así podemos dar por sentado y creer que todo lo podemos en aquel que nos fortalece!

14. Nacidos de nuevo para una vida nueva

Con nuestra última cumbre llegamos a lo que quizá sea el asunto más conocido en este terreno. Se trata del nuevo nacimiento, de la recepción de una vida nueva y eterna. Con ello llegamos a lo que podemos aprender del apóstol Juan sobre el poder transformador del evangelio, que crea algo nuevo. Fuimos liberados del poder del pecado, se nos dio el Espíritu Santo, fuimos hechos hombres nuevos. Ese fue especialmente el tema de Pablo. Pero también tuvimos que nacer de nuevo, porque nuestra vida antigua resultó inservible a causa del pecado y con ella no teníamos una vida verdadera, es decir, estábamos espiritualmente muertos.

Pero antes veamos un concepto que ya hemos utilizado algunas veces: la «*naturaleza nueva y vieja*». Aunque estos términos no aparecen así en la Biblia, sí se encuentra en ella la realidad que representan. Lo que, a diferencia de la «*vieja naturaleza*» (es decir, la *carne*), llamamos la «*nueva naturaleza*» no es otra cosa que la «*naturaleza divina*». Pedro escribe en su segunda carta, capítulo 1:4:

«... para que por ellas (las promesas) llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina».

Siempre ayuda tener a la vista el contexto en el que están insertos los términos. En este pasaje es el siguiente:

El cristiano ha recibido de Dios todo lo necesario para poder vivir para él. En primer lugar, la vida misma. Se la puede llamar la vida del nuevo hombre. Hacer realidad esta vida divina en lo cotidiano significa «piedad» (el debido temor reverente; una vida conforme a Dios), es decir, una vida para la gloria de Dios. Dios nos ha mostrado por su Palabra su propia gloria, que nos ha cautivado y ha producido toda la determinación de tenerlo a él mismo ante los ojos como la meta de nuestra vida y de nuestro viaje por la vida. Este viaje pasa por el mundo: no solo por la creación de Dios, sino también por el mundo transformado y corrompido por los hombres, es decir, la sociedad en la que vivimos. Como receptores y participantes de la naturaleza divina, hemos huido de la corrupción del mundo. Con la naturaleza divina somos ahora capaces de vivir de manera distinta al mundo, que está marcado por la concupiscencia. Aquí

queda claro también qué es esta naturaleza divina y qué no es. No se refiere a la gloria exterior de Dios, sino al carácter moral de Dios. Se trata de una vida espiritual y sobrenatural que lleva en sí rasgos morales y éticos de Dios, que Pedro contrapone aquí al proceder del mundo perdido.

Esta naturaleza se manifiesta concretamente en un proceso dinámico en cuyo transcurso el nacido de nuevo pone toda diligencia y da fruto espiritual. De esta manera hace firme su vocación y elección divinas. Así confirma en su vida la obra salvadora de Dios en él. «Llegar a ser participantes de la naturaleza divina» no significa solo *poseer* algo, sino igualmente *llegar a ser* algo: se trata de llegar a ser semejantes a Dios y, con ello, imitadores suyos.

La prueba de que la naturaleza o el carácter de Dios puede realmente entrar en una persona y marcar su vida es Jesús mismo. En él está la vida divina; él mismo es la vida eterna. Se hizo hombre para que esta vida fuera alcanzable y experimentable para nosotros, los seres humanos. Por eso Juan puede decir: «lo cual es verdadero en él y en vosotros» (1 Jn 2:8).

14.1 ¿Qué es, pues, la naturaleza?

Por *naturaleza* se entiende el carácter o la constitución natural que caracteriza a una cosa desde el principio, o a un ser vivo desde su nacimiento. La naturaleza animal es distinta de la naturaleza humana (Stg 3:6-7). En nuestro contexto, la naturaleza abarca algo que se ha recibido, a diferencia de lo que uno mismo ha producido. La palabra *naturaleza* (gr. *physis*) significa «lo que ha llegado a ser»⁸⁷; el verbo significa *producir, desarrollar, germinar y crecer* (especialmente en las plantas); el sustantivo significa también *origen y nacimiento*.

Nosotros, los seres humanos, somos *por naturaleza*, es decir, desde nuestro nacimiento y según nuestro carácter y nuestra naturaleza, hijos de ira (Ef 2:3; Gá 2:15). En la naturaleza rige la ley según la cual cada especie produce su propia descendencia. Esto vale igualmente para el ser humano: se aplica al cuerpo, al hombre exterior, igual que a su corazón, al hombre interior. También hoy, en el siglo XXI, el ser humano sigue encarnando el carácter de Adán (el primer hombre creado), pero también lo que este llegó a ser por su caída. Distinguimos entre la naturaleza del ser humano mencionada por Santiago (lo que, por consiguiente, hemos llegado a ser como criaturas de Dios a su imagen) y el ser pecaminoso que hemos heredado de Adán (después de la caída). Dicho

87. Kittel, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (gr. *phyein*).

de otro modo: «Tenemos que distinguir entre la naturaleza del hombre y nuestra naturaleza como hombres caídos.⁸⁸ Somos seres humanos y siempre lo seremos, sea cual sea el cambio que experimentemos por el nuevo nacimiento en cuanto al espíritu y al alma, y sea cual sea el cambio que espera a nuestro cuerpo en el momento en que el Señor venga para llamarnos a sí. Nunca perderemos la identidad esencial con la que Dios nos creó primero (por el nacimiento). Somos y seguimos siendo las mismas personas, los mismos individuos. Por eso tenemos que distinguir entre términos como “nuestra naturaleza humana”, “nuestra naturaleza caída”, “nuestra naturaleza nueva”. La caída no ha suprimido (la naturaleza de) nuestro ser humano; nuestro nuevo nacimiento, por otra parte, no suprime nuestro ser humano. Lo que es esencial para el ser humano nunca lo perderemos, y nuestra individualidad nunca será cambiada».⁸⁹

La naturaleza caída de Adán esboza la realidad humana que ya no está determinada por el espíritu humano y su unión con Dios (a diferencia del animal, que no tiene espíritu), sino por el alma y el cuerpo. El espíritu del hombre alberga su conciencia de Dios y su capacidad fundamental de reconocer la existencia de un Creador, así como su capacidad de creer en él, de orar a él, de buscarlo y de honrarlo. Pero esta función ha sufrido un daño masivo por el pecado. El espíritu no ha sido borrado, sino que su función ya no está dirigida al Dios vivo. Pablo describe así la consecuencia: «El hombre *natural* (gr. *psychikos*, propiamente *ánimico*) ... no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Co 2:14). La caída ha afectado a todos los aspectos de la realidad humana. «El vínculo (con el Creador en) el afecto, la reverencia y la dependencia que lo mantenía cerca de Dios se ha roto; se parece a una casa cuyo techo se ha hundido y ha caído al suelo. Llamado por el aspecto más bajo al que han descendido el espíritu y el alma, es “carne”. Así, “carne” es la designación bíblica de su naturaleza vieja o caída».⁹⁰

14.2 Participantes de la naturaleza de Dios

Con la *vieja naturaleza* pertenecíamos al mundo, donde no reina Cristo, sino Satanás. Pero, al recibir la vida nueva, hemos escapado de la corrupción del mundo y de sus contaminaciones (2 P 1:4; 2:18, 20). Con el cuerpo todavía

88. Esta diferencia puede ilustrarse muy bien con la persona de Jesús: en su encarnación tomó la naturaleza humana, pero no la vieja naturaleza, y por tanto pecaminosa.

89. F. W. Grant, *The two Natures*, p. 5.

90. *Ibid.*, p. 7.

estamos en el mundo. Vivimos, pues, en dos mundos al mismo tiempo (Ef 2:6; Col 2:20; 3:1-5). Con la vida divina pertenecemos al nuevo mundo de Dios, a su nueva creación, creada en Cristo y por medio de Cristo.

Nuestra vida autodeterminada ha llegado a su fin; nuestra empresa «Yo, S. A.» está en quiebra; la empresa de nuestra vida, o de nuestro mundo del yo, está en bancarrota. El procedimiento de insolvencia se liquidó en el Gólgota. Cristo se hizo cargo de las deudas. Pero ahora somos participantes de la vida de Dios; ahora tenemos «acciones seguras», somos «accionistas», porque tenemos parte en la vida de Dios. Con estas «acciones» hay un verdadero nuevo comienzo, porque Dios mismo es su autor.

14.3 La vida eterna es la vida de Cristo

Literalmente hemos recibido parte en la vida de Dios, parte en su vida eterna. En el fondo, esto no es otra cosa que el hecho de que Cristo mismo, como persona, es nuestra vida nueva (con ello solo se expresa otro aspecto de la misma realidad). Así como él mismo es el nuevo hombre para el cual fuimos creados, él encarna nuestra vida nueva.

El hecho de poseer la vida divina no nos eleva a la posición de dioses. Tampoco nos convertimos en Cristo cuando Cristo llega a ser nuestra vida. Seguimos siendo criaturas, seres humanos a imagen de Dios, que gracias a esta vida pueden estar ahora de nuevo en comunión con Dios. Tenemos la vida «*en* Cristo», que es su autor y de quien dependemos. No poseemos esta vida separada de él.

14.4 ¿Cómo llegamos a ser participantes de la vida divina?

La palabra *naturaleza* tiene que ver con nacimiento y crecimiento, y dirige nuestra atención a aquello que Jesús explicó al escriba Nicodemo: el *nuevo nacimiento*.

En el fondo se trata del nuevo nacimiento, por el cual llegamos a ser participantes de la naturaleza divina. *Nuevo nacimiento* es un concepto bíblico que no tiene nada que ver con las religiones del Lejano Oriente, con el «ciclo eterno del nacer y el perecer» (como, por ejemplo, en el budismo) ni con cualquier otra cosmovisión. Varios autores del NT hablan del nuevo nacimiento, pero quien lo describe con más detalle es el apóstol Juan. Mientras que nuestro paso de Adán a Cristo tiene distintos aspectos, el aspecto del nuevo nacimiento es descrito

precisamente por Juan. El nuevo nacimiento crea una vida nueva y distinta. Se diferencia de la vida que hemos heredado por naturaleza (de Adán).

Todos los escritores del NT han hecho sus aportaciones en cuanto a cómo se recibe la vida nueva y cómo se manifiesta en lo cotidiano. Todos tienen en común que ser cristiano significa un cambio de la persona que esta no produce por sí misma, sino que viene de arriba, de Dios mismo. Con esto ya estamos de lleno en nuestro tema. «De arriba» es precisamente la palabra que Jesús usa en relación con el nuevo nacimiento.

14.5 El nuevo nacimiento: nacidos de Dios

Nicodemo quería hablar con Jesús de cuestiones teológicas. Pero para eso el Señor Jesús no tenía tiempo. Para él era más importante la necesidad de un nuevo nacimiento. Con ello, el Señor Jesús dice en una sola frase que lo que el hombre es en virtud de su nacimiento (por naturaleza) no puede ver el reino de Dios, y mucho menos le abre el acceso a él (Jn 3:1-36). La necesidad de un nuevo nacimiento no deja nada bueno en lo que somos por naturaleza. Esto vale también para Nicodemo, el maestro de Israel. Jesús le dice que este nacimiento no se produce por generación humana, sino «de agua y del Espíritu». No se trata de reproducción natural, sino de una acción de arriba, de parte de Dios. Los hijos de Dios no son engendrados por voluntad de varón, sino de Dios (Jn 1:13). ¡Solo se llega a ser hijo de Dios por el nuevo nacimiento! El hombre podría ser engendrado cientos de veces por un padre físico y dado a luz por su madre, y el resultado sería siempre el mismo: lo que es nacido de la carne, carne es. Por tanto, si el hombre ha de nacer de nuevo, hay que buscar el origen en un lugar totalmente distinto. Pero ¿cómo se produce este nacimiento maravilloso? Se produce concretamente de agua y del Espíritu, como dice el Señor Jesús (Jn 3:5).

14.5.1 Nacido de agua

Aquí no se trata ni de un nacimiento literal ni de los instrumentos que intervienen en un parto. Por tanto, el agua tiene que representar un sentido figurado. ¿Qué simboliza el agua? El agua simboliza la Palabra de Dios, como Pablo escribe a los efesios: «... en el lavamiento del agua por la palabra» (5:26). La Palabra de Dios es un instrumento concreto en el nuevo nacimiento:

«Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad».

Stg 1:18

«... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece». (véase también 1:3)

1 P 1:23

«Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado».

Jn 15:3

El agua es la Palabra de Dios y su poder purificador. Se hace viva por el Espíritu de Dios y actúa sobre el pecador. La Palabra de Dios predicada, testificada o leída saca a la luz el pecado y lleva al arrepentimiento y a la fe. El recibir y aceptar a Jesucristo con fe produce el nuevo nacimiento (Jn 1:12). La fe es la consecuencia de la predicación de la Palabra de Dios (Ro 10:17). Como semilla de Dios, la Palabra produce la vida nueva.

La Palabra, la semilla incorruptible, produce por lo menos dos cosas: produce una vida que, como la Palabra misma, es incorruptible (es decir, eterna). Y engendra una vida que tiene exactamente las características que tiene la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es el ADN de la vida nueva. La semilla contiene toda la información sobre cómo será la planta o el ser vivo engendrado. Así, la Palabra de Dios es el plano, el «código genético completo» de la vida nueva. Esta Palabra, que podemos leer, muestra cómo se realiza y se manifiesta esta vida. En este sentido dice Santiago que hemos sido engendrados por la palabra de verdad y que esta palabra es al mismo tiempo la semilla que fue implantada en nosotros para que pueda crecer (Stg 1:18, 21). La naturaleza de la semilla determina la forma de la vida. La naturaleza divina es en sí misma perfecta o completa (lo cual vale también para la semilla correspondiente), pero en nosotros puede y debe tomar forma y crecer.

Antes de pasar al segundo instrumento, después de las reflexiones anteriores baste con señalar que aquí no se habla del bautismo en agua. El agua del bautismo no produce un nuevo hombre ni nos hace hijos de Dios. El bautismo en agua nos une más bien *exteriormente* (en nuestra confesión) con Cristo.

14.5.2 Nacido del Espíritu

No es el espíritu humano el que nace de nuevo. Tampoco es él quien produce el nuevo nacimiento. Es más bien el Espíritu Santo de Dios quien desencadena y realiza el nuevo nacimiento.

Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. Es cierto que el don del nuevo nacimiento no consiste en una vida nueva en sentido corporal o biológico. Es una vida espiritual, en contraste con la existencia natural del hombre no redimido. Pero también concuerda con el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, porque es vida divina. La vida nueva corresponde a la naturaleza del Espíritu Santo; al fin y al cabo, hemos llegado a ser participantes de la naturaleza divina (de la vida divina).

Nicodemo, a pesar de su erudición, se ve desbordado. ¡Podría haber sabido por el AT lo que producen «el agua y el Espíritu» cuando, por la acción de Dios, ambos actúan sobre el hombre!

14.5.3 La profecía de Ezequiel: corazones nuevos y espíritu nuevo

Fue Ezequiel quien, sin hablar del *nuevo nacimiento* en sentido literal, sí se refería al mismo proceso, en el que se emplearían el agua y el espíritu. Dios hará lo siguiente (Ez 11:19; 36:25-27):

- esparcir agua limpia sobre los israelitas para limpiarlos
- darles un corazón nuevo y un espíritu nuevo
- darles un corazón de carne en lugar de un corazón de piedra
- El Espíritu de Dios será puesto dentro de ellos, para que anden en los estatutos de Dios.

Aquí se mencionan elementos importantes de la salvación divina en el nuevo nacimiento. En primer lugar está la purificación, que cierra el pasado. En lugar de la vida antigua, para la cual era necesaria la purificación, vienen ahora un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

Tanto la expresión «corazón» en particular como el término «espíritu» (en el sentido de «espíritu humano») se refieren a lo más íntimo de la persona (Pr 4:23). Se trata del centro de la personalidad humana, que tiene que ser transformado por completo. Por esta transformación el hombre no se queda sin

voluntad, sino que más bien es capacitado para hacer la voluntad de Dios. El corazón de piedra es un corazón endurecido: un corazón muerto, que no puede ni quiere vivir para Dios. Cuando la voluntad del hombre es renovada, este necesita fuerza para poder hacer también la voluntad de Dios. Recibe el Espíritu de Dios, por el cual es capacitado para vivir realmente según los mandamientos de Dios.

También aquí queda claro que el hombre es transformado desde dentro, y no por mandamientos que se le imponen desde fuera y que solo llevan a un cambio exterior de conducta. Las personas pueden cambiar su conducta con dura disciplina, pero el cristiano se comporta de otra manera porque ha recibido un corazón nuevo y el Espíritu de Dios. La nueva obediencia es para él un asunto del corazón. En ello la disciplina es igualmente importante, pero no decisiva.

¡Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es! Así distingue ya Ezequiel entre el «espíritu nuevo», que corresponde a la vida nueva, y el Espíritu Santo como persona que mora en el nacido de nuevo. Aunque Jesús no habla directamente con Nicodemo del don del Espíritu Santo, este queda aquí incluido. Juan menciona varias veces al Espíritu como posesión nuestra (Jn 7:39; 14:17, 26; 15:26; 16:13).

Pablo retoma las palabras de Ezequiel y explica que también son válidas para nosotros: el Espíritu de Dios escribe en nuestros corazones, que, a diferencia de las tablas de la ley, no son de piedra, sino de carne. Esto presupone que también nuestros corazones han sido transformados por completo. Este «trabajo» de Dios en nuestro corazón muestra una vez más lo que Dios hace para transformarnos cada vez más a la imagen de su Hijo. Su escribir en nuestros corazones tiene una meta: debemos ser transformados en el aspecto moral según la misma imagen del Cristo glorificado en el trono de Dios, y ello por el Espíritu (2 Co 3:3, 18).

14.6 Pasados de la muerte a la vida: vivificados

El nuevo nacimiento no es necesario porque no tengamos vida, sino porque nos falta la vida *verdadera*. Lo que es nacido de la carne, carne es, y por tanto inútil. Tenemos que nacer del Espíritu. Solo así entramos en el reino de Dios y en posesión de las cosas celestiales.

Pero, lógicamente, la consecuencia de un nacimiento es también una vida que antes no existía. Por eso el Señor Jesús dice que ya ahora sacará a personas de la

muerte a la vida. Lo hará aquí y hoy (no solo en el futuro): «Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán» (Jn 5:25). Así como la Palabra de Dios es la semilla del nuevo nacimiento, así aquí es la Palabra (la voz del Hijo) la que vivifica. El hombre no es por naturaleza solo un pecador (es decir, un ser dominado por la carne que no sirve para nada). Es también un muerto que necesita vida. Por naturaleza está muerto en sus pecados (Ef 2:1; Col 2:13, entre otros). La muerte significa siempre separación de realidades que por naturaleza van juntas. Así, el hombre está, en lo biológico y en lo mental, muy vivo, pero *en sentido espiritual*, en lo que respecta a su relación con Dios, está muerto. Esta relación, con todo lo que pertenece a ella, no existe. Por la resurrección *espiritual* (o vivificación, que en el fondo abarca otro aspecto del nuevo nacimiento) el pecador espiritualmente muerto recibe la vida eterna. Con ello queda suprimido su alejamiento de la vida de Dios (Col 1:21; cf. Ef 4:18). Por esta vida, la relación con Dios no solo se restablece y se lleva al nivel de la relación de Adán con Dios antes de su caída. Más bien se establece una relación que nos hace hijos de Dios. ¡Hemos pasado de muerte a vida! «El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Jn 6:63), dice el Señor Jesús.

14.7 El misterio de llegar a ser y de crecer

Es útil hacer algunas constataciones generales sobre el proceso del nuevo nacimiento. La Biblia no dice en qué parte del ser humano se encuentra la vida eterna cuando Dios se la da. Algunos hablan de que está en nuestro espíritu; otros subrayan el alma. Es tentador asignar los procesos de salvación que tienen lugar en el hombre a los distintos aspectos del ser humano. Sin embargo, la Biblia no es un libro de antropología, ni del viejo hombre ni del nuevo.⁹¹ En el nuevo nacimiento estamos ante un misterio que en parte está revelado, pero en cierta parte también está oculto, lo cual se debe a la complejidad de la naturaleza humana. Esto muestra una vez más los límites de nuestro conocimiento, pero no quita nada al hecho de que realmente poseemos la vida eterna (espiritual) de Dios como nuestra propia vida. El Señor Jesús mismo compara el proceso del nuevo nacimiento, obrado por el Espíritu, con el viento: su sonido sí se puede

91. Hans-Jörg Ronsdorf, *Y sin embargo los muertos viven (Und die Toten leben doch)*, cap. 3 (La imagen del hombre en la Biblia), pp. 147 ss.

oír (es decir, en la persona en la que el Espíritu actúa se pueden percibir sus efectos). Pero no se puede ver de dónde viene ni a dónde va (Jn 3:8). El nuevo nacimiento es para nosotros un proceso oculto que no puede hacerse visible ni con nuestro conocimiento ni con la técnica.

Tampoco el proceso de crecimiento de la vida nueva se describe con detalle, sino que se da por supuesto. Casi todos los escritores del NT aseguran que hay crecimiento y renovación (constante), movimiento, así como progreso y madurez creciente en la fe (Jn 3:30; Ef 4:13; 1 P 2:2; 2 P 3:18; Col 1:10; 3:10; 1 Jn 2:12-17; Gá 4:19; Ro 12:2; 2 Co 3:18; 4:16; Ef 4:23). Esto se describe más o menos en sus principios. Siempre se trata de un acontecer que, por una parte, Dios mismo pone en marcha y lleva adelante, pero que, por otra parte, solo puede hacerse realidad con nuestra colaboración, nuestro consentimiento y nuestra decisión, así como con nuestra disciplina y nuestra constancia en el cumplimiento de los mandamientos de Cristo (Lc 8:15; 2 P 1:8; Stg 3:18; Tit 3:14). El proceso de transformación sucede siempre según los principios mencionados. Pero en los muchos millones de cristianos se desarrolla con distinta rapidez e intensidad (debido a las diferencias entre estos cristianos en su constitución esencial, su situación de vida y también su determinación). El divino jardinero cuida con amor de cada planta individual (He 12:11; Jn 15:2), con la única gran meta, en todas ellas, de que sean hechas conformes a la imagen de su Hijo (Ro 8:29). Si esta es la meta mayor *de Dios*, entonces tiene que ser también nuestra mayor preocupación. Esta comunión con Dios, o este acuerdo de tener la misma meta, simplificará muchas cosas en nuestra vida y nos dará una mayor orientación hacia la meta. Así obtendremos una mirada totalmente distinta, a saber, divina, sobre nuestra situación diaria.

Es únicamente la sabiduría de Dios la que obra tanto el *surgimiento* de la vida nueva como su *crecimiento*. Lo decisivo es el resultado, en el que se reconoce la acción de Dios, es decir, el buen fruto del Espíritu en una vida transformada de los cristianos.

14.8 Crecimiento: la vida crece

El *crecimiento* es algo sumamente importante. La vida de Dios es en sí misma perfecta, pero, cuando es puesta en un ser humano, debe crecer. También tiene que penetrar en la práctica a toda la persona. La vida nueva transforma la conducta de la persona, su conocimiento y su carácter cada vez más de la vida

antigua hacia la vida nueva (es decir, el carácter de Jesucristo toma forma cada vez más en ella; Gá 4:19; 2 Co 3:18).

Miremos a la naturaleza libre. Allí no hay campos de trigo. Solo existen donde las personas los han preparado y han sembrado la semilla correspondiente. Así, en nuestra vida antigua solo producíamos espinos y cardos (Ef 5:11). Pero ahora se esparce la semilla de la Palabra, y crece buen grano, fruto para Dios (Mt 13:23; Ro 6:22; 7:4). La semilla germina en la fértil «tierra del corazón». Así transforma al hombre la vida nueva que procede de Dios. El resultado de lo que sucedió en su interior y de lo que desde entonces sigue sucediendo puede verse en la conducta de la persona nacida de nuevo: ahora está orientada hacia aquel que la ha engendrado.

En la persona en la que se siembra la semilla todavía existe el mal, del mismo modo que en un campo de trigo todavía se pueden descubrir más o menos cardos y espinos. Pero la vida nueva, el fruto nuevo, es también una vida de vencedor (1 Jn 5:4). En ella pueden desplegarse los cambios del recién nacido: ahora se ha convertido en imitador de Dios, que le ha dado la vida. Mientras la buena tierra produce el buen fruto, nosotros quitamos del campo de nuestra vida lo que no es buen fruto: espinos de nuestras conductas viejas y pecaminosas, y cardos que tienen raíces largas y profundas y representan hábitos viejos y obstinados. Algunas malas hierbas requieren una dura disciplina y perseverancia hasta quedar inofensivas, pero estos esfuerzos valen la pena cuando nos sometemos a la meta que Dios tiene con nosotros. Las piedras que están esparcidas por el campo de nuestra vida son cargas y pesos innecesarios; a veces son pecados que nos asedian fácilmente y que frenan e impiden nuestro crecimiento y nuestro avance (Is 5:1-7; He 12:1).

Es asombroso el espacio tan importante que ocupa el crecimiento en la Biblia y con qué frecuencia se aplica al ser humano. Israel era la viña de Jehová y debía dar buen fruto. Dios mismo es el viñador.

Es importante guardar bien la viña de nuestra vida, o nuestra «propia viña» (Cnt 1:6). Cristo es la vid, de la cual nosotros somos los pámpanos, para dar fruto para el Padre (Jn 15:1-8).

El crecimiento espiritual es un proceso normal, tal como tiene lugar en la naturaleza y también en nuestra naturaleza humana. Este crecimiento necesita tiempo y todas las condiciones necesarias. El crecimiento no se produce a saltos, ni hay atajos, sean cuales sean las cosas o las experiencias. «En ninguna parte de

la Escritura se enseña que haya un salto repentino de la carnalidad a la espiritualidad, o de una vida relativamente despreocupada a una vida de entrega a Cristo. Al contrario, el crecimiento en piedad se presenta como un crecimiento que debería ser tan normal y natural como el desarrollo normal de una persona desde la niñez hasta la madurez adulta».⁹²

Con los invernaderos se puede escapar de las leyes de las estaciones y cosechar muchas plantas y verduras en cualquier época del año. Pero todos sabemos que en un invernadero nunca se pueden cultivar plantas de la calidad que alcanzan las plantas al aire libre. Esto se aplica también al sabor de los frutos de las plantas cultivadas en invernadero. Del mismo modo, el fruto espiritual crece mejor en la vida cotidiana. El fruto tiene las condiciones óptimas de crecimiento en la naturaleza libre, donde está expuesto al viento y a la intemperie, al calor y al frío, a la sequía y a la lluvia. No queremos llegar a ser «cristianos de invernadero».

14.9 Cultivar

«Cultivar» significa, por ejemplo, preparar un campo de trigo donde antes había bosque o estepa. En el contexto de «dar fruto», Pablo dice (Fil 2:12-13):

*«Obrad vuestra propia salvación
con temor y temblor;
porque Dios es el que obra en vosotros
tanto el querer
como el obrar,
por su buena voluntad».*

Probablemente ninguna otra palabra bíblica muestra de forma tan breve y concisa nuestra responsabilidad de actuar y, al mismo tiempo, la acción de Dios en nuestro actuar. Mientras nosotros «obramos», Dios está obrando al mismo tiempo. La salvación obliga a actuar: en efecto, debemos aportar la prueba de la salvación obtenida; sí, llevarla a término. Esta palabra bíblica contiene una gran tensión entre nuestra responsabilidad y la acción de Dios. Pero no podemos resolver esta tensión sin más, pensando que la salvación ha de verse separada de nuestro obrar y que no tiene nada que ver con nuestros propios esfuerzos. ¡Tomemos la Palabra de Dios tal como es! Incluso con temor y temblor (es

92. Henry Allen Ironside, *Heiligung – Zerrbild und Wirklichkeit*, p. 153.

decir, con la conciencia de que podemos cometer errores) debemos vivir la salvación y tomar en serio el tan mencionado «imperativo de la salvación». Cuando hayamos llegado a la meta, reconoceremos que, con todo nuestro empeño, fue Dios en su gracia quien lo llevó todo a cabo.

Pero ¿qué relación tiene este versículo con el crecimiento espiritual? El término «obrad» se usaba en la lengua griega también para la agricultura, o para el laboreo de la tierra de cultivo. Esto nos lo confirma: Dios ha plantado su Palabra en nuestro corazón; se nos ha concedido una vida nueva. Ahora tenemos que cuidar y cultivar este campo de la vida nueva: debemos quitar todo lo que estorba y proporcionar todo lo que favorece el crecimiento. Además, debemos asegurarnos de que se pueda recoger una buena cosecha. Nuestra vida se parece a un campo de cultivo, lo cual, naturalmente, se entiende en sentido figurado. Este trabajo del labrador es a su vez la obra de Dios mismo. Confiando en Dios, que lo obra todo y quiere obrarlo, cultivamos lo que Dios ha creado en nosotros.

Las cosas del mundo endurecen la tierra del corazón y la hacen insensible a lo que Dios dice. Una tierra que hasta ahora estaba dura tiene que ser mullida con esfuerzo para que pueda absorber el agua y volver a dar fruto. También la mala hierba de los pensamientos malos e impuros tiene que ser arrancada constantemente. Las plantas jóvenes se eliminan mejor que las viejas con raíces profundas. ¡Actuemos, pues, contra ellas de inmediato y con constancia!⁹³

14.10 ¿Afición u obligación?

El jardinero aficionado se ocupa de las malas hierbas porque su afición es, sencillamente, tener un jardín bonito. No tiene por qué hacerlo; nadie le obliga. Cuando aplicamos la imagen del jardinero o del labrador a nuestra santificación, no se trata de una opción que podamos aprovechar o también descuidar. Decidirse por una vida de santificación y de crecimiento espiritual no es solo algo para una clase especial de cristianos que quieren ir a la misión o llegar a ser predicadores. Al contrario, la salvación nos obliga a seguir la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Por extraño que les suene a algunos: ¡sin santidad en nuestra vida no veremos al Señor al final (He 12:14)!

«Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición

93. C. G. Willis, *Betrachtungen über den Brief an die Philipper*, p. 184.

de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada» (He 6:7-8).

14.11 El indicativo de la salvación en Juan

La vida de Dios (la vida eterna) es el tema de Juan. Trata igualmente el nuevo nacimiento, por el cual recibimos esta vida. Queremos reunir, a partir de sus tres cartas, lo que hemos llegado a ser como hijos de Dios y lo que se nos ha dado. En él, el *indicativo* de la salvación significa lo siguiente (obsérvense los muchos paralelos con Pablo):

- comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1:3)
- gozo cumplido (1:4)
- Andamos en luz (1:7; 2:9-11).
- Él, el Hijo de Dios, puso su vida por nosotros (3:16).
- La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (1:7).
- Él es la propiciación por nuestros pecados (2:2; 4:10).
- Nuestros pecados han sido perdonados (2:12).
- Nuestros pecados han sido quitados (3:5).
- perdón constante (tras la confesión) y limpieza de toda maldad (1:9)
- Tenemos un defensor (abogado) para con el Padre cuando hemos pecado (2:1).
- En nosotros el amor de Dios se ha perfeccionado verdaderamente (2:5; 4:12, 17).
- Se nos ha dado el amor del Padre (3:1).
- Dios nos ama (4:16).
- Estamos *en él* (2:5).
- Estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo (5:20).
- Lo que es verdadero en él es igualmente verdadero en nosotros, a saber, la vida divina (2:8).
- Permanecemos para siempre (2:17).
- Tenemos el Espíritu Santo, la unción del Santo (2:20, 27).
- Nos ha dado su Espíritu (3:24; 4:13).
- Estamos en el Padre y en el Hijo (2:24).
- su promesa para nosotros: la vida eterna (2:25)
- Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo (5:11, 13).
- Tenemos al Hijo y con él la vida (5:12).

- La vida eterna permanece (es decir, mora) en nosotros (3:15).
- Somos nacidos de Dios (2:29; 3:9; 4:4, 6-7; 5:1, 3, 18-19; 3 Jn 11).
- Somos hijos de Dios (3:1).
- La simiente de Dios está en nosotros (3:9).
- Seremos semejantes al Hijo de Dios (3:2).
- Veremos al Hijo de Dios tal como él es (3:2).
- Hemos pasado de muerte a vida (3:14).
- Estamos en él, y él está en nosotros (3:24; 4:4).
- Tenemos vida por el Hijo (4:9).
- Tenemos confianza en el día del juicio (4:17).
- El temor nos ha sido quitado por el perfecto amor de Dios (4:18).
- Oramos con confianza y conforme a su voluntad (5:14-15).
- Somos escogidos (2 Jn 13).
- La verdad divina permanece (como también el Espíritu de Dios) en nosotros y con nosotros para siempre (2 Jn 2).

14.12 El imperativo de la salvación en Juan

Donde hay bendiciones y privilegios, hay también deberes y responsabilidad. Este conocimiento no es nuevo, pero esta recopilación nos interpela:

- guardar sus mandamientos (2:3-4; 3:22; 5:2-3; 2 Jn 5)
- guardar su palabra (2:5)
- obligados a andar como él anduvo (2:6; cf. 4:17)
- amar al hermano (2:10; 3:10, 14; 2 Jn 5)
- no amar al mundo (2:15)
- vencer al mundo por la fe (5:4)
- confesar al Hijo (2:23)
- permanecer en él (2:28)
- hacer justicia (2:29)
- purificarse a sí mismo, así como él, el Hijo de Dios, es puro (3:3)
- no hacer pecado (3:6, 9; 5:18)
- poner nuestra vida por los hermanos y abrirles nuestro corazón (3:16-17)
- amarnos unos a otros de hecho y en verdad (3:18; 4:7; 4:11)
- permanecer en el amor (4:16)
- hacer lo que es agradable delante de Dios (3:22)
- Amamos porque él nos amó primero (4:19).

- andar en la verdad (2 Jn 4; 3 Jn 4)
- mirar por nosotros mismos para no perder el fruto de nuestro trabajo (2 Jn 8)
- perseverar en la doctrina de Cristo (2 Jn 9)
- aferrarse a la verdad (3 Jn 3)
- dar hospedaje a los siervos de Dios (3 Jn 5-8)
- hacer el bien e imitar lo bueno (3 Jn 11).

14.13 La vida eterna: calidad y cantidad

La vida nueva tiene una dimensión que deja en la sombra todo lo anterior y todo lo que los hombres consideran posible. La vida eterna no es simplemente una existencia sin fin. Esa la tiene todo ser humano, también el que no ha nacido de nuevo. Por el nuevo nacimiento recibimos más bien una existencia que nos capacita para estar un día en el cielo y, con ello, allí donde la vida eterna «está en casa». Pero en el mensaje de Juan se trata de la plenitud de esta vida marcada por el cielo, que llevamos en nosotros no solo entonces, sino ya ahora, mientras todavía estamos en la tierra. La plenitud, la riqueza y el contenido de esta vida se encuentran ahora en nosotros. Con ello no ha surgido solo una existencia, sino un nuevo hombre con todo lo que constituye a un ser humano: voluntad, amor, conocimiento y mucho más. Con esta vida hemos recibido el conocimiento del Padre (Jn 17:3). Hemos entrado en una relación y una comunión vivas, estrechas y marcadas por el amor con el Padre y con el Hijo. Esto nunca sería posible si no tuviéramos la misma vida que tienen el Padre y el Hijo.

14.14 Señales de vida

Quien ha podido estar presente en el nacimiento de sus hijos sabe a qué me refiero. Todos esperan con tensión los primeros sonidos del niño. Cuando por fin llora, el milagro del nacimiento se ha consumado. En la vida espiritual también hay tales señales de vida. Poco después de haber hablado del nuevo nacimiento (1 P 1:23), Pedro dice que, como niños recién nacidos, debemos desear la leche espiritual no adulterada de la Palabra de Dios (1 P 2:2). Dicho de otro modo: una persona nacida de nuevo tiene hambre de la Palabra de Dios, o interés por ella. Ya no puede estar sin la Palabra de Dios, porque es como

alimento para ella. Otras señales de vida, que ya enumeramos entre los imperativos de la salvación, son:

- El nacido de Dios hace justicia (1 Jn 2:29).
- El nacido de Dios ama y conoce a Dios (1 Jn 4:7).
- El nacido de Dios cree que Jesús es el Cristo (1 Jn 5:1).
- El nacido de Dios ama a los hermanos en la fe (1 Jn 5:1).
- El nacido de Dios vence al mundo (1 Jn 5:4).

Una característica de la vida nueva la examinaremos con más detalle (1 Jn 3:6, 9; 5:18):

*«Todo aquel que permanece en él,
no peca;
todo aquel que peca,
no le ha visto
ni le ha conocido».*
*«Todo aquel que es nacido de Dios
no hace pecado,
porque su simiente permanece en él;
y no puede pecar,
porque es nacido de Dios».*
*«Sabemos
que todo aquel
que ha nacido de Dios
no peca».*

14.15 El nacido de Dios no peca

Esta es una señal de vida que a primera vista nos desconcierta y quizá también nos entristece. ¿Quiere decir Juan que el cristiano ya nunca más puede pecar? Si quisiera decir eso, se habría contradicho a sí mismo, pues en el capítulo 2:1 escribe:

*«Hijitos míos, estas cosas os escribo
para que no pequéis;
y si alguno hubiere pecado,
abogado tenemos para con el Padre,
a Jesucristo el justo».*

Y antes todavía dice:

*«Si decimos que no tenemos pecado,
nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.
Si confesamos nuestros pecados,
él es fiel y justo
para perdonar nuestros pecados,
y limpiarnos de toda maldad».*
1 Jn 1:8-9

Si Juan exhorta a no pecar, es evidente que existe la posibilidad de que la persona todavía pueda pecar y no se haya vuelto sin pecado. Por desgracia, nuestra experiencia diaria es también una prueba irrefutable de que así es. Pero el estándar o la medida de Juan consiste claramente en que (en absoluto) *no* debemos pecar; no dice, como probablemente lo expresaríamos nosotros: «¡Intenta pecar lo menos posible!». Más bien, Juan deriva el estándar de nuestra vida de lo que Jesús mismo dijo acerca de Dios, según lo cual «Dios es luz (absolutamente santo y justo), y no hay ningunas tinieblas (pecado) en él» (1 Jn 1:5). Cuando al principio dice: «Si alguno hubiere pecado...», queda claro que aquí no habla de la regla, sino de la excepción. No necesitamos hacer malabarismos para armonizar estas palabras con aquellas en las que se dice que el nacido de Dios no peca o (formulado aún más claramente) que no *puede* pecar. Estas palabras, que parecen tan contradictorias, tienen que ser compatibles entre sí.

Juan nos ve aquí como aquellos a quienes se les ha concedido la fuerza y el carácter de la vida nueva. A sus ojos, somos aquí los que poseen esta vida, que ha surgido por la semilla divina de la Palabra. Y esto tiene necesariamente la siguiente consecuencia: el cristiano no peca de forma continuada (esa sería la forma gramatical del durativo) ni por costumbre. Está, para decirlo con Pablo, liberado del poder del pecado. «Aunque el creyente a veces peca, el principio dominante de su vida no es el pecado, sino lo contrario del pecado. Somos hijos de Dios, y el pecado es anormal y antinatural para nosotros».⁹⁴ El cristiano ama a Dios y sus mandamientos. Forma parte de su esencia que odie el pecado. Vive y anda por el Espíritu, para no satisfacer los deseos de la carne (Gá 5:16, 25).

94. Alfred Plummer, en John R. W. Stott, *The Letters of John*, p. 138.

Algunos lo explican así: Juan se referiría exclusivamente a la vida nueva (la vida de Cristo en él), que no puede pecar. Esta explicación solo es correcta en parte. Naturalmente, esta vida no puede pecar. Pero aquí no se trata de las actividades de la vida nueva, sino de la conducta de la *persona* que es nacida de Dios. La vida nueva en sí misma no *hace* nada. Más bien es la persona en cuestión la que *hace* algo de acuerdo con su vida, con su naturaleza. La persona *hace* algo con plena responsabilidad y por decisión propia, y su vida o su naturaleza decide sobre el origen del acto, es decir, sobre la fuente de la que la persona bebe. Es la semilla por la cual la persona ha nacido de nuevo, y esta semilla es al mismo tiempo la vida nueva. Juan ve ahora a la persona nacida de nuevo como aquella que lleva esta vida, o que está determinada y marcada por esta vida. En esta vida no encaja el pecado; es un cuerpo extraño. «La carta de Juan contiene fuertes contrastes. Además, contiene muchas afirmaciones abstractas. Así sucede también con el pecado y la justicia. Siempre se destaca lo que es característico de una cosa. Así, el creyente es justo por su carácter: hace justicia y no peca. Esto significa, sin embargo, que el carácter de su vida es bueno: vive justamente y, en consecuencia, no vive en pecado. Para el incrédulo vale lo contrario».⁹⁵

Juan no habla de un ideal, de cómo *podría* ser, sino de cómo *es*. A veces se puede tener la impresión de que pasa sencillamente por alto la separación entre *posición* y *estado* práctico (una ayuda para la comprensión que hemos utilizado especialmente en la doctrina de la salvación de Pablo). Por eso esta afirmación no es verdadera solo «en teoría», en cuanto a la posición o de forma objetiva, sino que describe realmente lo que somos también en la práctica en nuestra vida cotidiana (imperativo de la salvación). Va más allá de lo que hemos llegado a ser por gracia en nuestra posición (indicativo de la salvación).

14.15.1 Cuatro etapas en la historia de la salvación: el hombre y el pecado

Agustín de Hipona (354-430), en su controversia con Pelagio⁹⁶, estableció la siguiente clasificación a partir de tres términos latinos: *posse* (por «poder, ser

95. *Ibíd.*, p. 137.

96. Monje británico, contemporáneo de Agustín, que rechazó su doctrina de la gracia o de la salvación y destacó en su lugar la libertad de la voluntad humana.

capaz, estar en condiciones de»), *peccare* (por «pecar, fallar, cometer una falta») y *non* (por «no»).

14.15.2 Dejar de pecar: ¿posible o imposible?

Es evidente: Juan conoce el hecho de que un creyente «puede pecar». No lo excluye. Pecar no es la regla en una vida cristiana. Lo normal es que el cristiano no peque, porque el poder de Dios le ha dado todas las cosas que pertenecen a una vida en el temor de Dios, mediante el conocimiento de Dios (2 P 1:3). «El verdadero cristiano no es alguien que ha perdido la capacidad de pecar, sino la voluntad y la disposición de hacerlo».⁹⁷

Juan no hablaba de que pueda existir la ausencia de pecado y la perfección (de lo contrario, se contradiría a sí mismo de manera llamativa). La ausencia de pecado en sí misma no es posible ya por el hecho de que el pecado mora en nosotros y está inseparablemente entretelado con nuestro cuerpo y nuestra existencia terrenal. Que ya no pequemos es hoy algo a lo que debemos aspirar (cf. las palabras de Juan: «... para que no pequéis»), pero solo será posible en la gloria, cuando seamos completamente semejantes a él, nuestro Señor.

1. El hombre antes de la caída		2. El hombre caído		3. El hombre nacido nuevo	4. El hombre en la consumación	
Posse peccare		Non posse peccare		Posse peccare	non posse peccare	Non posse peccare
Podía pecar (pero también evitarlo).		No puede no pecar; es incapaz de no pecar.		Puede pecar (pero también pecar).	no puede pecar.	Ya no puede pecar.

En virtud del libre albedrío, el hombre podía decidir respetar el mandamiento de Dios o quebrantarlo.

Está en la carne, vendido al pecado, pero no todo acto del hombre caído es pecado, pero no

97. William MacDonald, *Der vergessene Befehl – Seid heilig*, p. 45.

En el aspecto espiritual, la vida nueva y la vieja están en él. La compulsión al pecado está quebrantada. Está capacitado para no pecar, pero todavía puede pecar. El pecado y la carne, la naturaleza, estaban ligados en el cristiano a su existencia terrenal y corporal de la antigua creación, que termina en la consumación y es sustituida por el cuerpo de gloria y la cercanía permanente a Cristo.

¿Tenemos entonces que sentirnos decepcionados por nuestra experiencia, sabiendo que nunca podremos alcanzar esta meta? ¿O hay algún motivo en la Escritura que nos confirme que *no* lograremos estar sin pecado? Una afirmación así nos sorprendería mucho. ¿Cómo se puede animar al cristiano, por una parte, a no pecar y, al mismo tiempo, dejarle claro que eso nunca funcionará? Eso no encaja, y sería pedagógicamente muy poco sabio. El estándar para nuestra vida es siempre la perfección de Dios, nunca menos.

Pero, si alguien piensa en serio que ha alcanzado el estado de perfección (una vida sin pecado), probablemente ha perdido la visión y la sensibilidad para la naturaleza del pecado y para la realidad. Su conciencia ya no es sensible a ello. Incluso en mucho de lo bueno que hacemos se ve a menudo todavía una sombra de pecado. Quien afirma que ya no peca tiene que aportar la prueba y presentar «testigos» de su ausencia de pecado: su cónyuge, sus hijos y otras personas de su entorno inmediato. Solo conozco a uno de quien eso es cierto: Jesús. En este punto añado la frase, muy usada y verdadera en todos los sentidos: «Los cristianos pueden decepcionar; Cristo, nunca». No debe servir de excusa, sino de ánimo.

14.16 La perfección: ¿qué es?

El NT habla a menudo de perfección, también cuando se trata de nuestra vida de fe. Con ello no se quiere decir perfeccionismo ni ausencia de pecado. Para nuestra comprensión de la santificación es importante entender correctamente esta perfección. En los pasajes de la Escritura en los que aparece este término podemos distinguir por lo menos tres significados:

14.16.1 La perfección de nuestra posición de salvación

«Porque con *una sola* ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (He 10:14). Por el sacrificio perfecto y plenamente suficiente de Jesús hemos sido liberados para siempre de nuestros pecados. Es una salvación inmutable, completa y perfecta desde el punto de vista de Dios. Hemos sido lavados, santificados, justificados (1 Co 6:11). En la nueva creación de Dios (2 Co 5:17) somos perfectos (1 Co 2:6; Fil 3:15). En Cristo hemos sido llevados a la plenitud, o completados (Col 2:10).

Esta perfección abarca un don de gracia y la obra salvadora de Dios. «Esta perfección regalada no debe confundirse con la ausencia absoluta de pecado o con la perfección ética; pero no hay crecimiento hacia la perfección y la madurez moral si falta la perfección fundamental».⁹⁸

14.16.2 La perfección (madurez) en nuestra vida: hacerse adultos

Mientras que el primer significado se refiere efectivamente a una perfección intachable e inmutable, el NT usa este término también para una realidad que ha surgido y que está en proceso de crecimiento o de progreso. Tiene como meta la perfección (gr.: madurez), es decir, la madurez de la edad adulta espiritual. Este significado de la palabra *perfecto* se encuentra en 1 Corintios 14:20. Allí se dice que los corintios, en sus reuniones, no debían ser niños en cuanto a su entendimiento, sino perfectos, es decir, adultos, maduros. La iglesia en su conjunto debe llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón adulto (perfecto o maduro), a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4:13). Así, el alimento *sólido* de la enseñanza bíblica está destinado a los adultos (perfectos, maduros), que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados para discernir tanto el bien como el mal (cf. He 5:14).

Cuando Jesús nos encarga ser perfectos, como también el Padre celestial es perfecto (Mt 5:48), esto deja ver dos cosas: por una parte, muestra la perfección de Dios y, por otra, el proceso en nuestra vida de llegar a ser como nuestro Padre, porque somos sus imitadores.

98. Erich Mauerhofer, *Der Kampf zwischen Fleisch und Geist bei Paulus*, p. 124.

14.16.3 La perfección integral en la consumación futura

Nuestra fe tiene una meta: estar junto a Cristo y con él, y ser completamente semejantes a él. ¿Qué otra cosa se puede llamar perfecta o consumada sino el día en que seamos semejantes a él? Pablo proseguía hacia esta unidad completa con Cristo, incluso en su resurrección, pero todavía no la había alcanzado: «No que lo haya alcanzado ya (la resurrección de entre los muertos y, con ello, la redención también del cuerpo), ni que ya sea perfecto (que haya llegado a la perfección, es decir, que haya sido llevado a la meta)» (Fil 3:12). El día de nuestra transformación o resurrección nos hará perfectos (nos llevará a la meta, nos consumará) en espíritu, alma y cuerpo (cf. Col 1:28).

14.17 Responsabilidad por lo que hacemos, no por lo que somos

A veces decimos de alguien: «Ha actuado conforme a su naturaleza». Con ello queremos decir que él mismo no decidió si hacía algo ni qué hacía, porque lo impulsaba su naturaleza. En el día del juicio, las personas no serán juzgadas según lo que eran por naturaleza, sino según lo que hicieron bajo su propia responsabilidad y con plena conciencia (Ro 2). Esto vale también para el creyente. Cuando peca, no puede excusarse diciendo que fue su vieja naturaleza, su viejo yo o la carne. Siempre tendremos que decidir si queremos andar por el Espíritu o por la carne. Vivir del Espíritu de Dios puede y debe ser para nosotros una rutina habitual. Esa es la intención de Dios y su meta con nosotros. No tiene por qué ser un conflicto constante, obstinado y agotador, un continuo decidirse por el bien. Debemos aceptar por la fe el hecho de que somos hombres nuevos: con un corazón nuevo, con una vida nueva y con un espíritu renovado. Podemos también vivir con la conciencia de esta nueva existencia. Una mariposa fue una vez una oruga, hasta que por el milagro de la metamorfosis experimentó un cambio total. Aunque es el mismo insecto, no hay ninguna semejanza entre estas dos formas de existencia. La mariposa vuela de flor en flor. Si no «fuera lo que ha llegado a ser» y se sintiera todavía como una oruga, sería algo muy extraño. ¡Una mariposa que piensa que es una oruga! Una comparación divertida, pero al mismo tiempo seria, porque muchos cristianos dan esa misma impresión en su vida. ¡No nos comportemos como una oruga que se atiborra de cosas «terrenales», sino como mariposas que

vuelan y viven de la «bendición celestial»! Podemos y debemos vivir nuestra nueva identidad: ¡vivo, pero ya no yo! Cristo vive en mí (cf. Gá 2:20).

14.18 La naturaleza nueva y la vieja están en nosotros al mismo tiempo

Es y seguirá siendo un misterio para nosotros que la naturaleza vieja y la nueva estén en nosotros al mismo tiempo y que (dicho en términos bíblicos) Cristo y el pecado habiten a la vez en nosotros. Pero la Escritura enseña esta realidad, y nuestra experiencia también la confirma. ¿Cuál podría ser la intención de Dios al dejar el mal en nosotros hasta el día de la redención? El mal no debe ponerse por obra, pero sí percibirse, para que, durante este breve tiempo, comprendamos cada vez más cómo es realmente el mal y lo que significó para Cristo ser hecho pecado.

La doctrina según la cual el cristiano tiene una sola naturaleza (a saber, solo la nueva) debe rechazarse expresamente después de estudiar los pasajes pertinentes de la Escritura. Tan perfectos como somos en Cristo, así de corrompida está la carne que todavía llevamos con nosotros. Está unida de manera indisoluble a nuestra existencia corporal (de ahí también el término «carne», con el que un mismo concepto designa tanto la existencia terrenal en el cuerpo como el viejo ser pecaminoso, o sea, la vieja naturaleza que vive en el cuerpo, en la carne). Solo con la muerte corporal o con la transformación de todos los creyentes en el arrebatamiento llega para cada cristiano el fin absoluto de su carne pecaminosa.

14.19 Conclusión

Haber nacido *de nuevo* y *de lo alto* es un acontecimiento tan enorme precisamente porque toda la sabiduría, la técnica y la fuerza del hombre no pueden producirlo, como tampoco pueden producir el cambio que a continuación se hace visible.

El cielo se llena de alegría cuando un pecador se arrepiente, como les ocurre a una madre y a un padre cuando nace el niño y se «oyen» las primeras señales de vida. El bebé necesita mucho cuidado y atención hasta que se vuelve independiente. Algo parecido vale también para la vida espiritual. La creación es a menudo una imagen de realidades espirituales, que a su vez nos ayudan a

comprender mejor las verdades espirituales. Los hijitos llegan a ser jóvenes, que un día crecen hasta ser padres en Cristo (1 Jn 2:13-14).

Cuando hoy hablamos de la «nueva naturaleza», nos referimos en realidad a la «vida nueva, o sea, la vida eterna regalada por Dios», que al mismo tiempo encarna el Señor Jesús mismo en su persona. Esta vida tiene necesariamente un modo determinado, un ser determinado, es decir, una naturaleza específica. Esto significa que esta vida no solo describe una existencia (es decir, el ser), sino que también da testimonio de quién es la mano que la caracteriza y de qué manera se expresa en el aspecto moral. Lo señalo una vez más: el término «naturaleza divina» aparece una sola vez en el NT, y en ese pasaje indica cómo el ser y los atributos de Dios se despliegan en nosotros y se expresan en nuestra vida.

Después de haber empezado con Pablo, ahora hemos escalado todas las montañas, tanto con Juan y Pedro como con Santiago. Hubo muchas vistas y perspectivas fascinantes que nos han hecho grande la grandeza de Dios en su ser y en su salvación. El conocimiento de Dios, de su ser y de su obrar, quiere llenar nuestros corazones.

La vida de los nacidos de nuevo no es solo existencia, no es solo ser y esperar el cielo, sino ante todo vida en abundancia. Dios da con gusto y en abundancia, y eso no deberíamos reconocerlo solo cuando estemos en el cielo.

15. Temperamento y carácter

El comienzo de un cristianismo auténtico arranca con una renovación radical, sobre cuya base sigue una transformación constante hacia la semejanza con Cristo. ¿Qué influencia tiene el temperamento en mi vida de fe y en mi vida de vencedor?

Wikipedia, la enciclopedia libre de internet, da de manera breve y concisa la siguiente explicación: «El temperamento describe la manera en que un ser vivo actúa y reacciona, es decir, su estilo de comportamiento. Este está profundamente arraigado y se compone de reacciones emocionales, motoras y relacionadas con la atención, así como de la autorregulación. El término designa rasgos de conducta relativamente constantes y, por tanto, típicos, como la perseverancia, el umbral de estímulo, el estado de ánimo y el ritmo».⁹⁹

«La doctrina de los temperamentos, de casi 2500 años de antigüedad, clasifica a las personas según su carácter básico y hoy, desde el punto de vista científico, es una teoría superada... Se remonta a la patología humoral (doctrina de los cuatro humores), que se atribuye a Hipócrates de Cos (médico griego, 460-375 a. C.)... La vinculación de la doctrina de los cuatro humores con la doctrina de los cuatro temperamentos la llevó a cabo Galeno de Pérgamo, que asignó a cada uno de los cuatro líquidos del cuerpo (“humores”) un temperamento. Según cuál de estos cuatro líquidos predomine, se desarrollaría de manera especial el temperamento correspondiente...:

- Sangre (“sanguis”): sanguíneo (alegre, activo)
- Flema (“phlegma”): flemático (pasivo, lento)
- Bilis negra (“melas cholé”): melancólico (triste, reflexivo)
- Bilis amarilla (“cholé”): colérico (irritable y excitable)».¹⁰⁰

15.1 La Biblia y la doctrina de los temperamentos

Por un lado, hay que constatar que la doctrina de los temperamentos es de origen pagano. Por otro lado, es un hecho que está superada científicamente. Estas dos constataciones tienen que ver con el hecho de que esta doctrina ni

99. Disponible en línea en <http://de.wikipedia.org/wiki/Temperament>.

100. Disponible en línea en <http://de.wikipedia.org/wiki/Temperamentenlehre>.

aparece en la Biblia ni puede deducirse de ella. La Biblia simplemente ignora esta doctrina, que ya existía en la época en que se escribió su segunda parte (el Nuevo Testamento).

Aun así, no queremos tirar al niño junto con el agua de la bañera. Los temperamentos son una realidad, y por eso puede ser útil fijarse en el (propio) temperamento. Aunque esta doctrina esté superada, toda persona tiene un temperamento que a menudo corresponde más o menos a uno de los cuatro mencionados o también a una mezcla de ellos.

Después de mi nuevo nacimiento sigo siendo la persona que era antes, pero se me ha regalado una nueva vida espiritual que tiene la naturaleza y el ser de Cristo. Esta vida debe dar forma a mi personalidad. Incluso los llamados puntos fuertes de mi temperamento no valen nada sin Cristo. Solo las personalidades llenas de él corresponden a la medida de Dios para la nueva vida: Cristo es la norma y la medida de la nueva creación que hemos llegado a ser. A su vez, el ser de Cristo se expresa en el fruto del Espíritu. Esa es nuestra norma para la formación de nuestra personalidad. Un examen de los temperamentos tiene su razón de ser, siempre que esté subordinado a la verdadera meta de nuestra vida cristiana.

Es provechoso mirar los puntos fuertes y débiles de los temperamentos. Tenemos que ver con ellos a diario; forman parte de nuestra vida y, por tanto, también de nuestra vida de fe. Sabemos que no podemos cambiar sin más la estructura (lo que hemos heredado de nuestros padres). Reconocer cómo estamos estructurados es sin duda útil, porque de esta manera salen a la luz también cosas negativas y comportamientos que pueden obstaculizar y bloquear nuestro crecimiento hacia la semejanza con Cristo. La conducta perezosa del flemático es casi siempre un obstáculo para una vida de fe activa. Lo mismo vale para el actuar y juzgar precipitado del colérico. Deberíamos tomar conciencia de tales aspectos negativos para poder contrarrestarlos. Para ello, un test puede ser realmente de ayuda.

Ocuparse en exceso de los temperamentos en relación con nuestra vida espiritual y nuestros dones dirige fuertemente la atención hacia nosotros mismos. Hay algunas exhortaciones a examinarnos a nosotros mismos y nuestra obra, pero la consigna es casi siempre que debemos mirar a Cristo. Eso produce un cambio, en el que, por supuesto, participamos.

W. J. Ouwenel: «Ellos (Ole Hallesby, Tim LaHaye y Henry Brandt) han expuesto cómo es la vida en los cuatro temperamentos cuando el corazón se aparta de Dios y se entrega al pecado; entonces se imponen los lados malos de los temperamentos. Pero cuando el corazón está orientado hacia Dios y se confía a la guía del Espíritu Santo, entonces pueden desarrollarse los lados fuertes de la personalidad, y Cristo toma forma en la cordialidad, la sinceridad, la vivacidad, la amabilidad y el optimismo del sanguíneo; en el liderazgo, la decisión, el espíritu de equipo, la determinación y el espíritu emprendedor del colérico; en la amistad fiel, la creatividad y la disposición al sacrificio del melancólico; y en la calma, el buen humor, la disposición a escuchar, el orden y la reflexión del flemático...

A pesar de todos los estudios de las estructuras bióticas y psíquicas y ... de los temperamentos y tipos de personalidad, el hombre no es un robot preprogramado que esté expuesto por completo a los lados malos de su carácter. También aquí la Biblia, al igual que la práctica pastoral, nos enseña que todo depende de la orientación del corazón. Es cierto que el temperamento de una persona está determinado por su constitución hereditaria; por tanto, es casi inmutable (aunque a lo largo de la vida pueden darse en él pequeñas modificaciones, pero sobre ellas el hombre no tiene ninguna influencia). Sin embargo, hay que distinguir bien el **temperamento del carácter**. El carácter es el resultado de las cualidades de conducta de una persona, que, sin embargo, no están determinadas solo por el temperamento, sino ... sobre todo por el corazón.

Cuando una persona llega a la fe en Cristo y, por tanto, nace de nuevo, no recibe un temperamento nuevo (como tampoco recibe otro cuerpo), pero sí un “corazón nuevo”: una mentalidad del corazón radicalmente nueva, una actitud, una disposición, un concepto de vida completamente nuevos. Ahora empiezan a desempeñar un papel en su vida factores operantes y motivacionales totalmente distintos, así como un nuevo conocimiento y una nueva manera de pensar (es decir, una nueva “cognición”) y una voluntad orientada de nuevo (el factor conativo¹⁰¹). Así, el hombre renovado puede desarrollar, dentro de los límites constitucionales (¡amplios!) de su temperamento, un carácter completamente nuevo en el que, como se ha dicho, Cristo toma forma de una manera

101. «Conativo» significa «impulsivo», «que tiende hacia algo».

totalmente única».¹⁰²

El temperamento, la disposición y la inclinación heredadas, es santificado en el creyente y así se vuelve útil para Dios. La amabilidad del sanguíneo, por ejemplo, le es útil a Dios. Por la morada y la guía del Espíritu llega a ser incluso un fruto para Dios. Esto vale para todos los lados «buenos» de cada temperamento, ya que el aspecto del ser humano condicionado por la disposición o el temperamento pertenece a la primera creación de Dios y, por tanto, ya caracterizaba a Adán antes de la caída. Lamentablemente, el pecado también ha sometido el temperamento a menoscabos, y estos deben eliminarse de manera consecuente.

15.2 El carácter y su transformación

El carácter es la cualidad reconocible de una persona. Conocemos este término más o menos bien. Casi siempre se asocia con cualidades humanas buenas y deseables, precisamente con lo que le falta a la sociedad y, en los últimos tiempos, sobre todo al mundo de las finanzas. La codicia desenfrenada, el amor a uno mismo y el egoísmo nos dan un anticipo de lo que todavía ha de venir. La sociedad intuye que un carácter bueno y firme, que también resista la tentación, podría frenar, si no detener, la decadencia moral.

Pero miremos nuestra propia vida. La palabra *carácter* deriva del cuño que daba su forma a una moneda o a un sello. ¿Qué nos marca a nosotros y qué perciben los demás de nosotros? Más importante aún es la pregunta: ¿quiénes y cómo somos en cuanto a nuestro carácter cuando nadie nos ve? «El rostro del hombre lo reconoces a la luz; su carácter, en la oscuridad», dice un refrán.

Lo que el mundo necesita se ha hecho realidad en Jesús. Su ser puede hacerse realidad en nosotros. Un buen carácter está marcado por el fruto del Espíritu Santo y, con ello, por Jesús. Pero no llega simplemente volando. Dios tampoco lo hace aparecer por arte de magia en nuestro corazón pasando por alto nuestra voluntad. Él nos da todo para que lo desarrollemos bajo su guía y con su fuerza y su gracia. Tenemos que entrenar el carácter y así hacerlo fuerte. En eso consiste nuestra responsabilidad. El fruto espiritual del amor, el gozo, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio propio tenemos que aprenderlo, por así decirlo, como un idioma nuevo o una

102. W. J. Ouwencel, *Psychologie, Ein bibelorientiert-wissenschaftlicher Entwurf*, p. 168 (énfasis añadido).

segunda lengua, hasta que, gracias al aprendizaje y la práctica, lo hablemos por costumbre. El carácter espiritual debe convertirse en lo normal en nuestra vida.

El carácter se muestra cuando las cosas se ponen serias y cuando estamos bajo presión o en la tentación. Por eso Pablo dice también que no debemos proveer para la carne, sino vestírnos del Señor Jesucristo (Ro 13:14). Un carácter firme (es decir, entrenado y buscado con perseverancia) puede resistir la tentación de abandonar, en situaciones extremas, los principios espirituales que ha aprendido desde su nuevo nacimiento y que aprecia como el camino de Dios.

¿Cómo entrenamos el carácter? Aprendiendo y aplicando. Hay que aprender para comprender cómo es este «carácter espiritual». Se me prescribe, por así decirlo, que lo interiorice. A pequeños pasos ponemos en práctica estas cualidades cada vez más, porque queremos hacerlo.

Mientras que el temperamento permanece casi sin cambios durante toda la vida, el carácter experimenta cambios, tanto para bien como para mal. La base del carácter es la voluntad y su fuerza para poder imponerse. Tenemos un corazón nuevo y una voluntad renovada. Ese es el comienzo de una vida nueva que, hasta la meta, debe ir acompañada de la voluntad de cambiar.

De manera parecida a la doctrina de los temperamentos, la palabra *carácter* no se encuentra en la Biblia. Lo que más se le acerca es el concepto bíblico de virtud (Fil 4:8; 1 P 2:9 [la cualidad de Dios]; 2 P 1:3, 5). La Biblia no sigue la doctrina de la virtud de los filósofos de su época. Las coincidencias están en parte en aquello en lo que se distingue la virtud y en parte en que se ejercita y se entrena. Desde el punto de vista bíblico, la virtud o el carácter, y su transformación hacia la semejanza con Cristo, tienen como meta a Dios mismo y su reino. No el rendimiento propio como fin en sí mismo, sino una fuerza de voluntad renovada por el Espíritu Santo y la puesta en práctica que brota de ella, para la gloria de Dios y el bien de los demás, corresponde a la imagen bíblica y a la meta de nuestra transformación, que desembocará en la meta final del nuevo mundo de Dios.

«Cuida tus pensamientos, porque se convierten en palabras.
Cuida tus palabras, porque se convierten en actos.
Cuida tus actos, porque se convierten en hábitos.
Cuida tus hábitos, porque se convierten en tu carácter.
Cuida tu carácter, porque se convierte en tu destino».

16. Palabras finales

Hay momentos en que las cosas nos desbordan y ya no sabemos qué hacer y qué dejar de hacer. A veces irrumpe la carne, de modo que nos quedamos asombrados y asustados de nosotros mismos. A veces nos asusta igualmente nuestra indiferencia. Todo eso nos saldrá al encuentro y nos acompañará mientras estemos en nuestra existencia terrenal, de camino a la consumación. Esta constatación no pretende excusar nada. Pero también queremos seguir siendo sinceros cuando se trata de cuánta verdad espiritual llega a desplegarse en nuestra vida.

¡Cobremos ánimo, sin rendirnos! Aunque por dentro tengamos ganas de rendirnos, esa es la peor solución. ¡La resignación y la capitulación son de origen carnal y diabólico!

El Padre nos ayuda en cada paso, sin importar lo pequeño o lo grande que sea. Debemos avanzar en el camino hacia la meta. Aunque vivamos épocas en las que nos alejamos de él, él está cerca de nosotros, y siempre basta un paso para volver a sus brazos.

Quizá las excursiones por la montaña hayan sido tan largas y agotadoras que ahora los árboles no le dejan ver el bosque. Claro, si se juntan todos los textos bíblicos sobre este tema, el asunto es bastante extenso. Pero vivimos un crecimiento en la comprensión espiritual que Dios mismo produce. Y eso, sencillamente, también requiere tiempo. No podemos forzarlo ni acortarlo. Dios recorre su camino con nosotros. Él está a nuestro favor, y estamos bajo su cuidado. No está detrás de nosotros como un capataz de esclavos al que solo le interesan nuestros errores y nuestros fracasos. Al contrario: nos ha adoptado como sus hijos y pone todo en nuestras manos para que podamos vivir para su gloria.

Incluso Pablo nos dice, para nuestro consuelo, que en el camino hacia la gloria todavía no ha alcanzado esa misma meta ni es aún perfecto. Pero su dirección es la correcta: prosigue hacia la meta, porque ha sido alcanzado y asido por ella, por Cristo. Ese es su secreto.

El cambio de bando y todo el esfuerzo, así como toda la entrega, todo el trabajo, toda la renuncia y toda la decisión valdrán la pena. En la gloria ya no

tendremos esta oportunidad única. Por eso nuestro tiempo «en el cuerpo» (2 Co 5:10), en nuestra existencia terrenal, es tan extraordinariamente valioso. No se puede repetir, y las oportunidades que se dan en él no se nos volverán a ofrecer.

«Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía

(desaliento, temor),

sino (el espíritu)

de poder,

y de amor

y de dominio propio

(disciplina, autocontrol, equilibrio)».

2 Ti 1:7



Nuestro camino hacia la meta no es solo una subida constante en el crecimiento espiritual y en la santificación. Hay bajadas, hay estancamiento y parálisis, pero también subidas. La dirección tiene que ser la correcta, y la meta misma nos atrae: ¡puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe!

17. Bibliografía¹⁰³

- Adams, Jay E., *Grundlagen biblischer Seelsorge*, Gießen, 1983.
- Anderson, Neil T., *Neues Leben – neue Identität*, Lage, 1994.
- Anderson, Neil T., *Restored, Experience Life with Jesus*, Franklin, EE. UU., 2007.
- Anderson, Neil T., *Spiritual Warfare*, Ventura, California, EE. UU., 2000.
- Anderson, Neil T., *Steps to Freedom in Christ*, Oxford, 2000.
- Anderson, Neil T., *Winning the Battle within*, Eugene, Oregón, EE. UU., 2004.
- Barclay, William, *Geist oder Fleisch*, Augsburg, 1967.
- Binde, Fritz, *Vom Geheimnis des Glaubens*, Wuppertal, 1979.
- Bullinger, Dr. E. W., *Die zwei Naturen in dem Kind Gottes*, Düsseldorf, 1907.
- Burkhardt, Helmut, *Christ werden, Bekehrung und Wiedergeburt*, Gießen, 1999.
- Custance, Arthur C., *Man in Adam and in Christ*, Grand Rapids, 1975.
- Edman, V. Raymond, *Das ausgetauschte Leben*, Kassel, 1963.
- Eldredge, John, *Der ungezähmte Christ*, Gießen, 2005.
- Gahan, M. C., *The Soul's Transfer from Adam to Christ*, Michigan, 1957.
- Gibson, Jean, *Training im Christentum 3*, Bielefeld, 1990.
- Heijkoop, H. L., *Der Heilige Geist*, Zürich, 1955.
- Hession, Roy, *Nicht ich – sondern Christus*, Bad Liebenzell, 1980.
- Hille, Rolf (ed.), *Ein Mensch, was ist das?*, Wuppertal, 2004.
- Hole, F. B., *Das große Heil Gottes*, Zürich, 1979.
- Ironside, Henry Allen, *Heiligung – Zerrbild und Wirklichkeit*, Bielefeld, 1989.
- Käser, Ernst, *Rechtfertigung des Lebens*, Herblingen, 1989, 2.^a edición.
- Kelly, William, *Die Lehre des NT über den Heiligen Geist*, Neustadt, 1975 (1880).
- Kettling, Siegfried, *Wer bist du, Adam?*, Wuppertal, 1978.
- Lutzer, Erwin W., *Das widerspenstige Ich*, Bielefeld, 2011.
- MacDonald, William, *Der vergessene Befehl: Seid heilig!*, Bielefeld, 1988.
- Markmann, Otto, *Weiter zu etwas Höherem*, Eine kritische Stellungnahme zu dem Buch «Das normale Christenleben» von Watchman Nee.
- Mauerhofer, Erich, *Der Kampf zwischen Fleisch und Geist bei Paulus*, Frutigen, 1980.

103. He recurrido a la bibliografía mencionada y en parte también la he citado. Sin embargo, que figure en esta lista no significa en absoluto que esté de acuerdo con todas las afirmaciones de los libros citados.

Medema, H. P., *Romeinen 7; Het normale en het abnormale christelijke leven*, Vaassen, 1998.

Modersohn, Ernst, *Die herrliche Freiheit der Kinder Gottes*, Bielefeld, 2008.

Nee, Watchman, *Befreiung*, Stuttgart, 1978.

Nee, Watchman, *Das normale Christenleben*, Wuppertal, 1972.

Nee, Watchman, *Der geistliche Christ*, vols. 1-3, Heerbrugg, 1975.

Nee, Watchman, *Freiheit für den Geist*, Winterthur, 1969.

Nee, Watchman, *Geistliche Erkenntnis*, Berneck, 1978.

Nitsche, Walter / Peters, Benedikt, *Dämonische Verstrickungen – Biblische Befreiung*, Berneck, 1989.

Nitsche, Walter, *Versagen und innere Zerrissenheit*, Berneck, 1989.

Ouweneel, Willem J., *Geestelijke Strijd*, Vaassen, 1998.

Ouweneel, Willem J., *Geloofs-Zekerheid*, Vaassen, 1996.

Ouweneel, Willem J., *Hoe lief heb ik uw Wet!*, Vaassen, 2001.

Paxson, Ruth, *Life on the Highest Plane, God's Plan for spiritual Maturity*, Grand Rapids, 1983.

Pink, Arthur, *Practical Christianity*, Michigan, 1974.

Ryrie, Charles C., *Ausgewogen statt abgehoben*, Dillenburg, 1994.

Ryrie, Charles C., *Hauptsache gerettet?*, Dillenburg, 1998.

Ryrie, Charles C., *Ihr werdet Kraft empfangen*, Dillenburg, 2003 (1965).

Schirmacher, Thomas, *Ethik*, vol. 1, *Das Gesetz der Liebe*, Nürnberg, 2001.

Steidl, Grant, *Konflikt!, Der Christ im Widerstreit*, Hückeswagen, 1992.

Steinberger, Georg, *Das Geheimnis eines siegreichen Lebens*, Stuttgart, 1983.

Stott, J. R. W., *Men Made New*, Londres, 1966.

Thomas, Major W. Ian, *Christus in euch – Dynamik des Lebens*, Holzgerlingen, 2008.

Thomas, Major W. Ian, *The Indwelling Life of Christ*, Colorado Springs, 2006.

Thomas, Major W. Ian, *The Saving Life of Christ*, Grand Rapids, 1961.

Thomas, Major W. Ian, *Tote können nicht sterben*, Neuhausen-Stuttgart, 1973.

Trumbull, Charles G., *Befreiung von der Macht der Sünde*, Basilea, 1986.

Willard, Dallas, *Aus dem Herzen leben* (título original: *Renovation of the Heart*), Gießen, 2004.

Willard, Dallas, *The Divine Conspiracy, Rediscovering our hidden Life in God*, Nueva York, 1997.

Escritos breves, artículos y ensayos sobre el tema

- Blackburn, John S., *Die Befreiung im Römerbrief*.
 Böhm, Heinz, *Die geleugnete Wirklichkeit*, Berneck, 1993.
 Cutting, George, *Die beiden Naturen*, Zürich.
 Cutting, George, *Freedom from Sin: What is it?*
 Ebertshäuser, Rudolf, *Mit Christus gekreuzigt und auferweckt*, Leonberg, 2009.
 Glassford, Greg, *Hey, Fleisch! Hier spricht dein Geist!*, Hamburgo, 2004.
 Grant, F. W., *Deliverance: What is it?*
 Grant, F. W., *Life in Christ and sealing with the Spirit*, Bedford.
 Grant, F. W., *Some Themes on the second Part of Romans*, Bedford.
 Grant, F. W., *The two Natures and what they imply*, Bedford.
 H. E. C., *The Believer's two Natures*.
 Herrick, Greg, *Old Man and New Man in Paul*, 1999.
 John MacArthur's One Nature Teaching,
<http://www.middletownbiblechurch.org/doctrine/1natjm01.htm>
 Lüscher, Albert, *Der alte und neue Mensch*, Langenthal, 1971.
 Lüscher, Albert, *Euer Leben ist verborgen*, Langenthal.
 Pink, Arthur W., *The Christian in Romans 7*.
 Scofield, C. I., *The two Natures*.
 Trachsel, Walter, *Ein reines Herz?*, Frutigen.
 Trachsel, Walter, *Gibt es ein Leben im Sieg*, Frutigen, 2003.
 Trachsel, Walter, *Heilig sein oder heilig werden?*, Frutigen, 2009.
 Trachsel-Pauli, Ernst, *Heiligung nach Geist, Seele und Leib*, Frutigen, 2000.
 Wallis, Reginald, *The new Life, Talks with Christians about Practical Victory*, Nueva Jersey, 1932.

Sitios web

- <http://www.bibelkommentare.de>;
<http://www.biblecentre.org/>;
<http://www.bodedesheils.nl/>
<http://www.soundwords.de/>
<http://www.streitenberger.com/>: lista de correo «Bibelgriechisch» (griego bíblico; acceso libre, intercambio entre conocedores del griego; posibilidad de plantear preguntas lingüísticas sobre el texto bíblico y recibir respuestas).

Comentarios

Brockhaus-Kommentar zur Bibel, Wuppertal, 1985.

Calvin, Johannes, *Auslegung der kleinen paulinischen Briefe*, Neukirchen, 1963.

Cecil, A. P., *A Summary of the Epistle to the Romans*.

Coates, C. A., *Ein Überblick über den Brief an die Römer*, Leipzig.

Cousar, Charles B., *Galatians, A Commentary for Teaching and Preaching*, Atlanta, 1982.

Darby, J. N., *The Collected Writings*, Winschoten, 1972 (reimpresión).

Ellicott, Charles John, *Bible Commentary*, Londres, 2004 (reimpresión).

Grant, F. W., *The Numerical Bible*, Nueva Jersey, 1901.

Greijdanus, Dr. S., *Korte Verklaringen*, Kampen, 1932.

Hoehner, Harold W., *Ephesians, An exegetical Commentary*, Michigan, 2002.

Jantzen, Herbert, *Vorträge zu Röm 6 – 8*, 1997.

Kelly, William, *Lectures Introductory*, 1869.

Kelly, William, *Lectures on the Epistle to the Ephesians*, Oak Park.

Kelly, William, *Notes on the Epistle to the Romans*, Sunbury, 1981 (1873).

Kelly, William, *The Bible Treasury*, Winschoten.

Kelly, William, *The Epistles of Peter*, Londres, 1904.

Kramer, G. H., *Christus ons leven*, Vaassen, 1994.

Lee, Witness, *Der Brief des Paulus an die Epheser*, Stuttgart, 1980.

Lincoln, William, *Assembly Writer Library*, Glasgow, 1980.

MacDonald, William, *Kommentar zum NT*, vol. 1, Bielefeld, 1992.

Medema, H. P., *De nieuwe Mens*, Vaassen, 1991.

Medema, H. P., *Der Brief an die Römer*, Bielefeld, 1992.

Medema, H. P., *Het leven is geopenbaard, De Eerste Brief van Johannes*, Vaassen, 1993.

Nicholson, J. B., y Waugh, G. P., *Was die Bibel lehrt, 1. und 2. Petrusbrief*, Dillenburger, 1991.

Ouweneel, W. J., *De vrijheid van de Geest*, Vaassen, 1997.

Ouweneel, W. J., *Christus unser Leben*, Schwelm, 1984.

Remmers, Arend, *In Christus gesegnet*, Hückeswagen, 2004.

Schaeffer, F., *Allein durch Christus, Die zentralen acht Kapitel des Römerbriefs*, Holzgerlingen, 1999.

Smith, Hamilton, *The Epistle to the Ephesians*, Edimburgo.

- Smith, Hamilton, *The Epistles of Peter, An Expository Outline*, Edimburgo.
- Stadelmann, Helge, *Der Epheserbrief*, Neuhausen-Stuttgart, 1993.
- Stallan, Fred, *Was die Bibel lehrt, Römerbrief*, Dillenburg, 2001.
- Stanley, Charles, *On the Epistle to the Romans*, Londres, 1885.
- Stott, John R. W., *Die Botschaft des Epheserbriefes*, Núremberg, 2001.
- Stott, John R. W., *The Letters of John, Tyndale New Testament Commentaries*, Nottingham, 1964, 1988.
- Wasserzug, Gertrud, *Der Römerbrief*, Böblingen, 1984.
- Witmer, John A., *Romans, The Bible Knowledge Commentary*, 1983.
- Wolston, W. T. P., *Simon Peter, His Life and Letters*, Edimburgo, 1892.
- Wuest, Kenneth S., *Romans in the Greek New Testament*, Michigan, 1955.

Abreviaturas utilizadas para otras versiones de la Biblia

Elb *Elberfelder Übersetzung, nicht revidiert*, Berlín, 1961.

ER *Elberfelder Übersetzung, revidierte Fassung*, R. Brockhaus Verlag Wuppertal, 8.^a ed. 2001.

Luther 1912 *Die Heilige Schrift nach der deutschen Übersetzung Martin Luthers*, Stuttgart, 1912.

Menge *Die Heilige Schrift Alten und Neuen Testaments*, traducida por el Dr. H. Menge, Berlín, 1960.

NeÜ *Neue evangelistische Übersetzung*, de Karl-Heinz Vanheiden, Dillenburg, 2010.

Schl 2000 *Die Bibel, übersetzt von F. E. Schlachter (Version 2000)*, Ginebra, 1.^a ed. 2003.

Schlachter *Die Heilige Schrift des Alten und Neuen Testaments*, traducida por F. E. Schlachter, Ginebra, 1990.

Sobre el autor

Hans-Jörg Ronsdorf, nacido en 1964, está casado con su esposa Christine. Tienen 5 hijos y viven en la región de Allgäu, en Baviera. Tras su formación como matricero trabajó en diversos sectores y desde hace más de 10 años trabaja por cuenta propia como asesor y proveedor en el sector de la pintura y el lacado.

Es uno de los ancianos de la Christliche Gemeinde (iglesia cristiana) de Kempten y sirve en la predicación y en el ministerio de enseñanza bíblica.

Hans-Jörg Ronsdorf

Y sin embargo los muertos viven (Und die Toten leben doch)



La inmortalidad del alma

240 páginas, rústica

ISBN 978-3-89397-227-2

¿Viven los muertos, o es la muerte el final de toda existencia? ¿Cae el hombre en un sueño del alma, o tiene conciencia más allá de la muerte? Son preguntas que ocupan a todo ser humano. El objetivo de este libro es responder a estas preguntas, pero también transmitir esperanza; la cuestión de la inmortalidad del alma constituye su tema central. Muertos que viven: la Biblia resuelve la paradoja. La muerte no es el final, sino el comienzo de una vida que ya nunca termina. La verdad de esta afirmación la garantiza una persona que murió y resucitó: Jesucristo, que volvió del reino de la muerte y abrió el camino que conduce a la vida.